
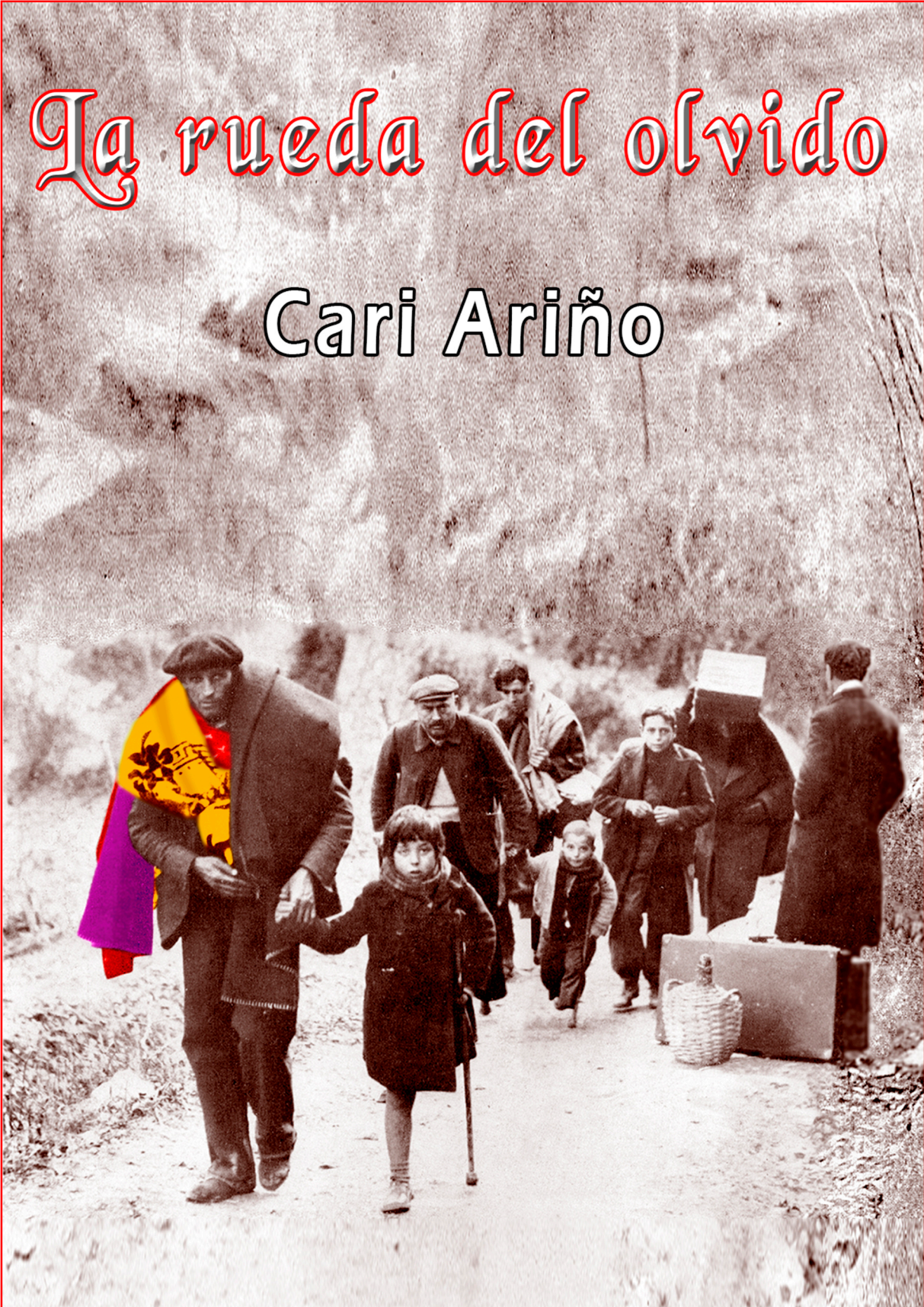


La rueda del olvido

Cari Ariño



Cari Ariño

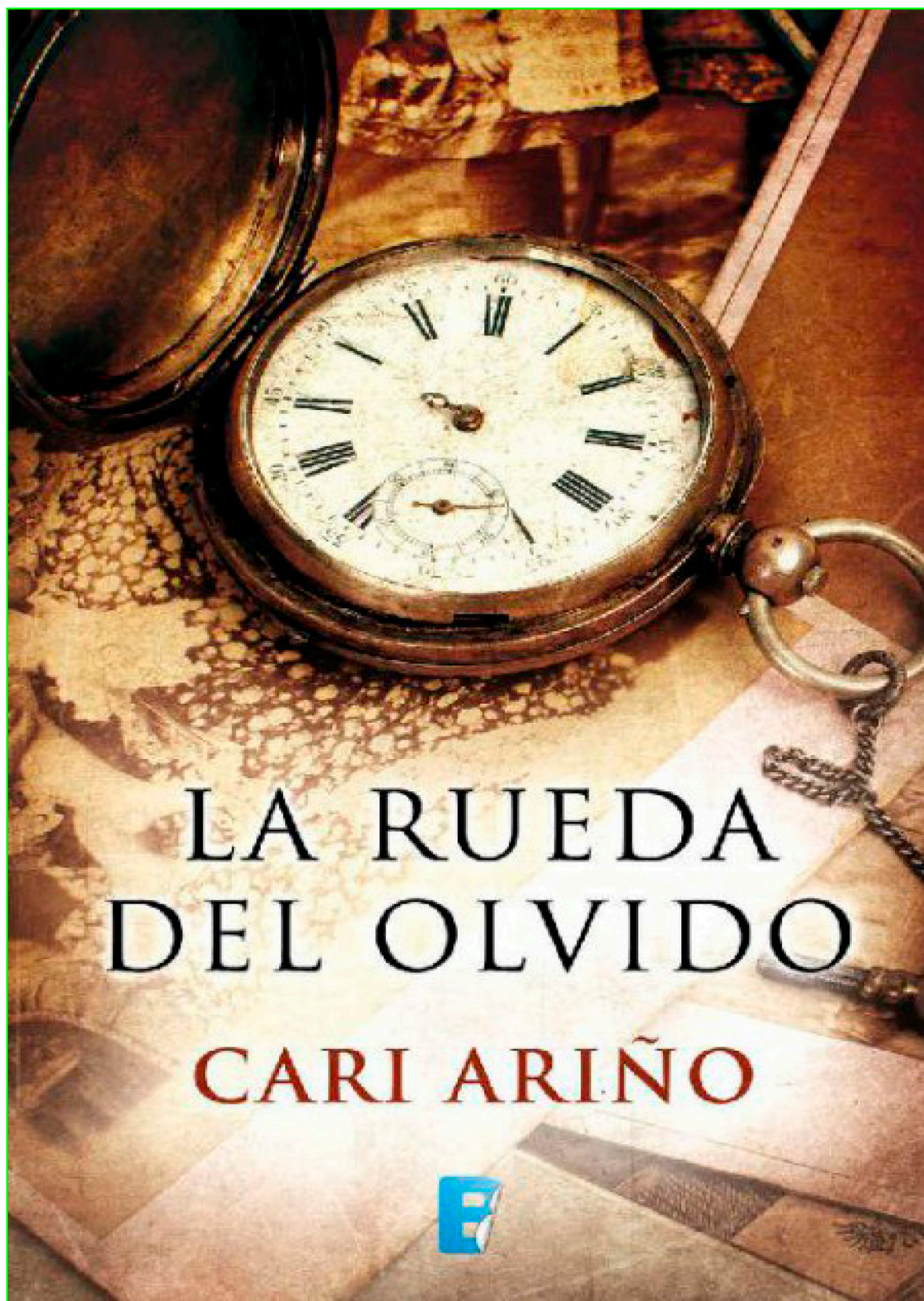


LA RUEDA DEL OLVIDO

Cari Ariño

Traducción de Rosa Alapont





Cubierta original

Contenido

PRIMERA PARTE

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13

SEGUNDA PARTE

- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24

25

26

TERCERA PARTE

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

Agradecimientos

*A todas las personas que se convierten en ciudadanos
del mundo a la fuerza y a todas aquellas que,
con buena voluntad, las acogen.*

PRIMERA PARTE

1

Mientras el avión daba vueltas sobre El Prat a la espera de autorización para entrar en pista, Alicia contemplaba las cuadrículas verdes de los cultivos que lindaban con el aeropuerto. Mucho antes de que ella naciera, parte de aquellas pistas de aterrizaje habían sido campos de sus antepasados.

Con la nariz apoyada en la ventanilla, jugueteaba con un mechón de cabello, enroscándolo en el dedo índice, al tiempo que recordaba las palabras de Baptiste, el viejo exiliado republicano al que acababa de entrevistar en un pueblecito de la Alta Normandía.

«La vida es una carrera de fondo, Alis.»

Mientras se desplegaba el tren de aterrizaje, notó un vacío en el estómago, como el que las revelaciones del viejo republicano habían abierto en su existencia.

Aquel hombre hasta hacía un año desconocido le había desdibujado de repente su pasado familiar.

La primera parte de la odisea personal de Alicia había empezado el año anterior.

En agosto de 2005 había viajado a Francia con la excusa de iniciar el proyecto fotográfico, continuamente aplazado, sobre el exilio español del treinta y nueve. Sin embargo, en el fondo el verdadero motivo para escapar de Barcelona había sido alejarse de la ciudad con el fin de poner en orden sus sentimientos.

Hacía mes y medio que Javier, el hombre que iba a ser su marido, había dado un vuelco a su vida.

—Estoy en Nueva York, nena —le había soltado por el móvil, como si encontrarse a más de seis mil kilómetros de distancia fuera la cosa más natural del mundo.

—¿Qué haces ahí, Javier?

—Cancélalo todo, Alis. No habrá boda. —Con voz falsamente afectada,

prosiguió—: Lo siento muchísimo. Sé que te estoy haciendo una putada muy gorda, pero he descubierto que no puedo quererte como mereces y nuestro matrimonio sería un fracaso.

Dichas estas palabras, que la habían dejado anonadada, en el aparato se hizo el silencio. Apenas cinco minutos atrás Alicia había confirmado con la floristería que todo estaría a punto para el domingo.

Las manos le temblaban cuando apagó el móvil sin decir palabra.

Durante la hora siguiente, por más que daba vueltas a aquella situación absurda, seguía sin entender nada.

«Se suponía que ni siquiera iba a hacer noche...», se dijo entre sollozos, mientras recordaba cómo, a las seis de la mañana, habían hecho el amor antes de que él se levantara para viajar a Bruselas. Al menos ese era el destino que le había dicho.

«Solo tengo que presentar al cliente un informe previo a la auditoría. Le justifico el recorte de sueldos y vuelvo.» Tal había sido su explicación apenas once horas atrás.

Sobre la mesa del comedor aún seguía abierto el plano que les había procurado el restaurante para la distribución de los invitados. Habían acordado que esa noche decidirían juntos el sitio donde sentar a cada uno.

Al coger la taza de té para dar un sorbo, Alicia la volcó. El líquido se derramó libremente como un arroyo por la mesa y goteó en el parquet, como las lágrimas que a ella le caían de la barbilla.

Aquello le sucedía a finales de junio y, pese al calor, un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. La lista de encargos para que el domingo todo saliera redondo se había convertido de pronto en un montón de urgencias que había que resolver.

Llevaba tres años viviendo con aquel auditor de empresas en crisis que tenía cuarenta años, diez más que ella. Por San Jorge le había pedido: «Casémonos, Alis.» Tras meditarlo mucho, ella había aceptado.

Ahogada en un llanto sin fin, pensó en el traje de novia que esperaba en casa de sus padres. Había querido sorprender a Javier y que no lo viese hasta el momento de la ceremonia.

Le costaba creer que lo que le estaba pasando fuera real.

Al cabo de dos horas Alicia seguía debatiéndose entre el deseo de huir y

desaparecer ella también y el deber de avisar a la familia para que lo parasen todo. El tiempo corría contra reloj.

Hasta última hora de la tarde no tuvo ánimos para hacer lo correcto.

Cogió el metro hasta San Antonio. Al salir delante del mercado, caminó lentamente hasta la calle Calabria y, antes de subir al piso, se armó de valor en el pequeño parque de al lado.

Al entrar en casa de sus padres, el ambiente rezumaba calma. Antes de quebrar aquella paz con la novedad que les traía, estuvo a punto de echarse atrás, pero se ordenó a sí misma: «¡Dilo y acaba de una vez!»

En el comedor, su padre levantó la vista del periódico que estaba leyendo. Le dio un beso, y otro a su madre, que en aquel momento enseñaba el vestido que luciría en la boda a su hija mayor, Lourdes.

Alicia frunció el ceño al ver a su hermana. No esperaba encontrarla allí.

—¿Y para mí no hay besos, hermanita? —se quejó esta al tiempo que le ofrecía la mejilla.

Le dio uno rápido antes de encerrarse en su antigua habitación, donde aquel vestido fantasmal la esperaba en la oscuridad.

—¿Qué le pasa hoy a Alis? —oyó que preguntaba su madre—. Ha entrado muy callada y mustia.

—No te preocupes, mamá... Deben de ser los nervios.

Tumbada sobre la colcha, Alicia pensó de nuevo en huir y así librarse del interrogatorio de su hermana en cuanto se enterase de la noticia.

En todos sus recuerdos de infancia, Lourdes, que le llevaba dieciocho años, era ya una mujer casada. Nunca habían compartido el mismo techo. Pese a ello, seguía desempeñando con ella el papel de segunda madre. Nada que ver con la relación de igual a igual que mantenía con su hermana mediana, Juana, que le llevaba nueve años.

«Me voy», decidió de repente. Subió la persiana para que entrase la luz y luego descolgó el vestido sin ningún miramiento. Lo embutió en la bolsa de plástico que hasta aquel momento lo protegía del polvo y salió con él al comedor.

—¿Por qué te lo llevas? —preguntó Lourdes muy sorprendida.

—No habrá boda.

—Pero ¿qué estás diciendo?... ¡No bromees, Alis! No tiene ninguna

gracia.

—Me ha llamado Javier desde Nueva York —les informó con un hilo de voz—. Ahora dice que no se casa.

Con expresión de incredulidad, su madre necesitó un rato para poder articular palabra.

—Pero... ¡si es dentro de cinco días!

—¿Y los invitados? —preguntó su padre, al que se le había caído el periódico de las manos—. ¿Quién cojones va a pagar un banquete donde ahora no esperamos a nadie?

—¿A alguien de esta casa le importa una mierda cómo me siento yo?

Alicia rompió a llorar mientras se dejaba caer en el sofá. Resoplando, Lourdes se sentó a su lado y le rodeó los hombros con el brazo.

—A ver, hermanita, vayamos por partes... Tú y Javier os pasáis la vida «ahora sí, ahora no». ¿Lo que acabas de decirnos va en serio o es una agarrada más de esas a que nos tenéis acostumbrados? ¿Has vuelto a llamarlo? Igual se le ha pasado la pájara.

—No pienso llamarlo. Esta vez va en serio, y no quiero suplicarle. No podía haber huido más lejos ese malnacido, no.

Lourdes se levantó bruscamente del sofá y, con gesto decidido, ordenó:

—Pues entonces, ¡ya podemos correr! No vamos a permitir que el domingo ciento veinte personas esperen de punta en blanco delante de Santa María del Mar para nada.

—¡Ay, Dios mío! —gimió su madre dirigiéndose a su marido—. Ya te decía yo, Carlos, que ese veleta no le convenía a nuestra niña.

—¿Sabes lo que te digo, Gloria? Tal vez la decisión de ese zopenco sea para bien. Nos ahorrará un divorcio penoso —concluyó arrojando al suelo el periódico—. Ahora lo que me preocupa es cómo salir de este berenjenal.

Alicia miró sorprendida a su familia. A su padre se lo veía aliviado. Su madre había rubricado su parecer asintiendo con la cabeza. En cuanto a su hermana, caminaba arriba y abajo por el salón, como un mariscal de campo.

Solo hacía tres horas que la vida se le había hecho pedazos y nadie en casa parecía sufrir por su corazón roto.

—No hay un momento que perder —decidió su hermana—. Debemos avisar cuanto antes al cura, a la floristería y a la gente.

Lourdes habría utilizado esas mismas palabras para informar de un funeral, se dijo Alicia mientras salía dando un seco portazo.

Al volver al piso que compartía con Javier desde hacía tres años, descolgó del salón el cuadro abstracto que él le había regalado por su cumpleaños. En el mismo clavo colgó el traje de novia.

Durante los días siguientes se dedicó a contemplarlo, blanco y colgando en el vacío, como el cuerpo de un suicida.

Mientras agotaba las lágrimas, pensó en todos los proyectos que había abandonado por seguir al lado del hombre que ahora la dejaba plantada.

Tres años atrás, con veintisiete recién cumplidos, había aparcado el sueño de hacer reportajes fotográficos por el mundo a cambio de llevar una vida más convencional con Javier.

Para estar a su lado se había convertido en una fotógrafa de estudio. No era con eso con lo que había soñado.

Un par de domingos después de aquel cataclismo, camino de casa de su abuela Ágata, en la calle Tamarit, Alicia se detuvo en el mercado de libros de viejo. En un puesto con postales antiguas, una en especial le llamó la atención.

La imagen representaba un montón de cruces blancas alineadas sobre un cuidado césped. Era el cementerio de los americanos que habían muerto en el desembarco de Normandía. La compró pensando en su abuelo Biel.

Nadie en casa sabía dónde estaba enterrado. El marido de Ágata se había exiliado en el treinta y nueve y había desaparecido durante la Segunda Guerra Mundial.

Antes de subir a casa de su abuela a comer, se sentó en la terraza del bar de la esquina. Era muy pronto todavía. Mientras contemplaba la postal, se le ocurrió un proyecto que le permitiría recuperar el ímpetu y dejar de compadecerse de sí misma.

Haría un reportaje fotográfico sobre el exilio español.

2

El lunes, Alicia despertó bien entrada la mañana. Había tenido pesadillas, angustiada por un montón de minúsculas bolas brillantes que la arrastraban, sin dejar de crecer desmesuradamente, hasta cortarle la respiración.

No podía quitarse de la mente a Javier. La realidad de lo que había ocurrido la golpeaba a cada instante. Todas sus cosas seguían allí. Con la cabeza oculta bajo las sábanas como un avestruz, rompió de nuevo a llorar. A su alrededor había montones de clínex arrugados.

Hecha una furia, se levantó y escribió un mensaje en el móvil:

Ven de una puñetera vez a buscar tus trastos.

Acto seguido se dirigió al cuarto de baño y, sin contemplaciones, arrojó a una bolsa de basura el cepillo de dientes de Javier, el peine, el desodorante para hombre..., todo lo que fuera suyo.

—¡Hoy haré limpieza, malnacido! —exclamó llorando, a la vez que vaciaba en la taza del váter el frasco de colonia para hombre—. No quiero oler tu presencia en ningún sitio de la casa.

Volvió a la habitación para sacar su ropa del armario. Le sorprendió que las piezas de marcas caras ya no estuvieran en sus perchas. Se daba cuenta con dolor de que el día en que se marchó se las había llevado premeditadamente. Como también la hirió recordar el beso de despedida que acompañó a la mentira de que iba a Bruselas a ver a un cliente.

Tras embutir la ropa en dos maletas grandes, las dejó en el recibidor, junto a la puerta del piso, a la espera de que él se las llevara cuando se dignase aparecer.

Los cuatro días siguientes se los pasó encerrada en casa, al acecho por si venía a buscar sus cosas. Sin embargo, las maletas seguían esperando huérfanas en el mismo sitio.

Mientras daba vueltas y más vueltas a la historia, sonó el teléfono fijo y

corrió a contestar. Era su hermana mediana, Juana.

—El próximo sábado doy una fiesta, Alis. ¡Ven, por favor! Ya es hora de que salgas de esa casa llena de recuerdos... Puedes quedarte conmigo todo el fin de semana. ¿Qué me dices?

—No estoy de humor para ir de juerga. En tu fiesta seguro que alguno de tus amigos me preguntará por la anulación de la boda. Y no tengo ganas de dar explicaciones.

—Puedes pasar de estar con la gente, si quieres. La casa es grande.

—Me lo pensaré, Juana.

El chalé donde ahora vivía su hermana era una construcción de planta baja y piso rodeada de un jardín que en primavera estallaba con el amarillo de la retama. Se hallaba situado sobre un risco de escasa altura en la costa del Garraf, cerca de Sitges. La playa quedaba a cuatro pasos de la casa, bajando por una senda medio oculta entre matorrales.

Alicia sentía predilección por aquel rincón del mundo. En otras circunstancias habría ido encantada.

Estaban a mediados de julio y un calor bochornoso se le pegaba al cuerpo. Se duchó y, al volver a la habitación, descubrió que en el móvil tenía un mensaje de Javier.

El corazón le brincó de inquietud mientras leía:

Pasaré hacia el anochecer, Alis. Entonces hablaremos.

Sé que te debo una explicación.

De repente se dio cuenta de que no quería verlo. Lo que menos necesitaba era oír justificaciones baratas por su parte en un intento de disculparse por su conducta, de manera que tardó unos segundos en marcar de nuevo el número de su hermana.

—Cojo el coche y voy ahora mismo a tu casa, Juana. Pero pasado mañana no insistas en que me una a tu fiesta. Si quieres, te ayudaré a preparar las cosas antes de que lleguen los invitados, pero nada más.

—¡Estupendo! No olvides coger tu juego de llaves, hermanita. Hoy tengo un compromiso y no llegaré a casa hasta la madrugada.

Alicia dejó la bolsa en el cuarto que utilizaba siempre que iba. Nada más abrir las puertas vidrieras de la terraza del dormitorio, el rumor de las olas que rompían contra las rocas recorrió la estancia.

Su vista preferida era la que se contemplaba desde un mirador al que se accedía por una escalera de caracol, en el punto más alto de la casa. Aquel espacio, amplio y diáfano, era el estudio donde pintaba Juana.

Presidía el lugar un mural de tres metros de ancho por metro y medio de alto. Lo había pintado su hermana cinco años atrás, tras superar una crisis creativa.

Se trataba de una obra abstracta y cada mancha de color adquiría protagonismo en función de la luz natural que recibiera. Las manchas blancas, que con la claridad del día eran casi imperceptibles, en la penumbra resurgían e iluminaban las tonalidades frías.

Acompañando al mural había una pieza de bronce. Una mujer desnuda, caída y arqueada boca arriba sobre una roca, con cabeza, brazos y piernas colgando por fuera de la base de piedra, mostraba su fragilidad. No estaba muerta, ni dormida, ni a la espera de un amante que la poseyera. Era la laxitud sedada de una joven ofrecida en sacrificio.

Se preparó una cena ligera y subió con la bandeja a la terraza del estudio. Antes de tenderse en la tumbona, pulsó el *play* del CD. El *Cuarteto para flauta en Re mayor* de Mozart empezó a sonar. Juana y ella no compartían los mismos gustos musicales, pero en aquellos momentos de calma le venía bien.

Cuando empezaba el *adagio*, entró un mensaje en el móvil. Volvía a ser él.

Me habría gustado encontrarte en casa, pero no he podido esperar.

Queda pendiente que hablemos de ello, por favor.

Necesito que lo hagamos.

Retiró la bandeja y se sirvió un bourbon. Luego borró el mensaje sin responder. Entre sorbo y sorbo repasaba los momentos más amargos de su naufragio.

Ausente a su dolor, la luna resplandecía como una perla gigante. Un

broche prendido en el cielo de medianoche, mientras la espuma de las olas seguía lamiendo la arena y azotando las rocas.

Del chalé contiguo llegaban risas y un murmullo de conversaciones que se propagaban por el aire, como una argamasa de palabras que subían de tono para convertirse en ruidos carentes de significado.

A las ocho y media de la mañana siguiente, al levantarse, Alicia no tardó en oír el motor de un coche viejo que se detenía ante la casa.

Desde su atalaya distinguió a Juana, que abría la verja y cruzaba el jardín. La falda larga le revoloteaba al andar y la melena rubia y rizada le confería un aire de Venus renacentista. A sus treinta y nueve años, aún mantenía el aspecto juvenil y el estilo bohemio con reminiscencias hippies de cuando era estudiante de Bellas Artes.

Alicia corrió a la cocina a servirle una taza de café.

—Mi hermana pequeña siempre tan madrugadora —le dijo al tiempo que le daba un beso—. Estoy muerta de cansancio, Alis. ¡Me voy derechita a la ducha!

Un cuarto de hora más tarde apareció vestida con un quimono de seda blanca. Mientras se secaba el pelo frotándolo con una toalla, le preguntó:

—¿Cómo van esos ánimos?

—Si te has enamorado de verdad alguna vez y te han traicionado, Juana, sabrás cómo me siento.

—Yo solo estoy enamorada del placer y de la belleza, ¡ya lo sabes!

Dio un trago de la botella de agua antes de tomarse el café. Al terminar, ambas subieron al estudio y Juana puso un preludio de Chopin. Luego se quitó el quimono y, desnuda, se dejó caer en la tumbona a la sombra del toldo.

Alicia entró a buscar la cámara. En los breves minutos que tardó en volver, su hermana ya se había dormido.

Tras fotografiar su cuerpo perfecto entregado al sueño, se tendió a su lado y se dejó llevar por la melancolía del piano.

Por el cielo corrían las nubes.

3

El sábado a medianoche, Alicia bajó a la arena por la senda. Quería alejarse del barullo de la fiesta. Extendió una toalla gigante y se tumbó boca arriba a contemplar las estrellas con el rumor de las olas como música de fondo.

—¿Tú también te aburrías allá arriba? —le preguntó muy cerca una voz con acento extranjero.

Del susto, se levantó de un brinco. A la segunda zancada ya estaba de nuevo en el suelo por culpa de un pie con el que involuntariamente había tropezado.

—¿Quién eres? —gritó a la oscuridad con el corazón a punto de estallar.

—Un invitado de Juana que necesita airearse un poco. —Se iluminó la cara con el encendedor—. Tranquila, no soy peligroso. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Si debo temer que me hagas algo...

—Maldecirte porque acabas de perturbar la tranquilidad que he venido a buscar.

—El cielo está abarrotado de estrellas. Hay de sobra para que los dos podamos contar una infinidad.

Al darse cuenta de que no estaba bebido, Alicia volvió a la toalla que había abandonado.

—Sería mejor que antes nos presentásemos, ¿verdad? —Le tendió la mano—. Me llamo Julien.

—Soy la hermana de Juana. Y mi nombre no te hace ninguna falta.

—Qué mal humor que te gastas.

—Tengo motivos. —Sin dar más explicaciones, añadió—: ¿Vives en Barcelona? Por el acento no pareces de aquí.

—He venido para cerrar un negocio. Vengo con frecuencia. Soy de Caen, pero hace seis años que vivo en París.

—¡En París! Mi sobrina, Mireia, vivirá allí el curso que viene. Le han becado un doctorado en no sé qué especialidad de derecho.

—¿Tienes una sobrina tan mayor?

—Solo nos llevamos tres años. Es la hija de mi hermana Lourdes.

—¡Perfecto! Sé el nombre de tus dos hermanas y el de tu sobrina. Y a ti ¿te pusieron nombre tus padres?

Ella no contestó. Se abrazó las rodillas y clavó la mirada en la espuma blanca de las olas que se extendía por la orilla.

—¿Quieres que nos bañemos a la luz de la luna, muchacha sin nombre?

Se volvió a mirarlo. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y Julien estaba apoyado en el brazo derecho. Un mechón de su flequillo de cabello lacio le caía sobre un ojo. Se lo apartó peinándoselo con los dedos abiertos.

Llevaba una camiseta negra y bermudas con bolsillos tipo safari. Se había descalzado y las sandalias estaban tiradas de cualquier manera en la arena.

—Mi nombre es Alicia, pero mis amigos me llaman Alis. Y no me apetece bañarme.

—Bien, entonces, Alis, si vas a visitar a tu sobrina... podríamos vernos — dijo mientras se liaba un porro—. ¿Fumas?

Ella se lo cogió y dio una calada.

—De hecho, voy dentro de quince días. Mireia acaba de alquilar un pequeño apartamento, pero no lo utilizará hasta septiembre. Ahora está en Londres.

—¡Menuda suerte! París es muy caro...

—Lo cierto es que no lo alquila ella directamente. Es de una amiga de su amiga que se lo realquila porque ahora está en Estados Unidos. Mireia lo compartirá.

—¿Debo entender que si vas, nos veremos?

—Puede ser... No corras tanto.

Dio otra profunda calada y se lo devolvió.

—¿Te gusta viajar, Alis?

—Si algo hacía con Javier era precisamente viajar.

—¿Hacías? ¿Quién es ese tal Javier?

—Era mi pareja. ¡Ha muerto!

—*Merde!* Lo siento. ¿Estaba enfermo?

—No. ¡Lo he matado!

—*Putain!* Esta maría es de primera. Estoy alucinando de veras.

A Alicia se le escapó la risa, y él se contagió.

—Por un momento me lo he creído, Alis. Ay, *l'amour*... Hará año y medio yo también maté al mío.

—¿Te dejó plantado en el altar, como a mí?

—¡Oh, no! Fue menos teatral. Una mañana de domingo, después de un buen polvo, se levantó, agarró las maletas y dijo: «Lo nuestro ha terminado. Estoy aburrida, así que dejémoslo correr, ¿vale? Adiós.» Llevábamos ocho meses viviendo juntos.

—¡Hostia! Lo siento. Veo que somos dos pringados...

Entre risas, él se tendió del todo en la toalla y propuso: —¿Compartimos otro?

—¡Hecho! Pero te lo advierto, Julien: ¡no intentes nada! Todavía estoy haciendo el duelo.

—¿Ni un beso?

—Nada. Ni una mirada de perrito triste, ¿entendido?

4

El primer domingo de agosto, la cita se había fijado en las escalinatas del Sacré Coeur. Aquel encuentro con Julien había puesto un toque de color en los pensamientos de Alicia, que hacía casi mes y medio que naufragaba entre patéticos recuerdos.

Por otra parte, no podía permitirse bajar la guardia. No estaba dispuesta a que la hiriesen de nuevo, y se colmaba a sí misma de consejos como antídoto para no enamorarse demasiado pronto. Como le había advertido la abuela Ágata: «Ten cuidado, Alis, que un corazón lastimado busca remedio con ansia y va un poco enloquecido.»

Para calmar los nervios de la primera cita, Alicia propuso que se hicieran una foto los dos ante la monumental iglesia blanca.

Pidió a un turista que se la hiciese, el cual miró del derecho y del revés la cámara réflex profesional que ella le tendía.

Un instante antes de que apretara el disparador, a Julien le sonó el móvil. «*Merde!*», exclamó al sacarlo, y se puso a hablar sin dar más explicaciones.

Mientras el turista sujetaba la cámara como un pasmarote, ella miró boquiabierta cómo el chico hablaba por el aparato gesticulando acaloradamente.

Ofendida, recuperó la cámara y se alejó sola al tiempo que decía:

—Esta situación ya la he vivido... ¡Adiós!

Él hizo un gesto con la mano para pedirle que se detuviera, pero continuó la conversación, cada vez más enfadado.

Tras vagar una hora por las tiendas de Montmartre y entretenerse mirando cuadros en la Place du Tertre, Alicia buscó, sin éxito, una mesa libre en tres restaurantes.

Estaba a punto de irse del tercero, cuando vio a Julien cómodamente sentado a una mesa. Le señalaba una silla libre frente a él.

Ella se quedó quieta. No las tenía todas consigo sobre si hacer caso a

aquel lunático al que había conocido bajo los efectos del cannabis.

Entonces él se levantó para decirle:

—Disculpa mi actitud de antes, estaba discutiendo con un amigo. Pero te prometo que después de comer nos haremos todas las fotos que quieras. Yo invito...

—De acuerdo. Pero que conste que es porque tengo hambre y no hay ninguna otra mesa —aceptó con una sonrisa de tregua poco convincente.

Alicia miró los mejillones con patatas fritas que comía él y pidió al camarero lo mismo.

El móvil de Julien seguía vibrando, insistente, sobre el mantel, sin que él se atreviera a cogerlo.

Finalmente, se decidió a leer el mensaje, disculpándose por la interrupción, y después tecleó la respuesta con el ceño fruncido. Alicia volvía a tener ante ella al mismo Julien que le había gustado la noche en que se conocieron en la playa. El cabello liso y castaño, peinado hacia la izquierda, dejaba caer un mechón de flequillo sobre un ojo. Ahora se fijó en un nuevo detalle: en el mentón se le hundía un hoyuelo muy marcado.

—¡Basta! No volveré a contestar a ese chiflado hasta que acabemos de comer —decidió cerrando el aparato y haciendo alusión al amigo que lo importunaba—. Por cierto, ¿qué planes tienes en París?

—Estoy de paso... Voy camino de Normandía. Preparo un reportaje sobre los exiliados españoles del treinta y nueve. Mi abuelo materno murió en Francia durante la Segunda Guerra Mundial.

—¿Sabes dónde está enterrado?

—Por desgracia no. De hecho, mi viaje al último lugar donde se supone que luchó es simbólico.

—Yo también tengo un abuelo republicano, Baptiste. —Dejó el último mejillón en una fuente llena de valvas—. Vive en Verneuil-sur-Avre.

—Te estás quedando conmigo, ¿no?

—Es cierto. Fue uno de los españoles llegados a Francia a raíz de vuestra guerra del treinta y seis.

—¡Ostras! ¿Crees que podría entrevistarle? —se entusiasmó ella ante la coincidencia.

—No te será muy útil... Habla poco de aquella época. Por otra parte, se

quedó viudo hace tres meses y está muy afectado.

—Tal vez tu abuelo conozca a otros españoles... Tienes mi número de móvil. ¿Me llamarás si acepta? Estaré una semana por esa zona.

—No te hagas ilusiones. Por cierto, hablas muy bien el francés. Me he fijado cuando te dirigías al camarero.

—Lo aprendí en memoria de mi abuelo Biel.

—Yo hice lo mismo por mi abuelo español. Durante la adolescencia tuve muy mitificados los orígenes de Baptiste.

Acabada la comida, pasaron por la plaza de los pintores y por la iglesia. Antes de bajar las escalinatas hasta el parque, se hicieron la fotografía que se debían, delante de un ti vivo antiguo.

Haciendo caso omiso de la parada de metro de Anvers, siguieron paseando por el Boulevard de Clichy.

—¿El reportaje que haces es para algún periódico, Alis?

—Ojalá fuera un encargo... Tengo un estudio de fotografía. Mis clientes son sobre todo gente de la farándula y la pasarela. ¿Y tú?

—Hasta hace un año trabajaba como guía para una agencia, pero me aburría y decidí establecerme por mi cuenta. Ahora organizo viajes culturales a medida.

—¿Lo haces solo?

—Siempre que puedo... Si tengo mucho trabajo, contrato a amigos que me ayuden.

Habían seguido por Batignolles y, al doblar por la calle Rome, caminaron hasta la esquina con Copenhague.

—Hemos llegado, Julien —dijo Alicia ante el portal de un edificio señorial.

—¡Qué suerte ha tenido tu sobrina! —observó admirado.

Se habían hecho las seis de la tarde. Empezaba a refrescar después de que un sol tibio se ocultara tras el cielo grisáceo, que lo pintaba todo con matices mortecinos y sin sombras.

—Tengo que irme, Alis. He quedado con el amigo con el que antes discutía por el móvil.

—Me ha gustado comer contigo, Julien.

Él le dio los besos de cortesía a modo de respuesta antes de alejarse. Al

llegar a la acera de enfrente, se volvió para decirle adiós.

Alicia habría deseado que le diera la dirección de su abuelo español para entrevistarle, pero Julien ni siquiera había vuelto a mencionarlo.

«Me gustaría volver a verte», suspiró mientras marcaba el código de la puerta para abrir.

Una vez en el interior, cruzó el patio ajardinado al que daban los grandes ventanales de las viviendas. Caminó hasta la sencilla puerta de madera situada al fondo del jardín, destinada al servicio doméstico, y tras subir los cuatro rudimentarios escalones, abrió con su llave.

Antes de adentrarse en la escalera estrecha y empinada que serpenteaba sin ningún rellano, miró de reojo la puerta de su derecha. Detrás de los barrotes reinaba la oscuridad de la leñera.

Llegó jadeante al último piso, un sexto con un austero pasillo y puertas a ambos lados. Eran las habitaciones donde años atrás dormían las criadas. El apartamento que tenía realquilado su sobrina correspondía a la unión de tres de esos cuartos. Dos de las piezas se habían convertido en una que incluía cocina y sala. La tercera, en un pequeño cuadrante reconstruido en un rincón, correspondía al lavabo y la ducha. El váter, que seguía siendo común para los ocupantes de la planta, estaba en el pasillo. El dormitorio consistía en un sofá cama.

Al día siguiente Alicia se levantó tarde. Era la primera noche en mucho tiempo que dormía de un tirón.

Se había duchado, iba en albornoz y con el cabello envuelto en una toalla, y estaba a punto de desayunar. Encima de la mesa tenía desplegado un mapa de Francia. Marcados con rotulador rojo, las ciudades y pueblos que debía visitar.

Acababa de dar un sorbo de café y apenas empezaba a morder la tostada cuando le sonó el móvil.

—Mi abuelo te invita un par de días, Alis —la sorprendió Julien—. No le he contado nada de tu reportaje. Te presentaré como a una amiga de Barcelona que está visitando Normandía. ¿Puedes incluir Verneuil-sur-Avre en tu ruta?

—¡Por supuesto que sí! —exclamó entusiasmada mientras rodeaba con un trazo rojo el pueblo de la región del Eure—. ¿Saldremos juntos desde París?

—Imposible. Ahora mismo estoy ya en Caen acabando un trabajo. Pasado mañana podré estar disponible para ti. Dime tu hora de llegada y te esperaré en la estación del pueblo.

5

El día convenido, Alicia estaba a las ocho y media de la mañana en el metro de Saint-Lazare, camino de la estación de Montparnasse. A las nueve y media subía al tren, y una hora más tarde vio por la ventanilla a Julien, que la esperaba en el andén.

La casa de Baptiste era de dos plantas y con tejado de pizarra. Se accedía a la entrada principal por un jardincillo. Detrás, en un huerto que daba a un canal, había plantadas muchas flores y dos manzanos. A uno y otro lado de la puerta, dos rosales blancos trepaban por una estructura metálica.

—El abuelo te ha destinado el dormitorio de las chicas de la familia —le dijo Julien con un guiño—. Era de mi madre cuando vivía aquí con sus padres. Ahora es el que ocupa mi hermana, Claudine, cuando viene a visitar al abuelo.

Era una habitación revestida con un papel estampado con flores diminutas. Una primavera permanente que con los años había perdido la vistosidad de los colores.

Alicia no tardó en comprobar que Julien era un chico siempre atareado.

Ya la primera noche, al terminar de cenar, su amigo se puso a trabajar en el escritorio situado delante de una de las ventanas de la sala.

Ella se había ofrecido a fregar los platos. Después se sentó en el sofá al lado del hombre que podía contarle un montón de cosas sobre su paso a Francia en el treinta y nueve. Le gustaba imaginar que la experiencia de su abuelo Biel habría sido similar.

—¿Ha vuelto alguna vez de visita a su país, Baptiste? —preguntó para entablar conversación—. Seguro que el corazón se lo habrá pedido en alguna ocasión.

—Al corazón es mejor no hacerle mucho caso, madame —respondió él con un acento alejado de sus orígenes—. Las nostalgias entorpecen el paso.

«El hombre tiene razón», se dijo ella recordando el desengaño con Javier.

Baptiste no mostró el menor interés en dar más conversación a la amiga de su nieto y volvió a la lectura del libro que tenía entre manos.

Antes de que bajara la vista, ella se fijó en que tenía un ojo de cada color.

Al día siguiente, Alicia se levantó a las siete y media. Tenía sed y fue a la cocina a beber un vaso de agua. En la casa reinaba el silencio, roto tan solo por el crujido de los escalones de madera a su paso.

Encima de la mesa, en un plato, quedaba queso sobrante de la noche anterior. Cogió un trocito. No estaba acostumbrada a cenar tan pronto y ahora se moría de hambre. Acto seguido tomó un panecillo y cortó un segundo trozo de queso. Los ruidos de su estómago no le permitían el miramiento de esperar a sus anfitriones.

Mientras masticaba, Alicia observaba con ojos de fotógrafa aquella cocina de estilo campestre. Casi todos los utensilios estaban a la vista. Las ollas estaban ordenadas por tamaños en un estante. Los cucharones y la espumadera brillaban colgados de un soporte en la pared. En un escurridor, los platos hondos venían después de los llanos.

Concluido el frugal desayuno, salió a la sala.

El sol del este iluminaba una franja larga de suelo que se detenía a cuatro dedos de alcanzar la pared opuesta. Sobre la mesita baja junto al sillón estaba el libro de Baptiste. Lo cogió, llena de curiosidad por saber lo que leía el anciano.

Sonrió ante el título, tan adecuado a la imagen que atravesaba la estancia: *El sol desnudo*. Era una novela de Asimov.

Entre sus páginas sobresalía como punto de lectura una fotografía ajada, descolorida por los años y agrietada. Mostraba a una pareja joven. El hombre rodeaba con el brazo la cintura de una muchacha de cabello largo y rizado.

Le faltaba nitidez. Estaba tomada a la suficiente distancia para que salieran de cuerpo entero. Alicia supuso que serían los abuelos de Julien de jóvenes. Sin embargo, le sorprendió ver al fondo unas alambradas que impedían el acceso al mar.

Al darle la vuelta para ver si estaba fechada, se quedó helada y con el corazón desbocado cuando leyó:

Biel y Tonia. Septiembre de 1939. Argelès.

—¿Le gusta Asimov? —preguntó a su espalda Baptiste, que había entrado sin que ella se diera cuenta.

—No he leído nada de ese autor —balbuceó sorprendida, al tiempo que le enseñaba la fotografía—. Antes de ver el nombre detrás, he supuesto erróneamente que era usted.

—Era un joven con quien coincidí en aquella playa del Rosellón. —Le cogió el retrato de las manos y lo ocultó de nuevo dentro del libro—. Murió en aquella playa.

—¿Era amigo suyo? —quiso saber, inquieta por la coincidencia del nombre.

—Solo sé cómo se llamaba porque está escrito detrás, madame. En la playa malvivíamos miles de refugiados. Encontré el retrato dentro de una cartera rota que cayó al suelo cuando se lo llevaban.

—Si no lo conocía..., ¿por qué se la quedó?

—El motivo puede parecerle una estupidez, pero la verdad es que me dolió dejar algo tan personal sobre la arena. ¿Lo entiende?

—Es todo un detalle que la haya conservado sesenta y seis años, Baptiste. —Y con voz dulce, añadió—: Me parece que hace más caso al corazón de lo que cree...

—¿Ha visitado el cementerio americano de Colleville-sur-Mer, madame? —Ella negó con la cabeza—. Cuando lo haga, recuerde que los miles de cruces sobre el césped son solo una pequeña muestra de la barbarie de aquellos años.

Le molestó el tono seco del viejo. Como también le había desagradado leer «Biel» y que aquel hombre desconocido muerto en Argelès llevara el nombre de su abuelo. Para ella siempre había sido un nombre único, como si no pudiera pertenecer a nadie más.

En aquella fotografía borrosa solo se distinguía a un hombre muy delgado que llevaba una camisa oscura arremangada y una gorra para protegerse del sol.

A Alicia le gustaban las fotos antiguas desde pequeña.

De adolescente había cogido a hurtadillas una en blanco y negro de las

que guardaba Ágata. Su abuelo aparecía vestido de soldado en la foto de estudio, que se había hecho antes de partir hacia el frente para que ella tuviera un recuerdo.

Alicia se inventaba toda clase de historias sobre el muchacho de la fotografía, aquel abuelo ausente al que imaginaba como su héroe de la infancia.

Doce horas después de haber llegado a Verneuil-sur-Avre, Alicia pensó que era muy cierta la advertencia de Julien. A aquel hombre hermético había que arrancarle las palabras. Por eso no quiso insistir.

Se había propuesto volver algún día y calculó que, si seguía abrumándolo a preguntas, tendría pocas posibilidades de que la invitase por segunda vez.

Baptiste respiró aliviado al ver que su nieto entraba en la estancia.

—¡Disculpadme, debo irme! —se excusó al tiempo que cogía el sombrero, contento de librarse de aquel interrogatorio—. Es la hora de mi paseo matutino.

Lo que menos le apetecía a Baptiste, triste por la reciente pérdida de su Lucile, era recibir a amiguitas de Julien. Y menos aún si, como hacía aquella, lo incomodaban con preguntas personales.

Y vaya si habría podido contar a la muchacha que Argelès había sido un infierno que ningún español imaginaba encontrar al otro lado de los Pirineos. Pese a todo, debía reconocer que tanto él como otros miles habrían muerto de no haber contado con la ayuda francesa.

«¿Por qué tendría que relatar mi vida a una desconocida?», se dijo mientras caminaba hacia el centro del pueblo, justificándose por la poca cordialidad que había mostrado.

Por otra parte, no entendía la relación que existía entre aquellos dos, que ni siquiera compartían habitación.

Cabe decir que aquella fisgona, con sus preguntas, había hurgado en la vieja herida. Había despertado en él una parte oscura de su historia que ahora le volvía a la memoria para hacerlo sufrir.

Al tercer día, cuando los jóvenes se despidieron, Baptiste ya no se sentía tan feliz de tener de nuevo la casa para él solo. Tal vez hiciese caso a su hija, Céline, y pasara una temporada con ella y su marido en Caen.

«Mal que me pese, a mi edad ya solo me quedan los recuerdos», se dijo con un suspiro resignado.

Tanteando un paso cansino con las zapatillas en chancleta, el anciano caminó hasta la cómoda y sacó del segundo cajón la carpeta donde guardaba las reliquias de su pasado español. Sentado a la mesa, la liberó de las gomas que la cerraban. Del interior de un sobre azul con un agujero donde había estado el sello de Franco, el hombre sacó tres fotografías. Al pasar por encima los dedos deformados por la artrosis, lo embargó la nostalgia.

Hacía una eternidad que no las miraba.

Contempló la primera, en la que una joven llevaba en brazos a una pequeña de un año. Estaban delante del mercado de San Antonio.

En el reverso de la fotografía figuraban escritos dos nombres y una fecha: «Ágata y Gloria. Diciembre de 1937.»

A continuación miró la siguiente. La misma mujer, más delgada y seria, tenía a una niña de tres años en el regazo. No necesitaba leer. Sabía de sobra lo que ponía: «Ágata y Gloria. Enero de 1939.»

La tercera volvía a ser un retrato de su hija española el día de su primera comunión. Llevaba en las manos un rosario y un misal blanco. En el dorso, los mismos nombres: «Ágata y Gloria. Mayo de 1945.»

Se entretuvo largo rato mirándola. Esta última la había recibido dos años más tarde a través de Arturo García, a quien se la había hecho llegar su hermano, Juan. Cuando la recibió, Baptiste ya sabía que el destino lo había alejado de ellas definitivamente.

El viejo republicano recordó cómo era de joven, cuando todavía se hacía llamar Biel, nombre que había abandonado una vez acabada la guerra en Europa para inscribirse en todas partes como Baptiste, la versión francesa de su segundo nombre de pila.

Se había visto obligado a hacerlo para empezar una nueva vida sin melancolías ni remordimientos que le menoscabasen el futuro.

Guardó la carpeta y después se sentó a leer. Dentro del libro se

encontraba la fotografía donde abrazaba por la cintura a Tonia, aquella anarquista apasionada procedente de Llonera, un pueblo de las tierras del Ebro.

Había sido el verdadero amor de su vida. Una pasión lamentablemente breve. Se conocieron en 1939 en la arena de Argelès, y meses después ella luchaba con la Resistencia. Antes de que terminara la guerra, Tonia moría en Fumel, en la región de Aquitania.

Un anarquista había dejado caer sin darse cuenta propaganda revolucionaria en una tienda. Ella se encontraba en casa de un contacto español cuando la policía irrumpió en la vivienda. Antes que ser entregada a los alemanes, Tonia prefirió arrojararse por la ventana.

Baptiste tardaría un año en saber que la había perdido para siempre.

Aun así, la mujer más real de todas había sido Lucile. Con ella había convivido sesenta años. Pese a que llevaba tres meses enterrada, Baptiste no dejaba de añorar su presencia. Al fin y al cabo, sería aquella muchacha francesa con las cejas y las pestañas más rubias que había visto jamás la que lo rescataría de la muerte en 1945.

Ahora, a punto de cumplir los noventa, se hallaba completamente solo en la casa donde había sido feliz, sentado en el sillón y con la mirada perdida más allá del amplio ventanal. Baptiste se vio a sí mismo una tarde de 1928 en el mercado de San Antonio, donde él y sus amigos, Ágata y los dos hermanos García, Juan y Arturo, jugaban a ser mayores.

Se le humedecieron los ojos al recordar aquellos tiempos remotos. En ese momento el anciano se dio cuenta de que en su interior aún sobrevivía con fuerza el Biel de otros tiempos. Vio de nuevo cómo aquel niño de diez años escuchaba, muy asustado, los malos augurios que le vaticinaba una gitanilla, allá por 1926.

Al mismo tiempo que las lágrimas rodaban por sus mejillas, los recuerdos de infancia del viejo republicano lo retrotrajeron a una masía catalana de El Prat de Llobregat.

6

En unos campos muy distintos de los que ahora contemplaba Baptiste en su pueblo de Normandía, setenta y nueve años atrás, su madre, Luisa, de Casa Viñolas, lloraba con rabia asomada a la ventana del desván de casa.

Corrían mejores tiempos cuando, desde aquel mismo lugar de la masía, la mujer oteaba satisfecha cómo sus dos hijos correteaban por los campos que se extendían hasta la desembocadura del río.

Sin embargo, un año atrás su felicidad se había desvanecido.

Con la mirada perdida, aquella madre de treinta y tres años observaba cómo, más allá del delta, la línea del horizonte separaba en dos mitades el cielo del mar. Al igual que aquellas dos tonalidades de azul, también ella se sentía partida por la mitad.

Pese al sol de principios de verano, que caldeaba tímidamente el aire, aquella mañana de junio de 1927 Luisa seguía atrapada por el dolor.

Llevaba quince meses marchitándose en la amargura y tenía clavada en el alma una negra tarde de primavera del año anterior. Mientras preparaba la crema catalana para celebrar que sus gemelos, Biel y Vicente, cumplían diez años, la vida de Vicente había terminado en el tronco de un chopo.

Desde entonces, a Luisa se le había fundido el mundo. En aquella casa no existían momentos de tregua desde que el matrimonio había perdido a uno de sus hijos.

Le dolía profundamente que un rato antes Biel hubiera asistido a la pelea entre su marido y ella en la cocina. Pese a que a menudo la excusa para enzarzarse en una discusión era el comportamiento arisco del chiquillo, esta vez las duras palabras de Tomás le habían partido el corazón.

Biel desaparecía casi siempre a la hora de comer. Que no se sentara a la mesa con su familia sacaba de quicio a su padre.

Aquel mediodía, sin embargo, Luisa había conseguido convencer a Biel de que no lo hiciera. Celebraban el cumpleaños del tío Enrique.

Al no verlo sentado a la mesa, Tomás sospechó que su hijo se había escabullido de nuevo.

—¡La madre que lo parió! —gritó, dando una patada a la silla vacía del

niño—. Qué desgracia que se matara precisamente el más fuerte de los dos.

La abuela Dolores, que llevaba la sopera a la mesa, casi la volcó por el furioso alarido de su nuera.

—¡Te odio, Tomás! —gritó Luisa mientras estampaba en el suelo la fuente de barro con la ensalada.

—¡Por los clavos de Cristo! Te juro, Luisa, que hoy aquí no come nadie hasta que estemos todos —la amenazó él.

Biel, que solo se había retrasado, lo oyó todo desde la puerta. En lugar de entrar en la cocina, cogió la bicicleta y huyó en dirección a los marjales.

Enfadado por las palabras de su hermano, Enrique dio un puñetazo en la mesa.

—Voy a buscarlo, cuñada —consoló a Luisa, que lloraba acurrucada en un rincón—. Sospecho dónde está Biel.

Furioso e impotente, Tomás salió a ventilar su rabia al patio.

En la cocina solo se oían los sollozos de Luisa.

—Resígnate a la voluntad de Dios, hijita —la consoló su suegra—. Nuestro Señor ha llamado a mi nieto a su reino. Nacemos para morir.

—No es Dios quien ha de tener a mi Vicente, suegra, sino yo —le espetó.

Acto seguido, sin esperar a réplica alguna, Luisa subió al desván en busca de soledad.

Contemplar la belleza del horizonte ya no la deslumbraba. Desde que le faltaba su Vicente, no era sino una madre rota.

Mientras acechaba con desasosiego si aparecían por el camino las bicicletas de Biel y de su cuñado, unos ladridos de perro arrastrados por el viento interrumpieron sus pensamientos.

Al mismo tiempo, a solas en la cocina, la abuela Dolores se había sentado a la mesa y contemplaba cómo se enfriaba la comida abandonada sobre el mantel.

—¡Quién sabe a qué hora comeremos hoy, Dios mío! —se lamentó.

Cogió la hogaza de pan por empezar y, antes de cortar una rebanada y rociarla con aceite, trazó con la punta del cuchillo la señal de la cruz en la corteza de la base.

Los arrugados ojos, empequeñecidos por el paso de los años, se le humedecieron al recordar cuántas fiestas de guardar se habían celebrado en aquella recia mesa fabricada por el bisabuelo.

Aunque no la justificaba, la mujer comprendía muy bien a Luisa. Ella misma había parido a cinco hijos, de los que solo habían sobrevivido Tomás y Enrique. También ella, como ahora su nuera, había maldecido a Dios y al mundo cada vez que las fiebres le arrebataban un hijo.

A sus cincuenta y ocho años, Dolores podía entender a su primogénito. Sabía con certeza que no sentía de verdad lo que había dicho de Biel Bautista. Era la tristeza disfrazada de rabia la que hablaba.

Una vez engullida la rebanada de pan, levantó el porrón y bebió a chorro un largo trago de vino tinto. Al terminar, salió al patio a hacer compañía a su hijo.

—Mi nieto no acaba de centrarse, Tomás —le dijo con pena—. Ten paciencia con el chiquillo. Se siente perdido.

—La actitud de Biel no nos ayuda nada, madre. —Antes de proseguir dio una profunda calada al cigarrillo—. Hace que Luisa y yo nos peleemos a menudo y nos digamos cosas feas.

—Cada cual lleva su cruz, Tomás.

El hombre hizo una mueca de cansancio en respuesta a aquella resignación y se dirigió a la cuadra.

Dolores anduvo hasta la higuera y se sentó en la silla de asiento de paja, siempre allí preparada para poder disfrutar de la sombra. Contempló las cuatro mojas que se extendían ante ella. Aquellos casi veinte mil metros cuadrados habían sido el triunfo de sus antepasados. El abrazo entre el mar y el río cubría el terreno de marjales. Sus abuelos habían trabajado duro para ganar tierra al agua y convertirla en campos de alfalfa.

Enrique pedaleó en busca de Biel, que estaba sentado en la arena, a la sombra del cañaveral.

Desde la muerte de su hermano, no deseaba otra cosa que huir de aquellos lugares que lo mortificaban sin cesar.

Días antes del accidente, su padre había dejado acampar allí a unos

gitanos. Durante dos días la familia se distrajo con la cabra amaestrada y los juegos malabares de aquella gente. Mientras los mayores charlaban, una gitanilla de su edad se ofreció a leerles la buenaventura.

Él no creía en esas cosas, pero Vicente lo había obligado a extender la mano.

Con la palma de Biel en su mano morena, al ver los ojos del niño la gitanilla esbozó el gesto de dejarlo correr. Él, enfadado, tensó los dedos.

—Ahora sí que quiero saber mi futuro.

La chiquilla siguió con detenimiento las rayas y vaticinó muy seria:

—Tienes malos augurios... Pronto perderás una parte de ti mismo.

—¿Perderé una pierna o un brazo? —preguntó muy asustado.

—Serás un bobalicón cojo y manco, Biel —dijo entre risas Vicente al tiempo que lo apartaba y tendía su mano a la gitanilla—. Va, ahora me toca a mí.

En cuanto miró la palma de Vicente, la niña la dejó caer como a un pájaro muerto. Acto seguido se alejó sin decir palabra.

Decepcionado, Vicente se plantó ante ella de un brinco, cerrándole el paso para que no se escabullera. Asustada por la reacción del chico, ella llamó a gritos a su padre.

Todos los hombres del clan se pusieron de pie y las mujeres alerta.

El tío Enrique, que estaba charlando con el patriarca, corrió a rescatar a la muchacha.

—¡No quiere decirme el futuro! —gritó furioso Vicente.

—¡Yo te lo diré, borrico! —exclamó su tío al tiempo que lo agarraba por la camisa y le atizaba un pescozón—. Eres un cabeza de chorlito de diez años que será igual de caradura a los veinte que a los treinta si no abonas mejor esos sesos de mosquito que tienes.

Sin embargo, la profecía de su tío no se cumpliría. En menos de una semana, Vicente estaba muerto.

Desde entonces Biel no había dejado de pensar en el augurio de la gitana. Como tampoco había dejado de preguntarse de qué servía conocer el porvenir si no podía cambiarlo. No había sido una extremidad lo que había perdido, sino a alguien a quien quería como a una parte de sí mismo, tal como ella había adivinado.

Vicente se había desnucado al caer del árbol blanco, el chopo al que se había subido para coger un nido de verderones.

Después del entierro, Biel se había ido alejando de todos. Huía de la mesa a las horas de las comidas. Al verla puesta, contaba las sillas y pensaba: «Solo cinco. Falta la suya.»

Entonces perdía el apetito.

Había ido odiando a su padre poco a poco, por pequeños detalles, como cuando insistía a su madre que cocinase caracoles en su jugo con vinagreta. Ella se resistía porque el plato favorito de su marido también lo había sido de Vicente y se lo recordaba.

A veces Biel deseaba lo mismo que su padre aquel mediodía: ser él el muerto en lugar de Vicente.

Su hermano no solo había sido su gemelo, sino también el amigo al que admiraba. Juntos habían convertido las mañanas de domingo en día de caza. Lagartos, insectos y gusanos iban a parar a tarros de cristal y cajas de cartón.

Los días siguientes al entierro, los amigos de las masías circundantes pasaban a buscarlo para ir juntos al colegio, pero poco a poco se habían cansado de hacer un camino más largo del habitual.

Al fin y al cabo, el hermano divertido había sido el otro.

Lejos de sentirse mal, el olvido de los amigos lo había liberado.

Ya la primera noche a solas en su habitación, Biel había tomado posesión de la cama que había sido de Vicente. De ese modo se ahorra verla vacía desde la suya.

Cuando su madre descubrió el cambio a la mañana siguiente, no pareció molestarla. Al entrar a despertarlo se limitó a decir:

—Cierra los ojos un ratito más, Biel.

Él obedeció y, al abrirlos, vio que lloraba sentada a su lado.

Pese a ser idénticos, los gemelos jamás habían podido engañar a nadie. Los delataban los ojos, porque Biel tenía uno marrón y el otro gris.

Luisa había repetido aquel ritual todas las mañanas a lo largo de un mes, hasta que un día el chiquillo decidió levantarse antes de que ella entrase.

En un momento dado en que al abrir los ojos vio que su madre lo observaba, el chico intuyó que no era a él a quien estaba contemplando. No era su sueño el que velaba. De hecho, había captado que su madre

imaginaba que, en lugar de él, quien estaba allí era Vicente, vivo y durmiendo. Entonces también empezó a detestarla a ella.

De repente, la voz de su tío lo arrancó de su melancolía.

—Biel Bautista, ¿dónde estás?

No respondió. Lo hería la primera persona del singular, que había sustituido al acostumbrado: «¿Dónde estáis? ¿Qué estáis tramando?»

Su identidad, compartida con su hermano a lo largo de diez años, había pasado a ser completamente suya. Como también lo eran ya la habitación y la bicicleta. Ya no tenía que pelearse con Vicente para ocupar el asiento y dirigirla. Se había hartado de ir de paquete, con las manos sobre sus hombros y las piernas bien estiradas para no tocar el suelo.

Biel suspiró, como si nadie lo estuviera buscando. Solo el rumor del mar podía conducirlo a pensamientos nuevos. Ante aquella inmensidad soñaba con aventuras en las que no tenía cabida su hermano, que nunca había aprendido a nadar por un miedo atroz al agua.

—¡Levántate, pillastre! —le dijo Enrique, que acababa de encontrarlo, al tiempo que le alborotaba el cabello—. En casa la comida ya está en la mesa. Tienes a tu padre muy enfadado y a tu madre preocupada.

—Hoy no tengo hambre, tío.

—Te vienes conmigo y basta.

El chico se puso de pie y caminó muy despacio hasta el agua, pacientemente seguido por Enrique.

—Un día cruzaré el mar, tío, y empezaré una vida lejos de aquí.

Enrique se enjugó con disimulo una lágrima mientras lo abrazaba fuerte por los hombros.

Tampoco él lograba acostumbrarse a ver solo a uno.

7

Al terminar de calzarse los zapatos, Tomás se acercó a la ventana para ver el tiempo. Eran las dos y media de la madrugada. Rodeaba la luna una aureola de niebla y el cielo brumoso amenazaba lluvia. Pensó con inquietud que hasta llegar al mercado del Borne los esperaban tres horas de camino.

Desde el balcón vio como su hermano, Enrique, se dirigía a la cuadra. El carro ya estaba preparado desde el día anterior. Solo faltaba enganchar a la mula.

Tomás entornó uno de los postigos y, guiándose por la escasa luz de luna que se colaba, cogió la camisa del respaldo de la silla. Mientras se la abrochaba, contempló a su mujer dormida.

Conmovido por la fragilidad que emanaba Luisa, atrapada en el sueño, sintió una punzada de nostalgia al recordarla como la joven de dieciséis años a la que se había declarado por las fiestas de San Isidro, un lejano mes de mayo de 1910.

Por aquella muchacha forastera llegada de Castellón con sus padres y cuatro hermanos, había renunciado a las correrías con sus amigos.

Un día de septiembre, por la fiesta mayor, Tomás, de Casa Viñolas, estaba recostado en uno de los plátanos que rodeaban la pista de baile del Artesà del Prat. No podía apartar la vista de aquella silueta envuelta en un vestido blanco con estampado de tulipanes.

Al ver que otros sacaban a bailar a aquella muñeca, la deseó.

El joven ya se había fijado en la hija de los jornaleros la temporada anterior, cuando su padre los contrató para la cosecha del maíz. En aquella ocasión Tomás no se había atrevido a dirigir a la muchacha sino alguna que otra mirada furtiva, mientras ella descargaba los canastos en el cobertizo donde despinochaba junto con otras mujeres.

En los meses siguientes la había visto más de una vez en la Fuente de los Gallos armando jarana con las amigas, a la espera del turno para llenar los cántaros.

A Tomás se le antojaba que habían pasado mil años de todo aquello.

Antes de salir de la habitación, arropó con las sábanas a su mujer y le

apartó el mechón de cabello que le caía sobre un ojo. Ella soltó un suspiro de satisfacción desde las profundidades del sueño.

El hombre añoraba a la muchacha espiada, no muy voluptuosa pero llena de sensibilidad, que diecisiete años atrás lo había enamorado. Todavía la deseaba, pese al penoso distanciamiento en que se habían encastillado el uno hacia el otro.

Lo que más lo hería era constatar que, día a día, se iban convirtiendo en dos extraños incapaces de amar.

Entre las sábanas, todas las noches dejaban el suficiente espacio en medio para que anidasen reproches, frustraciones y promesas incumplidas. Al levantarse por la mañana, todo seguía en pie de guerra.

Diferencias que un par de años atrás habrían sido insignificantes, ahora crecían como la mala hierba en un campo abandonado.

Hacía una hora que Tomás, muy meditabundo, conducía el carro por el Camino Real. Sentado a su lado, también Enrique guardaba silencio. Los hermanos llevaban días enfadados. Los ocho años de diferencia entre ellos habían provocado que, ya de pequeños, no compartieran juegos.

Aún conservaban la fotografía donde los dos aparecían con sus padres a la puerta de la masía. Un Enrique de cuatro años, sentado en el regazo de su madre, tenía la misma cara de niño risueño que en la actualidad, con veinticinco.

La muerte del padre, cuando su hermano tenía quince, había convertido a Tomás en cabeza de familia, haciendo que el hermano mayor tratase al pequeño como si fuera un hijo.

Tomás pensó de nuevo en Biel. A medida que se alejaba de casa, se iba arrepintiendo de lo que había dicho el día anterior a la hora de la comida. Habría querido que todos entendieran hasta qué punto también él se sentía triste.

La propuesta que días atrás le había hecho el hermano de su mujer, Vicente, había sido la causa de las últimas trifulcas en casa. Además de cuñado, era asimismo uno de los asentadores que controlaban los puestos de venta en el mercado del Borne.

—¿En qué piensas? —le preguntó Enrique, que hasta el momento había ido callado y con la horca bien aferrada.

—¡No tenías que haberte ido de la lengua, Enrique! —lo recriminó.

—Ahora no es momento de discutir eso, Tomás —replicó el otro, con la vista clavada en el camino por si aparecían los ladronzuelos—. Casi hemos llegado a Belviche. Más vale que nos apeemos del carro y llevemos a la mula de la brida.

Tomás se volvió y vio cómo los campesinos de la caravana bajaban de los carros para proteger al animal si atacaban los salteadores. Los dos hermanos Viñolas hicieron lo propio. En aquel tramo peligroso, todos caminaban con las bestias agarradas por la brida, los ojos bien abiertos y el corazón en un puño. Con las horcas a punto para defenderse en caso necesario.

A una señal del primer carro de la fila, arrojaron la parte de la carga prevista como tributo.

—¡Así revienten todos los atracadores! —maldijo Enrique con mirada airada.

—Es gente que pasa hambre, hermano. Calla y démosles su parte.

—¿Y qué culpa tenemos los campesinos de El Prat, joder? Estoy harto de este malvivir.

Pasado el peligro sin sobresalto alguno, ambos se sentaron de nuevo en el pescante. A su espalda quedaba la retahíla de verduras, que los necesitados se apresuraban a recoger.

—Yo estoy harto de otras cosas, Enrique...

—¿De qué cojones estás hablando, Tomás?

—¡Hablo de mi cuñado! No tenías que haberte ido de la lengua. Ya tengo bastantes motivos de discusión con mi mujer para que encima eches más leña al fuego.

—Luisa sufre por Biel —se defendió el otro, muy molesto—. Trabajar en Barcelona le sentará bien... Aquí tu hijo se pasa las horas muertas mirando al mar.

—En la finca nos sobra trabajo si Biel quiere distraerse.

—¡Eso Luisa ya lo sabe, so burro! Lo sabía de sobra cuando Vicente vino a ver la cosecha y le propuso llevarse al chico consigo para que trabajase en su puesto.

—¡Mi hijo no tiene por qué coño trabajar de mozo en el mercado de San Antonio!

Enrique no quería seguir con la discusión, de manera que saltó cabreado del carro y continuó a pie. El otro hizo restallar las riendas en las ancas de la mula, que soltó un relincho.

Aquella manía absurda que les había cogido a Enrique y Luisa de apartar a Biel del campo lo tenía harto. No sabía cómo hacer entrar en razón a aquella hija de jornaleros con la que se había casado catorce años atrás. Las dos hectáreas que se extendían delante de la casa, más la que tenían en la marina, serían de Biel, su heredero, y eso lo obligaba a seguir allí.

Biel llevaba ya una hora atareado con las alcachofas y Dolores trasteando por la cocina, en el piso de abajo, cuando Luisa se despertó, a las ocho de la mañana.

Antes de levantarse, se volvió lentamente y pasó la mano por el hueco, todavía visible, en la almohada de Tomás. Después acarició el lado vacío de la cama a su derecha. Todavía deseaba sus caricias pese a estar enojada con él.

Mientras holgazaneaba, pensaba en agosto de 1909. Esa semana había cumplido los quince, y acompañaba a su padre y a sus hermanos a la trilla de las alubias de Casa Viñolas.

Terminado el trabajo, hombres y mujeres habían ido a la playa para quitarse el polvo de encima. Ella iba con las mujeres y el hijo pequeño de los dueños, Enrique, de siete años, que se había aferrado a su mano y no la soltaba.

Tomás montaba a pelo el mulo castaño, y su padre, Faustino Viñolas, llevaba de la brida a la mula torda.

Al llegar a la playa, Tomás, sin apearse de la cabalgadura, se quitó la camisa y entró en el agua a lomos del animal. Después de lavarlo, lo ató al cañaveral y fue a nadar con los demás.

Unos metros más allá, con la falda arremangada hasta las rodillas, Luisa se mojaba los pies con las mujeres, riendo y dando saltitos sobre las olas.

Fue el día en que se enamoró de aquel muchacho de piel morena que

cabalgaba por la playa bajo el sol declinante de la tarde.

—No te fijas en él, Luisa... —le aconsejó su madre cuando volvían a casa —. No eres más que una jornalera y él es el hijo del dueño.

Cuatro años más tarde, un tibio domingo de junio de 1913, Tomás se casaba con ella, y al cabo de tres años nacían los gemelos.

Luisa se dio la vuelta entre las sábanas. Finalmente se obligó a saltar de la cama. Antes de bajar, dejó ordenadas las cuatro habitaciones del primer piso.

Al entrar en la cocina, su suegra salía de la despensa.

—Hoy iré al pueblo, Dolores. ¿Necesita algo aparte del azúcar? —preguntó mientras cogía el puchero lleno de café que había junto al hogar.

—Trae bacalao seco y arenques —le pidió, al tiempo que le acercaba la panera.

Luisa troceó pan dentro de la taza y añadió un chorro de leche. Mientras desayunaba, su suegra seleccionaba garbanzos a su lado.

—Dolores, ayúdeme a convencer a Tomás de que deje trabajar a Biel en Barcelona.

—¡Lo que pides es un disparate, Luisa! Es una mala ocurrencia que quieras apartar a mi nieto de la tierra.

—Aquí mi hijo no saldrá de su letargo. ¡Se está volviendo aturdido y huraño! ¿Es que nadie lo ve?

—El chiquillo acaba de cumplir los once... Ya tiene edad para encajar las desgracias, Luisa. La muerte de su hermano no será la última que le toque vivir. —Haciendo caso omiso del gesto de desaprobación de su nuera, prosiguió—: No le des más vueltas, muchacha. Mi hijo no enviará de mozo de mercado a su chico. ¡Nunca en la vida!

—Para llevar la tierra también está Enrique.

—Veo que aún no has entendido nuestras costumbres... —replicó la mujer con un dejo de cansancio—. ¿Habéis pensado en tener más hijos?

La joven le clavó una seca mirada a modo de respuesta mientras seguía mojando pan en la leche.

Callada y con el ceño fruncido, la abuela Dolores continuó separando las piedras de los garbanzos. Al poco rato, harta de aquel silencio que le costaba digerir, salió al porche.

El cielo estaba despejado y la vieja respiró hondo al ver cómo el sol se adueñaba de las parcelas. Sus hijos aún no habían vuelto de Barcelona.

Trescientos metros más allá se veían las pequeñas figuras de Biel y el mozo, Josep, que estaban trabajando.

La mujer pensó en aquel hombre, ahora viejo como ella, que los ayudaba. De los gemelos, Biel había sido desde el principio el mimado de aquel trabajador, que dormía en el altillo de la cuadra, sobre el pajar, en un catre con jergón.

Durante la temporada de despinochar el maíz, el niño correspondía a su estima guardando las hojas más tiernas para llenar el colchón de su amigo.

Cuando Biel, con cinco años, enfermó de fiebres, Josep entraba en su cuarto con un cigarrillo encendido en la boca.

—¿No temes contagiarte del mal de mi nieto, Josep? —había preguntado ella, muy agradecida.

—El humo me protege, Dolores.

Entonces el mozo cogió la mano del niño, y ella se convenció de que, si Josep estaba a su lado, se curaría.

El domingo siguiente, al mismo tiempo que les paría una vaca, Tomás acabó de decidirse. Enrique, apenas el ternero se tuvo en pie, y tras cambiarse de ropa, había salido disparado con la bicicleta camino del pueblo a encontrarse con su novia. Paulina lo esperaba para ir al baile.

En la cuadra se quedaron solos padre e hijo. Biel observaba al ternero.

—¿Cómo es que hoy no vas a dar una vuelta por los marjales?

—No me apetece, padre.

—¿Quieres que vayamos los dos a nadar? Este verano aún no nos hemos estrenado.

El chico dijo que sí con la cabeza sin ocultar una sonrisa.

—Otra cosa, Biel. ¿Estás seguro de que quieres trabajar en el mercado de San Antonio con los tíos? —El hombre estaba harto de que Luisa no le dirigiera la palabra.

—Me gustaría probar, padre.

—Entonces, hablaré con tu madre. Tendrás que quedarte a vivir con los

tíos entre semana. Pero eso sí, todos los sábados por la tarde te quiero aquí de vuelta hasta el lunes.

Biel volvió a asentir con la cabeza.

El campesino salió a tomar el fresco. Fuera, miró al cielo para ver qué tiempo hacía. Desde su atalaya, las tres palmeras contiguas a la masía, plantadas en señal de bienvenida y buena suerte, seguían contemplando las desventuras familiares.

Solo él sabía cuánto le costaba hacer aquella concesión a su hijo.

8

Alicia estaba en la biblioteca de la calle del Carmen buscando información sobre la retirada de los exiliados en el treinta y nueve, al tiempo que seguía dando vueltas a los tres días que había pasado en Francia con Julien y Baptiste.

Había detenido la lectura en una página ocupada casi por entero por una fotografía. Un gendarme francés ofrecía pan a una madre joven que, acucillada con la mirada gacha y expresión de dolor, abrazaba a dos pequeños que apenas sumaban tres años. A su espalda, otras mujeres claramente agotadas descansaban sentadas sobre unos fardos en una calle de El Pertús, un pueblo mitad francés, mitad español al lado de La Junquera.

Tal vez ella no habría llegado a nacer si su abuela hubiera acompañado al exilio a su marido, se dijo.

Sin embargo, seguía sin encajar en su rompecabezas cómo había conseguido Baptiste aquella fotografía fechada en septiembre de 1939. Quienquiera que hubiese sacado la foto, se la había dado al tal Biel después de esa fecha.

El campo de Argelès había sido cerrado oficialmente el 30 de junio de ese año. Según había leído, en julio habían vuelto a abrirlo, con barracones de madera para albergar a las mujeres y los niños procedentes de otros lugares, previendo que Hitler invadiría Francia.

Si la fotografía había caído en la arena, como afirmaba Baptiste, aquel Biel habría muerto en ese segundo período.

«He de conseguir que el abuelo de Julien me dé más información», pensó mientras pasaba páginas y tomaba notas. La siguiente vez iría más preparada y con los deberes hechos.

Mientras, documento tras documento, se abría paso por los intrínquilis del tiempo, toda ella era un vaivén constante de sentimientos encontrados. Julien le enviaba mensajes a diario, y si bien acariciaba la idea de volver a verlo, Javier seguía siendo el hombre al que odiaba y echaba de menos a partes iguales. Superarlo no le resultaba tan fácil como habría deseado.

A la una y media, al salir de la biblioteca, se encaminó hacia la ronda.

Había prometido a su abuela que comería con ella. Desde su regreso, hacía dos semanas, solo habían hablado por teléfono. No le había comentado gran cosa del viaje y supuso que sentiría curiosidad.

Ágata bastante tenía con conseguir pasar el día. El bastón le servía de poco y se movía por el piso con andador.

Hasta el momento había conseguido que su hija, Gloria, no la obligase a ir a vivir con ellos. Le dolía la soledad, pero no quería perder la independencia que le daba vivir en su propia casa. Utilizaba las macetas cargadas de flores bien cuidadas para demostrar a todos que seguía siendo la de siempre y que, si tenía la suficiente energía para llevar aquel jardín en la terraza, también podía ocuparse de sí misma.

Mientras pudiera, haría alarde de esa falsa fortaleza.

Por el momento había accedido a que su Gloria le llevase comida preparada. La guardaba en fiambreras en la nevera y la calentaba en el microondas. La hija le había puesto como condición para dejarla vivir sola que sustituyera la cocina de gas por una eléctrica para cuando quisiera prepararse algo.

Sumida en sus cavilaciones, Ágata oyó que se abría la puerta del piso y el tintineo del cascabel que Alicia llevaba en el llavero.

En aquel instante su abuela salía de la cocina hacia el comedor. En la plataforma de la parte delantera del andador llevaba la bandeja con los canelones.

—Te he echado de menos, cariño mío —dijo abrazándola y exigiendo besos.

Era la única de las tres nietas que la visitaba con asiduidad. Lourdes y Juana lo hacían muy de vez en cuando. Y su bisnieta, Mireia, se limitaba a acudir a las celebraciones.

Alicia comprobó que la asistente le mantenía el piso bastante limpio. En el aparador no había ni una mota de polvo.

Encima del mueble estaban enmarcados todos los acontecimientos y efemérides de la familia: las comuniones de sus hermanas, la suya y la de su sobrina, la boda de sus padres y la de su hermana mayor.

Alicia se entretuvo en un retrato de su abuela rodeada de su familia, propia y adquirida, el día en que cumplió ochenta años. Sonrió al verse tan

joven en la imagen. Por entonces acababa de cumplir los veintiuno y no había sufrido desengaños que no pudieran superarse con unos cuantos días de melancolía y llanto.

Ese mediodía se había propuesto hacer hablar a su abuela de los tiempos de la guerra, de cuando su marido se marchó para no volver, pese a ser consciente de que era un tema que Ágata siempre esquivaba, tal como había hecho el abuelo de Julien.

—Voy a buscar la caja donde guardas fotos antiguas, yaya.

—Olvídate de mirar retratos viejos y cuéntame novedades tuyas.

—He conocido a un hombre en Francia, Baptiste, que también se exilió cuando la guerra. Nunca ha vuelto a España.

—Allí se quedaron muchos. ¿Por qué te ha entrado de repente esa manía de saber?

—Me consumo de añoranza por Javier, yaya. Sé que no hago bien. Por eso busco algo que me mantenga la cabeza ocupada. El trabajo en el estudio no me basta. Allí, sola y enclaustrada, todavía pienso más en él. No acabo de entender por qué me ha dejado de manera tan repentina.

—¿Y para eso necesitas ir a revolver en aquellos tiempos de desgracias y penalidades?

—Tengo la esperanza de que el pasado me ayude a olvidar mi presente.

—Acto seguido sonrió y le guiñó un ojo—. En casa de Juana conocí a un chico francés, ¿sabes? Es el nieto de ese republicano que te he dicho.

—¡Ahora entiendo por dónde va tu afición! ¿Y es guapo ese muchacho?

—¡No está nada mal!

Se habían terminado el postre y, mientras Alicia retiraba los platos de la mesa, Ágata se dirigió con el andador a sentarse en el sillón.

Después, Alicia fue hasta el armario de su abuela para sacar del fondo la caja llena de fotografías allí guardada. Sobre la mesa ahora vacía del comedor iba dejando todas aquellas donde salía Biel.

—¿Sabes, yaya? Tengo un abuelo que nunca ha envejecido. Cuando era pequeña, en el colegio nos pidieron que lleváramos fotografías de nuestros familiares para hacer un árbol genealógico. Todas mis compañeras tenían abuelos ya viejos. En cambio, yo enseñaba la fotografía de un hombre más joven que mi padre.

—Llévatelas a casa, Alis —le ordenó con aire de cansancio—. Eres la única a la que le interesan y que las mira. Ahora déjame descansar. Necesito echar una cabezada.

No se lo hizo repetir dos veces. Siempre que Alicia le había pedido que la dejara llevarse la caja de fotos a casa, su abuela se había negado diciendo que ya estaban bien donde estaban.

No se entretuvo demasiado en recoger sus cosas y despedirse haciéndole arrumacos.

Una vez a solas, Ágata intentó conciliar el sueño. Ella tantos años obligándose a olvidar y su nieta tan obsesionada en recordar.

Cuánta razón tenía su madre, Petra, cuando repetía que la vida es una noria que siempre gira sobre lo mismo. Lo que unos tiran, otros lo recogen.

Ella misma había vivido muchos años encallada en un amor sacrificado por fuerza un maldito enero del treinta y nueve, y ahora Alicia se obcecaba en reavivar aquellos tiempos.

«¿De qué me habrá servido convivir toda mi vida con esta mentira si, en las postrimerías de mi existencia, divulgo el secreto que he llevado enterrado en el fondo de mi corazón?», se dijo.

Hacía cincuenta y ocho años que había recibido las últimas noticias de Biel. En 1947, con matasellos de un pueblecito del norte de Francia, le llegó la estocada final a su matrimonio.

Comprendía el dolor que estaba sufriendo su nieta por culpa de Javier, y lo comprendía hasta un punto que Alicia no podía ni imaginar.

Completamente desvelada, Ágata recordó cuando era la hija de los dueños del puesto de aves de corral en el mercado de San Antonio.

Había conocido a Biel en 1928, cuando ambos tenían doce años. Aquel adolescente huraño, llegado de El Prat para ayudar en el puesto de verduras de unos tíos, le robó el corazón pese a la antipatía con que a menudo la trataba.

La mujer forzó media sonrisa llena de añoranza al recordar una lejana tarde de su infancia.

Era solo una niña y, en compañía de su madre, Petra, se dirigía a abrir el

puesto. En una mano llevaba la rebanada de pan con mantequilla que iba merendando, y de la otra a Arturo, el hijo menor de los carniceros.

Al pasar por delante del puesto de verduras, su madre se detuvo a saludar a la dueña.

—¿Dónde tienes a tu ayudante, Adelina?

—Lo he dejado salir un rato. Hoy la venta va flojilla.

Al oírlo, Ágata y Arturo, seis años menor que ella, pidieron permiso para salir al patio que daba a la calle Tamarit.

Biel estaba sentado en el suelo, recostado contra la pared. Se entretenía en cerrar el paso con un palo a un caracol de viña.

—Quítate de delante —ordenó de mala gana refiriéndose solo a ella—. Me tapas el sol.

Bajó la vista de nuevo y observó que el caracol ya se había subido al palo. Con un rápido movimiento, lo aplastó con el pie.

—¿Por qué lo has matado? —lo riñó Ágata.

—Lo que haga con este baboso es cosa mía —dijo mientras removía con el palo la masa viscosa mezclada con trocitos de concha.

—Era un ejemplar grande —comentó Arturo.

—¡No me gustan los caracoles! —se justificó Biel.

De debajo de una hoja de col caída en el suelo salió otro tan grande como el anterior.

Los tres lo vieron al mismo tiempo. Ágata esbozó el gesto de ir a cogerlo, pero antes de que pudiera hacerlo, Biel lo aplastó con el pie.

—¡Burro! Casi me pisas. —Estaba a punto de llorar y le dio una patada en la pierna.

Él la miró de hito en hito frunciendo el ceño. Arturo seguía al lado de su amiga y, con cara de susto, miraba cómo a un paso de él se deslizaba un tercer caracol.

Esta vez Biel lo dejó pasar.

Antes de volver furiosa al puesto de sus padres, seguida de su amiguito, Ágata se vengó:

—¡Eres un mal bicho! Lo dice mi madre y tiene razón.

Entonces, sin dejar de mirarla, Biel aplastó el tercer caracol.

Arturo se soltó de la mano de Ágata y corrió a sentarse a su lado. Quería

poner de manifiesto que no pensaba lo mismo que ella. El niño profesaba al muchacho de El Prat una mezcla de temor y admiración.

—¿Dónde está tu hermano? —le preguntó Biel mientras le sacudía de la naricilla una brizna de la naranja que estaba comiendo.

—Juan hoy está castigado. —El pequeño chupaba el zumo y el líquido le resbalaba de la mano hasta el codo—. Ha fallado todas las multiplicaciones en el colegio.

Encima de la cómoda estaba la fotografía de boda, que aún le recordaba a Ágata que un día había estado casada.

«Tal vez aún siga vivo», pensó. Su Biel había quedado detenido en el tiempo. Más que como a un marido, le gustaba recordarlo como a aquel chiquillo que un día, pistola de madera en mano, se jugó con Juan García un beso suyo en la mejilla.

Al lado de la foto de boda había otra más pequeña en un marco de estaño grabado, una manualidad que le había hecho Gloria para el día de la madre cuando iba a las monjas. Desde el portarretrato, Biel, con gorra de golfillo, la miraba con chulería apoyado en la camioneta de su tío. Mostraba aquella sonrisa tan difícil de mantener pero que, cuando la sacaba, le iluminaba la mirada.

Ágata se entristeció al pensar que todo su pasado con Juan y Biel eran ya cenizas.

La tarde anterior a que Biel aplastase todos los caracoles que se le ponían por delante, los tres se habían peleado.

—Quiero hacer de pistolera —había exigido ella.

—No puedes. ¡Eres una niña! —sentenció Biel antes de repartir los papeles—. Hoy tú serás del Sindicato Libre, Juan, y yo del Sindicato Único.

Nueve años atrás, la huelga de la compañía eléctrica La Canadiense había provocado el encarcelamiento de tres mil trabajadores.

Para acabar con los anarcosindicalistas, la patronal había nutrido su Sindicato Libre con pistoleros a sueldo y los otros plantaron cara con el Sindicato Único. Desde entonces, toda negociación iba precedida de tiroteos y ajustes de cuentas.

La chiquillería había incorporado a sus juegos la lucha entre los dos sindicatos.

Ágata seguía allí plantada sin dar su brazo a torcer.

—Si solo puedo mirar cómo jugáis vosotros, me voy —amenazó la niña, muy enfurruñada.

—¿Qué te parece si eres la florista del quiosco? —concedió Biel—. Morirás abatida entre el fuego cruzado.

—¡Yo no quiero morirme!

—Entonces te heriremos —negoció Juan—. Serás la novia del que gane y tendrás que darle un beso.

Biel estuvo de acuerdo.

—Ya te gustaría, ¿eh, Biel? —se vengó ella, burlona.

Humillado, el chico la miró con odio.

—También podrías hacer de enfermera para curarnos y sacarnos las balas —intervino de nuevo Juan, conciliador.

—¡Idos a freír espárragos los dos, borricos!

Cogido de su mano, Arturo los miraba con atención. Ser el pequeño le quitaba el derecho a decir nada.

Inmersa en los recuerdos que habían sido el escenario de sus juegos infantiles, la vieja Ágata se levantó para acercarse al balcón desde donde toda la vida había contemplado el mercado. También aquella lejana tarde de setenta y siete años atrás, cuando concluyó su papel de florista en el juego.

Pese a su enfado, se había sentado en la caja de madera vuelta del revés, fingiendo que las hojas estropeadas de acelga y alcachofa eran flores.

En el fondo deseaba que ganase Biel. Al fin y al cabo, Juan y ella habían crecido juntos y siempre que le apetecía le daba un beso en la mejilla sin que hubiera nada del otro mundo en ello.

Sin embargo, aquella tarde de 1928 las cosas no salieron como era de esperar. El paso de un gato enloquecido hizo caer de espaldas a Biel, y el hijo del carnicero aprovechó para apoyarle el revólver de madera en la frente.

—¡No vale! —exclamó Biel levantándose de un brinco—. Has hecho trampa.

—¡Muere, cobarde! —gritó Juan García, al que no le apetecía nada perder—. Soy un pistolero del Libre y te he vencido.

9

Baptiste estaba plantado ante el armario abierto del dormitorio. Dentro aún colgaban los vestidos que su querida Lucile no volvería a llevar. Acarició con el dorso de la mano uno azul celeste. Era su favorito.

Su hija, Céline, había querido retirarlos para ahorrarle tristezas, pero él le había pedido que los dejase.

Ya tendría tiempo de hacerlo más adelante.

Necesitaba verlos allí para acostumbrarse a su ausencia. Había sido el generoso amor de Lucile, con quien nunca había podido casarse porque él venía de un país donde no existía el divorcio, el que lo había liberado de todo sentimiento de culpa hacia Ágata.

Sin embargo, ahora que la verdadera compañera de su vida había muerto, la imagen de Ágata le volvía a la memoria como un fantasma del pasado.

Cuando vivía en El Prat de Llobregat y contemplaba el mar, añorando otros lugares, Baptiste no sospechaba que una sola vida pudiera albergar tantas diferentes. Los recuerdos que guardaba de quienes habían sido sus padres, Tomás y Luisa, de su hermano Pedrito y de su gemelo Vicente le resultaban tan lejanos que incluso debía esforzarse para aceptar que no eran un sueño.

Baptiste se sentía aliviado de que Céline hubiera vuelto ya a su casa de Caen. Su hija seguía empeñada en llevárselo a pasar el otoño y el invierno con ella.

Había sido una grata coincidencia que Julien lo visitara precisamente cuando estaba allí Céline. Su nieto se había ofrecido a quedarse unos días con él, prometiéndole a su madre que, si no lo veía en condiciones de quedarse solo, él mismo lo llevaría a Caen.

A Baptiste siempre lo había enfurecido que alguien decidiera por él o le cortase las alas. Lo enfadaba de veras que, desde que su mujer había muerto, quisieran convertirlo en una persona de la que se podía disponer.

Cerró el armario y salió a la sala, donde su nieto tecleaba en el ordenador mientras daba mordiscos a un bocadillo.

—Si no te tomas el trabajo con más calma, Julien, ninguna chica se quedará a tu lado —dijo mirando el monitor desde su espalda—. Las mujeres requieren atención. Ya tienes treinta y dos años, muchacho, debes planteártelo.

—No tengo prisa, abuelo —dijo al tiempo que cerraba el portátil y se llevaba a Baptiste del brazo hacia el sofá.

—Por cierto..., ¿entre tú y aquella española que trajiste hace unas semanas hay algo?

—¡Nada de nada! La conocí poco antes de presentártela. En realidad, a ella le interesabas tú. No quise decírtelo, pero Alis está haciendo un reportaje sobre los exiliados del treinta y nueve y le dije que tú habías sido uno de ellos.

—Ahora entiendo que hurgase tanto en mi vida... Deberías habérmelo dicho.

—La avisé de que no te gustaba hablar de ello y lo respetó.

—Me parece que no fuimos unos anfitriones muy atentos con ella.

El comentario inquietó a Julien, que se apartó el flequillo de la frente y dijo:

—Yo estaba demasiado ocupado en salvar un viaje a Egipto que amenazaba con irse al garete por la mala gestión de un amigo.

—Ninguno de los dos le dedicó demasiado tiempo —reflexionó Baptiste—. Tienes mi permiso para invitarla otra vez, si se da el caso.

—¡Me gustaría mucho! De hecho, es posible que tenga que viajar a Barcelona en octubre. Intentaré quedar con ella. Por cierto, abuelo, cuando te fuiste de España, ¿tenías novia?

—¡Eres tan fisgón como tu amiga, Julien! Yo era muy joven todavía —respondió saliendo por la tangente—. Solo tenía veintidós años cuando atravesé Portbou.

—Tus padres debieron de quedarse destrozados al saber que te ibas al exilio.

Baptiste miró hacia el cielo gris enmarcado por la ventana antes de contestar.

—En aquellos tiempos el miedo era más fuerte que la tristeza. Era cuestión de prioridades.

—Me dijo mi madre que jamás conoció a sus abuelos catalanes, ni supo nada de ellos. Que tú siempre contestabas: «Allí todos están muertos.» ¿Cómo es que nunca has querido visitar tu país de origen? Con mis padres, cuando Claudine y yo éramos pequeños, veraneamos en dos ocasiones en la Costa Brava. Podríais haber venido con nosotros la abuela y tú.

—Mi país es Francia, hijo. Hay pasados que no resultan gratos de recordar, y yo borré el mío en su día.

Julien abrazó a su abuelo favorito antes de volver al ordenador y Baptiste salió al huerto a trabajar.

Mientras arrancaba las malas hierbas, el anciano se decía que quizá no había sido la amiga de su nieto quien le había reavivado nostalgias, sino que lo que le removía aguas pasadas era la proximidad de la muerte.

El destino le había jugado tan malas pasadas que había acabado por resignarse a su voluntad.

Aunque tal vez no siempre, pensó. Él mismo había forzado un cambio en su futuro a raíz de la decisión de su padre, quien, intranquilo por las advertencias de su cuñado Vicente, en junio de 1933 decidió quedárselo de nuevo en El Prat y alejarlo de Barcelona.

Cuatro años atrás, con la celebración de la Exposición Internacional, la ciudad se había transformado con modernas infraestructuras y nuevas tecnologías. El dinero corría a raudales por los bajos fondos.

Como si la crisis económica que sufría el mundo hubiera pasado por alto aquel trozo de ciudad, el Paralelo era una mezcla demencial de activismo, drogas, pistolas y desenfreno. Una ciudad noctámbula que bullía, bajo luces rojas, al son de tangos y cabarets.

El piso donde Biel vivía con sus tíos Vicente y Adelina estaba en la calle Tapioles, muy cerca del Paralelo.

Habían pasado ya cinco años desde que su tío se lo había llevado a trabajar con él al puesto del mercado y el hombre estaba preocupado por las ideas libertarias que se le habían metido al muchacho en la cabeza. No sabía qué explicaciones dar a Tomás y a Luisa si su hijo, del que se había comprometido a cuidar, se descarriaba con malas compañías.

A Vicente le costaba frenar a aquel joven de diecisiete años que, para acabarlo de arreglar, era motivo de discusiones diarias con su mujer.

El matrimonio no había tenido hijos propios y, ya en su día, Adelina había digerido mal que Vicente le llevara a casa a aquel sobrino arisco de doce años.

La mujer había insistido largamente a su marido en que adoptasen a un niño de la inclusa, pero él se había negado.

—No están los tiempos para sufrir por un hijo, Adelina. Ya tenemos a Biel que nos ayuda.

—Yo no quiero ayuda en el mercado. ¡Quiero ser madre y tu sobrino ya tiene una! Incluso los fines de semana se va con ellos. Me siento más una criada que una tía. En cuanto a ti, más vale que no te encariñes tanto con él. En el momento en que Tomás lo necesite, te lo reclamará.

La convivencia a lo largo de aquellos cinco años no había predispuesto mejor a Adelina. Muy al contrario, cada día la estorbaba más aquel sobrino.

—Pues ahora soy yo quien no quiere sufrir por el hijo de otra, Vicente. A tu sobrino lo han visto por la calle Robadors y por los billares del Café Español.

—Se está haciendo mayor, mujer. Es normal que busque distracciones. No va a quedarse a jugar en el patio del mercado, como hacía de pequeño.

—No me hables como si ese zopenco fuese mi hijo. ¡No lo es! Para colmo, ahora se ha hecho amigo de Ramón el de la pescadería. Cualquier día nos vendrá con una pistola.

—¡Deja de decir memeces! —protestó Vicente.

Aparte de que el muchacho fuera un estorbo para su mujer, él mismo tenía motivos para estar preocupado. Hacía un año que, en cuanto cerraban el puesto, Biel desaparecía por el Paralelo hasta la hora de cenar.

Los años veinte habían dejado en aquella avenida un poso de gesta épica que, al igual que una herencia, mantenía vivas las ideas libertarias pese a la clandestinidad. Las tres chimeneas de la compañía eléctrica, en la parte baja del Paralelo, eran testigos mudos de todo aquello que se forjaba entre el barrio chino y Pueblo Seco.

Biel había sufrido el primer deslumbramiento de masas tres años atrás, en abril de 1930. Por entonces tenía catorce. Un día, estaba a punto de cruzar el Paralelo camino de casa cuando, a la altura de la calle Conde del Asalto, vio a una multitud delante del Teatro Nuevo. Habían enviado al exilio

a Miguel Primo de Rivera y la CNT celebraba su primer acto público tras ser de nuevo legalizada.

Biel, que volvía del trabajo, se tropezó con Ramón, que iba para allá. El chico le llevaba cuatro años y él le tenía cierta admiración. Al mozo de la pescadería le faltó tiempo para agarrarlo de los hombros y arrastrarlo con él hacia el gentío.

Apiñadas ante la puerta del Teatro Nuevo había más de dos mil personas que querían entrar. Por más que Ramón intentó colarse, no lo consiguió. Dentro ya no cabía ni un alfiler.

—¡Vamos a los billares! —dijo entonces, tirándole del brazo.

Aquella sería la primera de las muchas veces que Biel bajaría al sótano del Café Español.

Los días siguientes, de la mano de Ramón, supusieron un continuo descubrimiento de nuevos rincones del barrio chino, que nunca se habría atrevido a explorar con Juan García.

Sobre todo, Biel descubrió el mundo de los libertarios, un movimiento que habría de cambiarle la vida.

La tía Adelina tenía sus motivos para estar preocupada. Era muy proclive a sufrir «por lo que pueda pasar», no vivía en paz. Por más que en abril del treinta y uno se hubiera proclamado la Segunda República, el fin de la dictadura de Primo de Rivera no había cerrado las discrepancias entre patronos y obreros. Tras un año lleno de muertos y detenidos, 1933 se había estrenado con tiroteos en todos los barrios de Barcelona.

Por eso, cuando en junio de ese año Adelina descubrió en su casa un ejemplar de *Solidaridad Obrera*, tomó una decisión.

—¡Mira lo que tenía escondido debajo del colchón tu pariente! —gritó blandiendo el periódico tan pronto como Vicente entró en el piso—. Si no haces nada, tu sobrino nos traerá desgracias. Lo quiero fuera de casa.

Al hombre aquella guerra doméstica lo tenía agotado, de manera que muy a regañadientes decidió devolver a Biel a sus padres.

Aquel sábado por la tarde permitió que su sobrino condujera la camioneta hacia El Prat. El muchacho iba feliz. Su tío, muy callado en el asiento del copiloto, se sentía un judas. No había querido comunicar su decisión a Biel hasta habérselo explicado a su padre.

Aún no lo había dejado en El Prat y ya lo echaba de menos.

Vicente aprovechó que su cuñado le enseñaba la cosecha y estaban los dos solos para charlar.

—Tenemos que hablar de tu hijo, Tomás.

—¿Te ha hecho alguna trastada?

—No me quejo de su cometido, es trabajador. Pero... ya sabes que es un poco rebelde, y me preocupa que se descarríe con malas compañías.

—¿No iba con aquel chico sensato de los carniceros?

—Todavía va con él, pero ha ampliado su círculo de amistades. —Vicente no sabía cómo justificar delante de su cuñado los temores de su mujer. Conocía el impetuoso temperamento de Tomás y no deseaba enemistarlo con su hijo—. Tiene el barrio chino y el Paralelo demasiado a mano y, ya sabes..., son calles llenas de tentaciones de todo tipo.

Tomás entendió enseguida a qué se refería. Hasta entonces Biel nunca había demostrado que fuera un mujeriego. Ya le habría gustado, ya, pero por otra parte tenía a su hijo por un rebelde y un idealista.

Un par de años atrás, en El Prat, los cenetistas y la Guardia Civil habían acabado a tiros. En julio del treinta y uno, los trabajadores de la fábrica de la Seda habían iniciado una huelga que duró diecinueve días.

Por nada del mundo quería que su hijo acabase como un proletario.

—Entonces, será mejor para todos que me lo quede en el campo.

Vicente agradeció a su cuñado que no fuera él quien tuviera que pronunciar esas palabras. Quería al muchacho. Ciertamente era huraño, pero también servicial, y cuando reía, lo hacía con entusiasmo. Tenía una de esas risas que salen de muy adentro y contagian a todo el mundo, incluida Adelina.

El domingo, apenas levantarse, Tomás pidió a Biel que lo ayudase a cargar el carro volquete con gravilla del río para venderla en Barcelona. En primavera el Llobregat había dejado muchos sedimentos.

Aprovechó que hacían un descanso para comunicar a su hijo la decisión

tomada.

—No volverás a Barcelona con los tíos, Biel —dejó caer mientras le tendía la petaca para que se liase un cigarrillo—. Aquí tenemos mucho trabajo y te necesitamos. El tío Vicente está de acuerdo.

El muchacho se quedó helado con la noticia. Barcelona había llegado a serlo todo para él. Bastante le había costado mantener la palabra dada a su padre de que pasaría con la familia fines de semana y festivos.

—¿Y qué pasa si no quiero volver aquí? ¡Lo has decidido sin siquiera consultarme!

—A ti aún no te corresponde decidir nada.

—Ningún hombre debe mandar sobre otro. ¡Yo no soy tu esclavo!

—¡Es cosa hecha y no se hable más! Volvamos al trabajo.

—¡Háztelo tú solo, el trabajo!

Su padre lo tiró al suelo de un tortazo.

Desde que había vuelto a ser madre, cuatro años atrás, Luisa había recuperado las ganas de vivir. El nacimiento de Pedrito había aliviado el duelo dejado por Vicente.

Mientras Tomás y su hijo cargaban la gravilla del río y Enrique limpiaba la cuadra, ella estaba en el patio de la masía pelando patatas. A su lado, su suegra remendaba pantalones. Ninguna de las dos dejaba de vigilar al niño, que, unos pasos más allá, se entretenía en tirar de las orejas al perro, el cual aguantaba con estoicismo al pequeño amo. Paulina, la dulce y paciente muchacha con quien se había casado Enrique, estaba tendiendo la ropa.

—Tendremos problemas, Dolores —dijo Luisa con un suspiro al ver acercarse a su hijo mayor por el camino—. Biel viene tirando piedras con mala baba contra el campo.

La anciana levantó la vista y meneó la cabeza como quien hace acopio de paciencia.

Pedrito se puso contento al ver que venía su hermano y corrió hacia él, pero Biel lo apartó y no se lo subió a hombros como hacía siempre. Ni siquiera lo cogió de la mano. El niño corría tras él para pillarlo, y el perro correteaba entre los dos meneando el rabo.

—Te juro, madre, que no me quedaré aquí como no sea muerto —la amenazó al pasar por su lado camino de la cuadra en busca de la bicicleta.

—Te lo advertí en su día, Luisa —le recordó su suegra—. Te avisé que si mi nieto probaba la ciudad, no volvería al campo.

Luisa no respondió y fue a ayudar a su cuñada con la ropa.

Conocía lo bastante a su hijo para saber que no acataría las órdenes de su padre. Se lo había anticipado a su marido la noche anterior, cuando este le comentó la preocupación de Vicente.

Tomás le había dado la espalda, pero ella lo hizo darse la vuelta. Se quitó el camisón y, sin dejar de besuquearlo, le despertó el deseo.

Esta vez, Luisa estaba decidida a ser feliz contra viento y marea.

El mal ambiente de tiempos pasados volvió aquel domingo a la mesa. Las miradas airadas entre Tomás y Biel hablaban por sí solas. El resto de la familia comía en silencio, a la espera de que uno de los dos abriera la caja de los truenos.

A Paulina aquello la cogía de nuevas y estaba asustada. Con una mano sujetaba la cuchara y la otra no la apartaba de su abultado vientre.

A su lado, Enrique permanecía atento a su mujer.

Luisa daba cucharaditas de sopa a Pedrito, que empezaba a dar síntomas de rabieta, inquieto por el tenso ambiente que se respiraba. Por su parte, la abuela Dolores fingía no darse cuenta de nada, atenta a la comida que tenía en el plato. A su edad solo la preocupaba seguir contando los días, convencida de que paso a paso se va lejos.

Apenas terminada la comida, Biel se puso de pie.

Su padre apoyó ambas manos en la mesa y tensó la espalda ante la expectativa de tener que responder a su gesto. El resto aguantaron la respiración.

—¿Quieres que vayamos a cazar ranas, Pedrito? —preguntó de pronto Biel a su hermano.

El niño saltó de la silla y corrió a buscar el artilugio que le había construido Biel. Se trataba de un trozo de madera plana y redonda, ribeteada en su perímetro por una hilera de clavos largos, fijada a un mango.

El conjunto hacía las veces de jaula para el batracio, que, atrapado con el artefacto contra el suelo, quedaba preso entre los barrotes. En la otra mano el pequeño llevaba una vieja funda de almohada para meter las ranas cazadas.

—Me lo llevo a la acequia de riego, madre.

—Ten cuidado de que no se lastime, hijo.

La tensión de los que seguían sentados a la mesa se relajó.

Una vez en el exterior, Biel subió al niño a la barra de la bicicleta, delante de él, y pedaleó hasta el canal secundario por donde corría el agua que entraba de la acequia grande.

Mientras el pequeño se entretenía con la caza, él se rebelaba para sus adentros contra su padre y el tío Vicente, y cavilaba cómo montárselo para quedarse en la ciudad si su tío se negaba a tenerlo en casa.

—Esa déjala, Pedrito. No es buena para comer —ordenó al niño, que tenía atrapada a una rana de zarzal verde—. Has de coger solo las ranas marrones.

—A mí no me gustan, Biel. ¿Podré quedarme alguna para jugar?

—Todas las que quieras. A mí tampoco me gustan.

La vida de Biel daría un giro inesperado al cabo de una semana.

Juan García lo había invitado a comer en su casa para celebrar su santo. Él y Arturo vivían con sus padres en la avenida Mistral. Era un amplio principal de cuatro habitaciones y patio en el interior de la manzana, donde crecía una magnolia en una gran maceta.

Al llegar saludó a los padres de su amigo, que estaban en el comedor a la espera de que llegasen los Escofet con su hija. Después siguió a Juan hasta el patio, donde Arturo jugaba a las chapas.

Hacía justo cinco minutos que Biel había empezado a contar a Juan el vuelco que había dado su vida por culpa de su padre y su tío, cuando apareció Ágata en el umbral de la puerta.

Ambos se quedaron boquiabiertos al verla.

No parecía ella. Lucía un peinado muy diferente del habitual. El corte de pelo por debajo de las orejas ya no era liso, con flequillo y adornado con un

lazo, sino rizado con tenacillas, con raya al lado y un pasador con los colores de la bandera republicana.

Estrenaba vestido de señorita y, como por arte de magia, la niña desmañada y gritona que les sacaba la lengua y se enfadaba cuando no la dejaban jugar con ellos se había convertido en una joven sensual y bonita.

Coqueta, se sentó entre los dos amigos en el banco de madera, al pie de la magnolia. Biel y Juan miraban disimuladamente los pechos que se insinuaban bajo la ropa y las piernas estilizadas por los zapatos de tacón de chica mayor.

—¡Qué guapa! —exclamó Arturo, que, abandonando el juego, se sentó en su regazo al tiempo que le rodeaba el cuello con el brazo—. Cuando sea mayor me casaré contigo, Ágata.

—¡Quítate de ahí, grandullón! —reaccionó su hermano—. Le estás arrugando el vestido.

El niño se resistió y Juan lo arrancó de encima de su amiga de un tirón. Tras atizarle una patada, Arturo, enfurruñado, corrió al comedor con los adultos.

—No hacía falta que lo echaras —lo riñó Ágata mientras se alisaba el vestido con las manos.

—Con once años no debe sentarse en las rodillas de las chicas como si fuera un crío.

—A mí no me molesta, Juan.

—Pues yo estoy harto de arrastrarlo a todas partes como a una garrapata. ¡Nunca podemos ir al cine tú y yo solos!

—¡Desde luego que no! Si lo hiciéramos, todos pensarían que soy tu novia. —El chico se disponía a preguntarle si quería serlo, cuando ella se adelantó—: Y no quiero que lo piensen.

—Nunca contáis conmigo —rezongó Biel, al tiempo que se levantaba, lleno de celos—. Es como si no estuviera presente.

—¡Los domingos estás en El Prat con tus padres! —se justificó, sorprendido, su amigo—. Y ahora ni siquiera vivirás en Barcelona entre semana.

—¡Pero puedo arreglármelas para venir todos los domingos!

—Hoy estás aquí —dijo Ágata, que acababa de conocer la nueva

situación de Biel—. Podríamos ir al cine esta tarde.

Si Baptiste tuviera que recordar el momento en que decidió que Ágata sería su prometida, pensaría en aquel sábado, 24 de junio de 1933, mientras veían en el Coliseum *Bailando a ciegas*, una película de la Paramount.

En la oscuridad de la sala, Biel se había vuelto a mirarla a la débil luz que irradiaba de la pantalla.

Ágata estaba sentada entre él y Juan. Tenía un perfil de muñeca, las pestañas le sobresalían espesas, enmarcando unos ojos de mirada tierna. Bajo la nariz, recta y pequeña, el contorno de los labios dibujaba un corazón, y la barbilla acababa en el punto en que una curva perfecta enlazaba con el cuello. Bajo el vestido de punto de color crema, los senos menudos se alzaban rítmicamente con su respiración.

Ágata debió de sentirse observada, porque se volvió hacia él y, entonces, las miradas de ambos se encontraron para expresar un sentimiento callado hasta el momento.

Cuando al cabo de tres domingos Juan le confió: «Mañana le diré a Ágata que la quiero», Biel tragó saliva.

El hijo mayor de los carniceros comprobaría al día siguiente que había llegado tarde.

Ágata ya había dado el sí al muchacho de El Prat.

En su afán de embeberse en los valores libertarios, Biel se convirtió en un ferviente seguidor de las doctrinas anarquistas, haciendo de Bakunin su dios.

Lo cual desesperaba a Tomás, quien no sabía cómo reconducir a su primogénito, que hablaba como si fuese un obrero.

Desde que volvía a hacer de campesino, Biel había recuperado viejos hábitos. Apenas terminado el trabajo, corría hacia las tierras de la marina y se sentaba en la playa. Ahora ya no se dedicaba a soñar con la llanura que imaginaba al otro lado del horizonte, sino a leer con tranquilidad y a escondidas ejemplares antiguos de *Solidaridad Obrera*. Se los vendía bajo mano, en los Encantes de San Antonio, un librero de viejo. Amarillentos por el tiempo y por tantas manos por las que habían pasado, faltaban páginas que algún devoto lector libertario había arrancado.

Sentado en la arena, al abrigo del cañaveral, aquel sábado de principios de verano Biel leía entusiasmado cómo un lejano octubre de 1910 se había creado en Sevilla la Confederación Nacional de Trabajadores, la CNT, con la finalidad de luchar contra la burguesía.

Justo estaba leyendo cómo, en 1922, el anarquista Andreu Nin había asistido al Congreso de la Tercera Internacional en Moscú, cuando unas manos le arrebataron la revista de un tirón.

—¿Es que quieres ser proletario, joder?! —rezongó Tomás aguantando la mirada llena de odio de su hijo.

Llevaba cogido de la mano a Pedrito, a quien se había llevado a nadar y que ahora miraba atemorizado cómo su padre reñía a su hermano mayor.

—¡Devuélvemelo! —exigió Biel.

—¡Qué hartos me tienes, chaval! —gritó arrojando las hojas al aire.

—Puedo irme cuando quieras. Ya sabes que me han ofrecido trabajo en

el Borne.

—¡Pues hazlo mañana mismo! —concedió en tono cansado—. Desde este momento ya no heredarás nada de Casa Viñolas.

Dicho lo cual, el campesino se alejó unos metros, se quitó la ropa y desnudó a Pedrito.

Mientras se metía en el mar, con su hijo pequeño agarrado al cuello como un pulpo, transfería al chiquillo sus esperanzas de continuidad en la tierra, a tal punto que se juraba furioso que no cambiaría de idea aunque su heredero se lo suplicara de rodillas.

Liberado de un destino que no deseaba, Biel recogió las hojas que la brisa había dispersado y siguió leyendo:

Aunque los anarquistas simpatizaban con la Revolución rusa, no les gustaba que el Partido Comunista mandase tanto. Eso los llevaba a presentir la dictadura del partido sobre el proletariado. Tampoco les había gustado que Andreu Nin decidiera por sí solo la adhesión a la Tercera Internacional. Cuando, en diciembre, los anarquistas asistieron al Congreso de la Asociación Internacional de Trabajadores en Berlín, retiraron dicha adhesión y abrazaron el ideario del comunismo libre.

Biel aspiró el aire salitroso que llegaba del mar. Decidió que en adelante sería un obrero consciente, un anarquista cumplidor de las consignas libertarias que dejaría de fumar, de beber alcohol y de jugar en los billares.

Ese mismo domingo, tras revolver entre los libros de los puestos de San Antonio, recogió a Ágata para dar una vuelta.

El padre de la muchacha, Ignacio, lo recibió con cortesía. Petra, con cara de perro.

—Podrías ser más amable con él, mujer —le pidió él cuando la pareja hubo salido—. Será nuestro yerno y tu tirantez hace sufrir a nuestra hija.

—Bastante me cabrea tenerlo de invitado a la mesa todos los domingos. ¡Ese chico no le conviene!

A la mujer le había caído el mundo encima al saber de quién estaba enamorada Ágata. Durante años había albergado la esperanza de que se casara con el hijo mayor de sus amigos carniceros y los Escofet

emparentasen con los García.

La intromisión de Biel había roto los planes de la pollera.

Observó desde el balcón cómo Ágata iba cogida del brazo de su novio, camino de la ronda de San Pablo en busca del tranvía.

—¡Has perdido el juicio! —había gritado hasta quedar ronca el día en que le dio la noticia—. ¿No comprendes que serás una desgraciada si te casas con ese culo de mal asiento?

—Lo quiero, madre. Biel me hace feliz.

—¡También Juan García te haría feliz, insensata!

—¡Me casaré con él te guste o no! —había sentenciado Ágata.

Que Petra se hubiera conformado no significaba que lo aceptase.

A la altura de Colón y enfilando las Ramblas, él le anunció lo que hacía rato se planteaba decirle:

—El lunes empiezo a trabajar en el Borne, chatita. Pon fecha para que nos vayamos a vivir juntos. Ahora ya tendré un salario.

—¿Te has vuelto loco?! Ya puedes quitártelo de la cabeza... Si mi madre se entera de que quieres convertirme en tu amancebada, te echará de casa a escobazos.

—¿Qué importancia tiene un papel? No necesitamos un documento para querernos, Ágata. Te prometo que siempre te seré fiel.

Ante aquella promesa hecha de prisa y corriendo, Biel sintió remordimientos. Pocas semanas atrás había visitado un prostíbulo de la calle de las Tapias, acompañado de Ramón el de la pescadería.

—No puedes llegar inmaculado a la cama de tu novia, Biel —le había dicho su amigo mientras lo llevaba a que lo estrenara una tal Bella—. Verás como la señora te gusta.

La mujer no era joven, tenía cuarenta bien cumplidos, pero Ramón había decidido que necesitaba a una experta. Y era cierto que Bella conocía el oficio, porque, pese al intenso olor a sudor que desprendían sus generosos pliegues de carne y el tufo a col que subía por el patio de luces de las cocinas, entrar en aquella cálida cavidad, de bruces contra sus grandes pechos, lo había hecho subir al séptimo cielo sin el menor esfuerzo.

Aquella había sido la primera y la última mujer con que había estado. Desde entonces no había dejado de soñar con el cuerpo joven y limpio de

Ágata.

—Solo deseo vivir contigo y convertirte en mi compañera, pero nos casaremos si eso es lo que quieres. Alquilaremos un piso.

—Podemos ahorrárnoslo, Biel. En casa de mis padres hay sitio de sobra. —Él torció el gesto y la muchacha añadió un beso que la ayudase a convencerlo—. No tengo hermanos. Algún día la casa será para mí.

En enero de 1936, justo al año de casados, Biel había vuelto a desempolvar el viejo sueño de embarcarse hacia Venezuela para hacer fortuna.

—¿Le has contado a tu madre que pensamos irnos, Ágata?

Ella se estaba poniendo el camisón en la penumbra de aquella helada noche de invierno.

—Todavía no...

—¿Y a qué esperas? A finales del mes que viene zarpa un barco de carga y tengo apalabrado que viajaremos en él. Trabajaré toda la travesía a cambio del pasaje de los dos.

—No puedo dejar a mis padres aquí solos, Biel. Son mayores y se morirían de pena si desaparezco para siempre.

—¡Basta de sentimentalismos! Te lo digo de verdad, chata. Si no vienes..., me iré sin ti. ¡No quiero pasarme la vida trabajando en el Borne!

—Tu problema es que nunca te satisfará ningún lugar por mucho que corras mundo. La piel se te queda pequeña.

—¡No me gusta que me digas eso, Ágata!

—Pues es lo que pienso. A menudo parece que no quepas dentro de ti mismo, Biel. Siempre con ganas de huir.

—Aquí me ahogo. ¿Tanto te cuesta entenderlo?

Ella sabía muy bien que su marido estaba harto de compartir con sus suegros aquellos escasos setenta metros de vivienda y terraza en la calle Tamarit.

Aunque para Ágata no existía nada mejor que vivir allí, al día siguiente trató de convencer a sus padres para que la siguieran en su viaje.

—¡De eso ni hablar! —exclamó su madre—. ¿Crees que a estas alturas

me iré a correr mundo solo porque Barcelona se le queda pequeña a tu marido? Si te vas tan lejos y no he de volver a verte, ya puedo morirme, Ágata.

—Biel se irá solo y lo perderé. ¡Tienes que comprenderme! —suplicó dejando la plancha.

—¡Haberte casado con Juan García! —exclamó Petra, al tiempo que salía a la terraza a recoger las sábanas secas.

Su yerno había vuelto de la calle justo a tiempo de oír los reproches de su suegra. Arrojó la gorra de visera sobre la mesa y se sentó.

Ágata guardó la plancha. Con la mano de Biel entre las suyas, le dirigió una tierna mirada para indicarle que no hiciera caso de las palabras de su madre.

—¿Qué se puede esperar de un hombre que tiene un ojo de cada color, que casi nunca está en casa y, encima..., es anarquista? —había proseguido Petra, cargada con el cesto de la ropa, mientras entraba en el comedor sin darse cuenta de que su yerno estaba allí.

Biel se liberó de las manos de su mujer. Se caló de nuevo la gorra y salió del piso dando un portazo.

Ágata miró con enfado a su madre. Justo ese mediodía, cuando todos estuvieran comiendo a la mesa, quería darles la gran noticia. La noche anterior había comunicado a Biel que estaba embarazada. Había albergado la esperanza de que eso sería motivo suficiente para que a su marido se le pasara la manía de correr mundo.

Lamentablemente, no había sido así.

Biel regresó bastante pasada la medianoche.

El aliento le apestaba a coñac y su ropa estaba impregnada de olor a tabaco.

Al meterse entre las sábanas, ni siquiera le había dado un beso.

Ágata lloró en silencio, casi sin pegar ojo en toda la noche.

Cuando los primeros rayos del sol se filtraron por las cortinas, contempló a su marido, sumido en el sueño: la expresión tranquila, el puño cerrado sobre la almohada, los labios algo entreabiertos, la frente relajada.

Hacía meses que solo lo sentía suyo en aquella lasitud. Y se le partía el corazón al darse cuenta de que Biel había emprendido su propio camino

hacia el desamor.

En febrero del treinta y seis, las elecciones parecían un tablero de ajedrez sobre el que experimentar estrategias. El espectro de una revolución fascista por una parte y de la socialista por otra planeaba sobre todos los ánimos, y se luchaba secretamente para obtener el poder total.

Por más que el socialista Largo Caballero animase a votar a los anarquistas, estos tenían muy presentes las humillaciones recibidas por parte de la República hasta el momento. Miles de camaradas suyos seguían encarcelados, y sabían que las libertades se derogaban a conveniencia cuando surgía la oportunidad.

Si bien se mantenían firmes en que la única salida contra el fascismo era la revolución, y que como sindicato no animarían al voto, la promesa de que tras la victoria sobrevendría una amnistía que sacaría a los compañeros de la cárcel dejó vía libre para que cada afiliado tomara su propia decisión.

Con el voto anarquista, las izquierdas del Frente Popular ganaron. Azaña era elegido presidente de la República y en el campo contrario se preparaba el golpe de Estado.

La madrugada del 19 de julio el cielo entre las montañas de Montjuic y Collserola, desde el río Llobregat hasta el Besós, se estremecía por el ruido de las sirenas. Desde los cuarteles barceloneses, los soldados avanzaban por la Diagonal, la Gran Vía y el Paralelo hacia la plaza de Cataluña con la intención de rodear la ciudad y ganarla en unas horas.

Biel saltó de la cama y se vistió a toda prisa.

—¿Qué es eso? —se horrorizó Ágata.

—Los comités de defensa anarquistas, que dan la señal de alarma. ¡Nos llaman a la lucha!

El chillido de Petra hizo salir disparada a Ágata de la habitación. Su padre venía por el pasillo abrochándose los pantalones y con la camisa colgada del brazo.

La mujer, descalza y en camisón, miraba tras los cristales del balcón con cara de espanto.

—¿Qué pasa, madre?

—¡No lo sé! Un gentío corre hacia la ronda.

—Son las milicias populares, suegra —aclaró Biel mirando también por el balcón.

Sin perder un minuto, se caló la gorra de visera.

—¿Adónde crees que vas, muchacho? —preguntó la anciana en tono seco.

—No pienso quedarme aquí escondido sin hacer nada, señora Petra.

—No vayas a las barricadas, Biel. ¡Por favor! —suplicó Ágata, colgada de su cuello—. Quédate. ¡Estoy muy asustada!

—Si no los paramos, la que nos caerá encima será peor.

—¿Qué será de mí y del hijo que espero si te matan?

—¡No me pasará nada! —exclamó con enfado. Arrepentido de su brusquedad, la abrazó—. Quédate en casa con tus padres y no salgas.

Ante la mirada de desprecio de su suegra, Biel se desembarazó de su mujer y corrió escalera abajo.

Apenas poner un pie en la calle, oyó un silbido. Era Arturo, que doblaba la esquina de Viladomat.

—¡Vuelve a casa! —le ordenó, muy contrariado al verlo allí—. Eres demasiado joven y esto no es ningún juego.

—¡Y un cuerno! Ya tengo catorce años, Biel. Los militares nos han rodeado. Han acampado en las plazas de España, Universidad y Cataluña.

—¿Cómo lo sabes?

—Me he encontrado a Ramón y me lo ha dicho.

—¿Dónde está ahora?

—Iba hacia el Paralelo. Los facciosos tienen ocupado el puerto desde Correos. Parece que vienen también hacia aquí, Biel.

—¡Vamos, pues! —dijo al ver que no lo convencería de que volviera a casa—. Pero no te separes de mí.

Al llegar a la altura de la calle San Pablo, Ramón los divisó. Los llamó y ambos corrieron a la barricada donde estaba el pescadero junto con unos cuantos más. La improvisada fortaleza era un arsenal repleto de adoquines arrancados del suelo, que habían dejado la avenida de los teatros y cabarets casi sin pavimento.

—¡Ya soy un miliciano! —exclamó emocionado Arturo, atrincherado entre los dos, y todos ellos parapetados entre sacos, colchones y pedruscos.

—¡Eres un valiente! —lo felicitó Ramón revolviéndole el pelo con la mano—. Pedro IV, Arco del Triunfo, ronda de San Pedro, Urquinaona y Layetana ya están copados por los nuestros.

—¡Defenderemos nuestro barrio! —exclamó eufórico el muchacho—. ¿Quieren Paralelo, esos cabritos? ¡Pues que vengan, que los haremos bailar!

Biel escuchaba preocupado a su joven amigo por la satisfacción que mostraba ante el enfrentamiento.

«Ágata me matará si hoy a este chaval le pasa algo —pensó. Tampoco él se sentía tranquilo de que el chico estuviera allí—. Aún tiene cara de niño.»

Aprovechó que Ramón se había retirado unos pasos a hablar con un compañero para ordenarle:

—No te hagas el héroe, Arturo. Deja que los más expertos y los que llevan armas tomen la iniciativa.

—¿Entonces qué hacemos aquí?!

—Prestar apoyo a la revolución desde el lugar que nos corresponde. ¿Lo entiendes?

Arturo lo acató sin demasiado entusiasmo. Quería a Biel y sabía que no era un cobarde. Siempre lo había tratado con consideración y no como si fuera un crío insignificante, tal como hacía Juan.

El día en que se enteró de que Biel le había birlado a Ágata a su hermano, se desternilló de risa viendo cómo Juan daba puñetazos a las puertas y hacía rodar las sillas ante los gritos de espanto de su madre. Su padre había tenido que darle un par de tortazos para que se calmara.

Llegaba el ruido de disparos lejanos, que enrarecían el ambiente, mientras canciones de resistencia disimulaban una seguridad incierta.

—¿Cómo sabes tantas cosas, Biel? —preguntó Arturo, refugiado muy cerca de su amigo.

—Leo. ¡Tú también deberías hacerlo! El saber es importante para que el patrono no joda al trabajador. La ignorancia crea esclavos.

—Por ahora, mi patrono es mi... hermano.

Se disponía a nombrar a su padre, pero rectificó. Había muerto antes del verano de un cáncer que lo había roído con rapidez.

—Los hombres debemos ser libres para asociarnos sin coacciones. Ni Dios, ni rey, ni amo. Contra la jerarquía, solidaridad entre los hombres. ¡Recuérdalo! Han de ser los trabajadores los que gestionen la producción y la distribución de los bienes.

—Si no nos presentamos a las elecciones, Biel, nunca podremos crear esa sociedad igualitaria que dices.

—¡No te equivoques, chaval! No es precisamente en el Parlamento donde radica la justicia social. Cuando ocupan los lugares privilegiados, los dirigentes no tardan en olvidar sus promesas.

—Pero nosotros no lo haríamos. Podemos ser el partido de todos los trabajadores.

—¡Somos un sindicato, Arturo! Nuestra finalidad es la colectivización. Que cada cual aporte según pueda y reciba según necesite.

—¿Y los comunistas? También ellos son proletariado y bien que saben arrimarse a los republicanos.

—Son estalinistas. Desean el poder, pero en manos y beneficio del Estado. Nosotros lo queremos en manos de los trabajadores.

—¡Teoría entre trincheras! —exclamó Ramón, que volvió a sentarse entre los dos—. Biel es un libertario demasiado puro, jovencito. Hay momentos en la historia en que uno ha de saltarse algunas normas.

—Si te cargas el ideal es que no te lo crees de verdad, Ramón.

—A más de uno me cargaría yo, compañero... ¡Y muy deprisa! —replicó sacándose del bolsillo la pistola que acababa de conseguir.

Acto seguido apuntó hacia las aspas del Petit Moulin Rouge, que tenían justo delante, e imitó el sonido de un disparo.

Deslumbrado al ver el arma, Arturo la sopesó ante la sonrisa triunfal de Ramón.

—Un libertario de verdad no ama la guerra ni las armas. Devuélvesela, por favor —le ordenó Biel.

—¿Estás negando que yo lo sea solo porque pertenezco a la FAI? —dijo con risa burlona el otro antes de guardarse el arma—. ¡Baja de la higuera, Biel! ¡De qué le sirve a la revolución tener un proletariado conformista, cojones!

Si algo recriminaba Biel a su antiguo instructor era la agresividad que mostraba cuando se le presentaba la ocasión.

Los tiros que sonaban por la parte baja del Paralelo pusieron fin a la discusión. Los adoquines, acompañados de gritos y consignas libertarias, empezaron a volar desde las barricadas.

Cuando, horas más tarde, los soldados se rindieron, el clamor de los atrincherados era ensordecedor.

Arturo lloraba de alegría abrazado a Ramón.

A las once de la noche del día siguiente, los anarquistas se apoderaron del cuartel de San Andrés, con un botín de treinta mil fusiles, y se dio por ganada la lucha.

Biel, ebrio de triunfo, se sacudió de la conciencia el deber de correr a tranquilizar a Ágata. Desde que había salido de casa, la madrugada del 19, no había vuelto. De eso hacía tres días. Solo con pensar en encerrarse en el pisito de sus suegros le entraban arcadas. Las calles del centro de la ciudad bullían de gente que lanzaba gritos de victoria, envueltos en el estrépito de los cláxones.

Nunca antes se había sentido tan libre, y decidió que cuando todo quedase resuelto, ya volvería.

A su lado, pegado a él como le había pedido, iba Arturo, con los ojos abiertos como platos. El adolescente no se perdía detalle de aquel momento histórico. Hacía rato que Ramón se había fundido entre la multitud y lo habían perdido de vista.

También ellos deambularon por los callejones del barrio Gótico, y la oscuridad de la noche los pilló en la Barceloneta.

A modo de premonición de un futuro próximo, aquella noche de verano ambos durmieron en la arena, bajo un manto de estrellas y mecidos por el rumor del mar.

12

Al día siguiente, 22 de julio, Biel y Arturo caminaron hasta Correos. La Vía Layetana estaba a reventar de gente.

Ante la Casa del Arcediano se encontraron con Ramón. El esmirriado pescadero no cabía en su piel de tanto entusiasmo. Iba abriendo camino, sin dejar de dar empujones, para llegar a Layetana. Quería colarse en la Casa Cambó, sede regional de la CNT-FAI.

—¡Ramón está loco! ¿Cómo quiere que lo dejen entrar? —murmuró Arturo con admiración mientras lo veía escurrirse entre la gente con la facilidad de una anguila.

El día anterior Lluís Companys había ofrecido a una representación de cenetistas, encabezada por Durruti, entrar a formar parte del Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña.

Al presidente no le quedaba otro remedio que reconocer que habían sido la clase trabajadora y los anarcosindicalistas quienes habían sofocado el alzamiento fascista en Barcelona.

Por otra parte, eso lo preocupaba de veras. Las milicias populares se habían convertido en la vanguardia de todas las unidades armadas.

Los anarquistas habían escuchado con recelo la propuesta de Companys. Temían que las Milicias Antifascistas acabaran engullendo a las milicias populares. Con el fin de tomar una decisión, se habían convocado unos comicios para ese mismo día.

La multitud que rodeaba hasta los topes la Vía Layetana, la explanada de la catedral y sus alrededores esperaba el resultado de la asamblea.

Mientras Biel permanecía a la espera de novedades, contagiado por la expectación popular, Ágata se desesperaba entre las cuatro paredes de la calle Tamarit.

—¡Voy a buscarlo, madre! —decidió después de comer—. Si me quedo

aquí un minuto más, me moriré de angustia.

—¡No lo hagas, hijita! —suplicó Petra—. Puede estar en cualquier sitio. Ya vendrá.

—Pero alguien ha podido verlo. ¡Tengo que saber que está vivo!

—Pídeselo tú, Ignacio —rogó Petra a su marido, que seguía sentado a la mesa.

Su padre hizo un gesto a su mujer para darle a entender que era inútil insistir. Ninguno de los dos había conseguido en su día que su hija desistiera de casarse con Biel.

Ahora que los gritos de victoria llenaban las calles, llenas de fusiles alzados y banderas rojinegras con vivas a la revolución, ya no detendrían a Ágata.

El portazo de la joven les rompió el alma. Su única hija, a la que habían tenido de mayores cuando ya no confiaban en ser padres, salía sola y embarazada de siete meses a la jungla en que se había convertido la ciudad.

Ágata enfiló la calle San Antonio Abad en dirección a la del Carmen para llegar a las Ramblas. Caminaba sin dejar de mirar a diestro y siniestro buscando a su marido. Maldecía no haber acatado la voluntad de Biel cuando, a principios de año, le había pedido que emigrasen.

Ahora se estremecía al pensar que su hijo nacería en guerra, si el Gobierno no era capaz de frenar a los golpistas.

Las Ramblas eran un hervidero de gente. La iglesia de Belén estaba destrozada y quemada. A trancas y barrancas llegó a la plaza de la Catedral. Sin posibilidad de dar un paso más, se sentó parapetada en un extremo de la escalinata.

Al cabo de una hora vio a Arturo subido a una ventana baja. Con la cara desencajada y sudorosa, Ágata avanzaba con dificultad entre la gente escalera arriba con la esperanza de que Biel estuviera con él.

—¡Dejad pasar a esta mujer embarazada! —gritó un hombre.

Entonces le abrieron camino.

Al ver a Ágata ante él, mirándolo con los ojos anegados en lágrimas, Biel balbuceó:

—¿Qué haces aquí, chata? ¡Podrías lastimarte!

—¿Cómo puedes preguntarme eso? ¡No has dado señales de vida en

cuatro días! —A su lado estaba el otro, callado y con la cabeza gacha—. ¿Y tú, Arturo, no vas a decir nada? —lo riñó dándole un pescozón—. Tu pobre madre debe de estar a punto del infarto, sin saber si estás vivo o muerto.

En ese momento llegó Ramón, acalorado y abriéndose paso a empujones.

—¡Tengo noticias, compañeros! He entrado... —Al ver allí a la mujer de Biel, cambió de tono y la miró con cara de no haber roto nunca un plato—. Buenos días, Ágata.

Ella no respondió al saludo. Todos eran hijos del mercado de San Antonio y se conocían muy bien.

—Tendrás que contárselo otro día, Ramón. Ahora van a volver conmigo a casa, de inmediato. ¡Tú también, Arturo!

—Espera, Ágata... —ordenó Biel agarrándola del brazo—. Ahora no viene de cinco minutos. Cuéntanos, Ramón. ¿Qué han dicho en la comisión?

—Idos a freír espárragos —les espetó furiosa Ágata, al tiempo que se abría paso sin contemplaciones para desandar el camino a casa.

Ramón siguió informando a sus compañeros:

—Están divididos. A algunos no les hace gracia formar parte de ese comité de milicias antifascistas. Dicen que frenará la revolución social que hemos empezado. No olvidéis que son los mismos que hasta ahora nos han perseguido, encarcelado y asesinado. Opinan que nos traicionarán con toda seguridad.

—¿Y los otros qué han dicho? —preguntó Biel, que se debatía entre las ganas de saber y la mala conciencia de haber dejado que su mujer se fuera sola.

—Los hay que tienen ganas de pillar silla en el Gobierno. Aseguran que si no entramos en el comité de milicias se creará un vacío que aprovecharán los comunistas para acabar con el anarquismo y hacerse con el control.

—Entonces, ¿qué se ha decidido? —quiso saber Arturo, consciente de la que le caería encima al llegar a casa.

—Que formemos parte del comité de milicias antifascistas.

—Ya nos podemos ir, chaval —ordenó Biel—. Es hora de volver.

Ramón se quedó. A él en casa no lo esperaban ni las ratas.

En cuanto Arturo entró en el piso de la avenida Mistral, Juan lo recibió a bofetadas. Su madre intentaba detenerlo. Solo quería abrazar a su hijo, al que durante aquellas interminables jornadas había imaginado muerto o preso.

—Eres un cobarde —lo insultaba Arturo mientras se esforzaba por escabullirse de los golpes—. Vengo de luchar. ¿Quién te has creído que eres para mandarme?

—¡Soy el cabeza de familia, cabrón! —gritó abofeteándolo de nuevo—. Todavía estás bajo mi responsabilidad.

—Si eres tan hombre, ¿qué hacías aquí encerrado? Hasta las mujeres estaban en la calle.

—¡Yo estoy donde corresponde! Y también me ocupo de nuestra madre. ¿Has pensado en lo que sería de ella si nos matan? Los militares tienen armas. ¿Qué tienes tú?

—¡Ganas y la razón!

—Obedece a tu hermano, hijo —le suplicó Felisa—. Te lo pido de rodillas. ¿No ves que si te matan, a mí se me acabará la vida?

—¡Este desgraciado no sabe lo que es obedecer! —se encendía Juan con desprecio hacia el otro, que lloraba de rabia en el suelo—. Tiene la cabeza a pájaros. ¿Crees que esto es un juego de soldaditos, zopenco?

Arturo no aguantó más y se lanzó hecho una furia sobre su hermano, dándole con una silla en la cabeza. Aprovechando que estaba en el suelo, empezó a atizarle patadas fuera de sí.

—¡Dejad de pelearos, por el amor de Dios! —lloraba desesperada su madre—. ¡Sois hermanos!

—¡Todos me dais asco! —exclamaba Juan retorciéndose de dolor—. ¡Partidos y sindicatos!

—¡Defendemos una causa! ¡Eso nunca podrás entenderlo, cobarde!

—¿Qué causa, imbécil? ¿No ves que en este país de mierda cada cual va a la suya?

Pero Arturo ya no lo oía. Las últimas palabras sonaron al mismo tiempo que un tremendo portazo hacía temblar los tabiques.

—Todo es culpa del yerno de Petra, que nos lo tiene embobado —rezongaba la mujer hecha un mar de lágrimas—. ¡Maldito sea!

A Juan no lo preocupaba tanto la ventolera anarquista de su hermano como la suerte que él mismo correría si aquel desbarajuste se convertía en una guerra. Tenía veinte años y, si no conseguía librarse, en unos meses entraría en quintas y lo llamarían a filas.

Desde que su hijo se había declarado anarquista, Tomás casi no se hablaba con él. Todas las semanas, cuando Biel visitaba a su madre, él se iba al café del pueblo para no verlo. Al volver a casa, se las arreglaba para que Luisa le soltara todo lo que el hijo le había contado.

Solo si Biel iba acompañado de Ágata se quedaba a hacer la sobremesa, disimulando la alegría que sentía ante la perspectiva de convertirse en abuelo muy pronto.

Cada vez que veía las siglas CNT-FAI pintadas en los laterales de su camioneta, al campesino se le revolvían las entrañas.

Aquella había sido la última pelea entre padre e hijo a finales de julio. Tomás se quedó blanco al ver lo que su desheredado le hacía al vehículo.

—¿Qué estás haciendo, muchacho?

—Te la requiso en nombre del sindicato.

—¡Por los clavos de Cristo, desagradecido! ¡No te la llevarás de aquí ni a la fuerza!

—Estoy salvando tu propiedad, padre. Debo hacerlo yo si no quieres que lo hagan otros.

—Deja que lo haga, hermano —intercedió Enrique, que ya estaba mojando un pincel en el bote de pintura, decidido a trazar las mismas letras en el otro lado de la camioneta.

—No nos queda otro remedio que socializar la riqueza si queremos acabar con el paro, padre.

—¡Lo que hacéis es robar! —gritó impotente y lleno de rabia.

—Tenemos el apoyo de los trabajadores.

—¡No todos os siguen! —se enfrentó Tomás a su hijo, tan cerca de él que sus alientos se confundían.

Biel guardó silencio. En parte su padre tenía razón. Si bien al principio se

habían opuesto a la insurrección militar, ahora los que denominaban trabajadores de corbata no estaban por la labor de renunciar a la propiedad privada.

En el campo catalán, tampoco la CNT tenía demasiado que ganar. La fuerza como sindicato la tenía la Unió de Rabassaires. Los aparceros de fincas alquiladas a término no estaban a favor de colectivizar las tierras que trabajaban. Ni estaban dispuestos a perder los derechos por los que habían luchado antes del treinta y seis con el fin de rebajar el porcentaje del fruto que debían entregar a los propietarios de la tierra.

Sin embargo, los padres de Biel, aunque eran propietarios, no tenían alquilado ni un palmo. Lo cual no los libraba de entregar una parte importante de la cosecha al comité revolucionario del pueblo.

—¿Por qué lo haces, Biel? —le preguntó Enrique—. Mal que te pese, por tus venas corre sangre campesina. Sabes lo que cuesta obtener cosecha.

—Hay gente que pasa hambre, tío. No todo el mundo tiene trabajo.

—Vivir de limosna no es bueno. ¡Cada cual debe ganarse el pan que come!

—¿Y qué me dices de los milicianos que están en el frente defendiéndonos? Han dejado a sus familias en la ciudad sin su sostén. Hay que recaudar el impuesto revolucionario para mantenerlos.

Enrique suspiró con paciencia. Estaba acostumbrado a observar el cielo para adivinar qué tiempo haría. De joven había tenido que dar parte de lo que era suyo a los ladrones que les salían a la altura de Belviche para salvaguardar la vida. Ahora debían entregarlo a otros por el mismo motivo. Al fin y al cabo, se dijo, él sería campesino toda la vida.

—Muy bien, sobrino. Cuando soplen otros vientos, nosotros seguiremos aquí.

Biel arrancó la camioneta. Al mismo tiempo que requisaba el vehículo familiar, el aprendiz de asentador se despedía de su trabajo en el Borne y se ponía a disposición del comité revolucionario de San Antonio, ubicado en los Escolapios de la ronda de San Pablo, para transportar intendencia a los hospitales y comedores escolares.

Desde la madrugada en que Biel se había ido a las barricadas, para Ágata nada había vuelto a ser como antes. Pese a que en Barcelona se había

atajado el golpe militar, su marido casi no paraba en casa. Había días en que apenas se veían unos minutos cuando él iba a cambiarse de ropa. A menudo llegaba a medianoche y salía muy temprano.

Consumida por la soledad, solo la ilusión de que pronto sería madre le impedía caer en un pozo de tristeza.

El miedo de Ágata a que Biel se marchara definitivamente si se sentía cuestionado le pesaba como una losa. Se consolaba rogando a Dios en silencio que al menos su marido no fuera enviado a la guerra antes de que ella pariera a su hijo.

Petra estaba que trinaba al ver tan abandonada a su hija. La relación entre suegra y yerno iba cada día de mal en peor.

A decir verdad, la primera de la casa en recibir un golpe revolucionario había sido la Inmaculada Concepción que presidía el recibidor desde hacía nueve años. Aquella imagen religiosa había costado a Petra seis meses de ahorrar.

El destrozo provocado por Biel los enemistó definitivamente.

—¡Es la Virgen, descreído! —había gritado ella llorando y propinándole puñetazos en la espalda.

—Eso solo es un trozo de yeso pintado —dijo señalando al suelo—. No me busque problemas, Petra. ¿O acaso no sabe que han quemado Belén y los Escolapios?

Ignacio y Ágata ni siquiera se habían movido de la mesa al oír el alboroto. Hacía tiempo que habían optado por no tomar partido y mantenerse al margen de las peleas entre aquellos dos. Bastante tenían con la guerra declarada en el país como para inmiscuirse en la familiar.

Mientras Ágata se consumía a solas, Biel se sentía libre por primera vez, pese al caos que reinaba por doquier.

Sus quebraderos de cabeza eran otros. Quien más lo preocupaba por entonces era Arturo, de quien se sentía responsable como un padre. El muchacho no se separaba de Ramón, y la admiración que su joven amigo sentía por el de la FAI no le gustaba nada. Entre otros sueños de heroicidad, Arturo hervía de impaciencia por tener un fusil e irse de voluntario a Aragón.

A Biel lo inquietaba ver cómo perdía ascendencia sobre el benjamín de los García y cómo Ramón se convertía en su referente.

Se había dado cuenta el 23 de julio. Los tres estaban mezclados con la multitud en el paseo de Gracia. Despedían a los convoyes con más de dos mil milicianos y milicianas de la columna Durruti que, entre aplausos, se iban a Zaragoza para liberarla del ejército rebelde.

—No sé qué hago aquí diciéndoles adiós con la manita como si fuera un cachorro —se quejó el adolescente—. Debería estar subido a uno de esos camiones.

—Te enseñaré a conducir, Arturo —se ofreció Biel rodeándole los hombros con el brazo—. ¿Qué me dices?

El otro, enfadado, lo apartó.

—¡Algún día irás, valiente! —lo animó entre risas Ramón—. Si no hoy, pronto. Aquí habrá trabajo para todos.

Arturo pronunció un rotundo sí y levantó el puño.

Los dos meses siguientes de aquel 1936 estuvieron rebosantes de actividad y cambios. La revolución social avanzaba a buen ritmo hasta que, a finales de septiembre, a Biel le sobrevino el primer descalabro.

Ramón le había pedido que a las seis de la tarde pasara a buscarlo con la camioneta. Lo necesitaba para recoger un cargamento. Era la cuarta vez que lo requería para sus asuntos, y eran precisamente esos encargos lo que Biel más odiaba.

Gracias a su astucia y habilidad, el expescadero se había vuelto indispensable para el secretario del comité revolucionario del barrio. El edificio ocupado era al mismo tiempo el almacén de intendencia, abastecido con las cosechas requisadas en las zonas rurales. Ante la escasez que, a los pocos meses del comienzo de la guerra, ya empezaba a notarse, aquel era el aspecto de la revolución que a Biel se le antojaba menos amargo, porque paliaba la miseria.

A la hora indicada, el joven detuvo la camioneta ante la puerta del antiguo colegio.

Una vez en el interior, vio a Ramón dando órdenes. Apenas hubo acabado, salió como quien tiene prisa por llegar a algún sitio. Antes de subir al vehículo, comprobó que llevaba la pistola bajo la chaqueta.

Biel condujo ronda de San Antonio arriba y cruzaron Universidad para enfilar Aribau. A la altura de la calle Rosellón giraron y, llegados ante un gran portal de madera, le ordenó que se detuviera.

Dejando de lado el ascensor, subieron por la escalera al principal. Una de las dos puertas del rellano estaba abierta. En el suelo del amplio recibidor, apoyados contra la pared, había una docena de cuadros de diversos tamaños, un gran espejo con marco dorado y un baúl del que sobresalía ropa por los lados.

El de la FAI lo contempló todo casi con ojos de experto. Después levantó la tapa del baúl. Estaba lleno de ropa blanca. Todo un ajuar bordado, así como dos abrigos de pieles. Al lado, un aparatoso reloj de péndulo estaba tendido en el suelo. Las manillas paradas en las seis en punto delataban la hora exacta en que lo habían descolgado de su sitio.

Muy quieto al lado de Ramón, Biel lo observaba en silencio.

De repente se oyeron gritos procedentes del fondo del piso y ambos recorrieron a buen paso el largo y ancho pasillo. Del interior de una sala les llegaban las súplicas de un hombre que imploraba que dejaran tranquila a su madre. Otro hombre, que miraba desde el umbral de la puerta, se volvió al oír la voz de Ramón a su espalda.

—¿Qué pasa aquí?

—La vieja no quiere soltar el botín.

—Querrás decir su aportación a la causa revolucionaria, ¿no? —lo corrigió en tono seco.

—Así es —rectificó el otro agachando la cabeza.

Entraron en la estancia y todos miraron a Ramón. Sobre la mesa había una taza de chocolate con un trozo de bizcocho a medio mojar y una bandeja con el resto de la torta y un cuchillo. Sentada en un sillón tapizado de terciopelo verde, una mujer de unos setenta años apretaba con fuerza contra su pecho un cofrecillo nacarado.

—¡Vamos, andando! Dame eso —ordenó Ramón a la vieja, alargando la mano y chasqueando los dedos.

La mujer negó con la cabeza. El pánico se leía en sus ojos.

Ramón sacó el arma con parsimonia y la miró como quien comprueba que está en condiciones de ser utilizada. El hijo, un hombre de unos

cuarenta y cinco años que vestía un batín estampado con motivos chinos, se situó delante de su madre.

—Déjeselo, por favor. —Acto seguido se sacó del bolsillo un reloj de oro y se lo entregó—. Tenga esto. Era de mi abuelo. Pero permita que mi madre se quede sus recuerdos de familia.

Sin mirarlo, Ramón se lo quitó de delante y apuntó a la mujer.

En un arranque de desesperación, el hijo cogió el cuchillo de encima de la mesa y se lanzó contra Ramón. Pese a que Biel reaccionó sujetándolo para salvar a su amigo, en una fracción de segundo un disparo aterrador abatía al hombre.

Del susto, Biel lo soltó, y resbaló muerto a sus pies, con el rostro desfigurado por el tiro e hinchado por la pólvora.

—¡Vosotros, al trabajo! —gritó Ramón a los dos ayudantes que lo miraban asustados desde la puerta—. Cargad de una puta vez la camioneta.

Una vez solos, se volvió hacia Biel, que se había dejado caer en una silla con el corazón a punto de estallar, y maldijo furioso:

—¡Me cago en su puta madre! ¡Es el primer cerdo que mato, joder! —Luego, como quien se resigna, añadió—: Bien, alguno tenía que serlo.

—¿Era necesario llegar tan lejos por cuatro joyas? —le espetó Biel, fuera de sí.

—¡Me he defendido! Ese burgués hijo de puta quería matarme.

—¡¿Y qué esperabas que hiciera?! —gritó levantándose de un brinco y enfrentándose a él—. ¡Apuntabas a su madre, cojones!

—A ver si te aclaras de una puta vez, Biel. ¡Estamos en guerra, hostia! No hay medias tintas: o matamos o morimos.

—¿Y hemos de asesinar a todo aquel que no piense como nosotros?

—¡Baja de la higuera, libertario! —Señalando a la mujer, que lloraba desesperada sobre el cadáver de su hijo, añadió—: O ellos o nosotros.

Biel lo miró fijamente, con odio.

—¿Cojo las joyas? —interrumpió uno de los hombres—. El resto de las cosas ya están cargadas.

Ramón miró la caja, que estaba en el suelo. La mujer la había tirado al oír el disparo. Como si hubiera sido destripada, un largo collar de perlas asomaba del interior.

—Dejemos que se las quede —respondió con desprecio—. ¡La vieja se las ha ganado de sobra!

El compañero se marchó y Biel lo siguió. Quería salir de allí lo antes posible. El charco que se iba ensanchando con la sangre del muerto hacía que le entraran náuseas.

Sin embargo, antes de que saliera del edificio, Ramón lo detuvo. Agarrándolo del brazo, tiró de él con fuerza hasta dos dedos de su cara.

—Escúchame bien, Biel. —Sus frentes casi se tocaban y sus miradas se taladraban—. Eres mi amigo. Solo por eso olvidaré ciertas palabras tuyas, pero si las repites en público no podré hacer la vista gorda y tendré que actuar. ¿Lo entiendes?

Biel se soltó de un tirón y se dirigió a su vehículo. Los otros dos camaradas estaban subidos al remolque con el material requisado, todo tapado con las gruesas cortinas de cretona arrancadas en el último momento en el recibidor del piso.

Durante el camino de vuelta al barrio no se dirigieron la palabra. Él y Ramón iban solos en la cabina del conductor.

Biel no lograba quitarse de la cabeza la absurda imagen del bizcocho abandonado dentro de la taza de chocolate de aquel hombre, que había muerto sin poder terminársela.

Ramón miraba por la ventanilla y saludaba puño en alto a otros camaradas con los que se cruzaban. Todos los vehículos llevaban pintadas las letras CNT-FAI en los laterales. De repente, el de la FAI ordenó:

—¡Para! Yo me bajo aquí.

Biel cumplió la orden sin hacer el menor comentario. Aquel hombre había dejado de ser su amigo. Ya fuera del vehículo y asomado a la ventanilla, le advirtió de nuevo:

—Recuerda, camarada, lo que te he dicho antes. Es importante que a partir de ahora te pienses mejor lo que dices.

Hacía treinta y seis horas que Biel no veía a su mujer. Había salido de casa a las ocho de la mañana del día anterior y por la noche se había quedado a dormir en la masía de sus padres. Ahora, tras las dos horas más

salvajes de su vida, introducía la llave en la cerradura a las ocho de la noche.

Entró en el piso muy conmovido, con el rostro desencajado y la moral por los suelos. Se odiaba a sí mismo. No era así como había soñado que ayudaría a crear un mundo mejor.

Petra salió a su encuentro apenas oír el tintineo de las llaves. Lo miró con una rabia que ya no se molestaba en ocultar.

—¿Dónde está Ágata? —preguntó Biel.

Antes de que Petra le respondiera, de la habitación salió un llanto de recién nacido.

—¡Es tu hija que llora, desgraciado! Mientras ella venía al mundo, vete a saber qué maldades hacías tú a diestro y siniestro.

Él se quitó de delante a su suegra para correr al lado de su mujer.

—¡Detente! —exclamó Petra, cerrándole de nuevo el paso con su cuerpo—. No permitiré que te acerques a ellas con la camisa manchada de sangre.

Él no se había dado cuenta y se apresuró a quitársela, estremecido.

Entró en la habitación en camiseta. Junto a la cama, sentado en una silla, Ignacio contemplaba embelesado a su nieta.

El hombre se apartó a fin de ceder el sitio a su yerno. Lo felicitó con un abrazo silencioso y salió de la habitación para dejarlos solos.

—Perdóname, Ágata, por no haber estado aquí —suplicó mientras la cubría de besos.

—No podías saberlo, Biel... Todo ha ido muy deprisa. No nos ha dado tiempo ni de llegar a la Maternidad de la Gran Vía. De la Lactancia me han enviado a una comadrona.

—¡Le pondremos de nombre Libertad!

—No, Biel... Nuestra hija se llamará Gloria. Hace tiempo que lo decidí por si era niña.

—No me habías dicho nada.

Ella esbozó una sonrisa triste y cogió los minúsculos deditos de la criatura, que dormía arropada a su lado. Hacía tanto tiempo que Biel estaba ausente de su día a día que ya se había conformado. Solo la esperanza de la maternidad le había dado fuerzas para no desfallecer de pena.

—Es un nombre rebotante de alegría. Me parece bien —aceptó Biel acariciándole el cabello.

No se sentía con derecho a contradecir a su mujer.

Cogió a la pequeña con sumo cuidado y la acunó.

Por la noche, incapaz de conciliar el sueño, Biel volvió a fumar después de mucho tiempo. En el intervalo de una hora, esa misma tarde había sostenido en sus brazos la muerte y la vida.

No conseguía borrar de su mente lo que había sucedido en el piso de la calle Rosellón. Volvía a revivir aquella escena apenas cerraba los ojos. Como tampoco podía olvidar la mirada de Ramón. Las amenazas del hombre al que hasta pocas horas atrás consideraba su amigo lo habían enviado directamente al mundo de los perdedores.

Esa noche de otoño, Biel lloró por aquella desgraciada mujer que había vivido para ver cómo asesinaban a su hijo.

SEGUNDA PARTE

Biel contemplaba la fotografía donde Ágata sostenía a la pequeña Gloria. Su mujer se esforzaba en simular una sonrisa. Ambas posaban ante el retratista que él había contratado.

Habían sufrido el primer bombardeo de la ciudad en febrero del treinta y siete, y en marzo una «pava» italiana había dejado caer una bomba delante del Coliseum, en la Gran Vía.

En la primavera de ese año Biel había cumplido los veintiuno y una carta con matasellos oficial lo había convertido de pronto en recluta.

—¡Habla con Ramón, por favor! Él tiene contactos importantes —había suplicado Ágata—. Puede conseguirte un destino en retaguardia.

—¡Quítate esa idea de la cabeza! Ese hijo de puta solo se ayuda a sí mismo.

—Has estado al pie del cañón cada vez que te han llamado. Seguro que en el frente necesitan conductores para la intendencia.

—Estaré en las trincheras en cuestión de semanas, chata. Ahora ya formo parte de la caja de reclutamiento.

—¡No quiero que estés en primera línea, Biel! —Lo abrazó llorando—. Habla con Ramón. ¡Hazlo por la nena!

—Están reclutando a quintas mayores, Ágata. A los republicanos les falta tropa. Si algún día he de arrodillarme ante ese maldito perro, solo será para que ayude a mi padre o al tío Enrique.

—¿Por qué tendrían que ir a la guerra tu padre y tu tío? —preguntó sorprendida—. Ramón es cuatro años mayor que tú y no ha ido...

—Es un malnacido con suerte. A ese escuchimizado, que de pequeño sobrevivió al tifus, ahora lo salvará el asma. No puedo librarme, Ágata.

—Escóndete y no vayas, Biel. El corazón me dice que si te vas, no volveremos a vernos nunca. ¡Tengo mucho miedo!

Él la agarró con fuerza por los hombros y le tapó la boca con un beso. Aquel pensamiento de su mujer era el mismo que lo martirizaba día tras día desde que el Gobierno había militarizado a las milicias antifascistas.

También sabía que, cuando estuviera en el frente, el peligro no procedería únicamente del bando enemigo. Corría la voz de que los comunistas se cargaban a los libertarios. El conflicto entre anarquistas, partidarios de una revolución desde la base, y comunistas, que optaban por conquistar el poder político desde la cúspide, había culminado en Barcelona el 2 de mayo de aquel año con el asalto a la Telefónica, que estaba bajo control anarquista según el pacto de colectivizaciones.

A Biel, el alboroto lo había pillado cuando circulaba por delante del hotel Colón, en la plaza de Cataluña. Guardias de asalto de la Generalitat, afiliados del PSUC y extremistas del Estat Català se enfrentaban desde el exterior a los anarcosindicalistas, las Juventudes Libertarias y el POUM, que se encontraban dentro del edificio.

—¡Detente! —gritó Arturo, que iba con él en la camioneta—, nuestros camaradas nos necesitan.

En lugar de obedecer, Biel pisó el acelerador sin hacer caso de las maldiciones del chico.

—Si quieres hacerte el héroe, que sea cuando no vas conmigo, ¿está claro? —le soltó al detenerse en el cruce de Manso con ronda de San Pablo—. ¡Tienes quince años, joder, y no me perdonaría que te ocurriera algo!

—Eres un cobarde —le espetó el muchacho mientras se apeaba del vehículo y cerraba de un portazo.

Biel suspiró con paciencia y procedió a entrar a su vez en la sede libertaria.

Dentro de los Escolapios, todo el mundo estaba atento a la radio. El ministro cenetista García Oliver exhortaba a los afiliados:

«Camaradas, por la unidad antifascista, por la unidad proletaria, por los que han caído en la lucha, no hagáis caso de las provocaciones.»

—¡No entiendo tanta proclama conciliadora, cojones! —exclamó furioso y con rebeldía Arturo—. ¡Los malditos socios nos dan por saco y encima el comité nos pide calma!

—Mal que nos pese, camarada, los estalinistas son nuestros aliados —lo

riñó Ramón, que escuchaba al ministro por el aparato en lugar privilegiado —. Y tú, niñato, aún tienes que tomar muchas sopas antes de hablar.

—Esos hijos de puta nos la están jugando, Ramón.

—¡Tenemos a treinta mil milicianos casi sin munición desperdigados por el frente de Aragón, joder! No me hagas perder la paciencia. Ahora lo que importa es que ganemos la guerra.

—Pues yo no entiendo que uno deba confiar la vida a un contrario — afirmó encarándose con él. En los últimos meses Arturo había dado un estirón y le sacaba dos cabezas al de la FAI—. Con tantas renunciadas nos arrastraréis por el barro.

—La revolución social todavía está viva, Arturo —intervino Biel para aplacarlo. Temía que el otro tomase represalias contra su inexperto amigo —. Esa es la verdadera obra libertaria.

Ramón prorrumpió en sonoras carcajadas y después meneó la cabeza con gesto despectivo.

—No tienes remedio, camarada. Eres un ilustrado.

—Y tú, Ramón, deberías saber que sin la defensa de los ideales el fracaso está servido. Te lo he repetido más de una vez.

Al de la FAI se le mudó el semblante y con una mano agarró a Biel por la pechera de la camisa y tiró de él hacia sí.

—Aquí los pusilánimes y los predicadores estáis de más, compañero. Te lo avisé: cuidado con lo que dices.

—¿Lo estás amenazando? —lo retó Arturo.

En un arrebato de cólera, el de la FAI le apoyó la pistola en el vientre.

—Ándate con ojo, chaval. La próxima vez quizá me vea obligado a disparar.

—Salgamos de aquí, Arturo —ordenó Biel arrastrándolo del brazo.

El adolescente había palidecido. En un instante había percibido ante sí dos caras de la misma revolución. Hacía tan solo unos minutos, habría seguido con los ojos cerrados a cualquiera de aquellos dos hombres. Ahora se veía obligado a marcharse, abatido, muy consciente de pronto de que sus días de cachorro habían terminado.

Transcurridos cuatro días desde la ocupación del edificio de Portal del Ángel, el Gobierno de la Generalitat había dimitido y los jefes

anarcosindicalistas proponían a sus afiliados el abandono de las barricadas.

La revolución republicana-estalinista había triunfado en el Parlamento catalán y en julio se daba la orden de reprimir a los anarquistas.

Biel empezó a temer por su vida el día en que en el cementerio de Cerdañola aparecieron, muertos y desfigurados, los doce libertarios desaparecidos en San Andrés. También detenían al líder del POUM, Andreu Nin, y se clausuraban casi todos los comités de defensa de los barrios. Las siglas CNT-FAI habían desaparecido de la puerta de los Escolapios.

Los comunistas empezaban a sujetar la vara de mando. Negrín sustituía a Largo Caballero al tiempo que la leva de Biel finalizaba su instrucción para ser enviada a las trincheras.

Mientras el tren entraba en el Tarragonés, Biel pensó en Juan García. Se alegraba de que hubieran hecho las paces.

Había sido precisamente el mismo día en que se tomó aquella fotografía. Biel acompañaba a Ágata y a la pequeña a casa cuando, en la puerta del mercado que daba a la calle Tamarit, el mismo patio donde los tres y Arturo habían compartido tantas tardes de infancia, lo vio apoyado en unas cajas apiladas.

—¿Quieres fumar, libertario? —ofreció el carnicero tendiéndole el cigarrillo cuando pasó por su lado.

Biel llevaba en brazos a la niña y se la pasó a Ágata.

—Esperadme en casa. Enseguida voy.

Ella dirigió una sonrisa a Juan García. Desde que había elegido a Biel, toda relación entre ellos se limitaba a un saludo rápido de mera cortesía.

—Los anarquistas no tenéis nada que hacer, Biel —sentenció Juan cuando se quedaron solos, mientras le daba fuego—. Estáis acabados. La gente sigue al más fuerte.

—Nosotros lo somos —afirmó él con contundencia—. Cataluña estaría en manos fascistas desde hace un año de no ser por los libertarios.

—Una victoria no hace ganar la guerra. Os arrancarán el pellejo vuestros propios socios.

—Nunca te ha preocupado la política, Juan. ¿Por qué me has hecho

pararme? Si quieres hablar de tu hermano, que sepas que me tiene muy preocupado.

—Arturo es muy impulsivo, pero la guerra no durará tanto como para que lo llamen a filas. Entretanto, crecerá y tal vez siente la cabeza. —Jugueteó con la ceniza del cigarrillo antes de proseguir—: He recibido la carta conforme he de presentarme en la caja de reclutamiento en una semana. No quiero ir al frente, Biel.

—¿Y crees que sobornando a Ramón conseguirás algo? —Había observado cómo a diario el de la FAI se alejaba del puesto con un paquete bajo el brazo—. Desconfía de él, Juan.

—Todos pasamos apuros y sobrevivimos como podemos —replicó Juan, disimulando que la observación lo había ofendido—. Mi mostrador se parece más al de una tripería que a la carnicería de otros tiempos. Necesito un destino en retaguardia, Biel. Esta guerra no va conmigo. No quiero matar, ni morir.

—No eres el único que trata de alejarse de ella, amigo... Tengo tanto miedo como tú.

—Gracias por decirlo. Tus palabras me hacen sentir menos cobarde.

—Me voy al frente de Aragón pasado mañana, Juan.

—¡Lo sé! Tu suegra se lo ha dicho a mi madre. Por eso quería despedirme de ti.

Entonces se abrazaron. Pese a que los años no le habían hecho olvidar ni la traición de Biel ni el rechazo de Ágata, Juan echaba de menos lo que aquellos dos habían significado para él en el pasado.

Al cabo de dos días, Biel marchaba a las tierras en donde Durruti había dado paso a otro héroe, el comunista Líster.

Mientras recordaba la conversación que había mantenido con su amigo, Biel pensó cómo él mismo había callado que su temor se mezclaba al mismo tiempo con el alivio de salir de la ciudad.

La espera se le había hecho más ardua que la partida en sí. Ya no quedaba nada por decidir: todo dependía del azar. En el fondo, aquella guerra lo liberaba de todos los sentimientos de culpa acumulados, como el

de haber superado la muerte de su gemelo, Vicente.

Ahora también él tenía una cita con la muerte. Si sobrevivía, sentiría que había saldado su deuda.

Los campos desfilaban al otro lado de la ventanilla. Acababan de entrar en tierras de la Ribera del Ebro. En un santiamén estarían en Mora.

Biel dedicó un último pensamiento a Ágata y a su hija. Antes de salir de la habitación, había contemplado con ternura a su pequeña, que dormía en su camita.

Al darse la vuelta para irse, encontró a Ágata a su espalda. Cogió su rostro entre las manos y, mirándose en aquellos dulces ojos, lamentó el tiempo perdido lejos de su lado.

—En la mochila tienes el plato, cubiertos y la cantimplora —dijo ella.

—Acércate, amor mío, ahora no es eso lo más importante.

—También he ahorrado estas cien pesetas para ti.

—Quédalas. Los billetes emitidos por el Ayuntamiento no sirven fuera de Barcelona. El Gobierno me pagará diez pesetas diarias. Te haré llegar el dinero.

La llevó a la cama y se amaron con el mismo deseo de los primeros meses.

—Cuando vuelva, todo será diferente, cielo mío. Te prometo que no me dejaré matar. Nuestra vida continuará más allá de esta maldita guerra.

Se soltó de ella con suavidad y acto seguido cogió el retrato. Antes de guardárselo en la cartera, escribió al dorso:

Ágata y Gloria. Diciembre de 1937.

En el momento en que el tren se detenía, solo deseaba volver a verlas. Habría querido ser creyente para rogar a Dios que lo protegiese.

Lo que le había dicho Juan lo sentía en lo más hondo del alma. Tenía miedo y no quería matar a nadie. Tal vez ahora su enemigo también se estaba levantando de la cama y contemplaba, como había hecho él, a una hija dormida sin saber si alguna vez volvería a verla. Quién sabía si en el otro lado no habría un pobre hombre que, al igual que él, iba a la guerra contra su voluntad.

Con las primeras acometidas de los insurrectos, en el treinta y seis, habían caído en poder de los nacionales Galicia, Castilla, Aragón, León, Navarra y Andalucía. En septiembre de ese mismo año, los nacionales habían conseguido Irún, San Sebastián y Oviedo.

Con dichas pérdidas, el ejército republicano había quedado rodeado.

Catalanes, levantinos, asturianos, vascos y madrileños, aunque resistían, empezaban a sumar derrotas.

Biel todavía se esforzaba por creer que era soldado de un ejército que llevaba las de ganar.

En junio del treinta y siete habían perdido Bilbao, en agosto caía Santander y en octubre Gijón. Conseguido el norte, los rebeldes quedaban libres para destinar todas sus fuerzas a la capital y a Levante.

Durante el viaje hacia el frente, aquel frío enero del treinta y ocho, Biel no había querido participar en las conversaciones de los demás soldados. Entre los libertarios corría la voz de que en las trincheras los comunistas habían empezado la caza de anarquistas. Si no se mostraba prudente a la hora de hablar, su vida correría peligro en su propio bando.

De vez en cuando cerraba los ojos y retenía como un tesoro la imagen de Ágata en la estación, que, aferrada a su cuello, le decía «te quiero» con los ojos anegados en lágrimas, mientras su suegro sostenía en brazos a la nieta.

Su suegra se había quedado en casa, y él lo había agradecido.

Mientras Madrid, donde resonaba el grito de «¡No pasarán!», seguía siendo bombardeada, hacía dos meses que el Gobierno republicano tenía su sede instalada en Barcelona. Había llegado allí huyendo de Valencia, adonde un año atrás se había trasladado desde la capital con las obras del Museo del Prado para salvaguardarlas de las bombas, junto con el oro de las arcas públicas a fin de sufragar la guerra.

Había empezado el principio del fin.

Mientras Biel se alejaba en un convoy militar camino de Teruel, Hitler perfilaba su gesta épica para someter a Europa.

Alemania, Italia y Rusia habían convertido la guerra española en un valioso campo de pruebas de estrategia militar. Aunque Inglaterra y Francia miraban desde la barrera sin intervenir, con la esperanza de que no les llovieran palos, la muerte planeaba sobre la tierra como un pajarraco tenebroso, portador de malos augurios.

A ambos bandos se les habían terminado los voluntarios, y la necesidad de combatientes los había obligado a reclutar levass para engrosar las filas de la tropa.

Franco ya había movlizado a once reemplazos. Cerca de medio millón de hombres entre dieciocho y veintisiete años se unían a sus divisiones de voluntarios falangistas, carlistas navarros y los catalanes del Tercio de Montserrat. Se les habían sumado los desertores del bando republicano, prisioneros de guerra reconvertidos en combatientes fiables y las cajas de reclutas de las ciudades y pueblos conquistados.

Así, a principios de año el ejército de los rebeldes contaba con casi ochocientos mil soldados.

Con medio metro de nieve bajo los pies, que confería a los campos aragoneses el aspecto de un desierto blanco, Biel soportaba a regañadientes la arenga del comisario comunista de su batallón.

—¡Camaradas! La República espera de vosotros vuestro valor, sacrificio y entrega. Y vuestra sangre si es necesario. Luchemos hasta la muerte para liberar Teruel de los fascistas.

—¡Será hijo de puta! Así se muera él —había murmurado el soldado corpulento, de piel curtida por el sol y el frío, que Biel tenía a su izquierda.

La sinceridad de aquel combatiente lo sorprendió. Era uno de los cuatro

soldados de su escuadra y le hacía temer que se tratase de un estalinista infiltrado para descubrir tendencias. Con el fin de curarse en salud, lo amenazó:

—Podría delatarte ahora mismo por lo que has dicho, Vidal.

—No lo harás —afirmó el miliciano mirándolo fijamente a los ojos—. Estoy harto de arengas, Biel. Tú acabas de llegar, pero yo hace dos años que veo sangre y cuerpos reventados. Y tú, Pincel, ¿qué estás mirando? —increpó al soldado delgaducho que aplicaba el oído a su derecha—. ¿También quieres denunciarme?

—Ya te he dicho que me llamo Emilio —lo corrigió, molesto por el apodo que le había puesto. Antes de apartarse le hizo saber—: A ninguno de nosotros nos importa lo que pienses.

—¿Lo conocías de antes, Biel? —quiso saber Vidal—. Es de Barcelona como tú.

—Veo que estás muy interesado en quiénes somos y quiénes dejamos de ser... Y no sé por qué narices preguntas tanto. Deja en paz al chico.

—Me gusta saber de qué pie calzan los que tengo al lado. —Señaló muy serio el fusil—. Lo que tienes en la mano no es una vara de madera, ¿sabes?

—Aquí nadie ha hablado de afinidades políticas. En cuanto a Emilio, según dice estaba empleado en los grandes almacenes de la calle Pelayo. La guerra le ha jodido las aspiraciones que tenía de llegar a jefe de sección.

—Demasiado fino para aguantar lo que le espera por aquí. —Escupió al suelo la brizna de tabaco que se le había quedado en la lengua al lamer el papel. Lo encendió y, expulsando el humo, rezongó—: ¡Me cago en la puta! Qué compañeros de escuadra tan penosos me han tocado.

—¿Por qué lo dices? —lo retó con cara de pocos amigos Biel.

—Es importante confiar en quien tendrá que cubrirte las espaldas cuando llegue el momento. —Se subió el cuello del abrigo y, sujetando el cigarrillo entre los labios, se frotó las manos para hacerlas entrar en calor—. Al menos, el extremeño pequeñajo, Currito, es un soldado fogueado.

—Mira, compañero, no te lo tomes a mal, pero no he venido aquí a hacer amistades.

—Entonces, camarada, déjame decirte que durarás poco. Aquí un hombre solitario es un hombre doblemente muerto.

Biel tenía el capote empapado de escarcha y el frío lo calaba hasta los huesos.

En su infancia siempre había imaginado el infierno como un lugar lleno de llamas, pero ahora sabía que era un paraje helado, donde por la mañana los árboles parecían fantasmas cubiertos de hielo.

El 22 de febrero, cuando Teruel volvió a ser de los nacionales, los cuatro seguían vivos. Ya habían desaparecido las desconfianzas entre ellos, y el batallón, con más de cien hombres agotados y ateridos de frío, recibió la orden de retirada.

Biel caminaba por aquella carretera solitaria arrastrando el alma. Algunos hombres ya no volverían a ver a sus mujeres e hijos porque él les había arrebatado la vida.

Antes de su primer combate, cuando aún no había recibido su bautismo de fuego entre las calles de Teruel, se había hecho el firme propósito de no apuntar bien. Sin embargo, apenas se vio en medio del fuego cruzado de balas y granadas de mano, concedió más valor a su vida que a la de cualquier otro y resonaron con furia en su interior las palabras que había oído hasta la saciedad: «matar o morir».

—A veinte kilómetros de aquí está mi casa —confesó Vidal con tristeza—. Vendería mi alma al diablo por estar en brazos de mi mujer.

—Y yo se la regalaría por estar dentro de aquella casa de labranza de la que sale humo por la chimenea —gimió Emilio, que temblaba bajo el abrigo.

Se había puesto la manta sobre la cabeza y solo dejaba al descubierto los ojos con el fin de no tropezar.

—Seguro que en el hogar tienen un perol donde deben de estar cociendo comida —dijo Curro con un suspiro.

—No pienses en el hambre, amigo, o te entrará más —le aconsejó Vidal.

El extremeño tenía aspecto de niño vestido de soldado. Había llegado a Cataluña con sus padres con ocasión de la Exposición Internacional del veintinueve y hablaba un castellano trufado de palabras catalanas.

La necesidad de los republicanos de reclutar a hombres que diesen «Apto» en los exámenes médicos había rebajado la altura requerida hasta

entonces al metro cincuenta y el perímetro torácico a setenta y cinco centímetros. En esas redimensionadas medidas había encajado Curro.

En su escuadra, a menudo se les añadía Antón, un maestro que, si bien recorría las diversas secciones de la compañía con la función de alfabetizar a los soldados, había adoptado a Curro como a un discípulo protegido.

El maestro había empezado a sentir ternura hacia aquel soldado al ver que, apenas recibir una carta, el extremeño le daba un beso y se la guardaba en lugar de apresurarse a abrirla como hacían todos. Primero había creído que sencillamente quería leerla en solitario, hasta que un día se sinceró con él y le dijo que no sabía leer. Fue así como Antón se convirtió en su lector y escribiente.

Sin embargo, pese al agradecimiento que sentía por el maestro, Curro no se separaba de Vidal, como si la estatura de aquel hombre fuerte y franco supliese la corpulencia que a él le faltaba.

A pocos kilómetros de entrar en tierras catalanas, el oficial hizo detenerse a la famélica y agotada compañía a la entrada de un pueblo.

—¿Lo conoces, Vidal? —preguntó Biel.

—Llonera. He venido muchas veces a comprar ganado. De pequeño ya venía con mi padre.

Siguiendo las órdenes del oficial, los cabos se apresuraron a repartirse con sus soldados por las casas para pasar la noche.

Los cuatro siguieron a Marcelino.

Solo la voz del viento recorría aquellas calles de tierra con las puertas y las ventanas cerradas.

—¿Dónde está la gente? —preguntó intranquilo Emilio.

—Escondida en las casas de labor y cagada de miedo por las bombas.

Finalmente, Marcelino vio un caserón que se le antojó bastante adecuado.

—Este sí. Tiene pinta de ser la vivienda de un rico, dejemos en paz las de los pobres.

De un tiro reventó la cerradura; después, dio una patada para acabar de abrir la puerta.

—¿Podemos hacer eso? —preguntó Emilio con candidez.

—¡Acabamos de destrozar Teruel y ahora te preocupa si podemos entrar

sin permiso en una casa! —respondió sarcástico Vidal—. ¿No querías cobijo, Pincel?

Dentro todo estaba oscuro.

Entraron encañonando los fusiles en todas direcciones. En lo alto de cinco escalones en forma de abanico, un segundo portal impedía el paso al interior. En el centro había una aldaba de latón que reproducía una cabeza de león con una argolla en la boca.

Con precaución por si había alguien escondido, recorrieron todas las estancias hasta el desván, entreabriendo los postigos a su paso para obtener un mínimo de claridad del exterior.

Todo el mobiliario estaba protegido bajo sábanas blancas.

—Eso es para que si les cae una bomba no les cubra de polvo los muebles —se burló Vidal.

Al comprobar complacidos que en el caserón no había nadie, se lanzaron hambrientos a destapar tinajas de la despensa en busca de comida y agua.

—No han dejado ni un mendrugo para las ratas —se lamentó Curro.

Volvieron a las latas de alubias de su intendencia, calentados por el vino que habían encontrado en la bodega.

Con ellos se encontraban los soldados de dos escuadras más. En total, doce hombres y los tres cabos. Marcelino se había instalado con sus homólogos en una sala presidida por un halcón disecado.

—No te dejes nada en el plato, Currito. Tienes que crecer. Así, cuando mueras por la República, llegarás bien saciado ante Lenin —se mofó de él Vidal.

El extremeño comía envuelto en la manta en la cocina. No les habían dejado encender ningún fuego a fin de que el humo de la chimenea no los delatase.

Para entrar en calor, y feliz por el olvido temporal que le proporcionaba el vino, Emilio no había dejado de beber. Se lo llevaron directo a la cama cuando empezaba a ponerse triste, pasada la primera euforia. Los cuatro compartieron la misma habitación.

Vidal se había ofrecido a hacer la primera guardia y estaba en el desván. En lugar de quedarse con los demás, Biel se reunió con él.

Desde allí se veía el jardín interior. En el medio había una fuente

hexagonal de poca profundidad y rodeada de cuatro peces de piedra. En el centro, una pechina con un surtidor del que no manaba ni gota de agua. Al pie de una morera desnuda de hojas había un banco de piedra donde dos soldados estaban charlando.

De repente uno de ellos se dirigió a la fuente y con una piedra golpeó uno de los peces. «Este se ha quedado sin cola», oyeron que decía. Luego su compañero se lo llevó de allí.

—Si estás desde el treinta y seis, ¿significa eso que te alistaste voluntario, Vidal? —le preguntó Biel.

—¿Tengo cara de loco? Me obligaron los cabrones de los anarquistas. Yo estaba labrando el campo con mi amigo, Pitus, y aparecieron unos milicianos. «¿Qué hacéis aquí tan tranquilos, desgraciados?», nos gritaron. «¿No sabéis que estamos en guerra contra los fascistas?» Pitus y yo acabamos en Madrid, y cuando se hartaron de que matásemos hombres en la capital, nos llevaron a escabechar a Teruel.

—¿Y dónde está ahora tu amigo?

—Los «nuestros» se lo cargaron a él y a cincuenta más de la brigada poco antes de que llegais vosotros. —Apretó con más fuerza el fusil—. No éramos unos cobardes, Biel. Estábamos reventados y no queríamos volver al asedio. Nos habían prometido un descanso de tres días y habían llegado los relevos. Teruel ya era nuestra, pero los nacionales habían contraatacado.

—¿Tú volviste allí?

—Yo sí, pero Pitus quería celebrar la Nochevieja. Le pedí que obedeciera, pero no logré convencerlo. De haber sabido la repercusión que tendría su rebeldía, me lo habría llevado aunque fuese atado de pies y manos. No lo mató el enemigo, Biel, lo fusilaron esos malnacidos comunistas de nuestro bando.

Tras acabarse un segundo cigarrillo, Biel se disponía a descansar antes de que le tocase guardia, cuando Vidal le dijo:

—Pincelito se parece mucho a como era Pitus. Por eso a veces me enfado tanto con él. Tengo miedo de que algún día también él cometa una estupidez. No te fíes de Marcelino, amigo. Parece una buena persona pero es un títere del comisario.

Recostados en los ribazos de los bancales, los soldados leían preocupados las cartas que habían recibido de los suyos.

Si bien intuía que Ágata le ocultaba parte de la crudeza que sufrían en Barcelona, Biel la releía lentamente como si aquellas líneas encerrasen todo un mundo perdido. Aquellas cuartillas eran el único hilo que lo unía a la normalidad dejada atrás.

Por la carta anterior, de principios de abril, había sabido que su tío Vicente había muerto mientras conducía por la Gran Vía. Un camión de explosivos había sido alcanzado por la aviación y le había llegado la onda expansiva. Apenas enterrarlo, su viuda, la tía Adelina, huía aterrorizada a casa de una hermana masovera en el Ampurdán.

Al enterarse, Biel escribió a Ágata rogándole que abandonara la ciudad con la niña y sus padres y se refugiasen en El Prat, en casa de los suyos.

Abatido por la imposibilidad de obtener un permiso, el libertario había dejado de contar los días, como si el tiempo en el frente perteneciera a otra dimensión temporal que jamás le permitiría regresar al punto de partida.

Emilio miraba entristecido cómo los demás leían la correspondencia.

—Pincelito está alicaído porque no ha tenido carta —se burló Vidal. Tampoco él había recibido, pero no parecía afectarlo tanto—. Tu chatita se ha olvidado de ti.

—¡Deja de hacerte el gracioso de una puñetera vez, campesino ignorante! —le gritó el otro—. No sabes nada de mí. Espero carta de mi madre. Soy lo único que tiene.

—¿No tienes más familia?

—Mi padre murió de silicosis hace años y mis dos hermanos cayeron en el treinta y seis en Madrid.

—Discúlpame —le pidió Vidal, muy avergonzado por su

comportamiento.

—Somos carne de cañón —balbuceó entristecido Emilio.

—No fue la República la que empezó la guerra, camarada —le recordó el maestro.

—¡Me trae sin cuidado quién gobierne, Antón! Estoy tirando mi vida a la basura. Quiero largarme de aquí.

—Todos queremos lo mismo, Emilio —lo tranquilizó Biel mientras se guardaba en el bolsillo la carta de Ágata—. Pero dudo que la cosa acabe pronto. Mi mujer me escribe que están reclutando a jóvenes de diecisiete años.

—Eso no puede ser... —se preocupó Curro, que sufría por el menor de sus hermanos—. ¡Aún no están en edad de quintar!

—Pues lo tenemos crudo —se lamentó Vidal—. Eso significa que los republicanos ya no tienen de quién echar mano.

Al ver que se acercaba el cabo guardaron silencio.

—Quiero un permiso, Marcelino —casi exigió Emilio—. Solo tres días. Veo a mi madre y vuelvo. Ahora esto está tranquilo.

—Ten paciencia, camarada —le respondió el otro, sorprendido por el tono—. Ya vendrán tiempos mejores.

—Que yo no veré...

—Deja de quejarte como una nenaza. ¡Parece que no te des cuenta de que estamos en guerra, cojones!

—¿Cuándo recibiremos las pagas que se nos deben, Marcelino? —le soltó temerario—. Desde que estoy en el frente solo he cobrado una vez y ya vamos hacia el sexto mes.

Todos se miraron sorprendidos de que el chico se atreviera a retar al cabo. A nadie se le escapaba que el comunista no sentía demasiada predilección por él.

—Camarada, defender las libertades cuesta mucho dinero —replicó el cabo palpándose la funda de la pistola, como solía hacer siempre que una pregunta lo incomodaba.

Cuando se alejó respiraron aliviados.

—Para ese malnacido todos somos purria —dijo Vidal escupiendo al suelo.

Biel fue a sentarse a la sombra de un olivo plantado casi en el ribazo del bancal y sacó la carta de Ágata a fin de leerla con tranquilidad por segunda vez.

Antes, cerró los ojos un rato para evocar la voz de su mujer e imaginar que era ella quien le hablaba al oído.

Querido Biel:

Llenaría la hoja con solo dos palabras: te quiero. Las repetiría una y otra vez con letra diminuta para que cupiesen miles, pero imagino que también quieres saber qué vida llevamos por Barcelona.

Estamos vivos y la casa todavía sigue en pie. Los aviones de Mussolini no cesan de bombardear. El ruido de las sirenas ya forma parte de nuestra vida cotidiana, y las carreras hacia los refugios se han convertido en lo más normal del mundo. Nunca como ahora me había pasado tantas horas mirando al cielo.

El dinero que me enviaste fue una bendición. Una parte sirvió para comprar unos zapatos a la nena. A los que llevaba les había recortado la puntera para que no le dolieran los dedos al crecer.

Tu padre insiste, tal como tú también me pediste, en que vayamos a El Prat con ellos, pero mi madre se niega a abandonar el piso y mi padre no quiere dejarla a ella. Como puedes imaginar, no tengo corazón para irme y dejarlos solos a los dos.

En Barcelona falta casi de todo y lo que queda tiene un precio desaforado. Cuando hervimos un hueso de ternera, lo guardamos para cocerlo por segunda vez.

Todo son colas. En el puesto vendemos lo que tu padre nos trae. Un poco de todo. Tal vez algún día vuelva a estar repleto de pollos, pero de momento hay más patatas y cebollas que huesos de ave.

No quiero que sufras por el dinero, aquí todos sobrevivimos como podemos. Tú ocúpate únicamente de regresar sano y salvo. No deseo ninguna otra cosa.

Gloria mira tu fotografía de soldado y dice «Papá». Duerme conmigo y así tu ausencia no me resulta tan dolorosa. Me gusta tenerla muy cerca. He prolongado la lactancia. Aunque mi leche sea ya de mala

calidad, más vale eso que nada.

Tengo que comunicarte dos malas noticias. Querría ahorrártelas, pero creo que es importante que estés enterado.

Una es que nuestro amigo Juan ha vuelto a casa herido. La metralla se le ha llevado tres dedos de la mano derecha y tiene la pierna malherida. Confiemos en que la salve.

La otra tiene que ver con nuestro alocado Arturo. Tal vez ya sepas que los de la FAI se han integrado de nuevo en el Frente Popular. Pues bien, al insensato de nuestro amiguito le ha faltado tiempo para inscribirse como voluntario, para desesperación de su madre. De manera que hace cosa de un mes se marchó con las Juventudes Libertarias a hacer instrucción en un campamento de la provincia de Tarragona, pero, según dijo por carta a su familia, parece ser que de allí lo enviarán a Mora.

A decir verdad, Arturo tampoco se habría librado. Su reemplazo estaba al caer. Están llamando a los de la leva del 41. Solo tienen 17 años. Aquí los llaman «la quinta del biberón», por lo críos que parecen.

Te quiero, Biel. Me duele el corazón de tanta añoranza como siento por ti. Todos los días ruego por que vuelvas muy pronto a nuestro lado.

Por siempre tuya,

Ágata

Dos días más tarde, durante la calma de mediodía, mientras se espulgaban los piojos de la ropa empezaron a caer papeles del cielo.

Era julio y los nacionales habían intensificado la propaganda.

¡Miliciano! Está llegando la hora de nuestra victoria. Si sabes dar un paso a tiempo, vencerás con nosotros. Aún puedes reparar tu falta. Pásate a nuestras filas. Habrá perdón, pan y paz para ti y tu familia.

Biel la había leído en voz alta. Acto seguido estrujó el panfleto hasta convertirlo en una pelota arrugada y lo tiró.

Por su parte, Curro recogía los papelotes que le habían caído cerca y se

guardó un fajo en el bolsillo.

—¡Qué haces, loco! —lo riñó Emilio—. Si te encuentran con eso encima, te fusilarán.

—Estoy hartito de limpiarme el culo con piedras —se justificó él.

Todos prorrumpieron en carcajadas, salvo Vidal, que se mantuvo serio y con la vista clavada en la orilla derecha del Ebro, donde estaban acampados los fascistas.

Desde que en abril los nacionales habían llegado al puerto de Vinaroz, la zona republicana había quedado separada en dos partes. Franco había desplazado la ofensiva a las tierras de Lérida y planeaba dirigirse a Valencia.

El batallón de Biel seguía atrincherado en la ribera izquierda del río, gozando de relativa calma.

—Ahí viene el malnacido, Curro. Habrá visto cómo recogías propaganda. Lo distraeré mientras vas a vaciarte los bolsillos.

El otro tragó saliva.

—El sol os afecta a la chaveta, zopencos —los abroncó Vidal, que no ocultaba cuán hartito estaba de aquellos dos—. Mejor quédate callado, Emilio.

—¡Salud, camaradas! —los saludó Marcelino con el puño cerrado a la altura de la sien.

—Corre el rumor de que Franco y Negrín están negociando el fin de la guerra, Marcelino. ¿Es verdad? —le preguntó Emilio, medio atemorizado.

—¡Me tenéis hartito! —vociferó el cabo—. Victoria o muerte. Al que vuelva a hablar de armisticio le descerrajo un tiro. —Al ver que Curro se alejaba, le gritó—: Eh, ¿se puede saber adónde vas?

—Tengo las tripas revueltas y no puedo aguantarme.

—Entonces, ¡largo de aquí!

El cabo se palpó la pistola enfundada y siguió su camino.

Al día siguiente Vidal todavía daba vueltas a la propaganda de los rebeldes, calculando cómo dar el paso.

«Conozco el terreno. Puedo escabullirme, llegar a casa y esconderme allí hasta que acabe todo», se dijo.

Su corazón ni perdonaba ni olvidaba cómo le habían arrebatado dos años de su vida. Desde el día en que fusilaron a Pitus, se había jurado que no acabaría la guerra en el bando de los rojos.

Por unos instantes aceptó aquella opción como la única posible. Luego le entraron dudas. Si ganaban los republicanos sería juzgado por desertor y tendría que vivir escondido de por vida. Claro que si ganaban los rebeldes, también tendría que seguir oculto por rojo.

«Vencerán los fascistas», reflexionó muy convencido.

Unos pasos más allá, Curro y Emilio mataban el tiempo con el juego del puño.

Aquellos dos lo preocupaban. Podían suponer un obstáculo para sus planes. Lo seguían a todas partes como si fuera su padre, y le constaba que solo podía tener posibilidades de éxito en solitario.

Tampoco confiaba del todo en Biel. Aquel hombre huraño de pocas palabras lo desconcertaba. En aquel momento estaba limpiando el fusil, pero era obvio que su pensamiento se hallaba muy lejos de allí.

«Si me paso al enemigo, tendré que disparar contra ellos», se dijo Vidal mirando a sus tres compañeros.

—¡Te juro que he visto como una liebre asomaba la cabeza por aquel agujero de la orilla! —gritaba Curro a Emilio, que intentaba apartarle el fusil.

—Si disparas descubrirás a los fascistas dónde estamos.

—¡Ya lo saben, tarugo! Tengo hambre. Quiero comer carne.

—Acabaremos ramoneando arbustos como si fuéramos cabras —se quejó Vidal, con la vista clavada en el pueblo situado a un par de kilómetros—. Se me está quedando un cuerpo como el de Píncel.

Vidal era hombre de campo y conocía las hierbas, el tomillo y el hinojo que habían contribuido a enriquecer la dieta de alubias enlatadas. Había ayudado a sobrevivir al grupo tendiendo trampas con mucha maña.

Decidió que tenía que dejar de cuidarlos. Si seguía reforzando los lazos con aquellos hombres no se vería con ánimos de seguir con sus planes.

Al caer la tarde, pese a que el sol había quemado como fuego todo el día, Curro se había envuelto en la manta y, tendido en el suelo, se consumía con temblores de fiebre.

—¿Y ahora qué le pasa a este? —preguntó Marcelino, que venía

acompañado de Antón.

—Hace dos horas que se encuentra mal. Le arde la frente —comentó Emilio, muy preocupado.

—¡Ya se le pasará!

—Podría ser paludismo, cabo —aclaró Antón—. Entre los internacionales ya se ha llevado a unos cuantos entre ayer y hoy. Es culpa del río.

—Que se lo lleven, pues. No es cuestión de que contagie a los demás —aceptó al tocarle la frente y comprobar que el extremeño no fingía para volver a casa—. Y a vosotros, por si acaso, ¡os prohíbo que bajéis al río!

Tres días después de que se llevaran a Curro, Emilio empezó a obsesionarse con que también él quería irse de allí como fuera. Sin su amigo parecía un alma en pena.

Solo rumiaba cómo herirse o caer enfermo para escapar de la situación. Tenía muy preocupado a Biel, que se mantenía pendiente de él.

También el libertario había acariciado más de una vez la idea de desertar. Solo lo detenía el hecho de que pondría en peligro a su padre. Irían a buscarlo y lo obligarían a ocupar su lugar, cumpliendo el decreto de Negrín y los comunistas.

Oscurecía cuando Emilio agarró el fusil fingiendo que quería limpiarlo.

—No hagas tonterías, Pincel —le pidió Biel buscando con la mirada la complicidad de Vidal—. Si descubren que te has herido tú solo, te fusilarán.

El otro camarada permaneció callado. Vidal había dejado de ser el hombre que hacía chistes de todo. Ahora se mostraba distante en todo momento. Casi ni participaba en las conversaciones.

En lugar de brindar apoyo a Biel, se apartó de ellos. El libertario lo siguió y se sentó a su lado.

—Me preocupa nuestro compañero, Vidal. Necesito que me ayudes o ese chico hará alguna tontería.

—¡No puedo ayudarte! —Marcando distancias, prosiguió—: Escúchame bien, miliciano, yo nunca he deseado ser soldado. Me trae sin cuidado quién gobierne en el país. Soy campesino y, mande quien mande, siempre me tocará trabajar de sol a sol.

—Te estoy hablando de ayudar a un amigo. Emilio te admira y hará lo que le mandes.

—No puedo pedirle que no haga lo que yo deseo hacer. ¡No pertenezco a esta guerra, maldita sea! Me obligaron a cambiar la azada por el fusil.

—Te entiendo. Pero ahora nos toca bailar a este son, mal que nos pese.

—Mis días de trabajo los gobernaba este río que tenemos delante —rememoró Vidal con una mirada nostálgica a las aguas que corrían—. Por cierto, Biel..., nunca te he preguntado cuál es tu oficio.

—En Barcelona trabajaba de asentador en el Borne, pero mis padres son campesinos. —Tras reflexionar unos instantes, añadió—: En el fondo, Vidal, tal vez soy más campesino de lo que creo. Tú amas el Ebro y yo el Llobregat.

Vidal sonrió mientras le tendía un cigarrillo de los suyos, delgados como palillos. Tras un silencio durante el cual ambos miraron al cielo para adivinar qué tiempo podía hacer al día siguiente, confesó:

—Me paso al enemigo, Biel. Esto ya no puede durar. Ya tienen conquistada casi toda España.

—No lo hagas, por favor —le rogó, sobresaltado por aquella confianza—. Lo que pretendes hacer es muy peligroso, Vidal. Unos y otros tirarán a matar cuando te descubran.

—Llevo dos años esquivando la muerte. Tengo treinta y no quiero que mis hijos se hagan mayores con un padrastro al lado, ni que a mi mujer se la folle otro por las noches.

—Y... ¿cuándo tienes pensado hacerlo?

—Ahora. He esperado a que oscureciera —dijo forzando una sonrisa que no conseguía borrar el miedo de su mirada.

Vidal sacó la medalla de la Virgen de la Caridad que llevaba oculta bajo la cinturilla de los pantalones. Acto seguido la besó para que lo protegiera y luego se despidió de él con un apretón de manos.

—Si alguna vez volvemos a vernos, amigo, hablaremos de cosechas.

Dicho lo cual, y sin pérdida de tiempo, desapareció en dirección al lugar que le constaba que era el más adecuado para cruzar al campo enemigo.

No tardaron en sonar unos disparos.

Biel corrió a donde Marcelino y el comisario señalaban un cuerpo caído a pocos metros. El último aún llevaba desenfundada la pistola mientras el

cabo volteaba el cuerpo del soldado sin vida con el pie.

Sintió que se quedaba sin respiración al ver muerto a Emilio. Durante la conversación, ninguno de los dos se había dado cuenta de que su compañero estaba escuchando a escondidas a su espalda, y había seguido al desertor para hacer lo mismo que él.

Después de cavar la tumba para enterrar el cuerpo de su amigo, tarea a la que lo había obligado el comisario, el anarquista se parapetó a solas en un trozo de trinchera, con la moral hecha trizas y esforzándose por poner en orden sus sentimientos.

Como si aquel agujero de setenta centímetros de hondo fuera también su tumba, aquel 20 de julio del treinta y ocho Biel contemplaba el cielo tachonado de estrellas que cubría la Ribera del Ebro.

Se inquietó al ver que Marcelino saltaba dentro y se le acercaba.

—Lo siento por tu amigo, camarada. Yo no podía hacer nada —se justificó el cabo al sentarse a su lado—. El cumplimiento del deber está por encima de los sentimientos.

—Emilio no era más que un hombre atemorizado.

—Soy responsable de los que se fugan. Vuestra deserción puede costarme la vida. Esta noche mi riesgo ha sido por partida doble.

—Una sola orden tuya lo habría hecho volver atrás, cabo.

—Esa gente no lucha por ningún ideal, camarada —dijo, aludiendo con desprecio a los que habían sido sus compañeros—. Tú y yo estamos hechos de otra pasta.

—¿A qué te refieres?

El anarquista tragó saliva ante la observación del comunista y el corazón empezó a latirle con fuerza.

—Tú no eres un apolítico. Te calé el primer día. Nosotros dos luchamos por lo mismo, ¿no es cierto, camarada?

Biel encendió un cigarrillo con lentitud. Se dijo que ya no podía traicionarse más a sí mismo. Al terminar de exhalar el humo, convencido de que aquellos podían ser sus últimos minutos en la tierra, respondió:

—Hace un par de años, cuando las barricadas en Barcelona, sabía por qué luchaba. Sin embargo, ahora... ¿puedes decirme tú por qué luchamos?

—Por nuestra Internacional, camarada. —En tono de arenga y con el

puño en alto prosiguió—: Luchamos por nuestra libertad y por la de todos los parias de la tierra. Tú y yo estamos bajo la misma bandera roja, ¿o no?

Biel pensó en la libertad arrebatada a todos los soldados muertos que ahora se pudrían en los campos de batalla.

Tras otra profunda calada, se armó de valor y, sin dejar de mirar a los ojos al cabo comunista, entonó en voz baja la *Internacional* anarquista:

*Arriba los pobres del mundo,
en pie los esclavos sin pan.
Alcémonos todos, que llega
la revolución social.
La anarquía ha de emanciparnos
de toda la explotación;*

*el comunismo libertario
será nuestra salvación.*

El cabo se puso de pie y sacó la pistola. Sin dejar de observar el brillo iracundo en la mirada del comunista, que lo apuntaba a tan corta distancia, siguió cantando:

*Color de sangre tiene el fuego,
color negro tiene el volcán.*

*Colores rojo y negro tiene
nuestra bandera triunfal.*

Marcelino bajó el arma. Biel, que no había movido un dedo, sentía el corazón latiéndole desbocado en el pecho.

—Dejaré que la guerra decida tu suerte, libertario —le advirtió amenazador mientras enfundaba el Astra—. Entretanto, te vigilaré de cerca.

De un salto, el cabo salió de la trinchera y, antes de perderse en la oscuridad, lo previno:

—Te daré un último consejo, maldito anarquista. Si estuviera en tu lugar, no cantaría esa versión del himno. Alguien de por aquí podría arrancarte el pellejo.

Al quedarse solo, Biel respiró hondo.

Allí acucillado, siguió contemplando aquel firmamento tan lejano, desde el que los dioses observaban impertérritos la matanza entre los hombres.

Por primera vez en todos aquellos meses, se sintió liberado del miedo.

Cinco días más tarde, Biel estaba a punto de cruzar el Ebro por Ribarroja con la nueva brigada a la que lo habían destinado. El plan era atacar a los nacionales en la orilla derecha del río.

Durante las horas anteriores había contemplado el cielo sin luna de aquella noche de San Jaime. En sus adentros, la rabia lo obligaba una vez más a transformarse en bestia para sobrevivir. Los ideales por los que había luchado en julio del treinta y seis, justo dos años atrás, ahora malvivían en su interior atascados en la tristeza del desencanto.

Se veía a sí mismo como la miserable ficha de un juego bélico, involuntario jugador de una partida amañada por los señores de la guerra.

Mientras parte de la tropa cruzaba al norte por Mequinenza y al sur por Amposta como cebo, el grueso de ambos cuerpos del ejército del Ebro, el V de Lister y el XV de Tagüña, lo hacían por el tramo central del río.

Al rayar el alba, la barca que Biel compartía con nueve compañeros más se deslizaba por las aguas plácidas hasta la otra ribera.

El chirrido de las cigarras quebraba el silencio de aquel amanecer templado de verano mientras las barcas, cargadas de hombres, proseguían su incansable avance.

De repente se oyó el zumbido de un trimotor alemán por encima de sus cabezas.

En un acto instintivo que ya se había vuelto cotidiano, Biel se tiró al suelo y, boca abajo, escuchó los alaridos de aquellos pobres desgraciados que remaban enloquecidos para alejarse de allí.

Tras el aterrador silbido, las bombas empezaron a caer, y el agua se levantaba como un surtidor de espuma cargada de hombres despedazados. La intensidad del fuego impedía rescatar a los heridos, y el río se llenó de cuerpos mutilados que, como una ofrenda roja, se llevaba hacia el mar.

Aquella maniobra de distracción en el Ebro se había concebido únicamente para aliviar la presión de los nacionales sobre Levante, pero Franco no estaba dispuesto a jugarse su prestigio. El general golpista había decidido plantar cara allí donde lo retaran, cargando con todo su armamento.

Agotados todos por la larga marcha, dos días después Biel llegaba con su división a La Fatarella.

Apoiado en la pared de una casa de las afueras cerrada con llave, acechaba los campos. Aquellos parajes le recordaban dolorosamente el paso por Llonera unos meses atrás, y añoró a los antiguos compañeros.

«No pongas cara al enemigo —pensó rememorando los consejos de Vidal, al que ya imaginaba en el bando contrario—. Si lo haces..., eres hombre muerto.»

Encendió un cigarrillo y se esforzó por olvidarlo. Desde su desertión y la muerte de Emilio, se había jurado no tener otro propósito en aquella guerra que salir vivo al precio que fuese.

A dos pasos de donde estaba sentado, un grupo de adolescentes catalanes de reciente incorporación charlaban animadamente, haciéndose los valientes. Biel hizo señas de que se acercase a uno que superaba en estatura a los demás y parecía llevar la voz cantante.

—¿Conoces a uno de vuestra edad que se llama Arturo García?

El joven negó con la cabeza.

—Viene de Barcelona —insistió Biel.

—¡Como la mayoría de nosotros! Pero ya te he dicho que no lo conozco.

—Y tú... ¿cómo te llamas? —se interesó, al tiempo que le ofrecía tabaco.

—Damián. —El chico encendió el cigarrillo y, tras exhalar el humo, prosiguió—: No muy lejos de aquí hay voluntarios ingleses con otros de la quinta del biberón, pero tu amigo habrá tenido suerte si no estaba con ellos.

—¿Por qué lo dices?

—He oído que en el Puig de l'Àliga ha habido una buena pelea. Parece ser que en la cota ya ondea la bandera de los legionarios.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Sé aplicar el oído —dijo sonriente, haciéndose el interesante.

Al oscurecer, los adolescentes se espabilaron para ocupar los establos contiguos a la casa a fin de pasar la noche. Ahora estaban vacíos de ganado.

La tropa de veteranos no mostró ningún interés en entrar. Habían optado por dormir al raso.

—Puedes dormir con nosotros —se acercó a ofrecerle Damián—. Te haremos un hueco en el pajar.

Biel declinó el ofrecimiento con media sonrisa y extendió su manta junto a un muro.

El pueblo se hallaba medio desierto. De un modo u otro, hacía dos años que aquella gente no era dueña de su casa. Desde el treinta y seis, los lugareños no habían dejado de sufrir la presencia de soldados. Al estallar la guerra, los de derechas se habían marchado por miedo a que los mataran los de izquierdas. Estos últimos también huyeron cuando entraron los de la FAI. A continuación, los que se habían hecho del sindicato anarquista escaparon cuando los comunistas de Líster entraron para acabar con las colectivizaciones. Los comunistas fueron expulsados a su vez por los nacionales, y ahora habían llegado ellos, los del ejército del Ebro.

Unas risas de la tropa hicieron incorporarse a Biel. Los jóvenes reclutas salían como alma que lleva el diablo de los establos, dándose manotazos en las piernas.

En medio de aquellos aspavientos, ningún veterano los dejaba extender la manta a su lado.

—¡No pienso largarme de aquí! —dijo Damián poniendo la suya junto a la de Biel.

—Pero antes sacúdete bien, soldadito. No quiero que me llenes de pulgas.

—Ahora entiendo que no tuvierais la menor prisa por ocupar el pajar —le reprochó—. Podías haberme avisado.

Biel siguió observando el cielo cuajado de estrellas que tanto lo enamoraba de aquellos parajes.

Antes de disponerse a dormir, dio un trago de la cantimplora y luego se

la ofreció a Damián.

—Gracias, Biel, pero no bebo vino.

—¿Cómo sabes mi nombre? Que yo recuerde, no me lo has preguntado.

—Ya te he dicho que sé aplicar el oído. ¿Adónde nos enviarán mañana, camarada, lo sabes?

—Creía que te enterabas de todo —observó Biel en tono guasón.

—Solo sé que hay que arrebatarse Gandesa a los fascistas.

Damián, enfurruñado, se volvió de espaldas.

Al salir el sol, la compañía avanzó hasta ocupar una posición protegida por un bosquecillo. Desde la colina se veía un cruce de carreteras.

Los días siguientes todos tenían los nervios a flor de piel por falta de intendencia y material. Los cabos vigilaban cual buitres y amenazaban como perros para prevenir desertiones. Biel sufría por si aquellos jóvenes reclutas, todavía no muy acostumbrados a obedecer, liaban alguna que les costara la vida. La imagen de Emilio muerto de un disparo por el comisario no se le iba de la cabeza.

En la oscuridad de la noche, las balas trazadoras iluminaban el camino a los morteros. Desde la distancia, los soldados parecían figuritas de un juego infantil.

Mientras que a las líneas fascistas entre Gandesa y Vilalba se habían sumado más de ochenta mil soldados nacionales, los camiones republicanos con ametralladoras y morteros esperaban al otro lado del río a que los ingenieros reparasen el puente de hierro de Flix para cruzar y proveer a los soldados.

Con el fin de cortar el paso al ejército republicano, Franco había ordenado abrir las compuertas de los pantanos, y las aguas, cargadas de troncos y explosivos, habían arrasado a su paso puentes, así como camiones cargados de intendencia, munición y material pesado.

Al cabo de unos días, finalmente zapadores con picos y palas llegaron a la cota y acabaron una línea de trinchera, con nidos de ametralladoras y puentes de tirador.

En su bautismo de fuego al lado de Biel, Damián no se separaba de él y lo

imitaba en todo. Cubierto con la manta doblada a fin de protegerse de las piedras hechas añicos que herían como metralla, mordía un palo. La explosión de los obuses los ensordaba cual si introdujeran la cabeza en una campana en el momento de dar la hora.

Al tiempo que los campos que tenían delante se iban sembrando de cadáveres de ambos bandos, la ametralladora más cercana a ellos explotó por recalentamiento.

—¡No puedes salir de la trinchera, Damián! —le gritó Biel sujetándolo con fuerza—. ¡Morirás!

—¡En el nido reventado se encuentra uno de mis amigos! —gritó llorando—. ¡Habíamos hecho un pacto, cojones! Estamos obligados a ayudarnos cuando uno de nosotros cae herido.

—Tu amigo debe de estar muerto, chaval. Y los dos veteranos... también.

Sin hacer caso de sus advertencias, Damián saltó del parapeto. En cuestión de segundos, las ráfagas del fuego enemigo lo obligaron a volver atrás y empezó a disparar como un poseso.

Al día siguiente seguían sin darse el alto el fuego y los campos ya apestaban a descomposición por el hedor de los cadáveres que se hinchaban al sol.

Esa noche, una luna espléndida hacía brillar el suelo y velaba a los muertos.

Damián permanecía mudo, disparando sin cesar como una bestia enloquecida. Hasta que, al cuarto día, la lucha en el cielo de «chatos» y «moscas» republicanos contra los Fiat fascistas les permitió un descanso.

—Visto desde aquí abajo, todo parece una película —dijo el chico acucillado en el suelo, rompiendo su silencio.

Biel sintió una oleada de ternura hacia aquel muchacho que apenas tenía diecisiete años y ya era un soldado fogueado.

A mediados de agosto, el frente estaba estancado. Ninguno de los dos bandos conseguía conquistar terreno y el paisaje, horadado por las explosiones, había empezado a cambiar de fisonomía. Docenas de aviones los habían ametrallado en cadena durante horas, mientras la infantería

enemiga atacaba las líneas de defensa.

Ya no se oían las risas ni las palabras envalentonadas de los primeros días, cuando aquellos chiquillos todavía no eran conscientes de que los habían entregado miserablemente a una guerra de verdad.

En los últimos días falló de nuevo la llegada de suministros a la primera línea de fuego y tuvieron que repartirse lo poco que les quedaba. Los chicos no habían dudado en registrar los bolsillos de los muertos en busca de comida.

Biel se dio cuenta de que Damián era un superviviente, un corredor de fondo que saldría adelante, el día en que lo vio en la trinchera meando dentro de su cantimplora.

—¡No pienso morir de sed, me cago en la puta! —maldijo—. Me lo beberé cuando se enfríe.

Huérfano de madre desde los siete años, Damián no solo se había criado a sí mismo, sino que, ya de muy pequeño, se había ocupado del borracho de su padre.

Los que quedaban vivos de aquella carnicería, entristecidos por los compañeros muertos, caminaban hacia retaguardia entre los veteranos con los últimos vestigios de la infantería hechos trizas para siempre.

Unos y otros se arrastraban bajo un calor sofocante que quemaba incluso el aire de los pulmones.

Pese a la maldad de los hombres, los árboles proseguían su ciclo vital. En la Tierra Alta había empezado la temporada de la fruta y en las vides colgaban los negros racimos.

—¡Está madura, chicos! —gritó Damián a sus agotados compañeros.

Hambrientos, se lanzaron a devorar la fruta. La dieta de latas estaba dejando aquellos cuerpos en crecimiento sin vitaminas y malnutridos.

—¿Crees que ganarán ellos, Biel? —preguntó Damián agarrando un grano de uva tras otro—. No quiero que manden los fascistas.

—A estas alturas, amigo, yo lo único que deseo es que pongan punto final a esta matanza y nos dejen volver a casa.

—¡Pero fueron ellos quienes atacaron a la República!

—En los dos bandos hay gente inocente que mata y muere, Damián. Los del otro lado también vivían tranquilos con sus mujeres e hijos sin más lucha

que trabajar para vivir. La mayoría no habían atacado nada ni a nadie.

—Pese a todo, no quiero que ganen los fascistas.

Biel asintió con la cabeza. Tampoco él lo deseaba.

Sin embargo, lo cierto era que, con la muerte mirándolo de hito en hito día tras día durante meses, había aprendido a valorar la vida.

Al contemplar a aquella leva de la quinta del biberón, le venía a la mente Arturo. Lo preocupaba imaginar que su amigo estaba luchando por alguno de aquellos parajes y que pudiera ser uno de los muertos que la luna velaba o bien un prisionero de los nacionales.

Sabía por supervivientes de la compañía que, unos kilómetros al norte del río Matarraña, habían muerto más de ochocientos hombres y casi un millar habían sido hechos prisioneros.

La ofensiva de Franco proseguía con toda su furia. En la sierra de Pàndols, defendida por los hombres de Líster, casi había sido exterminada toda la compañía. Antes de que los nuevos Stukas alemanes liberasen de sus vientres bombas de quinientos kilos para rematar la faena, obuses y granadas habían convertido aquellas cotas en un cementerio.

Desde la relativa calma de la retaguardia, donde el ruido de las bombas llegaba amortiguado, Biel rememoraba los días felices de su infancia a fin de no desfallecer. Se veía de nuevo a sí mismo jugando a pistoleros con Juan y Ágata.

Por entonces la muerte solo era un juego.

A las puertas del otoño, la batalla del Ebro seguía encendida en un baile por recuperar los picos de las cordilleras.

La posibilidad, cada vez más segura, de una guerra en Europa daba esperanzas a los republicanos. Desde su observatorio en el Coll del Moro, Franco sabía que aunque el enemigo se hiciera fuerte en las cotas de Pàndols y Cavalls, acabarían sucumbiendo por falta de todo, como la totalidad de las ciudades asediadas. Decidido a ganar la contienda de una vez para siempre, destinó a veinte mil hombres, entre falangistas, requetés y moros, para liquidar a los rojos.

La brigada de Biel, sumamente malparada tras la última batalla, había pasado a la reserva. Los intensos aguaceros de septiembre habían hecho callar las armas durante unos días. Las mantas goteaban y los pies se hundían en el barro.

Los de su compañía habían tenido suerte. Se hallaban a cubierto de la lluvia en los refugios de pastores y en las cuevas excavadas en la montaña. Damián, desnudo como el día en que nació y afeitado de pies a cabeza, se lavaba bajo la lluvia acompañado de las risas de sus compañeros.

—Haced como yo si queréis libraros de los piojos de una puta vez.

Seis de ellos lo imitaron. Desnudos, disfrutaban como chiquillos del baño que les ofrecía la naturaleza.

Damián empezó a cantar a pleno pulmón:

—*El ejército del Ebro, rumba la rumba la rumba la.*

Y todos los demás se apuntaron a corear:

*Una noche el río pasó,
¡ay, Carmela, ay, Carmela!*

—*Y a las tropas invasoras, rumba la rumba la rumba la* —prosiguió de solista Damián, dando paso a los demás:

Buena paliza les dio.

¡Ay, Carmela, ay, Carmela!

Los veteranos reían contemplando aquellos cuerpos juveniles que habían crecido y madurado bajo las bombas y la artillería. Biel deseó que en algún rincón de sus corazones subsistiera oculto un ápice de esperanza en la humanidad para, algún día, sonreír de nuevo a la vida.

Delante de la cueva, vueltos del revés a modo de cubos, había un montón de cascos para recoger el agua y llenar las cantimploras.

Damián disponía de dos, la suya y la del compañero que había muerto en el nido de ametralladoras. Se había negado a abandonar el frente sin haberlo enterrado.

La noche antes de retirarse, tapándose la boca y la nariz con la camisa para aguantar el hedor, había cavado la tumba que albergaría eternamente a su amigo en la cota 481.

Concluida la tarea, Damián se colgó su cantimplora del cinturón.

Biel había cogido verdadero cariño a aquel adolescente, el cual le había enseñado con su ejemplo que la bondad de los hombres seguía viva, aunque los corazones se endurecieran de dolor.

A finales de septiembre, la llegada de una noticia a la brigada socavó los ánimos.

En posición solemne, los brigadistas franceses habían empezado a entonar *La Marsellesa*.

En el campamento se hizo el silencio.

—¿Sabes lo que celebran, Janik? —preguntó Biel al checo.

Ambos estaban jugando, junto con Damián, una partida de cartas.

—No es una celebración. Están rindiendo honores a los cientos de camaradas suyos que no volverán con ellos a casa.

—De aquí a que llegue el final, quién sabe si alguno de nosotros

volveremos a casa —bufó Biel.

—Los internacionales tenemos que retirarnos del frente, amigo —dijo dejando de mirar la jugada—. Negrín ha anunciado que debemos dejar las armas.

—¡No jodas! Con la falta de soldados que tenemos, ¿por qué ordena eso? —preguntó Damián.

—Según Inglaterra, la presencia de soldados extranjeros en las filas hace peligrar el Acuerdo de No Intervención.

—¿Y Francia qué dice? —quiso saber Biel.

—Daladier ha claudicado para no hacer enfadar a su socio.

—Siento mucho que te vayas, Janik —dijo emocionado Damián.

Junto con Biel, aquel brigadista se había convertido en un verdadero amigo para el muchacho.

—Yo no me voy —afirmó el otro con voz tranquila, al tiempo que con el as de bastos recogía el tres del mismo palo que había tirado Biel y hacía baza.

—¿Puedes quedarte? —preguntó Damián, que acababa de matar con un triunfo y cantaba las veinte en oros.

—No tengo país al que volver. Hitler es ahora el amo de Checoslovaquia y a los que hemos ayudado a la República nos ha convertido en apátridas. De manera que..., puestos a elegir un país, me quedo en el vuestro. Al fin y al cabo también era el de mi bisabuelo.

—¿Te lo permitirán?

—Me esconderé... En lugar de desertar para irme, seré un desertor para quedarme.

—¿Y qué harás con tu nombre? —dijo riendo Damián—. Aquí nadie se llama Janik Ramírez.

—Entonces, seré Juan Ramírez como mi bisabuelo. Y... ¡Las cuarenta, chicos! —cantó.

Al igual que los compatriotas de Janik, en las filas de húngaros, alemanes, italianos, austríacos, irlandeses y polacos se había recibido la noticia con gran preocupación. Se sentían abatidos. Su futuro se había convertido en un agujero negro. Tampoco ellos tenían país al que regresar, y temían correr la misma suerte que los italianos. Mussolini había dado

permiso a Franco para fusilar a todos los que ya tuviera prisioneros.

En otoño, la partida de los brigadistas vació de soldados las filas de las nueve divisiones republicanas en el Ebro. Biel se temía que no tardarían en sacarlos de la retaguardia para ir a reforzar brigadas.

Estaba haciendo un solitario, cuando oyó un bramido seguido de un estruendo. Las constantes lluvias habían empapado el terreno y la montaña se había vuelto peligrosa.

Todos se volvieron hacia el lugar del que provenía. Una roca de grandes dimensiones se había desprendido y Damián estaba tendido boca abajo, con la pierna derecha atrapada bajo el pedrusco. Tenía embarrada la cara y de una ceja le manaba sangre.

—¡Me cago en la puta de oros, Biel! No me dejéis aquí atrapado, por favor.

—¡Buscad ramas gruesas para hacer palanca! —ordenó a gritos Biel—. Y que los de comunicaciones avisen a los sanitarios para que vengan con una ambulancia.

—¿Tienes galones para mandar tanto, camarada?

Biel se quedó helado al ver ante sí a Marcelino, el antiguo cabo con quien ahora el azar lo enfrentaba de nuevo. Desde que habían cruzado el Ebro y a él lo habían destinado a otra brigada no había vuelto a verlo.

—Por favor, cabo... —De repente Biel se dio cuenta de los nuevos galones que lucía y rectificó—: Por favor, sargento.

—Ya veo que se te pegan todas las criaturas. A este al menos lo has vigilado mejor, no ha desertado como Pincelito.

Biel, apelando a la parte humana que pudiera quedar dentro de aquel hombre, suplicó de nuevo:

—Por favor, Marcelino.

—¡Mientras llegan los de la Cruz Roja, intentad sacarlo! Encárgate tú, soldado —ordenó a Biel con arrogancia.

Pese a los esfuerzos, no conseguían levantar la roca los centímetros suficientes para liberar al joven. La tierra estaba blanda y los palos se hundían. Sobre sus cabezas, el ruido de los trimotores hacía temblar el cielo.

Transcurrida casi una hora consiguieron liberarlo con un doloroso tirón. Damián estaba a punto de desmayarse. Tenía la pierna descarnada y se le veía el hueso.

—Si no aparecen pronto los camilleros... se le infectará la herida — pronosticó Janik—. Deberíamos bajarlo hasta la carretera para ganar tiempo.

—Voy a suplicar a Marcelino que nos dé permiso.

—¿Y no será peligroso moverlo? —preguntó uno de los amigos del chico.

—Si se le gangrena... morirá. Mientras vuelvo, buscad unas ramas fuertes y largas para hacer una camilla. No podemos llevarlo al cuello tal como tiene la pierna.

Damián temblaba y la frente le ardía. En su delirio, empezó a tararear:

*Pero nada pueden bombas,
rumba la rumba la rumba la,
donde sobra corazón,
¡ay, Carmela, ay, Carmela!*

Un gemido de dolor lo hizo callar y reinó el silencio. El joven había perdido el conocimiento.

Dos días antes de Todos los Santos, cientos de cañones de Franco disparaban contra el enemigo al tiempo que protegían el avance de sus tropas de infantería. Era de madrugada y las explosiones sobre Pàndols habían pillado por sorpresa a los republicanos. Desde el cielo, la aviación descargaba sin tregua sobre la sierra. Los hombres de Líster se retiraban de las cotas, minados por los ataques.

Las montañas estaban tapizadas de cadáveres y la vegetación había desaparecido.

Dos semanas más tarde, a primera hora de una noche brumosa de noviembre del treinta y ocho, miles de hombres cruzaban en silencio la pasarela de madera colocada sobre hileras de barcas.

Tagüeña había dado vía a la orden de retirada hacia la orilla izquierda del

Ebro.

Una vez en Mora, Biel se dirigió al túnel del tren donde estaba instalado el hospital de campaña. Un desparramamiento de cuerpos heridos y moribundos esperaban a ser atendidos por un equipo de sanitarios que no daban abasto.

—Busco a un soldado de la quinta del biberón que les llegó hace dos semanas —dijo Biel dirigiéndose a un médico que, agachado, examinaba a un herido.

El corte abierto en la carne apestaba.

—No me haga perder el tiempo, soldado —dijo en un castellano con acento latinoamericano.

—Mi amigo se llama Damián y su herida no era de bala, sino producida por una roca que lo aplastó al caerle encima —insistió por si la información le refrescaba la memoria—. Es muy importante que lo encuentre, doctor.

—Todos los días me llegan heridos a centenares —observó el médico peruano mientras se lo quitaba de delante—. Lo más seguro es que ya esté muerto.

—¡Tiene que estar vivo! —bramó Biel muy furioso—. Damián solo tiene diecisiete años, y su obligación es salvar a un chiquillo de esa edad que nunca debería haber venido al frente.

—¿Estás loco, imbécil? —lo recriminó el médico al tiempo que se lo llevaba a un rincón, cogido del brazo—. Si sigues hablando así, te pegarán un tiro por traidor y poco patriota.

Biel agachó la cabeza. Sabía que aquel hombre tenía razón.

—Busca tú mismo a tu amigo. Yo no puedo ayudarte. Tengo ese camión que ves ahí lleno de hombres heridos que parecen despojos humanos, pero aún tendrían una oportunidad si se los atendiera con los medios adecuados. Necesito con urgencia a un conductor que los lleve a Barcelona, o los nacionales los rematarán cuando crucen el río. Y tú vienes a exigirme que averigüe dónde está uno de tantos heridos...

—¡Yo sé conducirlo! —casi chilló Biel.

—¿Cómo? Rápido, soldado, dime tu nombre y de qué brigada eres.

—Biel..., quiero decir, Gabriel Viñolas, de la treinta y uno mixta, tercera división del decimoquinto cuerpo de ejército del teniente Tagüeña.

El peruano tomó nota y se alejó a toda prisa. Biel lo siguió con la mirada y vio cómo, unos metros más allá, hablaba con un oficial y señalaba el camión.

Al cabo de quince minutos volvió con un papel en la mano.

—Llévalos al hospital Clínico de Barcelona. Aquí tienes la orden firmada.

—¿Y mi amigo?

—Si ha sobrevivido y a ti la aviación no te ametralla por la carretera..., el destino ya se encargará de reuniros otra vez, si quiere.

Mientras Biel conducía por Falset camino de casa, meditó sobre cuanto le había sucedido aquellos seis meses en el frente.

Al divisar la sierra de Montserrat, la emoción le anegó los ojos de lágrimas.

Barcelona estaba muy cerca y él volvía.

Alicia dio un sorbo de té y siguió leyendo cómo Franco había prometido a Francia e Inglaterra que se mantendría neutral. A ambos países les había complacido dicha postura, pero el Caudillo también había prometido a Italia y Alemania que recibirían de España toda la materia prima que necesitaran para su industria pesada.

Suspiró mientras cerraba el grueso volumen de historia. Acababa de decidir que la mejor opción para acabar aquel 2005 sería olvidar el pasado y mirar tan solo hacia delante.

Era el 25 de diciembre y se había hecho la hora de acudir a la comida familiar. No tardó ni diez minutos en salir del piso cargada de regalos.

Abrió la casa de sus padres con su llave y, apenas entrar en el recibidor, se encontró con el mismo escenario navideño de su infancia. Como todos los años, su madre había montado el belén. Las tiras de espumillón plateadas y doradas bordeaban el faldón de terciopelo negro que delimitaba aquel paisaje exótico. Como telón de fondo, un papel azul oscuro tachonado de estrellas simulaba el cielo de medianoche.

Al quitarse la bufanda, Alicia tiró la bandada de patos que nadaban por el río de papel de plata. Tras depositarlos de nuevo en su sitio, entró en la cocina a saludar a su madre y a Lourdes.

Su hermana mayor estaba agachada comprobando la cocción del asado.

—¿Sabes algo de Mireia y Juana? —le preguntó Gloria.

Dijo que no al tiempo que probaba la masa para los canelones del día siguiente y las dejaba para ir a saludar a los demás.

En el comedor, su cuñado, Julio, comentaba las noticias del periódico con su suegro. Entretanto, la abuela Ágata, sentada en el sillón orejero, hojeaba una revista del corazón.

Encima del mantel que solo se utilizaba en tan señaladas fechas

esperaban ya los aperitivos.

Alicia cogió una aceituna.

—¿Cómo van tus indagaciones, cariño? —le preguntó su abuela.

—Me entristece leer sobre tanta guerra, yaya. Creo que lo dejaré correr.

—Te entiendo. Harás bien.

—¿En qué estás trabajando, Alis? —se interesó de repente su cuñado.

—En un reportaje fotográfico sobre los exiliados del treinta y nueve.

—Será interesante.

—Huy, no veas... —criticó su padre—. Déjate estar de desgracias, Alis, y dedica tu tiempo a cosas más productivas.

Ágata la animó a hacer caso del consejo paterno. Entre los recuerdos de aquella guerra subsistía para ella un fantasma que tenía nombre propio. Y no deseaba resucitar a Biel.

No se sentía orgullosa de cómo había resuelto aquel episodio de su vida, pero tranquilizaba su conciencia diciéndose que había hecho lo correcto.

Un alboroto de risas en el recibidor le indicó que su otra nieta y su bisnieta acababan de llegar.

De vuelta en su casa, Ágata contempló largo rato la fotografía de Biel que tenía encima de la cómoda, junto a la de su boda, y como casi cada noche de su vida, reflexionó sobre si hacía bien en llevarse su secreto a la tumba.

Se dijo que ella solita había trastocado su futuro en diciembre del treinta y ocho, al quedarse en Barcelona en lugar de cumplir la promesa que había hecho a su marido.

Dos semanas después de llegar del frente, a Biel lo habían reclamado de nuevo para conducir un camión con obras de arte de la Generalitat.

A fin de que se quedase tranquilo, le había prometido que se reuniría con él en Figueras y de allí pasarían juntos a Francia.

Sin embargo, el día en cuestión, en lugar de coger a la niña para dirigirse a donde las esperaba Arturo con el fin de agregarlas como pasajeras a un camión de la colectividad, se puso el abrigo y, antes de salir de la habitación, comprobó que la pequeña seguía dormida en su camita.

A punto de salir, había encontrado a su madre en la cocina con los ojos rojos de tanto llorar.

Su padre estaba con ella. Si bien procuraba mostrarse sereno, el gesto de preocupación visible en cada arruga de su frente lo traicionaba.

Ignacio y Petra no habían tenido un solo día de tranquilidad desde que sabían que su hija se proponía marcharse de España. Que ahora saliera sola y dejase a la niña con ellos les proporcionaba un ápice de esperanza.

—Cuida de la pequeña hasta que vuelva, madre. No tardaré, te lo prometo. Si suenan las sirenas, padre, no os quedéis en casa. Corred al refugio.

—¿Por qué nos haces sufrir? —gimió impotente su madre—. ¿Qué necesidad tienes de ir hasta Sants?

—Arturo no dejará que se vaya el camión de exiliados hasta que yo aparezca. Eso los pondría en peligro. Los franquistas están a punto de llegar. ¿Lo entiendes, madre?

Petra asintió con la cabeza. La mujer había envejecido mucho en los últimos meses. A sus sesenta y cuatro parecía que le hubiesen sumado diez de golpe.

El 27 y 28 de diciembre la aviación italiana había bombardeado el puerto y los alrededores de Santa María del Mar. El treinta y uno le había tocado al centro de la ciudad. La Rambla Cataluña, la plaza Universidad, Enrique Granados, Balmes... hacían llorar con parte de sus edificios convertidos en ruinas.

Las panzas de los aviones italianos habían dejado caer las bombas sin freno.

Mientras subía por la calle Rocafort, Ágata libraba en su interior otra batalla.

La noche anterior a que Biel se fuera con el camión de la Generalitat hacia el cuartel de San Fernando en Figueras, él había insistido hasta arrancarle el sí.

—La cosa va mal, chata. Debemos huir del país mientras aún estemos a tiempo.

—No conseguiré que mis padres me sigan, Biel. Se han hecho mayores y no puedo dejarlos solos.

—¡En estos momentos me traen sin cuidado tus padres! —exclamó con voz contenida para que no lo oyeran sus suegros, que dormían en la habitación contigua.

—¡Para ellos lo soy todo, Biel!

—Soy anarquista, joder, y esta mierda de guerra ya la tienen ganada los fascistas. ¿Quieres que me den el tiro de gracia?

Ella se negaba a dar la respuesta que su marido esperaba. Se limitaba a sollozar, ahogando el sonido de su llanto en la almohada para que no se la oyera. Biel encendió un cigarrillo. Al acabar de jugar con las volutas de humo, le reprochó con voz firme:

—Si hubiéramos emigrado cuando yo quería, nos habríamos ahorrado esta maldita guerra.

Los dos estaban en la cama y ella le había dado la espalda para poner fin a la discusión.

—Ya no volveré a Barcelona, Ágata —prosiguió él mientras le recorría la columna con el dedo—. Pero puedes reunirme conmigo si quieres. He hablado con Arturo. Saldrá un camión del sindicato con gente que quiere exiliarse a Francia.

—Arturo solo tiene diecisiete años, Biel... Su madre jamás te perdonará que lo arrastres al exilio. Y su hermano tampoco.

—Tiene edad suficiente para que también se lo carguen. Juan está de acuerdo en que se marche, al menos hasta ver cómo van las cosas después.

Al otro lado del tabique empezó el murmullo de una discusión, que finalizó con la tos de Ignacio.

—¡Cuando Arturo te avise, coges a la niña y acudes! Es así de fácil, Ágata. Yo me sumaré al convoy en Figueras. Después, desde Francia embarcaremos hacia América. Aquí nada nos ata, y menos ahora.

Ágata no había querido insistir en el amor a sus padres y el miedo a salir de sus dominios, un mundo familiar y abarcable. El barrio donde había nacido y el mercado donde se había criado la retenían como hilos invisibles que se resistía a cortar.

Se volvió hacia él y lo miró fijamente a los ojos. Tras susurrarle un sí al oído, se amaron como dos furtivos que se disponen a separarse para siempre al amanecer.

Semanas después de aquello, Ágata se apresuraba de buena mañana hacia el barrio de Sants. Aunque había dejado a sus padres y a la pequeña en casa, aquellos últimos besos de Biel le partían el corazón.

Al verla llegar, Arturo le tendió la mano para que se apresurase a subir. El remolque estaba a rebosar de gente. Solo faltaban ellas dos.

—¿Y la niña? —preguntó el joven al ver que iba sola.

—No voy, Arturo —respondió ella desde el suelo—. No tengo corazón para abandonar a mis padres. Dale esta carta a Biel, por favor.

Entristecido, la cogió y se la guardó en el bolsillo. Después saltó del camión y se dieron un largo abrazo.

—Cuídame a Biel, amigo mío. Por favor, cuidaos los dos. Algún día, cuando las aguas se calmen, sé que volveremos a vernos.

Aquel 20 de enero de 1939, mientras el presidente Companys se dirigía por radio a los catalanes, exhortándolos a resistir, Ágata caminaba de vuelta a casa y no podía contener las lágrimas. La carta que había entregado a Arturo era la definitiva, tras haber roto otras muchas. Era muy consciente de que, con su decisión de quedarse en Barcelona, tal vez había dicho adiós para siempre a su marido.

Desde que el 14 de enero de 1939 había caído Tarragona, el avance hacia la ciudad condal se había acelerado. El día 23 los nacionales ocupaban Ordal; el 24 Franco ordenaba rodear la ciudad; el 25 cruzaban el Llobregat, y el 26 Barcelona caía sin ofrecer resistencia. Allí no quedaba sino una población hambrienta y exhausta, sometida por los cuarenta bombardeos que habían sufrido los cinco días anteriores y que ahora recibía a las tropas invasoras con el saludo fascista.

De pie ante la puerta de su casa, a las dos y media de la tarde, Ágata, acompañada de sus padres, contemplaba a las fuerzas militares que, procedentes de El Prat, ya habían recorrido la Gran Vía, la avenida Mistral y ahora desfilaban victoriosas muy cerca de su casa camino de la ronda de San Antonio para llegar a las Ramblas.

Con un pensamiento que le surgía del corazón, brazo en alto por fuerza, Ágata gritó en silencio:

«¡Adiós, querido Biel!»

En la acera de enfrente estaba Juan García con su madre, Felisa. Ambos

asimismo con el brazo en alto. Él con el hueco de los dedos cortados por la metralla.

Se miraron y se comprendieron. Dentro de los dos vivían aún, como un antídoto para el olvido, los días felices de la infancia, cuando los juegos en el patio del mercado eran el pan de cada día.

Juan era un tendero sin amo que hasta entonces no se había afiliado a ningún sindicato. Ni siquiera había claudicado ante la insistencia de Ramón a fin de obtener un puesto de intendencia en la retaguardia, emboscándolo en la milicia. Ahora, eso lo libraba de tener que lavar un pasado político o sindical.

Cuando ella le había preguntado si también se exiliaría por haber luchado con la República, él le hizo la confidencia de que ni se le había pasado por la cabeza, y que si era necesario vestiría la camisa azul de falangista. Lo mejor que podía haberle sucedido, añadió, era que la explosión le reventara tres dedos de la mano. La pierna le había quedado recosida, llena de cicatrices, pero la había salvado y ni siquiera cojeaba. Su preocupación era su hermano, Arturo. Sabía que, si se quedaba en Barcelona, al muchacho le iba la vida en ello.

Lo que por entonces ignoraba Ágata era la promesa que Juan García había hecho a Biel al despedirse los dos.

—Si ella no consigue reunirse conmigo..., ¿me prometes que la cuidarás, amigo?

—Aunque no me lo pidieras, Biel, puedes estar seguro de que cuidaré de tu mujer y de la niña. A cambio te pido que cuides tú del pánfilo de Arturo. A ti te obedece. Te seguiría hasta el mismo infierno.

Ocho años más tarde, un viernes de abril de 1947, Ágata abrió el buzón antes de salir a la calle hacia el trabajo. Dentro había una carta de Biel. Con el corazón latiéndole desbocado, volvió escalera arriba para leerla en la intimidad de su habitación.

A medida que la leía se sentía morir. Biel le notificaba que había rehecho su vida con otra mujer y no tenía intención de volver jamás a España.

Aquel golpe bajo que solo le había contado a Juan no fue el único

descalabro del año. La Navidad anterior ya había sido triste con la muerte de Felisa, la madre de su amigo. Sin embargo, ese verano, cuando parecía que la suerte empezaba a sonreírles un poco, Ágata se hundió.

—Tengo una noticia que darte, Ágata —le había dicho el carnicero, que la esperaba en el patio de Tamarit.

—¿Es grave, Juan? —se asustó.

—Al faltar mi madre, necesito a una mujer. Además..., quiero tener hijos.

—¿La conozco? —preguntó con voz estrangulada.

—Dudo que hayas visto nunca a Rosario. Vive en el barrio de La Ribera.

—¿La quieres?

—¿A qué viene que me preguntes eso? Me casaré con ella.

Ágata se había quedado clavada en el sitio, mientras retrocedía hasta el año 1928, cuando los tres tenían doce años. Recordó a Juan apuntando con una pistola de madera a Biel mientras le decía que había ganado. Era el día en que ella le había dado el beso que se jugaban como prenda.

Lamentaba haber tardado tanto en darse cuenta de que amaba a Juan, y la noticia de su compromiso la hería aún más que el abandono de Biel.

En el fondo, hacía tiempo que Ágata había empezado a enterrar a Biel en su corazón.

Llena de nostalgia, la anciana tendera devolvió a su sitio, encima de la cómoda, la fotografía del que había sido su marido tanto tiempo atrás, al tiempo que, una vez más, llegaba a la conclusión de que divulgar la verdad al cabo de cincuenta y ocho años solo podía servir para hacer daño.

Alicia miró por la ventana el cielo, que, en consonancia con su ánimo, presentaba un color blanco apagado. El día anterior había vuelto de la comida familiar malhumorada, y había salido de allí dando un portazo. Se sentía doblemente enfadada consigo misma por haber estropeado un ágape donde se daba por sentado que solo podía reinar la paz y la armonía.

Estaba harta, hasta las narices, de que todos siguieran preguntándole con cara de pena: «¿Estás bien?», como si fuera una enferma.

De acuerdo, su pareja la había dejado y era la primera Navidad en tres años que pasaba sin él, pero tampoco se había convertido en una solterona sin remedio.

Justo unos días antes de Navidad, Alicia había destinado la mañana a comprar los regalos para la familia. En primer lugar había ido a una librería de la calle Pau Claris, a comprar una novela policíaca de Andreu Martín para su cuñado. Tras curiosear títulos en las estanterías, se decidió por *Bellísimas personas*.

Después de pagarla, Alicia subió al restaurante de la librería a comer. Iba ya por el postre, cuando el bocado de tarta de limón que estaba a punto de degustar se le atragantó.

Ante ella tenía a Javier con un plato del bufé en la mano.

—¿Puedo sentarme? —preguntó mientras tomaba asiento sin esperar respuesta.

—¡Ya lo has hecho! Y no te he dado permiso —protestó ella, sin ocultar su incomodidad por la situación—. Si te esperas, dentro de nada tendrás la mesa para ti solo.

—Hagamos las paces, Alis.

—No recuerdo haber empezado nunca ninguna guerra contigo.

—Por favor, Alis. Cerremos 2005 siendo amigos.

—No me apetece encajarte de nuevo en mi vida, Javier.

—Reconozco que actué mal —admitió con la cabeza gacha—, pero necesito explicarte mis motivos.

—¡No hace ninguna falta! A todos les quedó claro que me dejaste tirada.

—Nos vendrá bien a los dos empezar el año sin cuentas pendientes, Alicia... Nuestra historia quedó sin cerrar.

—Eso es cosa tuya. ¡No quiero saber nada de ti!

—Caminábamos desacompañados, Alis —prosiguió él mientras jugueteaba con el borde del vaso vacío que tenía sobre la mesa—. De repente me di cuenta de que esa manera tan romántica que tienes de enfocar todo no iba conmigo. No teníamos futuro.

—¡No jodas! Llevábamos tres años viviendo juntos. —Hizo un esfuerzo por no gritar y dar un espectáculo allí mismo—. Podías haberme ahorrado todo el ridículo montaje de la boda.

—Tienes razón, pero aún habría sido peor seguir adelante. Nos habríamos amargado la vida el uno al otro. Además, hace cinco meses estaba hecho un lío de cojones. No doy pie con bola, ¿sabes? Es como si no acabara de encontrar mi lugar en el mundo. Te echo de menos más de lo que imaginas, Alis, aunque te haya hecho daño. Ojalá pudiéramos seguir siendo amigos. No quiero perderte del todo.

Ella lo miró fijamente a los ojos y se esforzó por mantener la calma antes de decir:

—No eres mi amigo, Javier. Por tu culpa he llorado como nunca en mi vida, he pasado vergüenza, he maldecido..., pero ya empiezo a estar bien. También yo quiero empezar 2006 sin rencores. Que tengas suerte.

Dicho lo cual, dejó en el plato el trozo de tarta que quedaba y se levantó para irse. Él hizo un gesto dando a entender que se daba por vencido.

Al mirarlo, Alicia sintió lástima por aquel cínico que vestía como un escaparate de ropa cara y presumía de cuerpo de gimnasio. Por primera vez, dio gracias a la vida por haberle hecho el favor de apartar a aquel hombre de su camino.

Se aguantó las ganas de contarle que, justo dos meses después, habían tropezado en Madrid, aunque él no se había dado cuenta. Mientras esperaba en el vestíbulo del hotel a que su hermana, Juana, volviera con las

entradas de teatro que había olvidado en la habitación, lo había visto bien acompañado de una chica, mucho más joven que él, embutida en un traje de noche de terciopelo negro.

También se ahorraría confesarle cómo habría preferido fundirse antes de que él la descubriera allí, completamente sola. Y que por suerte, antes de que la feliz parejita estuviera a punto de pasar por delante de ella, un septuagenario vestido con elegancia los había parado a metro y medio escaso de ella.

Alicia ya había salido de la librería y se dirigía al metro. Caminaba enfurecida y cruzó los semáforos de la Gran Vía sin mirar. El conductor de un coche tocó el claxon con enfado y ella lo envió a hacer puñetas, como si el pobre hombre tuviera la culpa de que, un día en Madrid, aquel cínico que la había plantado ante el altar llevase cogida de la cintura a una rubia de cabello kilométrico con aspecto de nórdica.

Entró en el metro igual de rabiosa. «¿Cómo se ha atrevido a decir que quería ser mi amigo?», estuvo a punto de gritar mientras validaba el billete.

A dos días de despedir 2005, Alicia decía adiós al piso de Pueblo Nuevo donde había vivido los últimos tres años. Antes de salir, recorrió otra vez las habitaciones vacías. Se dijo que pronto otras personas reirían, llorarían, serían afortunadas o desdichadas entre aquellas mismas paredes. Se daba cuenta de cuán efímeros eran los días, los lugares e incluso las personas a lo largo de la trayectoria vital de un ser humano.

Se rindió a la evidencia de todo el color que faltaba en su vida y se prometió a sí misma que 2006 sería un año de cambios. Empezaría por seguir el consejo de su padre y aparcarse el reportaje de los exiliados.

Su propósito de mudarse a otro sitio se cumpliría esa misma noche. La hermana de su cuñado, Paula, le había hecho a principios de noviembre un ofrecimiento irresistible.

Apreciaba a aquella mujer. Al acabar el bachillerato, la había animado a que siguiera con la fotografía y se olvidara de hacer ningún estudio académico solo por tener una licenciatura. Ella misma era una artista que había abandonado muchos años atrás la seguridad de una plaza fija como

profesora de instituto para dedicarse únicamente a la pintura.

Con Paula siempre se había sentido bien. Era casi imposible no quedar atrapada en su mirada de un azul intenso, perfilada por el *eyeliner* negro que le bordeaba los párpados. A sus cuarenta y siete años seguía enfundándose los vaqueros ceñidos, las camisas holgadas y un sombrero de detective de película antigua. Nunca había abandonado el estilo bohemio de su juventud.

Un día de principios de noviembre, Paula invitó a Alicia a su casa.

«Tengo una propuesta que hacerte», le había dicho por teléfono. Y ella no dudó en ir sin aplazamiento alguno, porque viniendo de Paula solo podía ser algo interesante.

Su piso, además, era para ella un lugar lleno de recuerdos inspiradores. Cuando aún vivía en casa de sus padres, aquel piso del paseo de Colón había sido su oasis. Allí había fumado de adolescente los primeros canutos, y también había hecho el amor por primera vez con un chuleta del instituto con el que no duró ni un trimestre.

Por su parte, Paula nunca había ocultado que, de las dos cuñadas de su hermano, ella prefería Alicia a Juana. Siempre le dejaba las llaves cuando se iba fuera con la excusa de que cuidara de su gata, *Ruperta*.

Aquella tarde de noviembre, cuando Alicia entró en casa de Paula, la luz del sol invadía casi todo el espacio pese a ser otoño.

—¿Cuándo expones? —le preguntó Alicia, suponiendo que la había llamado para hacerle un encargo.

Siempre le hacía las fotografías de sus cuadros para los catálogos de las galerías.

—Tal vez a finales de la primavera o en verano... Aún tengo que decidirlo.

—Entonces..., ¿todavía no tienes todas las piezas?

—¡Ah! Ya veo por dónde vas... No es por eso por lo que te he hecho venir, Alis. Lourdes me dijo que estabas buscando piso.

—Así es. El recuerdo de Javier me asalta apenas meter la llave en la cerradura. Y no tengo ganas de perder más tiempo intentando superarlo. ¿Sabes de algún piso, Paula?

—¡Ya lo creo! Si quieres te alquilo el mío a precio de amiga. Por eso te he hecho venir. Dentro de unos días me trasladaré a Cadaqués a vivir con mi

compañera.

Alicia se quedó sin habla. No podía imaginar una oferta más tentadora que vivir en aquel *loft* esquinero frente al Moll de la Fusta.

Pese a que había aceptado sin dudar y tenía el piso a su disposición, por motivos de trabajo Alicia no había conseguido materializar el traslado hasta dos días antes de acabar el año.

Con ocasión de las fiestas le había surgido mucho trabajo con los retratos de recién nacidos convertidos en Papá Noel en postales navideñas para regalar a los abuelos.

A punto de despedir el año 2005, las cajas de la mudanza con sus cosas estaban desparramadas por todas partes, invadiendo su nuevo espacio.

Julien la había llamado para decirle que celebraría la Nochevieja en Barcelona y la invitaba a pasarla con él en casa de unos amigos.

Al llegar al piso del paseo de Colón, el ambiente era frío. Había olvidado poner la calefacción y tardaría en caldearse. Acurrucada en el sofá, tapada como una esquimal, encendió el televisor para sentirse acompañada.

Durmió de un tirón toda la noche y se levantó a media mañana. Entonces, pensó que era un buen momento para hacerse un regalo a sí misma.

Horas más tarde, mientras flotaba entre la fragancia de las velas con aroma a sueño y el sonido monótono de la cascada que se deslizaba por la pared del *spa*, pensó en Julien y se dio cuenta de cuánto deseaba comerse las uvas con él.

21

Al igual que ocurre con la letra de esas canciones con las que uno se identifica, cual si la hubiesen escrito expresamente para él, así se sentía Alicia al escuchar en el equipo de música un clásico de jazz.

La voz potente y aterciopelada de mujer cantaba:

*Los vientos soplan lágrimas celestes,
lágrimas celestes sobre mis recuerdos.*

Alicia se estaba enamorando de nuevo.

A quince minutos de la medianoche del 31 de diciembre, apurando el tiempo antes de las campanadas, ella y Julien habían salido a fumar al jardín que había en el patio interior de casa de sus amigos.

En la fiesta había una treintena de invitados eufóricos, a punto para recibir el año 2006. Era como si en aquel amplio piso de la Derecha del Ensanche, cerca de la Diagonal, se hubiera congregado parte de la comunidad francesa de Barcelona.

El cubo dispuesto en el jardín para dejar las botellas vacías estaba lleno a rebosar.

Al grito de «¡Van a dar las campanadas!», todos corrieron al interior. Fue entonces cuando Julien la retuvo.

—¿No quieres tomarte las doce uvas? —preguntó ella con un dejo travieso.

Había reparado en que desde hacía rato él la desnudaba con la mirada, mientras un pelmazo le hablaba de su afición a la fotografía.

—Te prefiero a ti —susurró mientras la atraía hacia sí y deslizaba las manos por sus caderas—. Lo único que me apetece es mirarte, Alis.

—Tendrás toda la noche para saborearme, Julien... —se le ofreció al

tiempo que se hundía en aquellos ojos que la deseaban.

Él le buscó los labios y, a fuerza de besos, ambos vieron cómo se desvanecía un año y nacía otro.

Al amanecer, cogidos de la cintura, bajaron sin prisa por la calle Bailén hasta el paseo de Colón.

Por siempre jamás, el recuerdo de aquella primera noche juntos en el piso nuevo iría ligado a la imagen de sus cuerpos desnudos. Desde el instante en que Julien le había dicho «Mírame» mientras la poseía, había sabido que aquel muchacho francés era el abismo en el que quería caer infinitas veces.

Cuando despertó, pasadas las dos de la tarde, su amante ya se había ido.

Sintió una punzada de tristeza al encontrarse sola de nuevo. Antes de las campanadas, Julien le había dicho que le quedaban catorce horas para marcharse. Por lo tanto, pensó que ya debía de estar volando hacia París. Tal vez no había querido despertarla.

Miró el móvil por si acaso..., pero tampoco había ningún mensaje.

—No pienso echar a perder el primer día del año con melancolías — decidió, al tiempo que saltaba de la cama para prepararse un café.

Entonces lo vio. En la cocina había un papel fijado al cristal de la ventana con cinta adhesiva. Dentro de un corazón trazado con rotulador rojo leyó:

Me gustas tanto toda tú, Alis,
que voy a enamorarme sin remedio.

Mientras estaba en la ducha, le entraron unas ganas locas de llamar a Juana y contárselo, pero entonces recordó que al día siguiente de Navidad su hermana había volado a Florencia para encontrarse con Oscar y Leo, su pareja de amigos.

Su sobrina, Mireia, debía de estar en el Valle de Boí con su novio.

Le dolió no tener a nadie con quien compartir aquello. Lamentablemente, su separación la había devuelto al mundo solitario de los *singles*.

El estómago le recordó que un café no era suficiente. Entre los posibles menús del congelador, eligió unos espaguetis a la carbonara.

Mientras daban vueltas dentro del microondas, había puesto aquel CD olvidado por Paula que acumulaba polvo en un estante.

*Los vientos soplan lágrimas celestes,
lágrimas celestes sobre mis recuerdos.*

Cantaba la voz, vaciando de silencio el apartamento.

El clic metálico del microondas le indicó que su comida estaba lista.

Antes de llegar al sofá con el plato, Alicia tropezó con unas cajas apiladas y resopló por el caos que todavía reinaba tras la mudanza.

Comió sentada en el sofá con el plato sobre el regazo, en albornoz y con el cabello empapado envuelto en una toalla.

Al terminar, le dio una ventolera y empezó a deshacer paquetes y a guardar las cosas en su sitio.

«Basta de vivir anclada en el pasado de los demás», se dijo mientras sus notas y fotocopias sobre la guerra iban a parar a la papelera.

Encima del papeleo quedó la postal del cementerio americano. La rescató para guardarla con las fotografías que le había dado su abuela.

«¿A qué esperas para responder a su mensaje, so boba?», se riñó, y acto seguido le escribió por el móvil:

No tardes en hacerlo, Julien.
Me muero de ganas de verte.

A las cinco, Alicia estaba hasta las narices de colocar libros en los estantes y colgar la ropa. El resto de la tarde lo destinaría a leer *El amante de la China del Norte*, de Marguerite Duras.

Antes de abrir la novela hizo precisamente lo que debería haberse ahorrado: revolver de nuevo el contenido de la caja de fotografías. A una fotógrafa profesional como ella le costaba resistirse a las historias que se ocultaban en los retratos antiguos, la luz, los ángulos, el sepia y los matices de blanco y negro. Testigos únicos de paisajes urbanos, calles modificadas y

edificios desaparecidos.

Se entretuvo con un retrato donde sus abuelos Ágata y Biel posaban ante el quiosco de bebidas modernista de la fuente de Canaletas, en la parte de arriba de las Ramblas. Según la fecha, 1933, ambos eran todavía dos jóvenes de diecisiete años.

A Alicia le costaba reconocer a su abuela en aquella linda muchacha. Biel, en cambio, seguía siendo en su imaginario aquel joven bien plantado, con un toque de galán de cine de los años treinta.

Se detuvo en otra foto de su abuelo. Salía solo, de pie delante de una camioneta. Llevaba una camisa blanca arremangada y un sombrero de campesino. A su espalda se veía una extensión de campos.

Alicia seguía siendo una apasionada de su profesión. Desde pequeña había aprendido a enfocar el mundo a través del objetivo de una cámara. Uno de los mejores regalos de su vida había sido la Kodak que sus padres le habían obsequiado unos Reyes. Tenía doce años y ahorraba la paga de los domingos para carretes y revelados.

Su padre no bromeaba al decir que su hija pequeña tenía una memoria fotográfica. Era muy cierto, porque Alicia solo necesitaba leer un par de veces una lección para recitarla entera.

Por eso su padre se había enfadado tanto cuando le dijo que no quería ir a la universidad, sino dedicarse a la fotografía. Se había hecho la ilusión de que a aquella hija sí podrían darle una carrera, ya que Lourdes solo había estudiado un poco de comercio y cuatro nociones de secretariado.

La hija mayor había encontrado un buen marido en Julio, un joven serio y trabajador. También el padre aceptó sin ninguna desilusión que Juana se dedicase a la pintura, porque su segunda hija sacaba muy poco provecho de los estudios. Pero para la pequeña, que obtenía sobresalientes en todo sin el menor esfuerzo, el hombre había soñado una carrera brillante y ya la veía en un bufete de abogados importantes como mínimo.

Precisamente por eso Alicia agradecía tanto a Paula, la hermana de Julio, que le hubiera brindado apoyo para salirse con la suya.

Llevaba leídas solo cinco páginas de la novela cuando dio un brinco en el sofá y corrió a buscar de nuevo la caja de las fotos de la abuela. Un relámpago de la memoria le había hecho relacionar la imagen de su abuelo

de joven delante de la camioneta con la de aquel Biel fotografiado en la playa de Argelès y que Baptiste utilizaba como punto de libro.

—No pueden ser la misma persona... —se estremeció—. Sería demasiada coincidencia. Seguro que estoy desvariando.

A mediados de marzo, hacía dos meses que Julien y ella se enviaban e-mails a diario como dos enamorados a distancia. Desde Fin de Año se habían encontrado un par de veces. En primavera empezaba para él la época intensa de trabajo en la agencia, y a ella le salían encargos con los álbumes de comunión y las bodas.

Ninguna de las veces se había atrevido Alicia a comentarle su sospecha de que el muchacho de la fotografía de Baptiste pudiera ser, por una tremenda casualidad, su abuelo Biel.

Su interés en volver a visitar a Baptiste no se le iba de la mente. Iría, y así se las arreglaría para comparar las fotografías. Solo si resultaban ser la misma persona le diría la verdad a Julien, que se quedaría tan boquiabierto como ella.

Si se daba tan insólita coincidencia, tendría que averiguar la verdadera relación que existía entre Baptiste y Biel, ya que la explicación que le había dado de la fotografía del desconocido encontrada en la arena no la había convencido. Si Baptiste le había mentado, tendría que ir con pies de plomo para no estropear su relación con Julien.

Debería actuar con cautela, porque podía ocurrir que el anciano se negara a enseñársela de nuevo. «Al fin y al cabo, ¿quién soy yo?», trató de convencerse.

Mientras rumiaba todo aquello, Alicia se calzó las zapatillas deportivas y, tras ponerse los auriculares, salió a correr por el litoral.

Llegó hasta la playa de la Mar Bella y, de vuelta, se sentó delante del Hospital del Mar.

«Lo cierto es que... ¿quién guarda tantos años una fotografía de alguien a quien no conoce y de un lugar que le trae recuerdos tan duros que no quiere ni hablar de ellos?», se repetía, intentando dar con una respuesta

que le permitiese arrinconar la pregunta.

Al levantarse de la arena para continuar, ya lo tenía decidido. Volvería al pueblecito de Francia. Debía ver otra vez la fotografía que Baptiste tenía dentro de la novela de Asimov.

Al final del paseo, se sentó en un barecito junto a la playa y, mientras se tomaba una clara, escribió un mensaje a su enamorado:

Julien, me gustaría volver a visitar a tu abuelo, dentro de dos semanas, si es posible.

Me falta información de testigos reales para mi reportaje. ¿Crees que podrá ser?

Te quiero.

Cuando subía la escalera de casa, el teléfono vibró y un sobrecito se hizo visible en el monitor:

Te he enviado un e-mail. Yo también te quiero.

Al abrir el ordenador encontró la respuesta de Julien.

Alis,

Me alegra que hayas vuelto a pensártelo y sigas con el reportaje. Avisaré a mi abuelo de que irás.

Lamentablemente, iyo estaré en Turquía por esas fechas! Me voy a Estambul en un par de semanas, así que no podremos coincidir, pero tengo una sorpresa para ti...

En el mes de mayo viajaré a Grecia. Allí tengo un amigo, Kostas. Queremos organizar un tour la próxima temporada a Citera. Es una pequeña y preciosa isla del mar Jónico donde vive su familia.

¿Te gustaría que hiciéramos ese viaje juntos? Aquello es el paraíso.

¡Te quiero!

Le entraron remordimientos por su falta de franqueza respecto del verdadero motivo de su visita. Sin embargo, había un sentimiento sobre el

que no tenía la menor duda, y acto seguido escribió: «Yo también te quiero, y me muero de ganas de hacer ese viaje contigo.»

Quince días más tarde, tal como le había anunciado, Alicia estaba a punto de salir hacia el aeropuerto. Antes de subir al taxi, comprobó que la fotografía estuviera dentro del bolso, así como la copia impresa de la reserva de habitación hecha por internet.

Una vez en París, cogió el tren a la estación de Montparnasse. El paisaje que corría al otro lado del cristal de la ventanilla era muy diferente del que había contemplado en el viaje anterior. Ahora, en abril, aquellas extensiones doradas de trigo segado con sus monumentales pacas de paja todavía eran alfombras de tiernos tallos verdes mecidos como olas por el viento.

El tren parecía rodar en medio del césped.

A primera hora de la tarde Alicia se apeaba en Verneuil-sur-Avre. Enfiló la avenida Victor Hugo hasta la rotonda de la Victoria y, tras atravesar el canal del río Iton, giró a la izquierda hasta la plaza donde se encontraba el hotel. Era una construcción de 1875 con tejado de pizarra y una fachada con catorce balcones de barandillas artesanales, adornadas con geranios rojos.

Desde su acogedora habitación en el segundo piso contemplaba la esbelta iglesia de Sainte-Madeleine. El reloj de la imponente torre gótica marcaba las tres.

Esperó treinta minutos antes de llamar a Baptiste. No quería presentarse en su casa sin previo aviso.

A la espera de que contestasen, Alicia meditaba en que quizás habría sido más acertado sincerarse con Julien y exponerle su verdadero interés en aquel viaje.

Respondió al «*Allô!*» que le llegaba por el aparato.

—La esperaba mañana, Alicia —dijo una voz sorprendida al otro extremo del hilo—. Tal vez lo entendí mal, pero... puede venir cuando desee. Su habitación está a punto.

—Gracias, Baptiste, pero me alojo en el hotel de la plaza de la iglesia. No quería darle trabajo.

—¿En Le Saumon?

—Sí. Tengo una reserva para esta noche. Había pensado visitarlo mañana, a la hora que usted me indique. No deseo entorpecer su rutina.

—Al contrario, me vendrá bien que una muchacha bonita como usted rompa la monotonía. Puede venir esta misma tarde.

Una hora más tarde, Alicia cruzaba el pequeño jardín de aquella casa que adquiriría vida propia cuando el sol de la tarde entraba de lleno por los ventanales. La paz que reinaba en la estancia la hacía sentir todavía más como una intrusa oculta bajo el disfraz de reportera.

—Mi nieto me contó que está haciendo un reportaje sobre los exiliados y que por eso quería entrevistarme.

A Alicia no le salió un sí demasiado rotundo. Más bien parecía un sonido gutural, que se apresuró a sofocar con un sorbo de café.

Antes de que tuviera tiempo de cambiar de tema, Baptiste prosiguió:

—¿Sabe una cosa, Alicia? Recuerdo aquel nueve de febrero del treinta y nueve como uno de los días más tristes y a la vez más esperanzadores de mi vida. Helaba de lo lindo. Uno jamás se acostumbra al frío. Para los niños y los viejos era un calvario. Allí, amontonados en la estación de Portbou, todos esperábamos la compasión de Francia. No podía apartar la vista del túnel que nos separaba de Cerbère. Yo estaba muy preocupado por Arturo. Encogido en el suelo, con la cabeza apoyada en la saca, tosía y la frente le ardía de fiebre.

—¿Era su hermano?

—No, pero lo quería como si lo fuera. Hacía una semana que habíamos dejado Figueras en medio de los bombardeos y, justo cuando estábamos a las puertas de Francia, Arturo no se tenía en pie.

—¿Estaba herido?

—Le había advertido que no se quitara las botas cuando vi que se las desataba al pasar por Colera. No me hizo caso. Era un cabezota que siempre iba a la suya. De hecho, también yo me habría descalzado gustoso. Habíamos caminado casi treinta y cinco kilómetros y empezaban a llagárseme los pies.

—¿Cómo es que usted no iba con el ejército, Baptiste? ¿Lo habían

licenciado?

—Digamos que me licencié yo mismo. Meses antes, en Mora la Nueva, vi la oportunidad. Un médico peruano necesitaba con urgencia un conductor que llevara un camión lleno de heridos a Barcelona. Acabábamos de pasar el Ebro de retirada y los nacionales nos pisaban los talones. Yo andaba por allí buscando noticias de un chaval de la quinta del biberón. Si no recuerdo mal, creo que se llamaba Damián. Había resultado herido en un desprendimiento de tierra.

—¿Y estaba dentro de aquel camión?

—No lo encontré allí... ni volví a verlo nunca. Pero buscarlo me sirvió para estar en el lugar y el momento adecuados. Eso me permitió dejar mi brigada. Tras descargar a los heridos en el hospital Clínico, la fortuna me sonrió de nuevo. Un guardia de asalto me puso al volante otra vez para transportar hasta el cuartel de San Fernando, en Figueras, obras de arte de la Generalitat. El encargo me venía de perlas, porque me libraba de volver al frente y me acercaba a la frontera.

—He leído que el castillo de Figueras fue la última sede del Gobierno republicano en España —comentó Alicia para demostrarle que sabía de lo que hablaba—. Allí mismo, el presidente español exigió al Gobierno catalán que le entregase el fondo de la tesorería de la Generalitat.

—*Voilà!* Madrid aún resistía y Negrín quería continuar la guerra a cualquier precio. Mi idea era escabullirme en cuanto se hubieran descargado las obras y seguir adelante con mi plan. El ejército republicano ya se retiraba hacia los Pirineos y se trataba de cruzar la frontera.

—Entonces... ¡desertó!

—Me habían alistado contra mi voluntad y ya estaba hasta las narices de obediencia ciega en las trincheras. Mire, Alis..., los que llevaban galones también intentaban salvar el culo —aclaró ante la mirada de extrañeza de la joven—. Yo estaba harto del ejército y, ya que me veía obligado a abandonar mi país, prefería hacerlo como civil y no a las órdenes de los comunistas.

—Pero usted luchaba con los republicanos..., por lo tanto debía de ser de izquierdas.

—¡Yo era anarquista! —se sulfuró—. Tal vez mi corazón siga siéndolo un poco. Las fidelidades son difíciles de erradicar.

—Y ese chico, Arturo..., ¿estaba con usted entonces?

—Él tenía que ir de Barcelona con un camión cargado de exiliados. Habíamos acordado que me recogería en Figueras y proseguiríamos juntos la retirada. Pero en una guerra resulta absurdo hacer planes. De hecho, allí me salvé de milagro. Había salido del cuartel para ir a encontrarme con él, cuando las bombas alcanzaron de lleno una caserna que estaba atestada de mujeres y niños y la derrumbaron. ¿Se lo imagina?

—Me he documentado mucho estos últimos meses y, si leerlo ya me hacía daño, puedo imaginar cuán doloroso fue vivirlo.

—Las calles de Figueras eran un hormiguero, una multitud que huíamos a Francia mientras la aviación alemana nos bombardeaba sin compasión. Había muertos y heridos por todas partes. Yo buscaba desesperadamente a Arturo. Con él también debían estar...

El viejo republicano interrumpió súbitamente su relato. Había intimidades que la amiga de su nieto no tenía por qué saber.

—¿Quién más venía con su amigo, Baptiste? —preguntó Alicia con curiosidad.

Él se aclaró la voz y, sin responder a su pregunta, prosiguió:

—Debía encontrar a Arturo a toda costa a fin de tramitar los visados, que nos eran imprescindibles para cruzar la frontera. Me subí a todos los camiones que pasaban, buscándolo sin éxito. Finalmente lo encontré en la misma cola del consulado.

—¿Y el camión?

—El motor había reventado a la entrada de Figueras, aunque tampoco nos habría servido de mucho. La carretera general estaba colapsada y los vehículos parados.

—¿Y consiguieron el visado, Baptiste?

—¡En absoluto! No podíamos entretenernos más y continuamos el camino a pie y sin papeles. ¿Sabe qué era lo que más me indignaba, Alis? Tener que huir ametrallado por los aviones como si fuera un ladrón. Parecía una caza de conejos. Por la carretera, niños, ancianos, mujeres, hombres..., todos corríamos a agacharnos en la cuneta, completamente aterrorizados.

»En uno de aquellos repastos de la aviación alemana conocimos a Manuel y a su familia. Con ellos viajaba también el padre de su mujer, Lucio. Estaban

conmocionados porque la metralla de los cazas fascistas les había matado a la mula.

»Arturo y yo los ayudamos a desmontar el toldo del carro, que querían llevarse.

—¿Y ese amigo suyo también vive aquí, en Verneuil?

—No, al acabar la Segunda Guerra Mundial se instaló en Toulouse con su familia. Se había casado con Montse, la hija de Manuel.

—¿Y siguieron viéndose?

—Nos escribimos unos cuantos años... Después nos fuimos distanciando —recordó con tristeza—. En realidad, fue Arturo quien se distanció de todos cuando su hijo sufrió una gran desgracia.

Al viejo se le humedecieron los ojos. Como tantas cosas de su pasado, también su más fiel amigo había quedado enquistado en un recuerdo.

—Arturo murió hace ahora seis años —concluyó.

Ella se compadeció del dolor que afloraba en la mirada de aquel pobre hombre.

—Pero usted ha venido para saber de los refugiados, ¿no? Pues el caso es que en el treinta y nueve conseguimos entrar en Francia y salvarnos. —Como si hablara para sí mismo, susurró—: Eso sí, el precio fue muy alto.

—¡Me lo puedo imaginar! También mi abuela lo pagó. Perdió a su marido en Normandía. Como le pasa a usted, tampoco ha querido nunca hablar demasiado de ello. La guerra sigue siendo un tema tabú en casa.

El anciano asintió con la cabeza.

—Los que cruzamos los Pirineos en aquellas fechas veníamos de un infierno, Alis, y sufrimos otro después. Por eso hicimos voto de silencio y enterramos el dolor en lo más hondo del alma.

El sol que entraba por la ventana había tomado un ángulo que lo cegaba. Baptiste hizo un gesto, guiñando los ojos, y se puso la mano a modo de visera. Alicia fue a correr los visillos.

—¿Quiere otro café? —le ofreció él mientras se calzaba bien las zapatillas, que llevaba en chancleta.

—Si me tomo otro, Baptiste, pasaré la noche en vela.

—Yo me desvelaré como todas las noches, muchacha... A mi edad ya no se duermen las mismas horas.

En la cocina, lo ayudó a desenroscar la cafetera. Era una pequeña de aluminio, de dos servicios. Alicia aceptó un zumo de naranja embotellado.

—Me temo que Francia no se portó muy bien con ustedes, Baptiste. Quiero decir con los refugiados republicanos.

—¿Tiene idea de cuántos franceses murieron por defender la República española? Fueron el grupo más numeroso de internacionales.

—No lo sabía...

—Diez mil franceses que no eran soldados, sino gente corriente, abandonaron casa y familia para luchar contra Franco. Miles de ellos fueron enterrados de cualquier manera por bancales de España. La sierra de Pàndols todavía debe de estar llena. En julio del treinta y ocho, el día en que el ejército del Ebro iniciaba el cruce del río por Amposta, ya murieron una barbaridad, cosidos a tiros como si fuesen patos.

—Según tengo entendido, usted estuvo en la batalla del Ebro, ¿verdad? —preguntó ella, pensando en cómo reconducir la conversación hacia el terreno personal.

—¡Desde luego! Pero a mí, aquella noche de San Jaime me tocó cruzar el río por Ribarroja.

Alicia se pasó la mano por el cabello, con su tic de coger un mechón y enroscárselo en el dedo índice. Luego se dio un nuevo repaso rápido con la mano. Era un gesto del todo innecesario, ya que su melena lisa se mantenía siempre en perfecto estado.

Tras respirar hondo, confesó:

—Tengo que sincerarme con usted, Baptiste. No estoy convencida de seguir con el reportaje, y todo lo que me está contando tal vez no salga publicado en ninguna parte.

—No importa. Tengo todo el tiempo del mundo, o casi.

—Aún tengo un favor que pedirle, Baptiste. Hay una fotografía que usted tiene y que vi en el viaje anterior. No he dejado de pensar en ella. Me gustaría verla de nuevo. Es la de aquella pareja en la playa de Argelès. La guardaba dentro de una novela de Asimov.

—¿Y ha recorrido tantos kilómetros para ver una fotografía, Alis? —preguntó muy sorprendido—. ¿Qué interés puede tener para usted?

—Mire, Baptiste —dijo tendiéndole el retrato que había sacado del bolso

—. Este era mi abuelo Biel.

El silencio reinó de repente en el salón. Solo al cabo de un minuto eterno, que Alicia no se atrevió a interrumpir, Baptiste le devolvió el retrato y dijo:

—No creo que pueda complacerla. Extravié el libro, y si la fotografía estaba dentro, también se habrá perdido.

La decepción se dibujó en el rostro de la muchacha.

—Si la encuentra, le ruego que se la dé a Julien para que me la envíe. Prometo devolvérsela.

—Alicia..., ¿lo que hay entre mi nieto y usted es serio? —Su voz era débil, con un dejo de preocupación—. Quiero decir si tienen planes de futuro.

—De momento solo somos buenos amigos. —Si Julien no le había hablado de la relación entre ellos, no sería ella quien lo hiciera—. Vuelvo a París mañana por la mañana, Baptiste. Allí vive mi sobrina, que está estudiando un máster, y le he prometido que pasaré el fin de semana con ella. Así que tendremos que despedirnos hoy.

—¿Se verá con Julien?

—Me gustaría, pero ahora está en Turquía. ¿No lo sabía?

—Sí. Lo había olvidado, perdone.

Alicia salió de la casa con ganas de llorar. Le dolía haber hecho aquel viaje y no lograr su objetivo, que parecía tan simple. Tampoco esta vez la había convencido la actitud de distanciamiento que de repente había adoptado el anciano.

Presentía algo extraño en aquel hombre.

Antes de encerrarse en la habitación de su hotel en Verneuil, fue a cenar a una pizzería de la plaza. La hicieron subir al primer piso, porque la planta baja era solo para los clientes que se llevaban el encargo a casa.

Mientras esperaba a que la sirvieran, Alicia se fijó en un aparador con cajones, en los balcones con visillos ribeteados de blonda y en los cuadrales de aquella casa de estilo *pans de bois*, con las características vigas vistas en la fachada.

Empezó a fabular sobre la extraña actitud del viejo. Ni siquiera le había hecho un triste comentario de consuelo al mostrarle la fotografía de su abuelo Biel. Al fin y al cabo, había sido un exiliado como él.

Por otra parte, no acababa de creerse que alguien que hubiera guardado tanto tiempo el retrato de unos desconocidos lo perdiera de repente como si tal cosa.

Le sirvieron una pizza al roquefort y empezó a comerla con apetito. En todo el día no se había llevado al estómago otra cosa que un bocadillo de jamón york con mantequilla untada. Se lo había tomado en una *brasserie* de la estación de Montparnasse mientras esperaba a que el panel eléctrico indicase la vía de la que salía su tren.

«Tiene que ser eso... Baptiste esconde una historia turbia que no conocen ni los suyos», se inventó mientras daba un sorbo de vino blanco.

Se distrajo observando las otras mesas. La que tenía el privilegio de la ventana la ocupaba una pareja de unos treinta y cinco años. Ella hablaba mucho más que él, pero en voz baja. Alicia llegó a la conclusión de que no estaban casados ni tampoco debían de ser novios o amantes. Se notaba que la mujer quería deslumbrarlo más con la conversación que con su atuendo. Su ropa no mostraba el menor detalle destinado a la seducción. De hecho, tampoco él parecía demasiado deseoso.

Terminada la pizza, Alicia pidió dos bolas de helado de vainilla y volvió a pensar en Baptiste.

¿Y si el hombre mentía y había sido un colaboracionista de Pétain que se había ocultado bajo una nueva identidad? La Segunda Guerra Mundial rebosaba historias sobre espionaje y traiciones.

«Tendré que resignarme y dejar de pensar chorradas —concluyó—. Si Julien y yo seguimos juntos, ya habrá ocasión de averiguar más.»

Acto seguido pidió la cuenta.

A trescientos metros de allí, al viejo anarquista se le hundía el mundo. De todas las jugadas del destino, debía reconocer que la de aquella tarde había sido memorable.

Abatido en el sillón, las piernas le flaqueaban. A costa de gran esfuerzo había conseguido mantener la calma al verse en la fotografía que le había mostrado Alicia.

Era él hacía un montón de años en la finca de sus padres en El Prat.

Baptiste se debatía entre el deber de decir la verdad a aquella recién descubierta nieta fisgona o bien guardar silencio.

Hacía un mes que había cumplido los noventa y, si callaba, aquella duda fermentaría en su interior. Por la manera en que su nieto había insistido en que recibiese a Alicia, intuía que aquella joven significaba algo más para Julien que una simple amistad.

No deseaba pasar los días que le quedaran de vida con mala conciencia.

Finalmente, se decidió a llamarla al hotel.

—Es importante que hable con usted, Alicia. Mañana, antes de irse, ¿podría venir a verme? He encontrado la fotografía de Argelès.

Apenas colgar el auricular, ya arrepentido tras el sí entusiasmado de la joven, Baptiste abrió el envase de caldo con fideos y se calentó un plato. No tenía apetito. Demasiadas emociones para un cuerpo cansado como el suyo. Con todo, confiaba en que llevarse algo caliente al estómago lo ayudaría a dormir.

Mientras la cena se enfriaba en el bol, sacó la carpeta de la cómoda. Tras retirar las gomas con cuidado, extrajo del sobre azul el retrato de Ágata y la niña tomado en diciembre del treinta y siete.

Debía preparar las respuestas a todas las preguntas que llegarían una vez dijera la verdad a Alicia.

«¿Entenderá los motivos que me llevaron a guardar silencio?», se dijo con desasosiego.

Le costaba aceptar que aquella joven fuese su nieta.

Se llevó una cucharada de sopa a la boca y luego otra. A la tercera, apartó el bol.

«¡Puñetas! ¿Qué necesidad tengo de dar explicaciones sobre la miseria y los sufrimientos que pasé?», rezongó, furioso consigo mismo por haberla llamado.

Durante los primeros días en el exilio, había estado muy enfadado con su mujer por no haberlo seguido. Semanas después, al ver el sufrimiento de Marieta por sus hijos, se resignó a aceptar la decisión de Ágata.

Al cabo de dos meses de estar en Argelès, ante la imposibilidad de volver a España como no fuera a cambio de perder la vida, para él ya no existía más familia que Marieta y Manuel. No hacía otra cosa que comparar la valentía y el amor de aquella mujer por su marido con los temores de Ágata.

Los había conocido en un tramo de la carretera de Vilajuïga, cuando él y Arturo se habían salido de ella para protegerse de la aviación. Allí agachados en la cuneta estaban el abuelo Lucio, Marieta y sus tres hijos, Pablo, Montse y Andresito. Mientras en el cielo se enfrentaban un «chato» republicano y un caza alemán, Manuel sujetaba por la brida a la mula enganchada al carro, tratando de serenarla.

De repente, el hijo pequeño se soltó de los brazos de su madre para recoger el juguete que le había caído junto a la rueda y Arturo salió disparado tras él. Estaba justo sacando al niño de debajo del carro cuando este se tambaleó y la mula cayó muerta, alcanzada por la metralla.

Cuando el piloto republicano abatió al alemán, todos gritaron eufóricos con salvas de aplausos menos la familia que tenían a su lado. Desde el mayor hasta el pequeño, todos contemplaban con tristeza a la mula muerta, que estaba tendida en el suelo con un gran ojo vidrioso que miraba sin ver.

—¿Y ahora qué haremos sin la mula, papá? —preguntó el chiquillo, que no pasaba de los trece años.

—Nos llevaremos el toldo a Francia, Pablo. Tal vez nos lo compre alguien. Aún está bastante nuevo. —Luego, Manuel miró al anciano y preguntó—: El carro tendremos que dejarlo, ¿no, Lucio?

El viejo dio a entender que estaba de acuerdo con una palmada en la espalda de su yerno. Recostado en el carro, seguía mirando con tristeza cómo su hija intentaba acarrear con todo a hombros de los miembros de la familia.

—No podremos ir cargados como burros hasta el final, Marieta.

—Hemos de hacerlo, padre. —La mujer seguía bajando bultos—. Es todo lo que tenemos.

—Párate un momento a pensar, amor mío —intervino su marido, tomando sus manos entre las suyas—. Ni siquiera sabemos dónde acaba este viaje. Solo nos llevaremos lo que sea imprescindible.

—¡Todo lo es, Manuel! Ya abandonamos en Mataró lo que consideramos que no lo era... Si lo dejamos aquí, nos lo quitarán.

—Mira a tu alrededor, mamá —dijo enfadada Montse, una adolescente de la misma estatura que su hermano—. ¿No ves como todo el mundo se desprende de peso?

Justo en ese momento, los gritos aterradores de una mujer los hicieron volverse. Avanzaba por la carretera impidiendo que su marido le arrebatase a un pequeñín que no debía de tener ni un año. Lo llevaba en brazos como si fuese una ofrenda. La cabeza y los bracitos le colgaban con un balanceo.

La mujer gritaba desesperada: «¡No lo dejaré al borde del camino como si fuese un gatito muerto!»

Marieta asistió horrorizada a la escena y rompió a llorar. Sus tres hijos habían vuelto a sentarse en el suelo. El pequeño escondía el camioncito de madera bajo el abrigo por temor a que lo obligaran a dejarlo.

—¿Quieres que volvamos a Mataró? —le preguntó él.

—¡Seguiremos adelante, Manuel! No quiero ver cómo te arrancan el pellejo los fascistas. —Tras secarse los ojos con un pañuelo, abrió un cofrecillo de madera lacada negra con dibujos que imitaban un paisaje chino y vació dentro de un calcetín hilos, agujas, cintas, tijeras y botones—. Con los niños siempre hay descosidos y desgarrones que arreglar. Hemos de tener buen aspecto. No quiero que los franceses nos vean como a unos desharrapados.

«¡Cuánto deseé que fueras como aquella mujer, Ágata!», dijo mentalmente Baptiste al retrato que sujetaba con manos temblorosas.

Acto seguido lo guardó dentro de la carpeta, que procedió a dejar sobre la mesa. Volvería a abrirla al día siguiente ante Alicia. Enseñarle las tres fotografías sería la manera más cruda de decirle la verdad, pensó, aunque también se le antojaba la más rápida para empezar o acabar de golpe una conversación que ignoraba adónde iría a parar.

«No creo que tu nieta entienda por qué desaparecí de vuestra vida, Ágata —siguió dirigiéndose el viejo libertario, mientras se encaminaba a la cama, a una mujer imaginaria que un día había sido la suya—. Eso te lo dejo a ti. Si cuando vuelva a Barcelona te lo pregunta, explícale por qué te negaste a venir en el cuarenta y cinco, cuando Arturo podía haberte ayudado a cruzar los Pirineos.»

Baptiste se abrochó los botones del pijama, mientras rememoraba aquella carretera llena de trastos abandonados. Al dejar atrás Colera, vio el mar. Aquella playa pequeña, al fondo de la costa rocallosa, fue lo más bonito que vio antes de abandonar su país.

El temor del Gobierno francés ante la avalancha de soldados comunistas en busca de asilo que entrarían cuando Franco ganase la guerra, hecho del que tenían la absoluta certeza, hizo que se aprobara un decreto por el que podían encerrar a los que considerasen peligrosos.

A finales de enero del treinta y nueve, todo el arenal de Argelès estaba ya cercado con alambradas de púas y con un destacamento de tiradores senegaleses preparados para vigilar a los refugiados.

Lo que el Gobierno de Daladier no había previsto era que a través de todos sus pasos fronterizos cruzarían medio millón de personas, incluyendo a miles de niños, mujeres, ancianos y heridos.

Tan pronto como corrió la voz de que se abría Portbou, la multitud se puso en movimiento. Francia había decidido dejar entrar a todo el mundo, tuvieran visado o no. La carretera hacia el norte se convirtió en una fila de cajas tiradas por doquier y vehículos averiados, despeñados montaña abajo a fin de dejarlos inservibles para el enemigo.

—¡No os quedéis atrás! —gritaba Marieta a los suyos, que caminaban entre el gentío—. Padre, agárrese a mí. Y tú, Manuel, no dejes a Montse. ¡Pablo, cógete de tu padre!

Ella llevaba de la mano al pequeño, que la miraba con ojitos de pena como un cachorro triste. Eso le rompía el corazón. Sabía que su chiquitín estaba reventado de andar, pero no podía cogerlo en brazos. Cargaba a la espalda, atado en forma de rollo, el colchón que arrastraba desde Vilajuïga y que ahora se negaba a dejar en la cuneta.

Antes de emprender aquel último tramo, Manuel había aligerado los fardos de sus hijos y del abuelo, cortando dos de las cuatro mantas por la mitad. En cada parte había practicado un agujero lo bastante grande para poder meter la cabeza por él. Luego se lo había colocado encima del abrigo a

modo de capa.

Marieta observó a su padre. Lucio llevaba la boina nueva. «Para viajar hay que ir bien vestido, aunque sea al exilio», había dicho al salir de casa. Montse llevaba el gorro rojo de lana que ella le había tejido como regalo de Reyes. Por debajo le sobresalían las largas trenzas, y con mirada expectante caminaba protegida entre su padre y su abuelo.

Pese a todo lo que habían dejado atrás con la mula muerta, incluida la máquina de coser, en la canasta que Manuel llevaba a la espalda ya no cabía nada más. Un cubierto para cada uno, un par de ollas, la ropa para vestir y el ajuar más nuevo. Al fondo estaban los pocos víveres que les quedaban.

Mientras avanzaban lentamente hacia la aduana, Marieta hizo un recuento silencioso de sus pertenencias. El avituallamiento que podía estropearse ya lo habían consumido.

—Nos queda poca comida y poca agua, Manuel —observó con preocupación.

—No te preocupes. Allí encontraremos. El agua no se le niega a nadie. Ya estamos a punto de cruzar la frontera.

Habían llegado al punto más elevado de la carretera, en lo alto del puerto. Al frente, las lucecitas de las casas francesas cercanas a la costa reflejaban una calidez que contrastaba con la oscuridad del lado español.

Marieta y Manuel se miraron a los ojos con el corazón encogido.

—¿Hacemos bien, Manuel? —preguntó en un ramalazo de duda.

—Sí, estate tranquila. Pronto habremos llegado y podremos descansar.

Los dos contuvieron el llanto para no asustar a los niños. Manuel sufría por su suegro. Sabía cuánto le costaría al anciano reponerse del agotamiento. Se quedaba admirado al ver cómo, a sus setenta años, había soportado el viaje, siempre firme, cogido de la mano de su nieta.

«No te hagas notar, Manuel. No te ganes antipatías, que aún no está todo dicho», lo había avisado su suegro cuando todavía estaban en Mataró. Sin embargo, por entonces él estaba muy seguro de que ganarían la guerra, porque era de justicia que así fuese.

Sus acciones revolucionarias en la fábrica habían llevado a toda la familia al exilio, pero su suegro no había pronunciado una palabra de reproche en ningún momento. Ni una mirada que indicase su disgusto.

Era un hombre acostumbrado a aceptar su destino, tal vez por eso había tanta paz en él. Se había quedado viudo cuando Marieta cumplió ocho años y el hombre la había criado solo. Lucio sentía devoción por su hija y sus nietos. Habría bajado a los infiernos por ellos.

Manuel apretó con fuerza los ojos para que no se le escaparan las lágrimas. Con cada paso que lo acercaba a la frontera, sentía cómo morían sus ideales. Tenía decidido que, apenas estuvieran al otro lado, buscaría cualquier trabajo y por la paga que fuese.

Para él se había acabado el sindicalismo. Aquellas luces que veían junto al mar eran ahora su faro, la señal de una nueva vida para él y los suyos.

—¿Ya estamos en Francia, papá? —preguntó Pablo al llegar a la aduana.

Manuel asintió con la cabeza y atrajo a su hijo hacia sí cogiéndolo por los hombros.

«El chico se está haciendo mayor y crecerá en un país libre», se dijo con satisfacción.

Después miró al benjamín. Andresito miraba atemorizado cómo aquellos soldados negros, con gorra roja y cuchillo largo en la punta del fusil, les gritaban en una lengua que no entendía.

A la izquierda del camino se amontonaban las armas que los gendarmes habían obligado a dejar a soldados y brigadistas.

Mientras atravesaban Cerbère, donde los campesinos vendían fruta y verdura en los puestos, Marieta miró a su marido.

—Los niños tienen hambre, Manuel. ¿Cuánto dinero nos queda?

—Aquí no nos sirve de nada el poco que tenemos —le dijo en voz baja.

Su miseria ni siquiera era de curso legal. No eran billetes republicanos, sino los que el Ayuntamiento de Mataró había emitido para resolver la necesidad de moneda.

—Prueba... —insistió, parada ante la mercancía.

El campesino miró el trozo de papel sin valor que le tendía el español. Tras contemplar a los niños, lo cogió y a cambio le dio unas cuantas patatas y cebollas esbozando una sonrisa triste.

Cerca de ellos, sin perderlos de vista, Biel caminaba cargado con las dos sacas, la suya y la de su amigo. Casi llevaba a rastras a Arturo, cogido de la cintura.

La carretera serpenteaba por la montaña, escalonada en terrazas de viñas con el mar de fondo. Era un febrero casi tan gélido como el que Biel había sufrido en Teruel justo un año atrás. El vaho se le escapaba por la boca mientras jadeaba agotado. De vez en cuando, su pensamiento volaba al fuego en el suelo de casa de sus padres, cuando él era pequeño y hurgaba en las brasas al rojo vivo con las tenazas.

Junto con el frío y el desfallecimiento, a medida que avanzaba se enredaba en la garganta el llanto cobarde. Aquel sentimiento le roía las entrañas desde que habían salido de Figueras. Se sentía culpable por no haber dado media vuelta hacia Barcelona al ver que Ágata y la niña no habían llegado en aquel camión.

«Estoy aquí para sobrevivir —se dijo subiéndose el cuello del abrigo—, pero ¿y ellas?»

También pensó en todos los muertos que habían quedado junto a la carretera, ametrallados o agotados, y se consoló diciéndose que tal vez Ágata no había hecho tan mal en quedarse en casa.

Justo unos metros antes de pisar Francia, se había sacado la carta del bolsillo y la había leído.

Querido Biel:

No tengo coraje suficiente para huir, ni valor para dejar a mis padres solos aquí. Son mayores y me necesitarán cada día más, sobre todo en los duros tiempos que se avecinan.

Se me parte el corazón con cada palabra que escribo. Soy consciente de que estoy renunciando a ver cada día al hombre al que amo. Pero también sé que en algún momento nos reencontraremos, mi amor. Cuando ya te hayas establecido y los míos ya no estén, prometo reunirme contigo, sea allende los Pirineos o en la Venezuela con la que sueñas como si fuera el paraíso.

Por encima de todo, amado mío, no pongas en peligro tu vida.

La niña y yo estaremos en Barcelona esperando el día en que los tres nos abracemos de nuevo.

Con todo el amor del mundo,

Tu Ágata

«No me iré más lejos que Francia sin vosotras», gimió Biel con una mezcla de frustración y añoranza.

La caravana de refugiados atravesó Banyuls, Port-Vendràs y Colliure, vigilados en todo momento por guardias y argelinos montados a caballo hasta llegar a Argelès.

Los habitantes de aquel pueblo tranquilo del Rosellón contemplaban estupefactos cómo al anochecer llegaban por la carretera un montón de mujeres, ancianos, niños y hombres sin uniforme. Un espectáculo muy diferente del que habían visto horas antes, cuando un ejército desarmado inundaba sus calles camino de la playa.

Al llegar a su destino, la familia de Manuel, Biel y Arturo se dejaron caer en la arena, completamente extenuados.

Convencidos de que allí solo pasarían la noche para descansar, Marieta extendió el colchón. Cobijados bajo las mantas y cubiertos por el toldo del carro, se durmieron pese a la humedad y el frío.

A medio metro de ellos, acurrucado en el agujero que había cavado en aquella tierra húmeda, Biel se tapó cabeza y todo con la manta y por primera vez se entregó a un llanto silencioso. Antes había envuelto los pies de su amigo con una camisa de franela que extrajo de su saca.

Los últimos kilómetros hasta las playas de Argelès, Arturo había empezado a desfallecer debido a la fiebre. Durante el trayecto Biel también había sentido cómo se le abrían las llagas de los pies, pero no cometería el mismo error que su amigo, pese a que el pie se le hinchaba dentro de la bota, la cual parecía estrecharse progresivamente.

—Gracias, Biel... —balbuceó Arturo entre temblores a su lado—. Nunca podré pagártelo.

—Tú habrías hecho lo mismo por mí, amigo.

Al día siguiente, con las primeras luces del alba, Biel ya estaba despierto.

No fue sino entonces cuando se dio cuenta de que estaban rodeados de alambradas de púas. Más allá destacaba majestuosa la cumbre nevada del Canigó.

Al otro lado de la cerca tenía el Mediterráneo.

En su interior sintió una profunda desolación. Había empezado a vaciarse de sí mismo.

A las nueve y media de la mañana, Alicia salió del hotel con la mochila y una sonrisa de felicidad estampada en la cara. Pasaría por casa de Baptiste y después cogería el tren de vuelta. No tenía prisa. Podía apurar el tiempo hasta media tarde. En una hora de trayecto estaría en París y con el enigma resuelto.

Llamó al timbre y la puerta se abrió sin demora. Del interior de la casa salía un aroma a café recién hecho.

El hombre tenía un semblante serio. Sin embargo, Alicia se tranquilizó al ver que la trataba con la misma amabilidad con que la había recibido el día anterior.

—Me ha dado una gran alegría, Baptiste.

—Siéntate, por favor. ¿Puedo tutearte? —Ella sonrió en señal de aprobación. De hecho, la incomodaba que una persona que le llevaba tantos años la tratase de usted—. ¿Has desayunado?

—Lo he hecho en el hotel, gracias.

—¿Tienes prisa?

—No demasiada. Con llegar hoy a París me basta.

—Antes de enseñarte la fotografía que has venido a ver, Alis, para mí es imprescindible que vuelva a hablar del año treinta y nueve.

La joven asintió con la cabeza.

—Aquel gélido nueve de febrero, mientras esperaba el paso a Francia, dudaba entre seguir adelante o dar media vuelta y volver a España. Me sentía un traidor por salir del país sin mi mujer y mi hija.

—Entonces..., ¿estaba casado?

—Quizás aún lo esté. —Pidiéndole paciencia con un gesto de la mano, atajó la siguiente pregunta de la muchacha y prosiguió—: Corría la voz de que Barcelona ya estaba en manos fascistas. «¿Qué piensas hacer?», me

preguntó Arturo, que cada vez tenía más fiebre. «No volveré a casa. Tengo veintitrés años y no quiero que me maten», dije para que se quedara tranquilo sobre que no lo dejaría allí solo.

Acto seguido, Baptiste le contó que en el bolsillo le quemaba aquella carta de su mujer, todavía sin abrir.

—Estaba muy enfadado con ella porque no había venido con Arturo, y por eso aún no la había leído.

Baptiste se sirvió una taza de café y añadió leche y azúcar. En silencio, como si las palabras se estuvieran alineando antes de salir por su boca, removía el líquido con parsimonia.

Alicia se limitaba a esperar. Al fin y al cabo, la vida privada del viejo tampoco le importaba tanto. Solo quería ver la fotografía de Argelès, de la que hasta parecía que se hubiera olvidado.

Tenía un horario amplio de trenes y, ya que había hecho tantos kilómetros para hablar con él, no era cuestión de mostrarse avara con su tiempo en el último momento.

El viejo anarquista se tomó el café a pequeños sorbos. Después, dejó la taza vacía en la mesa y se repantigó en el sillón, con los ojos cerrados y las manos sobre el vientre como si fuera a echar una cabezada.

—¿Se encuentra bien, Baptiste? —empezó a preocuparse ella.

El hombre abrió los ojos y, exhalando un suspiro, se levantó del asiento. Indicó con una seña a Alicia que siguiera sentada.

No tardó en volver con la fotografía y una lupa. Antes de sentarse, también cogió la carpeta azul de encima de la mesa. La apretaba con fuerza, consciente de cuán imprevisible era lo que podía provocar su contenido.

—Aquí la tienes, Alis —dijo mirando a la joven antes de soltarla.

Llena de emoción, ella observó con la lupa la figura del joven, que tenía cogida de la cintura a la muchacha de cabello rizado. Según indicaba al dorso, se llamaba Tonia. De repente, miró estupefacta al anciano.

—¡Es mi abuelo, Baptiste! Es el mismo hombre de mi fotografía. Usted lo conoció, ¿a que sí?

El hombre no respondió. Se esforzaba por contener las lágrimas.

—Lo vio morir, ¿verdad? —supuso ella con un hilo de voz.

—Sigue vivo..., aunque está muy viejo y cambiado.

Entonces retiró las gomas y depositó ante su nieta las tres fotografías de su pasado.

Al verlas, Alicia observó con incredulidad al nonagenario.

De pronto, comprendió que tenía ante sí a Biel, el abuelo al que no había visto envejecer.

Se miraron en silencio. Baptiste sabía que no existían palabras para expresar lo que estaban sintiendo.

Finalmente fue ella quien, mirándolo de hito en hito mientras buscaba semejanzas de juventud bajo las arrugas de aquel rostro cansado, dijo:

—Mi madre pone flores cada año por Todos los Santos al retrato de un padre al que cree muerto. ¿Por qué tanta mentira?

Por más que lo intentaba, el hombre no conseguía dar una explicación. De lo más hondo de su corazón afloraban con mayor rapidez los sentimientos encerrados a cal y canto durante toda una vida que las palabras que justificasen las respuestas que la joven exigía.

—¡No creas que esta vez voy a irme sin respuestas, Baptiste! —Aunque se esforzaba por mantenerse firme, el llanto estaba a punto de estallar.

El anciano asintió con la cabeza. Cuando se sintió con fuerzas para continuar, respondió a su nieta, que lo miraba con dureza:

—A veces no se puede hacer otra cosa que huir hacia delante para sobrevivir. Nueve años seguidos de guerra, campos de concentración, trabajos forzados... Llegas un día en que todo lo que habías sido hasta entonces no son sino recuerdos envueltos en melancolía. Te conviertes contra tu voluntad en un apátrida y, al final, acabas perteneciendo al grupo que te acepta como a uno de los suyos. Yo era un hombre vencido.

—Había idealizado a mi abuelo —prosiguió ella para darle a entender que no se conformaba solo con aquello—. Biel era un héroe para mí, y, en cambio, he encontrado en su lugar a un hombre con una vida construida sobre mentiras.

—¿Qué te hacía imaginar que yo era un héroe? —la retó molesto—. ¿Te habría satisfecho más encontrar mi tumba?

—Habría querido que mi abuelo hubiera vuelto con los suyos en lugar de dejar a su familia abandonada. Sé que sois la misma persona, pero me resulta difícil verte a ti en él.

—¿Con qué derecho juzgas lo que no sabes? No me has conocido hasta ahora, Alicia. ¿Por qué me habías idealizado? ¿Te hablaba de mí tu abuela?

Ella notó cómo le temblaba al anciano la piel flácida de la barbilla.

—Mi abuela nunca habla de ti, pero...

—Entonces está viva —la interrumpió él, emocionado.

—Lo está, y aún tiene la fotografía de cuando os casasteis encima de la cómoda del dormitorio. Y mi madre siempre se para a mirarla. ¿Acaso no sabes que los vivos revestimos a los muertos amados de una pátina especial? —Aguantándole la mirada, le preguntó—: Entonces, ¿por qué no regresaste?

—Una vez en Argelès, no había vuelta atrás. Si hubiera vuelto me habrían fusilado. Eso me separó para siempre de Ágata, de la pequeña y de mis padres. En aquel arenal empecé a renunciar a mi pasado.

—Mi madre se merecía saber que estabas vivo. Me cuesta mucho no censurar tu olvido.

—La vida es una carrera, Alis, y nosotros solo somos corredores de fondo. En ese viaje, ahora nos acompañan unos, ahora otros... Ni Ágata ni yo habíamos previsto que la victoria de un dictador nos separaría para siempre.

—La abuela ha mentido tanto como tú... —dijo, atenuando el tono inquisidor de su voz—. Ninguno de los dos teníais derecho a ocultarle la verdad a mi madre.

—Los que se quedaron en España no tenían la posibilidad de elegir. Seguro que Ágata actuó como es debido. También yo, durante muchos años, solo quería huir de mí mismo. No soy un héroe, muchacha, pero tampoco un cobarde.

—Entonces, ¿por qué te cambiaste el nombre? No me sale llamarte Biel.

Observó cómo la vejez había borrado miserablemente en aquel hombre los rasgos que lo definían en los retratos de juventud.

—Es mi segundo nombre de pila. Solo me llamaba Biel Bautista mi abuela Dolores cuando vivíamos en El Prat, y mi tío Enrique si estaba enfadado conmigo. —Lleno de ansiedad, añadió—: ¿Piensas decirle a Ágata que me has conocido?

—Tengo que meditar sobre cómo hacerlo, pero... creo que es mi deber.

Baptiste cogió la fotografía del día en que su hija hizo la primera

comuni3n.

—Cuéntame cosas de ella, Alis. ¿Está bien de salud? ¿Ha tenido más hijos, aparte de ti?

—Mi madre no te ha importado en todos estos años... ¿Qué más te da ahora saber de su vida?

Alicia había empezado a sollozar y las lágrimas le caían a raudales. Baptiste permaneció en silencio a su lado. Era muy consciente, por propia experiencia, de que en una situación como aquella había que elegir muy bien las palabras. No podía hacer otra cosa que mostrarse compasivo con su nieta y esperar de ella la misma compasión.

Cuando consiguió dominar el llanto, Alicia lo miró dubitativa.

—¿Por qué no me lo dijiste ayer, cuando viste la fotografía que te enseñé? En ese momento también supiste que yo era tu nieta.

—¿Y cómo querías que lo hiciera? Me quedé petrificado. Pero no he dejado que te fueras sin decírtelo, ¿verdad?

—Yo también te mentí, Baptiste. Quiero a Julien. No somos solo amigos.

—¿Habéis hecho planes de futuro?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —le preguntó con preocupación—. Tendrá que saberlo.

—No se lo digas tú, te lo ruego. Tenemos previsto un viaje a Grecia. Allí tendré tiempo para contárselo con calma.

El viejo aceptó el trato e, indicándole que siguiera sentada, se dirigió a su habitación.

Volvió poco después con una cámara antigua. El aparato había dormido más de sesenta años en un cajón, junto con otros recuerdos.

—Era de un americano que cayó a mi lado. —Se la tendió y ella la contempló con admiración—. Antes de morir me la dio para que se la entregara a un contacto. Fue todo un periplo llegar al lugar, aunque la casa se hallaba a solo dos kilómetros. Un joven inglés sacó el carrete y me devolvió el aparato. Solo quería lo que había dentro. Ahora es tuya.

—No puedo aceptarla, Baptiste... Es muy valiosa —dijo al tiempo que acariciaba el logo de Leica grabado en la funda de piel—. Cuánta historia habrá entrado por este objetivo...

—Lo hago interesadamente —admitió con una sonrisa mientras posaba la envejecida palma sobre la suave mano de su nieta—. Así tal vez me parezca un poco más al Biel al que imaginabas como un héroe.

—Quiero disculparme por haber entrado de ese modo en tu vida privada, Baptiste. Estoy enfadada, pero reconozco que no soy quién para juzgarte.

—Me alegra que lo hayas hecho, Alis. Me has devuelto el pasado. Lo que vivimos forma parte de nosotros para siempre, aunque pretendamos ignorarlo.

De pronto, ella arrancó una hoja del bloc de notas que llevaba en el bolso. Le escribió el teléfono de su abuela y se lo dio.

—Hay cosas, Biel Baptiste, que tendréis que aclarar entre vosotros dos. Tal vez no me corresponda a mí decidir si mi madre debe saber la verdad.

Desde que había vuelto a Barcelona, Alicia no cesaba de repetirse las palabras del republicano.

«La vida es una carrera de fondo, Alis.»

Se sentía confusa y le preocupaba cómo tomar dos decisiones de suma importancia en su vida. Por una parte, comunicar a Julien la realidad que los unía, o callársela, antes del viaje a Grecia. Por otra, si debía contar a su abuela Ágata que conocía su secreto.

Por el momento, revelárselo a su madre ni le pasaba por la cabeza.

Tal como solía hacer, Alicia salió a correr por la playa. El esfuerzo y el ritmo la ayudaban a pensar.

Al volver ya había tomado una decisión. Se había invitado a comer en casa de su abuela con la certeza de que no sería una comida como cualquier otra.

Sin embargo, de camino dudaba si era conveniente desencadenar el cataclismo que sin duda provocaría la noticia en el seno de su familia.

Tal vez por eso, iba retrasando la hora de llegar y, en lugar de coger el 64, que pasaba por delante de su casa y la dejaba casi en la calle Tamarit, optó por pasear, recorriendo con parsimonia el Paralelo desde Atarazanas.

Entretanto, Ágata se impacientaba sin dejar de refunfuñar porque ya eran las tres y media y su nieta seguía sin dar señales de vida.

Preocupada por su tardanza, se levantó del sillón a mirar por el balcón. Poco a poco, a la mujer la vejez se le había ido haciendo aburrida. Las tardes en que bajaba a pegar la hebra ante un café con leche al bar de la esquina, con el viejo matrimonio judío que había tenido un puesto en los Encantes, se habían ido espaciando hasta acabarse.

Finalmente oyó que se abría la puerta del piso.

—Habrá que recalentar la comida —rezongó a regañadientes cuando su nieta la salud  con un beso—.  Estas no son horas de llegar!

—Lo siento mucho, yaya. No te preocupes, ya la caliento yo.

—Mi cuerpo necesita comer a sus horas, Alis, si no, se me pasa el hambre —refunfuñó siguiéndola a la cocina.

Cinco minutos más tarde, cuando la sopa ya humeaba en los platos, ágata había cambiado de cara, pero la joven mantenía su aire ausente.

—Sea pronto o tarde, me encanta que vengas a verme, Alis. Cuéntame lo que has estado haciendo estos días.

—Yaya..., la semana pasada estuve en Francia.

—No me habías dicho que te ibas —la ri   en tono cariñoso—.  Te has encontrado con ese chico que te trae de cabeza?

—A decir verdad, no me he visto con Julien, sino con su abuelo, Baptiste.

—Pero...  si dijiste que dejabas el reportaje! —comentó con desencanto.

Alicia se sentía inquieta hasta los tuétanos desde que había dado a Baptiste el teléfono de  gata. Ya estaba hecho y no había vuelta atrás. Decidió ir al grano, preguntando en tono suave como un susurro:

—T  sabías que el abuelo Biel no murió en la guerra,  verdad?

 gata se quedó horrorizada.

Había temido durante muchos años aquella pregunta, pero nunca imagin  que sería una nieta quien se la hiciera.

— Por qué esa mentira innecesaria, yaya? —insistió acusadora Alicia—.  Hiciste creer a mi madre que su padre había muerto!

 gata meneó la cabeza, desolada, ante la mirada atenta de la joven. Los años también enseñaban a mentir.

— C mo lo has sabido?

Dej  caer la cuchara en el plato. Se sentía débil ante el tono que había adoptado su nieta.

—Porque acabo de conocerlo...

—Ahora lo entiendo todo... Tu reportaje sobre los republicanos era solo una excusa para husmear,  a que s ?  Y las fotografías y toda la martingala!

Pese a la dureza en la mirada de la joven, ágata intentaba mantener la calma en relación con lo que ya no se podía cambiar, pero también ella estaba enfadada y la voz se le entrecortaba.

—¡Cálmate, yaya, por favor! —le pidió Alicia, asustada.

Había acercado la silla a la suya y le acariciaba las manos. Si le daba un infarto, jamás se lo perdonaría.

—Tuve que optar por la mentira que doliera menos, jovencita —le espetó con decisión, rechazando las carantoñas de su nieta—. La vida no siempre nos concede lo que esperamos. ¡Qué sabrás tú de la guerra!

Alicia no dejaba de asentir con la cabeza y se recriminaba a sí misma su falta de tacto.

—No empecé el reportaje con esa intención, yaya —se esforzó por convencerla—. Te aseguro que ha sido una coincidencia.

—¿Crees que porque hayas leído cuatro libros lo sabes todo? Entre sufrir una situación y vivirla hay una gran diferencia, niña.

La distancia con que la trataba Ágata la hería más que la propia bronca. Los «jovencita» y «niña» los utilizaba para dirigirse a Juana y a Mireia, nunca a ella, que era su nieta favorita. Alicia era siempre su «cariño», su «cielo», hacia quien extendía los brazos reclamando besos y abrazos apenas verla. Ahora, en cambio, se la quitaba de encima y la apartaba a manotazos.

Arrepentida de haber soltado aquella revelación mientras comían, sin más preámbulos, se dijo que habría sido mejor esperar a hacerlo con más calma en la sobremesa, preparando antes el terreno.

Tras la tormenta emocional, en el comedor reinaba un silencio doloroso. La joven se sobresaltó por el ruido metálico del reloj de pared al dar las horas. Se habían hecho las cuatro y media y los platos con la sopa, ya fría, seguían encima de la mesa. El de su abuela con la cuchara dentro.

Cuando Ágata cogió de nuevo el cubierto, Alicia respiró aliviada.

—¡Caliéntala! —le ordenó.

Al quitarse el plato de delante, vertió parte del líquido en el mantel.

Alicia obedeció sin rechistar.

—No fue tan premeditado como imaginas, Alis —prosiguió Ágata, muy emocionada, cuando su nieta volvió de la cocina con los platos calientes—. Hay secretos que vienen obligados por las circunstancias.

—¿Me perdonas, yaya? —imploró, acercando la mano a la suya sin atreverse a tocarla—. No quería herirte.

—Ahora comamos, que ya es hora.

Acabado el primer plato, la anciana rechazó la merluza a la plancha de segundo y le pidió que le trajera un yogur.

Después fue a sentarse en su sillón. Lo tenía junto al balcón para mirar a la calle tras los cristales y que las horas no se le hicieran tan tediosas.

Alicia seguía sentada a la mesa. Se puso tensa cuando su abuela, ya más calmada, empezó a contarle, con la mirada perdida en el exterior:

—En mayo del treinta y nueve, Franco dejó que regresaran a España todos los soldados republicanos que no hubieran cometido ningún delito de sangre, Alicia. Cosa difícil de probar, como comprenderás. Pese a todo, empezaron a volver a miles. Los periódicos y el NO-DO no cesaban de repetir «cómo las hordas rojas engañadas por el comunismo regresaban a la Madre Patria cual un rebaño».

»Yo no me creía aquella generosidad y rogaba por que a Biel no se le ocurriese volver. En Montjuic y en el Campo de la Bota los fusilaban a cientos cada semana.

Alicia pensó en el lugar donde hacía dos años se había celebrado el Fórum de las Culturas. Resultaba duro pensar que allí, por donde ella corría, se hubieran segado tantas vidas.

—No se trataba de generosidad —intervino la muchacha para demostrarle que también sabía de lo que hablaba—. El dictador aceptó esa petición del Gobierno francés a cambio de recibir el oro republicano depositado en su banca.

»¿Cómo es que no fuiste a reunirse con el abuelo? —quiso saber—. Muchas mujeres lo hicieron.

—Hacía pocos meses que se había firmado la paz en Europa —dijo con un suspiro—. Mira, Alis..., la guerra no solo destruyó casas y vidas. También separó familias. Tu abuelo me escribió una primera carta hacia el verano del cuarenta y cinco en la que me pedía que me reuniera con él. Arturo García tenía contactos que me ayudarían a cruzar los Pirineos.

A Ágata la incomodaba tener que dar explicaciones sobre una decisión que en su momento ya le había producido suficiente dolor.

—¿Y por qué no fuiste?

—Tenía mucho miedo. Y no podía dejar solo a mi padre. —Buscando un intento de comprensión por parte de la muchacha, añadió—: Estaba muy

delicado de salud y mi madre había muerto año y medio atrás.

—Si solo te tenía a ti, es comprensible que te sintieras responsable de él.

—De haber estado sola, tal vez tampoco me habría atrevido a vivir en un país que no era el mío, lo reconozco. Cada cual tiene su manera de caminar por la vida, Alis. Y yo era consciente de que nunca podría seguir a Biel. Ni siquiera lo había conseguido cuando estábamos juntos en Barcelona. A mi marido la vida le venía pequeña y yo jamás había sabido cómo contentarlo.

—¿Y no tuviste más contacto con él?

—Al cabo de dos años, en el cuarenta y siete, me escribió una segunda carta. Me comunicaba que había rehecho su vida con una mujer francesa y me aconsejaba que no lo esperase porque nunca volvería a España. Aquella noticia me hizo tanto daño que se la oculté a todos. Desde entonces, hice creer que había desaparecido.

—¿Y los bisabuelos de El Prat?

—Tampoco tenían noticias tuyas. Digamos que todos nos acostumbramos a su ausencia como se llora a un muerto.

—Que él no quisiera volver no significaba que hubiese que hacerlo desaparecer —insistió con ganas de saber más.

—Por entonces, ser la mujer de un exiliado rojo era muy jodido, Alis. Tampoco quería que en el colegio hicieran el vacío a mi hija como hacían con otros niños. En más de un sentido, la petición de Biel me liberaba.

»Además, Gloria iba a cumplir doce años y era necesario que dejase de esperar a un padre al que únicamente recordaba por las fotografías.

—Uno no pasa a estar muerto oficialmente solo porque alguien se lo invente, yaya.

—Para Franco, los exiliados no existían. Y a los que volvían, o los encerraban o los mataban.

»Un día fui a sacarme el carné de identidad. Era invierno y todavía llevaba luto por mi madre. Cuando el policía detrás de la ventanilla me preguntó: “¿Estado civil, señora?”, me sorprendí a mí misma respondiendo: “Viuda.” Lo miré como si pudiera adivinar mi mentira, pero a él le traía sin cuidado. ¿Por qué no iba a creérselo? España había quedado llena de viudas. Se limitó a escribirlo sin siquiera exigir ningún documento que lo acreditase.

»Entre ser una mujer abandonada o una viuda, prefería la segunda

opción. Al menos no me resultaba tan dolorosa. Al fin y al cabo, hacía tiempo que mi corazón había decretado la muerte de Biel. Si lo pienso bien, nuestro matrimonio estaba sentenciado desde mucho antes. La guerra solo lo remató.

—¿Y no le dirás a mamá que su padre está vivo? A lo mejor quiere visitarlo...

—Tengo que pensarlo... Me quedan pocos años de vida, tal vez solo unos meses. Nadie pasa de viejo, y lo último que querría en el mundo es pasar ese tiempo enemistada con mi hija.

—¡Pero debe saberlo, yaya! Y tiene derecho a escuchar de tus labios los motivos que tuviste para ocultárselo. Te quiere mucho, seguro que acabará por entenderlo.

—Necesito tiempo para aceptar todo esto, Alis. Ahora déjame respirar.

—De acuerdo, haremos una cosa, yaya. Este es el número de teléfono de tu marido. —Se lo dejó sobre la mesa, tal como había hecho con Baptiste—. Habla con él y entre los dos decidid si le decís a vuestra hija la verdad.

—Eres igual que tu abuelo... Siempre tenéis que saliros con la vuestra caiga quien caiga.

Por primera vez, Alicia unió en su imaginario a Biel y a Baptiste como una única persona. Entonces, abrazó a su abuela con ternura y depositó un beso en su frente antes de salir del piso.

Esta vez Ágata no la rechazó, y le devolvió el beso con un «cuídate, cariño».

A pesar del cambio de actitud de su abuela, la joven bajaba la escalera llena de tristeza. También su idilio con Julien terminaría cuando, dentro de tres semanas, ambos viajaran a Grecia y allí se enterase de que eran primos.

Una vez a solas, Ágata suspiró con resignación. Debía admitir que no se lo había contado todo a su nieta. «Ni falta que le hace saberlo a nadie», pensó. Aunque miraba con nostalgia la fotografía de su boda, quien de verdad había compartido su vida y la había ayudado a superar los primeros años de soledad había sido Juan García, el amigo de siempre.

La última carta que había recibido de Biel no había sido nada fácil de

digerir. Ya completamente sola en el mundo, solo tenía a Gloria, había esperado con ansiedad que Biel las enviase a buscar de nuevo. Entonces, con su padre ya muerto y la niña mayor, habría tenido el valor de hacerlo.

Que él hubiera rehecho su vida con otra mujer ponía punto final a su historia.

La semana que siguió a aquella carta definitiva, Ágata sufrió unas fiebres que la tuvieron postrada en el lecho. Hasta que un día soleado de primavera se levantó decidida a inventarse una vida sin él, a vivir solo para su hija y hacer lo que fuera necesario por su bienestar.

Durante su convalecencia, Rosario, la mujer de Juan, no solo se ocupó de ella, sino que también ayudó a Gloria, que trabajaba en el puesto los días en que por la enfermedad de su madre había faltado al colegio.

Poco antes de que ella volviera al mercado, Juan García se presentó en su casa y se le sentó delante.

—¿Qué te ocurre, Ágata?

—Te diré un secreto si me juras que no se lo dirás ni a tu mujer, Juan.

—Sabes de sobra que siempre haré lo que me ordenes. Prometí a Biel que os cuidaría.

—¡No me hables de él! —Quería pensar en Biel como si se tratase de un desaparecido de guerra—. He recibido carta suya. Dice que lo olvide, que allí tiene a otra. Por mí ya se puede morir.

—¿Qué le dirás a Gloria?

—Tenía dos añitos cuando él se fue... No recordaría su cara si no fuera por las fotografías. Dado que no piensa volver, es mejor no decirle nada y que vaya haciéndose a la idea de que ha muerto.

—No llores, por favor. Verte así me parte el corazón. —Cogiéndole las manos, se refirió a su hermano Arturo y a Biel al añadir—: Aprenderemos a vivir sin ellos.

—Tengo treinta y un años y la vida deshecha.

—Nos tenemos el uno al otro, Ágata.

Ella se turbó por la manera como Juan la miraba a los ojos mientras la abrazaba. Era como si el tiempo se hubiera detenido.

—Tú tienes a Rosario. Yo nunca podré rehacer mi vida.

Entonces él le dio el beso que había deseado darle desde que eran

adolescentes, mucho antes de que su amigo le robase a la mujer a la que amaba y a la que ahora había abandonado.

En aquel mismo lugar donde su nieta acababa de resucitar a su marido, ella y Juan habían iniciado lo que serían ocho años de amor clandestino. Hasta que en 1955 un hecho inesperado acabó con aquella relación de amantes.

Ella y Rosario habían salido a hacer las compras de Reyes. A lo largo de ocho años de matrimonio, la esposa de Juan se había convertido en una mujer enfermiza. Confiaba en que Dios resolviera sus problemas y no veía en la existencia ninguna otra función que ganarse el cielo. Incapaz de enfrentarse a su marido, sufría en todo momento de un «no sé qué» en su interior, según decía, que no la dejaba vivir.

—Sospecho que mi marido tiene una amante, Ágata —soltó aquel día en Can Jorba, como si fuera algo banal, mientras elegía una corbata—. Daría lo que fuese por gustarle como antes, pero me he vuelto invisible para él. ¿Tú qué me aconsejas que haga, amiga?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —respondió llena de remordimientos y con ganas de huir de allí—. ¡Eso debéis resolverlo juntos! Yo no puedo ayudarte.

Al cabo de tres horas agotadoras dando vueltas por los grandes almacenes, se sentaron a tomar un chocolate a la taza en la calle Xuclà. Ágata se vio obligada a retomar el tema de conversación.

—¿Por qué sospechas que Juan tiene una amante, Rosario?

—Lo intuí hace ya mucho. Un día en que mi Roberto estaba en el colegio y Juan y yo estábamos solos, intenté seducirlo para recuperar la intimidad, ya sabes... Él me miró fijamente y me quedé helada. Entonces entendí, Ágata, que le sobraba mi presencia. «¿Por qué me miras así?», le dije a punto de llorar. «Eres como una santa de yeso, siempre poniendo cara de sufrimiento», respondió. Daría lo que fuese por que mi marido me dijera que me quiere... Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que lo hizo.

Ágata habría querido no tener que oír nunca aquella confidencia. Sintió que se ahogaba en aquella chocolatería llena de gente y, por enésima vez, se repitió que su relación clandestina con Juan debía terminar.

Sea como fuere, el final no tardaría en producirse. Sucedería aquella

misma Nochevieja.

Gloria había cumplido los diecinueve y estaba invitada a la fiesta de una amiga. Roberto, que tenía siete, la acompañaba. También él era amigo del colegio del hijo de los anfitriones. Terminada la celebración, los dos se quedarían a dormir allí.

Siguiendo la costumbre de todos los años, esa noche Ágata debía cenar y tomar las uvas con el matrimonio García.

Para hacer los honores a las dos botellas de Codorníu que les había regalado el amigo policía de Juan y que habían desterrado la sidra de la mesa, Rosario se había vestido casi de gala. Llevaba un collar de perlas artificiales, herencia de su madre, y un anillo con piedrecitas rojas que ella juraba que eran rubíes.

—Eres una mujer que está de buen ver, Ágata —dijo de repente Rosario, que no se comportaba con la modestia habitual en ella y vaciaba su copa a largos sorbos y brindis continuos—. ¿Cómo es que no vuelves a casarte?

Tanto ella como Juan entendieron al instante que aquella mujer había descubierto su idilio.

—¡Deja de beber, Rosario! —le rogó él, muy sofocado—. Tanto champán no te sienta bien.

—Como siempre, tienes razón, Juan. He bebido demasiado. —Miraba con ojos vidriosos cómo subían las burbujitas tras golpear la copa con el dedo—. Déjame hacer un último brindis para pedir un deseo. No os molestaré más.

Juan se removió en la silla. Ágata no sabía adónde mirar cuando Rosario levantó la copa señalando ahora a uno, ahora al otro, y arrastrando las palabras dijo:

—Brindo por que se acaben las mentiras entre nosotros.

Solo ella dio un largo trago.

En aquel piso de la avenida Mistral, Ágata se sintió la mujer más miserable de la tierra. Muy decidida, se dirigió al recibidor. Entonces, Juan corrió tras ella y casi le ordenó:

—No te vayas, Ágata.

Mientras la ayudaba a ponerse el abrigo, vio que desde el otro extremo del pasillo Rosario contemplaba celosa cómo la arropaba con suavidad.

Al salir a la calle, Ágata había aprovechado el lento paseo por la calle Tamarit para decirle que su sueño había terminado. Habrían podido ser marido y mujer si hubiera hecho caso a su madre, o si Biel no hubiera ido a trabajar al puesto de sus tíos, pero no era eso lo que el destino había querido para ellos.

La semana siguiente a que Alicia la hiciera partícipe de su descubrimiento, sonó el teléfono en el piso de Ágata mientras la mujer echaba una cabezadita.

Sobresaltada, las pulsaciones se le aceleraron al oír por el aparato la voz de su marido al cabo de sesenta y ocho años.

Sin saber todavía qué sentir ni qué pensar, escuchó aquella voz, más vieja y cansada pero con la misma cadencia y matices con que en otro tiempo le había dicho palabras de amor.

El auricular le pesaba en la mano como si de repente se hubiera vuelto de plomo. Sintió un mareo y reclinó la cabeza en el sillón.

—Me alegra saber que sigues vivo, Biel —dijo finalmente.

Un silencio largo y significativo precedió a las palabras del viejo exiliado:

—He conocido a nuestra nieta, Ágata.

Ella habría querido seguir la conversación, pero las palabras se le atascaron en la garganta, ahogadas por lágrimas de emoción.

Colgó el auricular con suavidad.

Por unos instantes se había sentido como si volviera a tener veintidós años. Se vio a su lado, en la cama de matrimonio donde se habían amado y donde ella le había prometido, un lejano diciembre del treinta y ocho, que iría a reunirse con él a Figueras para huir a Francia.

Acto seguido miró hacia la ventana que daba a la terraza. Había llovido y por el alféizar se deslizaba un caracol.

Sonrió al recordar a aquel niño malcarado que había llegado de El Prat para vivir con unos tíos y que aplastaba caracoles. Añoró aquellos días en que jugaba con sus amigos, Juan, Arturo y Biel, en el patio del mercado.

A sus noventa años, decidió que debía terminar lo empezado antes de morir, irse de este mundo sin asuntos pendientes.

Tras reclinarse en el sillón y entornar los ojos, se dio cuenta de que ya no le quedaban fuerzas para albergar en su corazón otra guerra, siquiera fuese de puertas adentro.

Dejaría que Gloria siguiera honrando a un padre al que creía muerto y, si acaso, que el futuro lo resolviese.

Absorta en tales pensamientos, el teléfono volvió a sonar. No lo descolgó.

Y él lo entendió.

TERCERA PARTE

Como una pareja de enamorados, Alicia y Julien habían destinado su primer día de estancia en Grecia a vagar por las calles de la capital. Los dos habían estado antes en Atenas, y en lugar de visitar la arquitectura de los clásicos, prefirieron perderse entre jardines y tabernas.

A ráfagas, Alicia tomaba conciencia de cómo Julien vería heridos sus sentimientos en aquel viaje que cada uno emprendía con expectativas muy diferentes.

Entonces, el sentido común le ordenaba: «Díselo ya.» Sin embargo, pese a las buenas intenciones, se respondía a sí misma: «Ya lo haré. Hay tiempo.»

Habían llegado a Atenas en vuelos separados. Él lo había hecho desde París y ella desde Barcelona.

Mientras preparaba la maleta en casa, la joven había tenido la tentación de llamarlo y contárselo todo antes de volar, pero se trataba de algo lo bastante trascendental para hacerlo cara a cara. Durante los seis días que pasarían juntos ya encontraría el momento idóneo para hablarlo con calma.

También había albergado la esperanza de que, cuando la besara, notase algo en ella que le impidiera continuar. Pero en vez de eso, apenas verla esperándola en el aeropuerto de Atenas, el corazón se le había desbocado lleno de alegría.

Estaba enamorada hasta los tuétanos.

Para el segundo día de estancia, Julien había preparado una excursión a Delfos a fin de visitar el oráculo de Apolo. Dentro del programa de viajes que estaba preparando para la temporada, el joven había decidido ofrecerlo a sus clientes.

Habían salido de buena mañana del hotel y, para dirigirse allí, habían

alquilado un coche. Mientras él conducía, Alicia buscaba en su perfil algún rasgo característico que le resultase familiar, que le hiciera decir: «Ahora que lo sé, tiene cierto parecido con el abuelo de joven.» Sin embargo, nada en él le recordaba a Biel, y eso la complacía. Ni siquiera su abuelo tenía aquel hoyuelo en la barbilla.

—Estás muy callada, Alis. —Su mano derecha abandonó el volante y la apoyó en su pierna desnuda. Era un caluroso día de primavera y ella llevaba unos *shorts* vaqueros y una camiseta negra de manga corta—. Alucinarás cuando veas aquello.

—Si te soy sincera, Julien, ver ruinas no es mi debilidad, pero cualquier cosa que quieras explicarme será bienvenida.

Al cabo de tres horas de viaje llegaban a los restos del santuario enclavado en la falda del monte Parnaso y paseaban por la Vía Pítica cogidos de la cintura.

—¿Puedes imaginarte a los antiguos griegos caminando por donde ahora lo hacemos nosotros, Alis? Aquí venían a consultar a la sacerdotisa de la serpiente Pitón antes de declarar una guerra o cambiar una ley.

—No quiero ni imaginar la de estragos que debieron de hacerse siguiendo los vaticinios de una pitonisa colocada —dijo ella entre risas.

—Se lo pondremos fácil y preguntaremos al oráculo por nosotros dos. ¿Te parece? —le susurró mientras la oprimía contra sí—. Aún no puedo creerme que estemos aquí juntos, Alis.

—Ni te imaginas cómo me gustaría en estos momentos conocer el futuro. —En su semblante había asomado una sombra de preocupación.

—No necesitamos a ninguna adivina bajo efectos narcóticos. Hagamos tú y yo ahora nuestros planes, amor mío.

Justo entonces, ella consideró que había llegado el momento de contarle el secreto de familia que los unía, pero en vez de eso le acercó los labios para que se los besara.

Enamorados como nunca, avanzaron por el círculo de columnas truncadas del templo de Atenea, lo que quedaba del de Apolo y el fabuloso estadio olímpico, hasta que se hallaron ante el teatro. Allí les fue imposible continuar como si nada. Ambos se sentaron a contemplarlo en silencio.

La emoción erizaba el vello a Alicia, que solo con cerrar los ojos podía

imaginar los murmullos de los antiguos espectadores en las gradas. Se sentía como si una máquina del tiempo la hubiera transportado siglos atrás. Entonces, su conciencia le recordó de nuevo que tenía un cometido pendiente y, en un acto de valentía, dijo:

—Tengo que confesarte algo muy importante, Julien.

Él acababa de ponerse de pie y estaba absorto fotografiando los escenarios que incluiría en el catálogo digital.

—Este entorno es maravilloso, Alis —comentó satisfecho al volver a su lado.

—He de hablarte de una cosa importante, Julien —repitió.

—¡Uf! Me asusta el tono serio en que lo dices. —Hizo una mueca melodramática, como si fuera un actor de aquel teatro—. ¿Es algo de vida o muerte?

—Tanto como eso no —admitió con una sonrisa—, pero casi...

—¿Puede nublarnos este día tan espléndido?

—Podría.

—Entonces, ¡te lo prohíbo! —la atajó pegándola a él por la cintura—. Me he propuesto que dentro de unos años, cuando recordemos este primer viaje juntos, todo sea perfecto.

Aquella noche en el hotel, mientras se enfundaba un vestido corto de algodón blanco para cenar en casa de los amigos de Julien, Alicia decidió una vez más posponer el asunto.

Se perfumó los hombros y se puso un chal negro de hilo fino con rosetones calados.

Estaban invitados a cenar en casa de Kostas y Melina, el matrimonio griego amigo de Julien con quienes al día siguiente viajarían a Citera, una de las islas Jónicas.

Mientras Kostas describía a Julien la ubicación del restaurante que estaba a punto de adquirir y este, a su vez, lo hacía partícipe del *tour* que tenía pensado, Alicia ayudaba a Melina a sacar a la mesa la comida.

Las dos parejas estaban solas. Los hijos del matrimonio, dos proyectos de belleza helénica de siete y cinco años, habían ido a dormir a casa de sus primos.

Alicia dejó los dos boles de *tzatziki* sobre el mantel de la mesa dispuesta

en la terraza y se quedó contemplando la Acrópolis iluminada en la lejanía.

Sentados en sendos sillones de mimbre, los dos amigos seguían conversando con entusiasmo. Ella tomó asiento en una tumbona libre a su lado y, cuando estaba a punto de llevarse a la boca una tostadita con la salsa de pepino y yogur, el amigo de Julien le preguntó, un tanto pagado de sí mismo:

—¿Te ha deslumbrado nuestra ciudad, Alis?

—Es bonita —respondió, dejando la pequeña rebanada sin probar sobre la servilleta que tenía en el regazo.

—¿Solo eso? —se sorprendió el anfitrión, acostumbrado a la admiración de los visitantes—. Es imposible decir que la Atenas histórica es simplemente «bonita».

Se sintió intimidada y, para salir del paso, intentó explicarse:

—Me ha producido la sensación de que es una ciudad engullida por otra. Por ejemplo..., me he dado cuenta, Kostas, de que los dioses griegos ya no forman parte de vuestras creencias.

—¡Y es natural que así sea! Tampoco en tu país seguís a las divinidades ancestrales de los iberos. Mitología e historia son cosas muy diferentes.

Ella habría querido dejar el tema, pero al parecer Kostas estaba interesado en que diera su opinión. Entonces, miró a Julien confiando en que la ayudara a escabullirse de la conversación, pero él y Melina estaban distraídos hablando de los platos que iban a cenar.

—Pues, bueno..., digamos que sin las divinidades del Olimpo, tu país no sería el que es.

—Grecia es ortodoxa —se molestó él—. Nosotros rezamos a un solo Dios. Los dioses olímpicos quedaron enterrados dentro de los monumentos muchos siglos atrás.

—¿Queréis explicarme a qué viene que ahora hablemos de todo eso, amigos? —se quejó Julien como si fuera un niño hambriento—. ¡Me muero de ganas de probar estos platos exquisitos que tengo delante!

Melina se mostró de acuerdo y rió a su marido con la mirada por la absurda tensión que había provocado al iniciar aquella discusión. Acto seguido, intentó redirigir la velada con voz cálida:

—Mañana, cuando aterricemos en Kythira, donde nacimos Kostas y yo,

verás una Grecia diferente, Alis. No sé si allí hubo dioses o no, como dicen — comentó, aludiendo a la creencia de que Afrodita había nacido en sus costas —, pero estoy convencida de que quien creó el universo decidió que nuestra isla fuera tan bella como el paraíso.

Alicia asintió con la cabeza y, finalmente, se llevó a la boca el pan untado de *tzatziki*. Acto seguido, paladeó con los ojos cerrados un sorbo de vino blanco.

A la tercera copa, Alicia estaba decidida a complacer a Julien y no decir nada, con el fin de que rememorasen juntos aquel viaje en un futuro. «Si es que el pasado de los demás no nos hace la pascua», se dijo con un suspiro.

Sin embargo, a la una de la madrugada, mientras el agua de la ducha resbalaba por su cuerpo en el hotel, se sintió enfadada consigo misma.

No era su costumbre iniciar discusiones. Le molestaba que Kostas la hubiera tratado casi como a una ignorante.

Tras poner el tapón a la bañera, decidió que lo mejor sería relajarse con un baño durante un buen rato. Luego dejó caer un largo hilo de gel bajo el grifo y el agua se convirtió en miles de burbujas transparentes que flotaban sobre el esmalte blanco.

Anticipando el placer, se sumergió y jugó con la espuma sobre su cuerpo.

«Quién sabe, quizás habría sido mejor contarle a Julien el secreto antes del viaje», se dijo sin demasiada convicción.

De hecho, sabía que cada minuto que pasaba suponía un paso más hacia un posible final de su relación. Concluyó que era precisamente eso lo que realmente la incomodaba. No encontraba la manera de afrontar aquella maldita cuestión.

—Disculpa a mi amigo, Alis. —Al abrir los ojos, vio que Julien le hablaba sentado en el borde de la bañera—. Conozco la pasión de Kostas por su ciudad. ¿Sabías que Melina es arqueóloga? Cuando estudiaba, hizo algunas estancias en Ampurias y Mérida.

—Ahora entiendo que hable un castellano tan fluido y que entienda el catalán.

—No me gustaría que te llevaras una impresión equivocada de ellos. Ambos son como hermanos para mí.

—Melina me ha caído muy bien, pero Kostas... no tanto. ¿Hace mucho

que lo conoces?

—Más de diez años. Cuando estudiábamos en París y compartíamos piso con otros. Kostas era, con diferencia, el más generoso de todos a la hora de ayudar a quien lo necesitara. —Le guiñó un ojo al añadir—: Seguro que en este momento Melina lo está riñendo por su comportamiento.

Julien había empezado a enjabonarla suavemente y jugueteaba con sus pezones. Cuando su mano se deslizaba ya más abajo del ombligo, también él se metió en el agua.

—¿Qué es eso tan importante que querías decirme en Delfos? —le susurró en la nuca, al tiempo que sus labios le recorrían los hombros y sus dedos le acariciaban el sexo.

—Que te quiero —dijo ella suspirando y llena de deseo.

Entre Kapsali, en el extremo sur de Citera donde estaban ellos, y el punto más septentrional, Platia Ammos, apenas había cuarenta kilómetros. Suficiente espacio para acoger a los casi cuatro mil habitantes que tenía la isla.

Los vientos habían convertido aquellas costas en acantilados rocosos con bahías profundas de aguas turquesa. Desde la colina que albergaba el castillo de Chora se divisaban al mismo tiempo tres mares: el Egeo, el Jónico y el de Creta.

La bahía donde residían los padres de Melina era un collar de casas blancas con puertas y ventanas azules que ribeteaban una playa de aguas transparentes.

Los suegros de Kostas habían ampliado la casa para convertirla en hotel. Toda la familia trabajaba allí. Por la mañana todos salían de sus habitaciones como si fuesen turistas.

Por su parte, el marido de Melina se desvivía en atenciones hacia Alicia para hacerle olvidar aquella breve discusión durante la cena en su casa de Atenas.

Tal como le había advertido Julien, cuando Kostas desplegó su encanto, ella no pudo hacer otra cosa que rendirse a aquel griego de rizado cabello negro carbón, que era todo un temperamento.

Igual que la mañana anterior, Alicia se había levantado temprano. Sentada en la terraza de su habitación con una manta sobre los hombros para protegerse de la virazón, esperaba a que el sol emergiera del mar y pintase de amarillos y anaranjados el espejo turquesa que se extendía ante ella.

Julien salió con los ojos soñolientos y se dejó caer en la otra tumbona.

—Hoy tendremos el día para nosotros solos, muchacha madrugadora. El

hermano de Melina nos deja el coche. Quiero perderme contigo por una de esas calas tan paradisíacas que vimos ayer. ¿Qué te parece la de Likodimou?

«Será el lugar más perfecto y triste para poner fin a mi cuento de hadas», se dijo ella.

Hasta entonces, a Alicia le había resultado fácil abandonarse en aquel paraíso a manos del placer y someter la voluntad a los sentimientos, pero al día siguiente se iban de la isla y estaba convencida de que su idilio tenía las horas contadas.

Tendió la mano hacia la otra tumbona y él se la cogió. En ese momento el sol emergía del mar y Alicia se prometió que antes de que cayera la noche le contaría a Julien toda la verdad.

Cuando aquel mismo sol estaba a punto de ponerse frente a la playa solitaria de arena y guijarros, los dos amantes se hallaban dentro del agua.

—Sabes a ola, amor mío. Kythira será nuestra isla.

Alicia rodeaba con las piernas la cintura de Julien, al tiempo que su cuerpo flotaba más allá de sí misma y lo sentía a él excitado en su interior. En el horizonte, el sol se ponía a modo de telón de un drama que no había hecho sino empezar.

Mientras se secaban, ella le contó de un tirón el secreto que había guardado tanto tiempo.

Julien se quedó sentado en la toalla, con un semblante serio como Alicia no le había conocido hasta entonces. Se mantenía distante, con la mirada perdida en el suelo.

Finalmente, se levantó y, sin esperarla, caminó silencioso hacia donde habían aparcado el coche. Ella lo siguió, jadeando por el camino hasta llegar arriba, a la explanada del risco.

—Lamento habértelo ocultado hasta hoy, Julien —se disculpó al sentarse dentro del vehículo—. No sabía por dónde empezar... Yo misma me siento muy confusa ante esta coincidencia.

—Debo meditar sobre la situación para hacerme a la idea, Alis. —Había arrancado el motor y maniobraba con el volante para salir de allí—. Será mejor que, después de despedirnos mañana, no volvamos a vernos durante

un tiempo.

—Pase lo que pase, Julien, me gusta que te hayas colado en mi vida.

—Desearía sentir lo mismo que tú, pero en este momento no sé qué decir.

«Yo no soy la responsable», se dijo ella.

Los padres de Melina habían preparado una fiesta de despedida esa noche y todos los parientes y vecinos estaban allí. A Alicia y Julien no les quedó otro remedio que disimular su tristeza.

La música de timbales, flautas y violines dio comienzo al *tsámiko* y los hombres empezaron a bailar. Alicia contempló cómo Melina miraba embelesada a su marido, que hacía cabriolas casi acrobáticas en un extremo de la hilera.

También ella habría deseado aquella felicidad próxima que parecía tan fácil y que, al mismo tiempo, sentía tan inalcanzable.

Acabada la danza, se apartó hacia la oscuridad en busca de calma. Se sentó en un banco de piedra, la playa estaba muy cerca. Había cerrado los ojos para evadirse de todo, cuando una voz a su lado la sacó de su silencio.

—Me gusta vivir en Atenas, pero mi corazón está en Kapsali. Siempre que vengo, subo a contemplar la isla desde las colinas.

Alicia se volvió a mirar a aquella mujer rubia de cutis blanco que no se permitía ni un ápice de estridencia en la voz.

—Querría ser como tú, Melina. Se te ve tan serena y feliz...

—¿Y tú no lo eres, Alis?

—Lo sería si el destino no me hiciera la puñeta y mi vida se deslizase sin tropiezos.

—Eso es imposible. Nadie tiene esa fluidez a la que aspiras. La vida es como el mar, amiga mía, olas que van y vienen con diversa intensidad.

Forzó una sonrisa y Melina le rodeó la cintura con el brazo. No le preguntó por qué estaba triste. Solo quería estar cerca de ella para hacerle más llevadera la soledad que, intuía, roía a su invitada.

Concluida la fiesta, después de medianoche, Julien tardó dos largas horas en volver a la habitación.

Ella no se había atrevido a ocupar la cama y estaba tendida en una tumbona en la terraza. La luna trazaba sobre el mar una franja plateada y rizada que separaba el agua en dos mitades.

Al no verla dentro, Julien salió a sentarse a su lado. Encendió un cigarrillo y se lo pasó. Después se encendió otro para él.

—¿Has leído en el periódico las tensiones que hay en el Líbano? —le preguntó Alicia para entablar una conversación alejada de su intimidad—. Dicen que se prepara una nueva guerra entre Israel y Hezbolá. Me entristece pensar en cuántas familias quedarán destrozadas.

—Se diría que la paz es un imposible entre los humanos.

Dicho lo cual, entre ellos se instaló un silencio hiriente. Incluso el sonido de su respiración luchaba por no descubrir las voces del corazón, obligadas a callar.

—Ven a dormir dentro, Alis. —La voz de Julien le sonó como un bálsamo—. Aquí fuera cogerás frío.

Lo había dicho desde el umbral de la puerta del balcón, y ella lo siguió.

Se desnudaron en la penumbra, cada cual en su lado de la cama para que los cuerpos, al quedarse desnudos, no dijese lo que los corazones deseaban y callaban.

Dentro de la habitación, detrás de los balcones abiertos, la cortina ondeaba con indolencia.

—No somos enemigos, Alis, pero necesito tiempo para digerir tanta novedad. Tú hace muchos días que sabes lo que me has contado hoy.

—Entiendo que ahora me veas distinta, pero... para mí nada ha cambiado, Julien. Te quiero igual que ayer.

Alicia le dio un beso suave en los labios y se volvió de espaldas.

Él la abrazó por la cintura, como habían hecho todas las demás noches, y aspiró el perfume que se desprendía de su nuca a fin de conservarlo en la memoria el tiempo suficiente para no olvidarla.

Al cabo de unas horas, cuando el avión aceleraba por la pista de asfalto,

Alicia rememoró cada rato de amor vivido aquellos días.

La isla se empequeñecía allá abajo y él había abierto un libro.

—¿Qué estás leyendo, Julien?

—*Un viaje a Citerea*, de Baudelaire. La Kythira que estamos dejando.

Contempló el perfil armonioso de aquella muchacha amada, que miraba por la ventanilla con una lágrima deslizándose por su mejilla.

Acto seguido, recitó en voz susurrante:

¡Isla de dulces secretos y de fiestas del corazón!

De la antigua Venus el soberbio fantasma,

más allá de tus mares flota como un aroma,

y colma los espíritus de amor y languidez.

Alicia escuchó los versos con los ojos cerrados.

Al abrirlos de nuevo, ya sobrevolaban las nubes.

Era a principios de junio y en la Alta Normandía los días empezaban a tener color de verano.

Julien se había presentado dos días atrás en casa de Baptiste, furioso con él por haberle ocultado que Alicia era su nieta española.

Para el anciano, la visita de su nieto no había supuesto ninguna sorpresa. La esperaba.

—Me siento engañado, abuelo. Me habría gustado saberlo antes de hacer el viaje a Grecia.

—Eso ya no tiene remedio, Julien —repuso con aplomo—, pero ahora debes olvidar la relación que tienes con esa muchacha.

—Lo veo difícil, porque estoy enamorado de ella, querido republicano —le espetó con mala baba—. Los primos se hacen desde pequeños, no empiezan a serlo a los treinta. A lo largo de toda tu vida has ocultado que tenías una familia en España. ¿Por qué ahora te preocupa tanto?

—Julien..., ni tú ni Alicia tenéis idea de lo que puede hacer añicos una guerra. Una frontera se convierte de repente en un muro que te separa de los tuyos, tal vez para siempre. A mí esa puerta se me cerró en febrero del treinta y nueve, justo cuando abrieron la aduana para permitirnos pasar. Cuando el Gobierno francés reconoció a Franco como a gobernante legítimo, yo estaba en el campo de Argelès pasando frío y hambre junto con ochenta mil refugiados más, todos convertidos de repente en unos sin papeles.

—Nunca me habías hablado de Argelès... ¡Ni siquiera sabía que habías estado allí!

—¿Y qué creías, pues, que vine aquí como turista y me tropecé con la Segunda Guerra Mundial por casualidad? En pocos días entramos en Francia medio millón de refugiados. El Gobierno francés no se esperaba ni de lejos ese aluvión de gente y, temerosos de no poder controlarnos, nos encerraron

tras alambradas para que no campásemos a nuestras anchas.

—Yo he visto fotografías donde salen barracones —dijo Julien tratando de mitigar su enojo.

—Eso fue meses más tarde. La primera noche que pasamos en la playa, todos creíamos que sería tan solo para hacer un alto en el camino. Sin embargo, al tercer día aquella chabola cubierta con una chapa de camión que habíamos construido entre Arturo y yo se convirtió en mi único hogar en la tierra prometida.

—¿Y no te hacía sufrir que tu mujer y tu hija estuvieran solas en España?

—Al principio sí... —Aquellas referencias a su familia lo incomodaban, de manera que prosiguió en tono seco—: Poco a poco dejé de pensar en ellas. Confiaba en que mi padre las ayudaría. Yo ya tenía bastante trabajo con sobrevivir cada día.

—Así y todo, me cuesta digerir que abandonases tan fácilmente a tu familia. ¡Yo no lo habría hecho!

—¿Fácilmente? No sabes lo que dices, Julien... La vida no son solo distancias cortas. Parece que no quieras entender que no me encontraba allí por gusto. Era cuestión de vida o muerte. Acampados al lado tenía a unos amigos: Manuel y su familia. Cuando veía a Marieta desesperada por alimentar a sus hijos, me sentía aliviado de que Gloria y Ágata no compartiesen aquel calvario conmigo. Tú no sabes lo que es pasar hambre y sed de verdad, muchacho. Dormido, soñaba con que comía y bebía. Y despierto, seguía soñándolo.

Julien lo escuchaba con hosquedad, debatiéndose entre el respeto por los sufrimientos pasados y la decepción del presente.

—De un día para otro se había improvisado sobre la arena una ciudad hecha de cañas y harapos —comentó el hombre con tristeza—. Un campo de miseria y muerte. A ninguno nos pasaba por alto que el tránsito de camillas que recogían difuntos aumentaba día a día.

—Tal vez esos compatriotas tuyos ya habían llegado heridos o enfermos. ¡No hay que echar la culpa a mi país!

—Tu país es el mío, jovencito. No lo olvides —lo recriminó con disgusto por su observación—. Lo cierto es que la enfermedad puede tardar segundos en elegirte como víctima, Julien. Hasta que no trajeron el agua en

camiones cisterna, la extraíamos con unas bombas de agua hincadas en el suelo. Todos sabíamos que la disentería nos venía de aquellas fuentes, pero no teníamos otra cosa. Esperábamos con botes y cubos nuestro turno para llevarnos aquella agua que manaba mezclada con meados y excrementos.

—¿Cómo podían sobrevivir ochenta mil personas en un campamento de playa?

—Al principio aquello era el caos. Toda la intendencia se improvisaba. Cuando instalaron las primeras letrinas, que no eran otra cosa que unas tablas de madera apoyadas en bidones, fue todo un lujo. Como puedes imaginar, aquel no era el mejor sitio al que un hombre deseara llevar a su mujer y a su hija.

Julien, que no parecía convencido, insistió:

—Si estabas solo, ¿cómo es que no intentaste escapar de allí?

—¡Por supuesto que lo intenté! ¿O qué creías? —recordó con amarga expresión—. Una mañana desperté agarrotado por el frío y me costaba estirar las piernas. Tras haber sobrevivido a las batallas de Teruel y del Ebro, no estaba dispuesto a morir encerrado como si fuera ganado. Cavé bajo la alambrada y, cuando ya tenía medio cuerpo fuera, un relincho me hizo levantar la vista. Un senegalés montado a caballo reía al tiempo que acariciaba el sable. «Soy un hombre libre, negrazo de mierda», lo desafié. Y me asestó un golpe en la cabeza con la hoja plana del arma. Empezó a brotarme sangre de la frente. No era un corte profundo, pero sí un buen arañazo.

—Al menos debieron de llevarte a la enfermería.

—Me metieron directamente en el campo de castigo. Estaba dentro de la misma playa, un cercado dentro del cercado. Alambre por todas partes. Tuve que dar vueltas, atado de manos, alrededor de un palo como si fuera un burro de noria, vigilado en todo momento para que no me detuviera. El sol me daba de lleno y no podía comer ni beber. Mi amigo, Arturo, pasó la noche al raso, envuelto en una manta, para acompañarme. De madrugada se sumaron Manuel y un grupo de hombres que no me quitaban ojo.

—Debo reconocer que has sido un hombre muy fuerte, abuelo. Todavía lo eres.

—De poco me habría servido la fortaleza sin la camaradería de los

demás. Mi suerte fue que días antes, en aquel cuadrilátero, un desgraciado no había podido soportarlo. A raíz de aquello, un grupo de refugiados se habían rebelado para que nadie más muriese de esa manera. — Emocionado, nombró con voz entrecortada—: Entre ellos estaba Eloy Pérez.

—Por el apellido... ¿Te refieres al padre de monsieur Daniel?

—Sí, el mismo.

—Pero él me ha contado que en Argelès tanto él como su madre vivieron en barracones.

—Cuando pasó lo que te relato, Daniel y Silvia aún no estaban en Argelès con Eloy. Los tres habían entrado juntos en Francia por Le Boulou. Al Gobierno francés le preocupaba mucho que el país se les contagiara del comunismo y, en aquel punto fronterizo, los gendarmes separaron a las familias. Eloy estuvo meses sin saber qué había sido de su mujer y su hijo.

—¿Y cómo te sacaron de allí aquellos hombres?

—Caí reventado en la arena y el guardia se vio obligado a entregarme para que me llevaran a la enfermería. El sol del amanecer es la última imagen que recuerdo antes de desmayarme. Y lo recuerdo bien porque estaba convencido de que era mi fin.

»Cuando recuperé el conocimiento, ya estaba en la tienda hospital. Manuel y Eloy me sostenían por las axilas. Tirados por el suelo, los enfermos de tifus deliraban entre escalofríos. “¿Dónde están los medicamentos para esta gente?”, oí que exigía Eloy. “Solo tenemos aspirinas. Si sabes convertirlas en antibióticos, la especie humana te deberá la vida”, respondió enfadado el médico, que no daba abasto. “Dejadlo con los de la izquierda”, añadió. Yo no tenía fuerzas para negarme.

»Arturo preguntó muy preocupado: “¿Se recuperará, doctor?” “Lo dudo, muchacho”, admitió él, señalando a los enfermos amontonados en aquella parte. “Ninguno de estos durará ni dos semanas.”

»Entonces, de repente reconocí la voz del médico peruano y le dije con el hilo de voz que me quedaba: “No tengo el tifus, doctor. Usted me conoce. En Mora la Nueva lo ayudé llevándome un camión cargado de heridos.”

—¿Y se acordaba?

—¡Por suerte para mí, sí! Me miró con atención e indicó que me cambiasen de sitio. Al cabo de tres días me restablecí del agotamiento y la

deshidratación. Arturo me esperaba fuera, lo más cerca de mí que le habían permitido estar. No se había movido de allí desde que me habían dejado.

—¿Cuánto tiempo llevabas allí..., en Argelès, quiero decir?

—Dos meses. Hacía tiempo que había dejado de calcular el paso de los días, pero sé que estábamos en abril porque al despertar dentro de mi cuchitril al día siguiente, oí por los altavoces a una mujer que, desvirtuada su voz por el viento, cantaba: «*Soldados, la patria nos llama a la lid. Juremos por ella vencer o morir.*»

»Creí que deliraba y que volvía a estar en alguna trinchera del frente. Me hallaba solo dentro de la conejera. Lleno de curiosidad, me arrastré al exterior. Una multitud emocionada había olvidado por un momento su condición de perdedores y, de pie, coreaba el himno de Riego. Era el catorce de abril, el día de la República. Todos hablábamos de ella como si fuera una exiliada más. Sin embargo, lamentablemente, aquel fue un día muy triste.

—Te habías salvado. ¡Eso ya era muy importante!

—Todavía muy débil, entré en la chabola de mis amigos. Marieta lloraba a solas mientras rehacía el colchón. Antes de mi castigo, yo mismo la había ayudado a deshacerlo para hervir la lana. No había manera de eliminar los piojos. Admiraba cómo aquella mujer se esforzaba por mantener bajo control la miseria que les quedaba.

»Al verme entrar, se abrazó a mí. “¡Qué feliz me hace verte, amigo mío! Al menos, tú has sobrevivido.” Ante mi cara de extrañeza, añadió entre sollozos: “Mi padre murió ayer de neumonía, Biel.” Me quedé sin habla. El viejo Lucio fue la primera muerte del grupo.

Baptiste se dirigió a la cocina para beber un vaso de agua. Acto seguido, salió al huerto de detrás de la casa, como si ya no tuviera nada más que decir.

Al ver que Julien lo seguía, cogió el azadón y fue hacia las tomateras.

—No sabía que te llamasen Biel, abuelo... Aquí siempre te hemos conocido como Baptiste.

—Mi nombre de pila completo es Biel Bautista, hijo. En España todos me llamaban por el primero.

—Lamento haberte exigido explicaciones, abuelo. No soy quién para cuestionar lo que hayas hecho ni tus motivos.

—Soy yo quien se ha mentido a sí mismo al creer que los recuerdos desaparecen solo con negarlos. —Apoyado en la herramienta, miró al frente cómo declinaba el día—. Nos quedaba el Canigó. —Baptiste rememoró con tenue sonrisa—: Desde la arena, todos los atardeceres contemplábamos cómo el sol enrojecía la blancura de su cumbre. Aquella montaña era nuestro norte, Julien, nuestra fuente de energía.

Aliviado por las confesiones y recuerdos liberados, Baptiste durmió plácidamente toda la noche. Julien, en cambio, estuvo desvelado hasta que ya de madrugada logró conciliar el sueño.

Cuando se levantó, a mediodía, su abuelo estaba en la cocina preparando la comida.

—¿Teníais dinero en Argelès? —preguntó el muchacho, retomando el tema como si la noche solo hubiera servido de intermedio.

—Algunos recibían pequeños giros desde casa, como Arturo. Otros tenían amigos o familia fuera del campo que los proveían de francos. Yo era de los que no tenían nada.

—Entonces..., no entiendo que los que tenían parientes o conocidos aquí en Francia no vivieran con ellos... Habría sido más fácil alimentarlos.

—Para eso, antes tenían que demostrar que podían mantenerlos. Muchas familias francesas se habían ofrecido a acoger a españoles, pero una cosa era lo que quería la población y otra lo que decidía el Gobierno.

—Y tú... ¿cómo te las arreglabas para sobrevivir?

—Teníamos el rancho francés. Pero fue sobre todo gracias a la ayuda de Arturo y Marieta. Cada uno a su manera fueron mis ángeles de la guarda. En situaciones tan extremas, Julien, es cuando descubres de qué pasta están hechos los corazones. —Baptiste ya veía venir un día lleno de interrogatorios como el anterior y prosiguió con calma—: No podíamos salir de la alambrada, pero los franceses sí que podían entrar a vendernos sus productos. Fue nuestro primer contacto con ellos.

—¡El comercio! Ni en situaciones de miseria deja de existir —observó Julien con ironía.

—También sirvió para que descubrieran que no todos éramos ladrones ni rojos peligrosos.

—El dinero siempre facilita las cosas.

—Había una oficina de correos propia, pero las colas eran larguísimas y el matasellos delataba la procedencia a la censura franquista. Por eso Arturo prefería ir a la estafeta de Argelès.

—¿Y cómo se las apañaba para salir?

—Se había ganado la confianza de un senegalés que lo dejaba escaparse al pueblo una vez por semana. Ese privilegio le costaba dos paquetes de tabaco por viaje, uno para el africano y otro para el gendarme, pero Arturo pagaba gustoso el soborno. Durante dos horas se sentía un hombre libre.

»Los tenderos del pueblo se habían acostumbrado a verlo. A veces, incluso añadían por su cuenta más comida a la que compraba. No puedes llegar a imaginar, Julien, cómo añoraba yo por entonces El Prat, el Borne y el mercado de San Antonio —dijo con un suspiro el anciano—. Cuando tenía mucha necesidad de fruta, cerraba los ojos y pensaba en aquellos lugares como en un paraíso perdido.

»Si venían los vendedores al campo, uno de nosotros se quedaba a vigilar que nadie entrase a robarnos a las chabolas, y el resto del grupo íbamos a contemplar los puestos.

—¡Cómo se puede robar la nada! —se admiró Julien.

—En la pobreza es precisamente cuando más valor tiene cualquier trasto. Las latas vacías iban muy buscadas, porque servían para fabricar lámparas de aceite y disponer de una tenue iluminación por la noche.

—¡No puedo creer que os robaseis entre vosotros, abuelo! —exclamó indignado.

—¡Por supuesto que no, borrico! Pero con la retirada también habían huido ladronzuelos y gente de baja estofa. Es la chusma la que hace negocios con la miseria.

»Recuerdo que Marieta llevaba atado a la cintura, bajo la falda, un saquito de tela. Dentro guardaba los cuatro perendengues de oro que tenía. Solo una medalla ya desató una pequeña tragedia que tuvo consecuencias nefastas —recordó con amargura—. Yo había salido con ellos aquel día. Hacía solo dos que había vuelto de la tienda hospital y no me atrevía a moverme solo de la conejera. Los hijos de Marieta salivaban mirando los puestos, y ella entregó la pequeña joya a su marido para que la vendiera en

el mercado negro. Sin embargo, Manuel se negó a hacerlo, alegando que se aprovecharían y les darían una miseria que no les daría ni para una comida decente. Marieta insistía en que si sus hijos no comían fruta se pondrían enfermos por falta de vitaminas. Pero Manuel dijo taxativo: “Seguiremos con el rancho que nos dan.”

»Yo no tenía nada que ofrecer. Mis conocimientos de campesino y de camionero allí no me servían para nada. Ese día, quien estuvo a punto de armar la gorda fue Montse. Supongo que se sentía tan inútil como yo, pero ella sí que creyó que tenía algo para vender.

—¿Como qué? —preguntó Julien con la taza de café en la mano.

—¿Y tú qué crees que puede vender una bonita chiquilla de catorce años? —replicó con enfado—. Algunos gendarmes se habían apuntado al mercado negro. A cambio de francos o productos, no les costaba conseguir joyas y sexo. El mismo día en que Manuel impidió que su mujer vendiera la medalla, por la noche los gritos de Marieta nos hicieron salir del cuchitril a Arturo y a mí. También nosotros nos estábamos peleando por otra cuestión, pero dejamos a un lado nuestras diferencias para ir a ver qué les pasaba a nuestros amigos.

»Mientras le daba de bofetadas a diestro y siniestro, Marieta gritaba a Montse: “¡No hemos venido aquí para que te hagas puta!” Su hermano, Pablo, las miraba enfurruñado. También él había hecho sus tentativas con los delincuentes del campo, y eso lo había llevado a descubrir cómo su hermana pactaba un precio con un macarra. A empujones, la había obligado a volver al lado de sus padres.

»Una vez que Manuel consiguió calmar a su mujer, salió fuera con Montse. Se sentó al lado de su hija y le rodeó los hombros con el brazo. Quería hacerle saber que no estaba enfadado con ella pese a aquella estupidez, y también que seguía siendo la niña de sus ojos.

»Arturo había vuelto a la conejera y yo no deseaba reanudar nuestra pelea. De manera que me quedé sentado junto a los dos para brindar apoyo a Manuel, que se esforzaba por que su hija comprendiera los motivos que había tenido su madre para reaccionar como lo había hecho. Manuel, que era un hombre de principios, quería convencerla de que toda su vida se vería obligada a elegir entre el bien y el mal, y que el camino más rápido no

siempre era el mejor.

»Cansado de insistir, le suplicó: “Entremos, hija. Hace mucha humedad y no conviene que nos resfriemos.” Con ganas de herirlo, ella respondió: “¿Acaso os preocupó eso en el caso del abuelo?”

»Manuel se sentía abatido. Cubrió los hombros de su hija con la manta rasposa por la arena y entró en la chabola.

—Pero ellos no eran culpables de la muerte del viejo.

—A mi amigo lo mortificaba no haber solicitado la repatriación. Eso habría significado el traslado temporal a un campo mejor, con comida y asistencia sanitaria. Su hija no cesaba de recordárselo a ambos.

—¿Y nadie os decía cuándo podríais salir del campo de concentración?
—quiso saber Julien, cautivado por aquella historia.

—Para poder salir solo nos ofrecían alistarnos en la Legión francesa y partir a África, o bien repatriarnos a España. Estábamos en abril y Franco había ganado la guerra. De manera que, para un rojo, el regreso a España resultaba muy peligroso, a no ser que tuvieras un aval fascista.

—Debía de ser una chica muy rebelde la tal Montse. ¡Solo tenía catorce años!

—Antes de juzgar, Julien, hay que ponerse en la piel del otro. Montse era una jovencita que veía cómo sus sueños de adolescente se perdían en la arena. Al cabo de una semana, el veintisiete de abril, iba a cumplir los quince. Ella no había hecho nada para merecer aquel infierno.

»Ocupé el lugar que había dejado Manuel y le dije: “Ten paciencia, Montse, saldremos de aquí. Es el precio que hemos de pagar por ser libres.” Pero a ella mis palabras no le servían de nada, y me soltó: “No somos libres, Biel, sino un montón de desgraciados que viven como animales, o peor. Nos tratan como si fuéramos unos apestados.” La chica tenía razón y no podía rebatírselo, de manera que, tras darle un beso en la frente, volví a mi conejera. Debía retener a Arturo, otro adolescente rebelde que con solo diecisiete años estaba empeñado en arriesgar la vida esa misma noche.

—Aún no me has contado qué era eso tan peligroso que pretendía tu amigo —le recordó Julien.

—Se había enterado de que iba a celebrarse una reunión clandestina organizada por los comunistas del campo y pensaba asistir haciéndose pasar

por uno de ellos.

»Lo amenacé en voz baja, a fin de que nadie nos oyera en el silencio nocturno, con que no lo dejaría salir ¡aunque tuviera que dejarlo inconsciente a fuerza de golpes! Estaba muy enfadado porque no encontraba la dinamo de bicicleta que le había conseguido Eloy. Yo la tenía escondida.

—¿Y para qué la quería si no tenía bicicleta?

—La necesitaba para hacer luz y no caminar a oscuras por la playa. Me tenía inmovilizado contra el suelo mientras me amenazaba con golpearme si no se la devolvía. «¡Deja de tratarme como si fuera un niño! Ya no soy la criatura que escuchaba y callaba cuando jugábamos en el mercado. ¡Aquellos tiempos han muerto, idiota!», me insultó. Eso me dolió, y le dije dónde estaba.

—Pero ¿qué te daba tanto miedo...? ¿Los vigilantes?

—A aquellas horas ningún guardia se aventuraba a entrar en el campo. Me daban miedo los comunistas, Julien. Si llegaban a descubrir que Arturo era un anarquista que los espiaba, lo pelarían. Tal como había ocurrido durante la guerra, los estalinistas tenían la sartén por el mango. Se estaban cargando impunemente a nuestros compañeros libertarios y del POUM. Cada día enviaban a unos cuantos al castillo de Colliure con falsas denuncias.

—¿Y qué quería averiguar en la reunión tu amigo?

—Cómo viajar a México. Desde que habíamos llegado a Argelès, Arturo estaba apuntado en las listas para embarcar. Pero todos los pasajes se los iban quedando los comunistas.

—¿Y tú no querías irte?

—No me atrevía a alejarme todavía más de Ágata.

»Volviendo a lo que te contaba, Arturo me apartó de delante y salió mientras yo lo miraba impotente. Vi que se paraba a hablar con Montse. La hija de nuestros amigos seguía allí sentada, contemplando el cielo estrellado que cubría aquella explanada miserable.

»Por unos segundos, temí que cometiera la imprudencia de seguirlo, pero Arturo se limitó a sentarse a su lado. Ella abrió la manta que la cubría para que también él se tapara y apoyó la cabeza en su hombro. Entonces besó aquellos labios que minutos antes yo había visto cortados por el sol y el

viento.

Baptiste interrumpió su relato para evocar a aquella jovencita que maldecía su suerte. El cabello, que su madre le había cortado para librarla de los piojos, ya le había crecido y lo llevaba por debajo de la oreja, ondulado por la humedad del mar y aclarado por el sol. En su rostro moreno destacaban los ojos claros, a ratos verdes y a ratos grises, según la luminosidad del cielo.

Devolviendo la atención a su nieto, concluyó:

—Lo más esperanzador de aquella miseria, Julien, fue ver cómo nacía el amor. Tal vez hizo falta que existiera Argelès para que Montse y Arturo se conociesen.

—¿Y qué pasó con la reunión de los comunistas?

—No lo sé. Esa noche Arturo se olvidó de ir.

Dos meses más tarde de los hechos que Baptiste había referido a su nieto, Argelès se cerraba oficialmente. Ya casi no quedaba nadie. El 30 de junio de 1939 se daba la orden de cribar la arena para poner fin a la leyenda de los tesoros enterrados. En el imaginario de los adolescentes locales, contagiados por los adultos, la playa de su pueblo estaba llena de oro enterrado por los exiliados.

Un mes antes Biel había despedido a sus amigos, a un tiempo entristecido y contento.

A media tarde había contemplado desde su parcela de arena cómo Marieta abandonaba el campo con dos de sus tres hijos. Montse cargaba con un fardo minúsculo que ya nada tenía que ver con el que habían arrastrado al principio de la retirada. Su madre caminaba a su lado con paso firme y Andresito cogido de la mano. Los tres se dirigían a la salida para no volver.

Abandonaba el lugar una mujer muy distinta de la que un día de enero del treinta y nueve había devuelto las llaves de la casa de Mataró al propietario. Ya entonces, con aquel gesto había excluido toda posibilidad de echarse atrás. Se había jurado que no se quedaría en la ciudad a ver cómo al padre de sus hijos se lo cargaban los traidores.

A lo largo de muchos días había debatido con su marido los pros y los contras de exponer a la familia a un agotador peregrinaje en pleno invierno, sin otro techo por las noches que las estrellas.

Enterrado allí cerca, en el campo expropiado a un campesino, quedaba Lucio. Mientras caminaba, Marieta lo recordaba en Mataró. Para su sorpresa, había sido él mismo quien había dado el toque de salida metiéndole prisas: «¡Hija, más vale que empieces a recoger! El tiempo corre en nuestra contra, los nacionales ya desfilan por Barcelona.»

Recibieron los primeros sustos apenas emprendido el viaje, cuando por la carretera de la costa les disparaban obuses desde los barcos. Habían tardado seis días en llegar a Figueras y el anciano no se había quejado ni una sola vez.

Viéndola alejarse con sus hijos, Biel se dijo que pronto tomarían una comida decente y dormirían en una cama de verdad. Era eso tan básico lo que más les envidiaba.

Sus amigos dejaban Argelès gracias a la humanidad de Claire, una campesina que un día se había fijado en Montse. Ella y su marido los esperaban fuera del campo con una camioneta para acompañarlos a Perpiñán, donde trabajarían y vivirían en la pensión de una hermana suya.

Horas antes Manuel, Arturo y Pablo también se habían marchado, a Colliure. Un campesino se los había llevado a sus viñas.

—Gracias por salvarme tantas veces la vida, Biel —se había emocionado Arturo al despedirse—. Me tranquiliza que Eloy se quede contigo.

—¡Anda, vete de una vez! Manuel y Pablo te están esperando.

La tarde anterior todos habían hecho un pacto de silencio. Jamás hablarían de lo que habían sufrido allí dentro a fin de que la denigración vivida no estropeará los años venideros.

Desde hacía semanas, un camión recorría la arena insistiendo por los altavoces en que Franco había perdonado a todo el mundo. Los gendarmes no dejaban de presionar a los miles de exiliados que aún quedaban para que volviesen a España.

El fantasma de una repatriación forzosa los atemorizaba a todos, pero pasar otro invierno allí encerrados era algo que ninguno de ellos podía siquiera imaginar.

Fue entonces cuando Arturo, que mantenía el contacto con los lugareños en sus salidas, planteó que debían hacer algo.

—Os darán permiso para ir a Argelès si pedís que os dejen ir a misa —dijo a Marieta.

—¿Y de qué nos serviría salir solo un par de horas?

—La gente de aquí cree que somos unos asesinos de curas porque los periódicos de la derecha les hinchán la cabeza. Y tienen que ver que no somos así.

—¡Cojones, Arturo, no pienso ir a rezar... ni loco! —rezongó Manuel.

—Tal vez tengamos suerte y nos den trabajo. Se acerca el tiempo de la vendimia y los campesinos necesitarán manos.

—No hace falta que vengas si no quieres, Manuel, pero yo haré cuanto haga falta por sacar a nuestros hijos de este infierno —le advirtió decidida Marieta—. ¡Mira cómo van! Parecen unos desharrapados.

—He oído decir que a los que van a misa también les dan ropa, papá —intervino Montse.

Arturo no andaba equivocado. Cuando el domingo pisaron Argelès por primera vez, Claire reconoció a la joven refugiada que días atrás le había rogado que se la llevase consigo.

—Por favor, ayúdeme a salir de aquí, madame. Trabajaré gratis. Solo necesito comer y un sitio para dormir.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó en el catalán rosellonés que había aprendido de sus abuelos.

—Acabo de cumplir dieciséis —mintió, sumándose uno.

—¿Eres huérfana?

—Tengo padres, dos hermanos y... un abuelo —respondió agachando la cabeza.

—No puedo llevarte conmigo, *ma petite* —dijo con tristeza mientras le ponía seis manzanas envueltas en papel de periódico como regalo.

—Solo somos cinco —rectificó, arrepentida de su mentira—. Aún no me he acostumbrado a descontar al abuelo. Murió el mes pasado. —Avergonzada por haber olvidado a Biel y Arturo, pidió—: Pero..., por favor, ¿puede darme otra? En mi grupo somos siete.

—Pobre gente —murmuró esta vez en francés, añadiendo la pieza de fruta que le pedía.

Al igual que otras mujeres del pueblo, Claire no era indiferente a lo que sucedía a la orilla del mar. Por más que, como todos, prohibiera a sus hijos acercarse al campo, el ansia de aventura y la curiosidad de los chiquillos hacía que, a hurtadillas, fuesen a mirar, exponiéndose a las broncas de los gendarmes y los senegaleses.

Para un pueblo de tres mil habitantes como Argelès, la llegada a su territorio de ochenta mil españoles había supuesto una invasión en toda

regla.

Después de que cerrasen la frontera, a lo largo de dos días habían visto pasar con temor a aquella agotada riada humana, todos cargados con fardos y herramientas.

Los lugareños recordaban con pánico la llegada de la primera oleada de españoles a finales de enero. Los kilómetros de playa aún se estaban cercando y los refugiados campaban libremente por los alrededores. Ateridos de frío frente al mar, impulsados por la necesidad de sobrevivir, habían pelado de ramas los árboles, arrancado cepas enteras y estropeado las viñas.

La gente de aquel pequeño pueblo rosellonés había sufrido las consecuencias de una multitud que no tenía nada con que calentarse.

Montse agachó la cabeza cuando, al salir de la iglesia, Claire le dio un franco. Era la primera moneda francesa que tenía en la mano.

Ya sin sus amigos, Biel salió del barracón al amanecer, cuando el sol cubría de matices rojizos el agua. Si bien en las últimas semanas miles de refugiados habían vuelto a España, el campamento no se había vaciado del todo.

Eloy y él se habían apuntado a las compañías de trabajo para ahorrarse la repatriación. Junto con una cincuentena de republicanos, ambos habían sido trasladados a barracones fuera del recinto. Aunque rodeadas de alambradas, aquellas construcciones de madera y techumbre alquitranada estaban al lado de sus vigilantes.

Su cometido consistía en la construcción de más barracones en la playa, ignorando quién los ocuparía, así como en el mantenimiento del campo. En primera línea de mar ahora habían levantado una barrera de alambre que impedía el acceso al agua.

A finales del verano ya habían construido más de un centenar y, a las puertas del otoño, el campo estaba lleno de judíos y gitanos. También se encontraban allí las mujeres y los niños españoles que al principio de la retirada habían enviado a refugios del norte. En Europa se respiraban aires de guerra y, con la invasión de Polonia por Hitler, ahora los devolvían al sur.

Todas las tardes, al finalizar el trabajo, Eloy vigilaba que su nota siguiera colgada en el tablón de anuncios improvisado a la entrada del campo, por si llegaba el caso de que alguien le diera noticias de Silvia y Daniel.

No sabía nada de su mujer ni de su hijo desde que los habían separado siete meses atrás.

Un día a Biel lo enviaron a reparar el techo de un barracón. Estaba en el campo de las mujeres que habían llegado a mediados de julio. La techumbre, aislada para la lluvia con revestimiento de alquitrán, convertía el interior en un horno.

Al asomar la cabeza, una mujer de cabello rizado y mirada felina le guiñó un ojo con total desvergüenza. Iba descalza, con la parte superior del vestido caída hasta la cintura y los firmes senos cubiertos solo por el sujetador. Al verlo entrar, ni siquiera esbozó el gesto de taparse.

Días más tarde, cuando Biel volvía con un compañero de instalar unos lavaderos de madera en el torrente de la Ribereta, al lado de la sección de las mujeres, volvió a verla. Era al atardecer y ella salía de un barracón a medio construir abrochándose el vestido.

Su compañero le dio un codazo, señalándola con un gesto de la cabeza.

—Esa te lo pondrá fácil, Biel. Es anarquista. Ya sabes..., practican el amor libre.

Él fingió que no le interesaba y, cargado con las herramientas de trabajo al hombro, siguió su camino.

En poco rato se pondría el sol. No soplaba la tramontana y el mar estaba en calma. Se sentó a contemplarlo y a Ahmed, el soldado marroquí que lo vigilaba, no pareció importarle que se detuviera. Lo hacía casi todos los días.

«¡Pobre diablo! —pensó Biel—. También él mira al horizonte con nostalgia. Debe de echar de menos a su morita.»

No iba desencaminado. Ahmed pensaba en su mujer y, sobre todo, no se quitaba de la cabeza a su hijo, que crecía en Marruecos educado por un tío, su hermano mayor, mientras él se lo perdía por tener que controlar a aquellos desgraciados.

Vigilante y vigilado eran dos soledades que por un rato viajaban lejos del cautiverio.

Biel se sentía más solo que nunca. Desde que se habían ido sus amigos,

la pasiva resignación en que había caído lo llevaba a refugiarse en el pasado como único tiempo real, ya que del futuro no esperaba nada. Con el regusto salobre que le enviaban las olas, Biel repasaba sus días de infancia. Cerraba los ojos y entonces imaginaba que no estaba en una playa de Francia, sino en la marina de su Llobregat. Fantaseaba con que en algún momento aparecería su tío Enrique y le diría: «Levántate, chaval. En casa te esperan.»

—¿En qué piensas? —preguntó de repente una voz de mujer a su espalda.

—En cualquier cosa que me pase por la cabeza —respondió, sorprendido de que la joven del barracón se encontrase allí—. A menudo pienso en mi familia. Tengo a mi mujer y a mi hija en España.

—La familia es un quebradero de cabeza que yo puedo ahorrarme —replicó la mujer con voz segura, mientras se sentaba a su lado y le ofrecía un cigarrillo—. Solo tenía a mis padres y los dos han muerto.

—Lo siento. ¿Los perdiste en algún bombardeo?

—Mi madre, por suerte para ella, murió poco antes de que estallase la guerra. Mi padre, cuando yo era pequeña. ¿Eres comunista?

—No. ¿Por qué habría de serlo?

—Si no te has repatriado aún... seguro que eres un rojo.

—Soy libertario. Aunque hoy por hoy mis creencias están bastante menoscabadas.

—Así pues, eres de los míos. Solo que yo sigo igual de convencida que siempre. —Con aire de estar por encima de todo aquello, continuó—: Estos franceses no saben lo que les espera muy pronto.

—Ya se lo encontrarán —dijo Biel, aspirando con placer el cigarrillo—. ¿De dónde eres?

—De Llonera. Un pueblo de las tierras del Ebro.

—Lo conozco. Hicimos un alto allí cuando volvíamos de Teruel. ¿Y cómo llegaste a la frontera?

—En Ripoll subí a una carreta colectiva que hacía el camino a Prats de Molló. Era terrible ver a familias enteras caminando por la nieve. Suerte tuvimos de nuestros soldados. Cerca de la frontera, miles de compañeros contuvieron a los fascistas hasta que pudimos cruzar. No se merecían cómo fueron tratados después por aquella chusma —dijo refiriéndose a los

franceses.

—¿Qué quieres decir?

—Resultaba humillante ver cómo los gendarmes los registraban, manos arriba. Sin fusiles, con el rostro quemado por el frío y sucios por llevar la misma ropa durante semanas. Más que soldados de la República, parecían vagabundos.

—A mi amigo Eloy también le pasó lo mismo. Aún no sabe dónde están su mujer y su hijo.

—Fue todo un drama. Las mujeres preguntaban enloquecidas adónde habían llevado a sus maridos. Pero eran gritos inútiles. Ni los guardias nos entendían, ni nosotros a ellos.

—Tal vez tuvisteis suerte de que no os trajeran aquí con los de la primera oleada. En febrero, la gente moría como moscas.

—Tampoco sabíamos adónde nos enviaban. Mujeres, niños y ancianos..., a todos nos subieron a un tren —recordó exhalando una bocanada de humo—. En cada estación donde parábamos, la gente y la Cruz Roja nos daban comida. Acabamos en un refugio en Besançon. A mediados de julio nos cargaron de nuevo hacia el sur. Cuando vimos que el tren no paraba en Perpiñán, sospechamos que nos enviaban directos a España y amenazamos con tirarnos en marcha.

Biel se acabó el cigarrillo y, reflexionando, dijo:

—Quizá tú puedas ayudar a mi amigo a encontrar a su familia si preguntas por los barracones. Se llaman Silvia y Daniel.

—Huy, sería como encontrar una aguja en un pajar. —Se levantó para volver al barracón—. Pero lo intentaré.

De manera engañosa, el viento empezaba a soplar con suavidad, pero la tramontana no tardaría en aparecer con toda su potencia.

—Aún no te he dicho mi nombre. Soy Biel. ¿Y tú?

—A mí todos me llaman «la anarquista».

Al llegar a su barracón, Tonia extendió la manta en el suelo y se tumbó. Del bolsillo de la falda sacó una manzana y la pastilla de jabón que le había regalado el gendarme. Con los ojos cerrados, aspiró el suave aroma a rosa y

sonrió. A ella tanto le daba que aquel hombre se la follase si eso le hacía la vida más fácil en aquel lugar infernal.

Al fin y al cabo, había sido su oficio. Ya se había ocupado bastante su madre de hacerle entender desde jovencita que era una puta.

Había perdido la virginidad a los trece años. Su propia madre, Filipa, la entregó a Jaime Siracusa el día en que él fue a celebrar que cumplía los dieciocho. Al cabo de tantos años, Tonia aún seguía enamorada de aquel muchacho que le daba los terrones de azúcar que no se ponía en el carajillo.

—¡Deja de llorar! —la había abroncado su madre el día en que él se casaba con otra—. ¿Qué esperabas, zoquete? Eres hija de una puta y tú también lo serás.

Filipa había estado casada con un afilador ambulante, el padre de Tonia. Enfermo de los pulmones, el hombre murió justo cuando pasaban por Llonera. Lo enterraron allí mismo y ella decidió quedarse a vivir en el pueblo. Veía arriesgado seguir con el oficio de su marido carretera adelante, sola con una niña de seis años. Al establecerse allí, no tardó en averiguar que en aquel pueblecito no tendría suficientes encargos para mantenerse las dos. Al cabo de dos meses ya había agotado sus míseros ahorros y no le quedaba con qué pagar el alquiler de la casa. Recurrió al prohombre de Llonera, un tal Pascual Martí, para que le diera trabajo como jornalera o criada. El cacique no se lo dio, pero Filipa salió de su despacho violada y con una idea bastante clara de cuál sería su oficio en adelante.

Tonia dio otro mordisco a la manzana que le había dado el gendarme. Su madre le había contado lo sucedido y también por qué la había ofrecido a Jaime Siracusa. Hacía tiempo que el cacique, con ojo de comprador de ganado, la miraba como a una mercancía.

«Tonia todavía no es mujer», le decía la madre. Una vez que lo fue no dudó en entregarla a Jaime para que él la estrenase. Entonces, furioso porque le habían levantado la liebre, Pascual Martí visitó a Filipa, pero en lugar de gozar de ella, entró en el cuarto donde estaba Tonia y la forzó. Se fue sin dejar una peseta sobre la mesilla de noche.

«Las cosas estrenadas no las pago», fue cuanto dijo.

Mientras recordaba todo aquello, «la anarquista» dio otro mordisco a la manzana. La última vez que Tonia hizo el amor con Jaime había sido

precisamente en la cama del cacique.

Ocurrió en el treinta y seis, al principio de la guerra. Por entonces el terrateniente ya había muerto, pero Jaime Siracusa seguía siendo el capataz y el hombre de confianza de su hija, Ofelia Martí. Los dueños de la casa habían huido a África y la propiedad estaba cerrada.

El mismo día en que los anarquistas reventaron la cerradura para requisar lo que hubiera dentro, Jaime fue más tarde a comprobar los destrozos que habían hecho. Ella se había quedado allí sola, rondando la casa. Había muchos demonios que necesitaba sacudirse entre aquellas paredes.

Cuando estaba en la habitación de Ofelia, oyó un ruido y se escondió. Sin que supiera por dónde había entrado, Jaime apareció en la estancia.

Ella volvía del despacho de Pascual Martí. Hacía apenas un rato se había plantado ante el gran retrato que lo presidía. Subida al sillón de cuero, lo había rajado de punta a punta con la navaja.

Con la sangre encendida, encañonó a Jaime con el fusil apoyado en el estómago. Buscó en él la mirada negra y penetrante que atestiguase que la deseaba y no la encontró. En su lugar vio los ojos de un hombre atemorizado que luchaba por mantener la dignidad.

Entonces desplazó el fusil hasta su entrepierna.

—Te dejaré vivir si llevas un terrón de azúcar en el bolsillo, esbirro de los ricos mangantes.

—¿Y si no lo hubiera llevado? —preguntó él en tono suave al tiempo que lentamente le mostraba el terrón.

Ella soltó el arma. Sabía muy bien que jamás habría podido matarlo. Solo quería demostrarle que ahora, en el nuevo orden de cosas, era ella quien lo elegía.

—¿Era esta la habitación del hijo de puta?

Jaime Siracusa negó con la cabeza, mientras le apartaba un mechón de cabello que le asomaba por debajo de la gorra de miliciana.

—Llévame.

Tonia había rememorado docenas de veces aquel momento. Ambos fueron conscientes de que la posesión desesperada a que se entregaban en la cama del terrateniente sería la última.

Por entonces ella tenía veinticuatro años y el dolor de la guerra apenas empezaba.

Volvió a la casa donde había vivido con su madre para meter en un fardo la poca ropa que tenía, dos pastillas de jabón y el peine. El resto lo dejó.

Abandonó Llonera en dirección a Vilalba dels Arcs.

De eso hacía ya tres años largos. Los ojos se le llenaron de lágrimas por los recuerdos mientras daba un nuevo mordisco a la manzana.

«El saber libera al pueblo más que las armas, Tonia. Aún puedes aprender a leer y escribir», le había dicho el maestro, un compañero libertario que había muerto lentamente en sus brazos, acribillado de metralla.

Por aquellas palabras había dejado de ser Tonia, «la puta», para convertirse en Tonia, «la anarquista». Y en su memoria se había jurado que sería anarquista hasta la muerte.

Tal como habían augurado los republicanos españoles, Francia no conseguiría escabullirse de las garras hitlerianas.

En septiembre del treinta y nueve, el Gobierno francés declaraba la guerra a Alemania. El país necesitaba mano de obra y soldados. Por otra parte, la vigilancia y alimentación de los refugiados les suponía un estorbo.

Biel era el último del grupo de amigos que quedaba en Argelès. Eloy, al enterarse en agosto de que Stalin había firmado un pacto con los alemanes, había roto el carné del partido y, con ese gesto, también había perdido el trato de favor de los camaradas comunistas. Lamentablemente, se le cerraba en el peor momento la oportunidad de un pasaje a México.

Hacía pocos días que Tonia había cumplido su palabra de buscar a su familia por los barracones, y lo había conseguido.

Un día en que Eloy fue a instalar más lavaderos en el arroyo, Silvia y Daniel se encontraban allí esperándolo; sin embargo, estaban destinados a separarse de nuevo una semana más tarde. La amenaza por parte de un gendarme de repatriar a su mujer y su hijo fue suficiente para que se alistase en la Legión extranjera.

Silvia y Daniel fueron enviados a un refugio en Angulema mientras Eloy embarcaba hacia África.

También Biel había sido amenazado por el gendarme:

—O te alistas o de una patada os envío a tu amiguita y a ti a la frontera. Nos habéis costado millones de francos. ¡Demostrad que sois gente agradecida, *putain*!

Biel se ahorró hacer comentarios. Mientras «el gabacho», como lo llamaba Tonia, lo insultaba blandiendo un papel, él miraba fijamente cómo el mar lamía la larga playa. Durante meses sin fin había experimentado cómo cada ola, de manera incansable, iba borrando capas de humanidad.

Se volvió para mirar directamente a los ojos al gendarme que sujetaba el papel. El libertario calculó las escasas posibilidades que tenía de salirse con la suya y pensó en Tonia. Si la devolvían a España, era mujer muerta.

—Deja que ella llegue a Toulouse y yo trabajaré para Francia donde tú quieras, pero no me hagas coger un fusil —pidió al guardia, que esperaba la respuesta con cara de pocos amigos.

—No me extraña que perdiéis la guerra, rojo de mierda —lo menospreció, escupiéndole a los pies en un arrebato de ira—. Eres un derrotado sin valor. No estás en posición de negociar.

Dicho lo cual, chasqueó la lengua contra el paladar y le tendió el documento, que ya tenía un destino decidido.

—Te lo concedo. Me dais lástima.

Al leerlo, Biel ocultó su contrariedad. Con su firma, era consciente de que se alistaba en un batallón de marcha por todo el tiempo que durase la guerra. Sin embargo, no le daría al gendarme la satisfacción de humillarse ante él.

Cuando esa noche, con la complicidad de la oscuridad, explicó a Tonia la situación, sintió como ella se tensaba de rabia en sus brazos.

—¡Es un cerdo!

—Así y todo, hemos de agradecerle las briznas de libertad de que hemos disfrutado los últimos dos meses. Ha hecho la vista gorda pese a saber que me escapaba para encontrarme contigo.

—¿Cómo sabes eso?

—Por «Mojamé».

—¡Nos han convertido en esclavos! Porque nos han dejado caminar cien metros a escondidas, les parece que les debemos la vida.

Estaban tendidos uno al lado del otro, al abrigo del cañaveral, a solas con la claridad de la luna. Él le había pasado un brazo bajo la cabeza y ella le cruzaba el suyo sobre el vientre.

—Esta pesadilla acabará, compañera querida. Los dos hemos sobrevivido a una guerra, también lo haremos a esta. —Ella bajó la vista y Biel temió que se debiera a una duda—. ¿Echas de menos tu vida de antes, Tonia?

—Hasta hace poco echaba de menos lamer un terrón de azúcar —susurró cual si musitara una oración—. Ahora querría no separarme nunca

de ti, amor mío.

—Cuando todo esto acabe, empezaremos una vida juntos. —Tampoco él tenía el menor deseo de volver al pasado—. Júrame que serás prudente, Tonia, y que no te fiarás de nadie.

La muchacha le acarició suavemente la mejilla con el dorso de la mano. Entonces, Biel besó los labios salados por las lágrimas de aquella anarquista que colmaba de amor cada rincón de su ser.

En la primavera del cuarenta, la vanguardia alemana de blindados, protegida por los Stukas y las divisiones motorizadas, entraba en Francia por la brecha de las Ardenas.

Ocho meses después de salir de Argelès, Biel era conducido a la frontera con Bélgica con un fusil anticuado en las manos.

El libertario maldecía el destino que le guiñaba un ojo malévolamente, devolviéndolo a infiernos pasados. Desde los veinte años era un mercenario involuntario matador de hombres, en España al precio de diez pesetas al día, ahora, por cinco francos diarios y un paquete de cigarrillos.

Una mezcla de rabia, tristeza e impotencia le removía las entrañas cuando oía las risas llenas de soberbia, fruto de la ignorancia, de aquellos soldados envalentonados que estaban convencidos de que aplastarían a los nazis en un abrir y cerrar de ojos.

Al ver el río Mosa, Biel recordó el Ebro y a aquellos que habían sido sus camaradas en Teruel y La Fatarella. Su piel recordaba demasiado bien los bombardeos alemanes sufridos en la Tierra Alta como para sumarse al entusiasmo de aquellos soldados que cantaban y reían camino de la muerte.

Cercados por el mariscal Rommel, a finales de mayo solo quedaba una cuarta parte del batallón y se retiraban al paso de Calais para salvar la piel.

Mientras, vencido una vez más, esperaba en el puerto de Dunkerque a que lo hicieran prisionero los alemanes, Biel tarareaba con los ojos llenos de lágrimas el himno libertario. Se sentía un paria que, huérfano de patria, contemplaba cómo los barcos zarpaban hacia Inglaterra cargados de ingleses y franceses mientras ellos, miserables españoles sin derechos, aguardaban un turno que no llegaría a tiempo.

De su interior brotaba la melodía que años atrás le había dado una causa que abrazar. Jamás en la vida podría saber a cuántos hombres había matado ni a cuántos miles de hermanos había visto morir.

Estaba repitiendo a media voz, cual si fuera un réquiem, *«arriba los pobres del mundo, en pie los esclavos sin pan»*, cuando una mano lo agarró con firmeza.

—¡Levántate, camarada! No es momento de entretenerse con canciones. —Un brazo fuerte lo obligaba a ponerse de pie y a seguirlo—. Aquí esperando no hacemos nada. Nos han dejado tirados en manos del enemigo.

Biel obedeció sin rechistar. Le hablaba uno de los compatriotas de la línea Maginot. A la frontera de Bélgica, en plena línea de fuego, no solo habían enviado a soldados. Miles de españoles que trabajaban en el tramo oriental de la colosal obra defensiva se habían encontrado, de un día para otro, con un fusil entre las manos.

Ahora, aquellos mismos camaradas lo arrastraban hacia el sur.

Entre los españoles destinados a trabajos forestales y agrícolas había nacido una red de ayuda extendida por toda Francia con la misión de hacerse cargo de los fugitivos y esconderlos. Una partida de cenetistas los esperaban en las proximidades de la presa de Aigle, en la Baja Normandía.

Cuando pocas semanas después, el 22 de junio, Pétain entregaba el país a los nazis, Biel ya era un miembro de la Resistencia.

Desposeída de nombre y de derechos, la Tercera República francesa quedaba sometida por completo al Tercer Reich. Bajo la cruz gamada había nacido el nuevo Estado francés gobernado desde Vichy.

No había resultado tan fácil doblegar a todo el país. Desde la BBC de Londres, De Gaulle había alentado el alma de una Francia decidida a no someterse a Hitler.

Cuatro años más tarde, en el cuarenta y cuatro, Biel y un camarada estaban escondidos en el establo de una granja a dieciocho kilómetros de Burdeos. Con la misión de entregar unos documentos, esperaban a que llegasen sus enlaces.

Al cabo de cinco horas, nadie había dado aún señales de vida. Ni siquiera se veía movimiento en la casa del granjero que, supuestamente, debía proveerlos, y que se hallaba a tan solo treinta metros.

Esperaron a que declinase la tarde para llegarse allí. Apenas habían asomado un pie de los establos, cuando los encañonaron dos hombres con el rostro medio oculto bajo la visera de la gorra.

De repente, uno de ellos ordenó al otro:

—Baja el fusil, André. Son de los nuestros.

—¿Cómo lo sabes? —dudó el otro antes de bajar el arma—. ¿Te fías así sin más..., de buenas a primeras?

—Me fío de este que tiene un ojo de cada color.

A Biel le dio un vuelco el corazón y respiró tranquilo al reconocer la voz de Arturo.

—¡Entremos, pues! —ordenó decidido el francés que llevaba la voz cantante.

No tardó en abrirse la puerta. En el umbral apareció un hombre grueso con un cubo de cinc. Entró con calma, dejando el portón abierto de par en par. El granjero cogió una horca y arrojó paja al suelo donde estaba la yegua. Ellos estaban acurrucados en el altillo.

Antes de salir, el hombre colgó el cubo que llevaba en un clavo de la pared y se llevó otro idéntico al primero. Había entrado y salido sin decir palabra.

Al quedarse solos, el compañero de Arturo descolgó el cubo. Dentro estaban las provisiones.

—Suerte de la gente —dijo al tiempo que destapaba la botella de vino y la pasaba. Al volver a sus manos, dio un trago—. Las cosas serían muy difíciles sin su ayuda.

La noche había caído sobre los campos. Biel los contempló con atención desde la ventana del altillo. De la casa del granjero salía una pálida luz. En lo alto, la luna flotaba en la negrura azulada del cielo como una espora gigante que plateaba el tejado.

Acto seguido fue a tenderse al lado de Arturo. A un par de metros de donde estaban ellos, André fumaba con el fusil cruzado sobre el vientre. El cuarto compañero ya dormía.

—¿Cómo están nuestros amigos, Arturo? —preguntó Biel.

Antes de responder, el joven encendió con calma un cigarrillo y aspiró el humo.

—Después del armisticio empezó la caza y las deportaciones. —Al oír aquello, Biel se incorporó a medias. Arturo seguía tumbado boca arriba, dando caladas que le alargasen las pausas—. Sabemos que los trenes cargados de hombres van hacia Alemania.

—Te he preguntado por nuestros amigos —insistió con creciente inquietud.

—Se llevaron a cientos de españoles refugiados en Angulema, Biel.

—¡La familia de Eloy! —recordó de repente.

—No sufras. Silvia y Daniel se salvaron y la familia de Manuel... también. Deben la vida a Claire y a sus parientes.

—Pero vosotros... estabais con un campesino en Colliure cuando yo me fui de Argelès.

—No por mucho tiempo. A todos los que teníamos entre dieciocho y cincuenta años nos obligaron a dejar las viñas para trabajar en las obras defensivas. De los tres solo se quedó Pablo, porque aún no tenía la edad y el vinatero lo tomó bajo su protección. Manuel y yo fuimos a parar a la línea Todt de los alemanes. Tan pronto como se me brindó la ocasión, me escapé.

—Y Manuel... ¿sigue allí?

Arturo aplastó la colilla en el suelo y se pasó las manos por el cabello antes de darle la espalda.

—No conseguí salvar a mi suegro, Biel.

—¿Qué estás diciendo? —Lo sacudió—. ¿Ha muerto?

—No lo sabemos. A él lo pillaron y se lo llevaron los nazis.

Mientras lo escuchaba, Biel buscaba en su amigo los rasgos del joven con el que, apenas cinco años atrás, había cargado con los pies heridos hasta Argelès, pero algo en su interior había cambiado. Tan profundamente que, pese a que solo tenía veintidós años, no veía en él sino a un hombre madurado a fuerza de golpes.

Las ideas libertarias de progreso seguían siendo su catecismo, pero Arturo estaba convencido de que solo con las armas se conseguiría la paz. Ya mientras se hallaban en Argelès, el muchacho había establecido contactos

para seguir luchando.

—¿Cómo ocurrió?

—Estábamos en Burdeos construyendo la base submarina. Llevábamos tiempo preparando una evasión masiva. A los trabajadores nos tenían alojados a doce kilómetros de la ciudad. Para escapar aprovechamos el cambio de turno de las seis de la tarde.

Desde entonces, Arturo García se había convertido en un espíritu escurridizo que recorría una región tras otra con la resistencia libertaria. La visión de cómo había caído Manuel no había dejado de perseguirlo, convirtiendo en una obsesión el dinamitar la gigantesca edificación costera del canal de la Mancha. Aquella titánica obra defensiva de los alemanes contaba con miles de edificios de hormigón y acero entre túneles, búnkeres y casamatas blindadas para alojar a la tropa y la artillería.

En silencio, cada uno de los dos amigos aguantaba el dolor que le despertaban los propios recuerdos.

Biel ansiaba saber de Tonia, pero recordaba la discusión mantenida cinco años atrás. Arturo había acompañado al vinatero a Argelès y Biel había pedido a su amigo que preguntase a Claire si podía ayudarla a salir del campo.

Arturo encajó mal que «la anarquista» hubiera desplazado a Ágata en el corazón de su amigo. Pese a ello, al cabo de unos días el marido de Claire apareció trayendo mercancía y le hizo saber que unos conocidos suyos de Toulouse estaban dispuestos a darle trabajo.

—Mañana yo seguiré hasta Toulouse —le anunció Biel—. ¿Sabes cómo puedo localizar a Tonia?

—El año pasado resultó muy difícil, amigo. En el sur, los libertarios hemos sido prácticamente triturados.

—No te vayas por la tangente y deja de contarme lo que ya sé. Quiero a esa mujer, Arturo. Sé que no lo apruebas, pero Ágata y yo nunca volveremos a estar juntos. Cada vez lo tengo más claro.

—Tu amiga cerró los ojos para siempre en Fumel. Para escapar de un registro se arrojó por una ventana.

Aquella noticia lo dejó anonadado. Con lágrimas en los ojos, exclamó:

—¡Hostia puta! ¿Por qué no se quedó en Toulouse?

—Ella no era como Montse, Marieta o Silvia, compañero. Tonia era de la Resistencia, como tú y yo. No hay ninguna ciudad segura para nosotros, Biel.

Le constaba que, desde el cuarenta y dos, en los Bajos Pirineos existía una brigada de guerrilleros españoles con el cometido de establecer contactos y recuperar armas y explosivos. Toulouse seguía siendo el punto central del movimiento de la Resistencia. Se sentía deshecho por la muerte de quien había sido la encarnación de su sueño de mujer y compañera.

Muy de mañana, antes de separarse, Arturo tendió la mano a su amigo y este la rechazó. No había pegado ojo en toda la noche. A sus pies quedaban doce colillas.

—Todos estamos expuestos, Biel. Hace un año coincidí con Tonia en una asamblea. Entonces comprendí que te hubieras enamorado de ella. Se mantuvo firme a los principios libertarios. Teníamos que decidir si nos integrábamos en los otros grupos de resistencia, como pedía De Gaulle, o bien seguíamos con la alianza establecida con los socialistas y los republicanos.

—En eso el general tiene razón. Tantos grupos diferentes restan eficacia a las acciones de sabotaje, Arturo.

—Puede ser..., pero nuestras bases se negaron a aceptar una anexión en la que volvían a mandar los comunistas. Lo peor de todo era que la falta de apoyo de las Fuerzas Francesas del Interior volvía a dejar las manos libres a los estalinistas para masacrar nuestras filas.

Biel miró con comprensión a aquel cabezota al que quería como a un hermano y lo abrazó con fuerza. Lo conocía lo suficiente para saber que no se doblegaría ante los comunistas, y esa falta de ductilidad lo debilitaba.

—Sé prudente, por favor... La familia de Manuel te necesita. ¡Y no quiero perderte a ti también!

—Procuró estar cerca de Montse, por eso me muevo principalmente por el Ariège.

—Cuando acabe todo, ¿te casarás con ella?

—Ya es mi mujer, amigo. Aunque no estemos casados, no tengo otra mujer que ella.

A principios del cuarenta y cinco, cuando las tropas alemanas se replegaban hacia el Atlántico y casi todo el sur había sido ya liberado, Biel estuvo a punto de perder la vida en Saint-Nazaire. Desde que se había enterado de la muerte de su «anarquista», odiaba la vida y actuaba de manera temeraria.

Una quemazón le atravesó el pecho y, de repente, sintió como todo perdía importancia. Caído al suelo se sentía ligero como si la metralla le hubiera reventado la pústula que le envenenaba el vivir.

El gris intenso del cielo fue virando al opaco hasta volverse negro y su conciencia se apagó.

Al abrir los ojos de nuevo, Biel se vio en una cama de hospital. Un ángel con las pestañas más rubias que había visto jamás le sujetaba la muñeca y contaba las pulsaciones.

—Bienvenido al mundo de los vivos, soldado —lo saludó la enfermera con una voz tan dulce como su mirada—. Me llamo Lucile y cuidaré de que no te mueras.

Él ni siquiera sonrió.

En abril, Biel recibió en forma de aliento el preludio de lo que podía ser el anuncio del final de la guerra. Lucile lo besaba suavemente en los labios y, al apartarse, le dijo que Hitler había muerto y que a él el médico le daría el alta esa misma mañana.

—¿Qué haré ahora...? Llevo nueve años seguidos de guerra —susurró cual si se lo dijera a sí mismo.

—Ven conmigo, si quieres —le ofreció con ternura—. Yo también vuelvo a casa.

Antes de abandonar el hospital, Biel envió una carta a Ágata pidiéndole que se reuniera con él para rehacer la vida juntos. Empezarían de nuevo en Francia. Si le decía que sí, él hablaría con Arturo para que su amigo apalabrara con unos pasadores de frontera que la ayudasen a cruzar los Pirineos. Estaba convencido de que, después de la guerra, las democracias no colaborarían para expulsar a Franco.

Una vez más, el silencio de Ágata atestiguó su negativa a abandonar Barcelona.

Solo entonces Biel permitió que Lucile se lo llevase a su cielo de la Alta

Normandía.

Los años siguientes, mientras el mundo recuperaba la calma y los bloques de Occidente y del Este alimentaban la guerra fría con disonancias antiguas y jamás desgastadas, en el pueblecito de Verneuil-sur-Avre Lucile dormía al lado de Biel.

Por la ventana entraban los primeros rayos de sol, que despedían el amanecer añadiendo matices de tranquilidad al dormitorio. Ella se volvió hacia su hombre y entreabrió los ojos, sonriéndole mientras le pasaba el dedo por los labios, llena de amor y deseo. Biel no sentía por aquel ángel la pasión que le había despertado Tonia, pero era bastante feliz a su lado.

En una cuna dentro de la misma habitación dormía la pequeña Céline, de solo dos meses.

Fue entonces cuando el libertario decidió matar su pasado y, en lugar de Biel, dar vida a Baptiste. A partir de entonces solo respondería a su segundo nombre de pila.

Justo al día siguiente escribía una carta de despedida a Ágata.

Estaban en 1947. Tenía treinta y un años y ningún sueño en el horizonte que pudiera turbar su paz.

Recién cumplidos los noventa años, Baptiste seguía convencido de que en la vida no había lugar para medias tintas. Había sido un creyente al que un día Dios, al arrebatarse a su hermano, le había fallado. Aquella decepción lo había llevado a abrazar la justicia de los libertarios. Amor y libertad seguían siendo sus premisas.

A aquellas alturas de la vida, al viejo anarquista no le quedaba otra cosa que el recuerdo de su utopía revolucionaria. Tal vez no había transformado la sociedad, pero sí se había transformado él.

El carácter de hijo fuerte que colmaba las expectativas de su padre, Tomás Viñolas, se lo había llevado a la tumba Vicente. Él, Biel, solo había sido el otro gemelo. Jamás había aspirado a grandeza alguna, únicamente a ser él mismo. La muerte de su hermano le había robado la mitad de la identidad y, de repente, él se había convertido en la esperanza de todos. Un despropósito, fruto de ambiciones contrapuestas.

Había querido a su hermano tardío, Pedrito, desde el primer momento porque su nacimiento lo liberaba de un compromiso con los suyos que él jamás había suscrito.

Antes de guardar la fotografía de Tonia en la caja con las demás, Baptiste dio un beso a aquella muchacha amada que soñaba con terrones de azúcar.

Un portazo seco lo devolvió al presente. Su nieto acababa de entrar en casa. Lo había hecho venir para hablar. Al fin y al cabo, pensó, ¿quién era él para pedir a dos jóvenes que renunciasen a su amor?

—Si la quieres, Julien, ve a buscarla —le había dicho mientras desayunaban.

—Antes es necesario que las dos familias sepan la verdad y se conozcan. Como sabes, abuelo, no es tan difícil hacer un viaje a Barcelona. No puedo obligarlos a venir aquí, pero nosotros sí que podemos ir.

Dubitativo, Baptiste ocupó su sillón, y Julien se disponía a abrir el portátil para aprovechar el tiempo, cuando de pronto se lo pensó mejor y fue a sentarse al lado del anciano.

—Aunque viviera cien años, abuelo, nunca llegaría a tener una vida tan apasionante como la tuya.

—¡Te equivocas, Julien!

—¿Cómo que no? Has vivido dos guerras y cambios muy importantes en dos países. Has amado a tres mujeres. Eres parte de la historia de Europa. ¡Nadie de mi generación podrá superar eso! De niño yo te veía como a un héroe.

—Mil veces mil, Julien, yo habría deseado vivir como tu generación. Que te obliguen a matar no es ninguna heroicidad.

—Abuelo... —Aquellas palabras lo habían hecho pensar—. Tú eres un pacifista. ¿Cómo te las arreglabas para disparar a matar cuando estabas en el frente?

—Todo se aprende. —Se levantó con toda la energía de que fue capaz para salir al huerto y poner fin a aquella conversación que lo incomodaba—. Matar solo es posible cuando dejas de ver al otro como a un ser humano.

—Siento haberte hecho enfadar, abuelo... No era mi intención ser frívolo.

—¿Sabes en honor de quién planté los dos rosales blancos del jardín?

—No se me había ocurrido que fuesen en memoria de nadie... —Lo preocupaba ver a su abuelo en aquel estado de excitación que había provocado él sin pretenderlo—. Solo son rosas.

—Para mí son la tumba simbólica de mis amigos Eloy y Manuel.

—Monsieur Daniel me contó que su padre estuvo con «La Nueve» del general Leclerc —comentó para hacerle ver que admiraba a su viejo amigo—. Y que entró en París con los tanques. Me parece fascinante.

—¡No lo es! —saltó crispado—. Es cierto que Eloy volvió de África en el cuarenta y cuatro y desembarcaba en Normandía con la segunda división blindada. Y también lo es que días más tarde entraba en París. Pero aquellos fueron los últimos momentos de gloria de mi amigo, Julien.

—Me refería a que es un honor haber liberado París de los nazis, abuelo —aclaró por si servía para calmarlo.

—En otoño, cuando luchaban por conquistar Estrasburgo, Eloy cayó en la batalla. Más tarde, hice venir aquí a Silvia y a Daniel para que no los devolvieran a España.

Julien se ahorró hacer más preguntas. Era evidente que no daba pie con bola.

Ya en la linde del huerto, Baptiste se volvió para decir:

—El otro rosal es por Manuel. Mi amigo ya formaba parte de las cenizas de los muertos cuando soviéticos y americanos liberaron Mauthausen. ¡Ninguna guerra es fascinante, Julien!

Fuera, Baptiste se sentó en el banco de madera que él mismo había construido hacía tantísimo tiempo. Todos los años se había ocupado de pintarlo para que se mantuviera en buenas condiciones. Ahora era verano y aún lo tenía pendiente.

No le quedaban fuerzas.

De un tiempo a esta parte, todas sus aportaciones habían sido destinadas a comprar flores para los amigos difuntos. Tal vez por eso había llamado a Ágata. Era de las pocas personas de su pasado que aún seguían con vida. No negaría que al escuchar su voz se había emocionado, pero al colgar el teléfono ya se arrepentía de haberla llamado. Sesenta y ocho años de olvido no le daban derecho a hacer esa llamada. Era comprensible que ella le hubiera colgado.

De todos los silencios, el más doloroso para él había sido el de Arturo, aquel testarudo que nunca había desistido de la esperanza de derrotar a Franco. Fue justo cuando la democracia estaba a punto de hacerse realidad en España cuando a Arturo se le cayó el mundo encima.

En el setenta y ocho la clandestinidad había pasado a la historia y los partidos habían firmado los Pactos de la Moncloa. La CNT no estaba de acuerdo con el contenido y convocó una manifestación en el Paralelo.

El hijo más joven de Arturo, Germinal, decidió que asistiría tanto si sus padres lo dejaban como si no. Pese a haber nacido en Francia como sus otros dos hermanos, el chico se sentía catalán y libertario de pura cepa. Su madre, Montse, estaba que echaba chispas. El joven acababa de cumplir los dieciocho y no podía impedirle que fuera.

Arturo intentó tranquilizar a su mujer asegurándole que él lo

acompañaría. Nada podía hacerlo más feliz que volver al mismo Paralelo donde él se había estrenado a los catorce años, cuando las barricadas del treinta y seis.

En Barcelona, padre e hijo durmieron en casa del tío Juan, en el mismo piso de su infancia, en la avenida Mistral.

De buena mañana, Germinal, tras prometer a su padre que estaría delante de El Molino a la hora de la manifestación con el fin de que fueran juntos, se fue para encontrarse con unos compañeros a los que solo conocía por carta.

Ese mismo domingo 15 de enero, en el restaurante Scala, en el chaflán de Consejo de Ciento con paseo de San Juan, alguien tiró un cóctel molotov. Arturo, al ver que su hijo no aparecía por ninguna parte, lo buscó enloquecido por doquier. Al cabo de tres días apareció muerto en el Campo de la Bota.

Después de aquella tragedia, Arturo se apartó del mundo y se cerró como una ostra.

Baptiste caminaba lentamente hacia casa tras tomarse el café en la plaza de la Madeleine. Contemplaba las techumbres con tejas de pizarra imbricadas como escamas de pez, la hiedra que trepaba por los troncos, el musgo que almohadillaba pequeños rincones y los canales que corrían como riachuelos de aguas saltarinas.

Era julio y llevaba días dando vueltas a la oferta de Julien. El deseo de volver a Barcelona, después de toda una vida, y despedirse de Ágata y Gloria antes de morir, crecía en su interior.

Apenas llegar a casa, llamó a su nieto por teléfono.

—Prepara el viaje, hijo.

Entretanto, a más de mil kilómetros de allí, Alicia volvía de Madrid tras participar en una exposición fotográfica. En su interior aún subsistía la tristeza, pero confiaba en que con el tiempo se le pasaría.

Desde que Julien y ella se habían separado en Grecia, dos meses atrás, Alicia se esforzaba por aceptar el fin de su historia de amor.

Su búsqueda de paz y olvido había quedado interrumpida por la llamada de Juana. Le había pedido que, cuando llegase a Barcelona, fuera a verla a su casa esa misma noche.

—¡Tengo que darte una noticia espectacular!

En todo aquel tiempo, su hermana y Julien no habían perdido el contacto. Estaban en tratos con un galerista de Lyon amigo común y se comunicaban a menudo.

Alicia se atrevió a preguntar:

—¿Tiene algo que ver con Julien?

—Con todo el linaje... ¡Lástima que me lo perderé! En agosto me voy a Filadelfia y pasaré allí todo un mes.

—Por favor, explícate mejor, Juana. ¡No sé a qué te refieres!

—No pienso darte ninguna pista, hermanita. Quiero ver la cara que pones cuando te lo diga.

Alicia contemplaba cómo los campos segados corrían en dirección contraria al tren. Su cabeza era un hervidero de preguntas mientras se enroscaba con desasosiego un mechón de cabello y soñaba con la posibilidad de volver a verlo.

Desde que había vuelto de Grecia, consultaba continuamente su bandeja de entrada con la esperanza de encontrar un e-mail suyo.

Respetando la distancia que él le había pedido, no se había atrevido a enviarle ninguno.

Un día, con los nervios agotados por no poder compartir con nadie aquella absurda situación, se lo había contado a Juana.

—¡Hostia, qué fuerte! Así que Julien es primo mío... ¡Qué fuerte, pero qué fuerte!

—Déjate de aspavientos, Juana. Dime una cosa, ¿te parece que le revele a mamá que su padre está vivo y que lo he conocido?

—Uf, es que no me lo puedo creer, Alis. Se trata de una cuestión muy peliaguda. ¿Es necesario que les digas algo?

—La yaya ya lo sabe, y aunque he dejado en sus manos la decisión de contarle a mamá la verdad, creo que no lo ha hecho.

—Entonces no hay ningún problema, déjalo correr.

—¡Jolín, Juana! Alucino con la calma con que te lo tomas todo. A mí incluso me cuesta mirar a mamá a la cara.

—¡Menudo lío! Yo se lo diría primero a papá y que él decida.

Finalmente, Alicia había seguido su consejo.

—¿Lo has pensado bien, Alis? —le había dicho muy serio su padre—. Seguramente la confianza entre mamá y la abuela saldrá malparada.

—La vida está llena de cambios y ajustes, papá, y en lo que a mí respecta, existe una razón muy importante para sacar a la luz esa historia familiar.

—No veo qué relación pueda tener contigo... ¿Hay algún problema, hija?

—Es solo que me siento responsable de la situación. —No tenía intención de hablar de su relación truncada con Julien y prosiguió con lo que realmente la tenía preocupada—: La yaya me ha dicho que, pasado el

verano, se trasladará a vivir con vosotros. Si ha de estallar una guerra entre ella y mamá, mejor cuando aún no estéis viviendo juntos, ¿no te parece?

—Entonces... deja que antes sea yo quien hable con tu madre.

Ella asintió con la cabeza y suspiró. Aquel ofrecimiento de su padre la libraba del compromiso.

Tras dejar la maleta en su apartamento, Alicia cogió el coche y se fue a casa de Juana. Cualquier noticia de Julien tenía para ella la máxima prioridad.

Al llegar al chalé del Garraf, dentro no había nadie. Abrió con su llave. Estaba tan acostumbrada a aquella situación que ya llevaba el juego de llaves junto con las suyas en el mismo llavero.

Detrás de la puerta de entrada, un folio pegado con letras escritas a toda prisa decía:

Volveré tarde, pero vendré a dormir.

Agotada por el ajetreo de los últimos días, con lo de la exposición y el viaje, Alicia decidió no añadir más cansancio por el mal humor de no encontrarla en casa. Era mejor hacerse a la idea de que pasaría la noche sola. Para su hermana, volver tarde y de buena mañana significaban lo mismo.

Mientras se comía una ensalada envasada le sonó el móvil.

—¿Dónde estás, Alis?

—En tu cocina, cenando. Me has pedido que viniera sin pérdida de tiempo y llego y no te encuentro... Así que ya estás soltando eso tan espectacular que tenías que decirme.

—Lo siento..., se me han complicado las cosas y estoy en Cadaqués.

—La noticia, por favor.

—Nuestro difunto abuelo republicano viene a visitarnos con Julien y sus padres. —Alicia se dejó caer en la silla como un fardo. Oyó cómo su hermana reía al otro extremo del hilo—. Esta sí que es buena, ¿a que sí?

—¿Cómo es posible que te lo tomes todo tan a la ligera, Juana?

Alicia rezaba por que su padre hubiera cumplido la promesa de contárselo antes a su madre.

Con su hermana en casa o no, decidió quedarse a dormir en el chalé. No tenía ninguna prisa.

Bajó hasta la arena y dejó que su cuerpo se empapase de la bonanza del tiempo mientras el agua le lamía los pies.

Al día siguiente, siguió en el chalé hasta el mediodía. Su buen criterio le ordenaba que fuera a casa de sus padres a hablar con ellos y brindar apoyo a su madre si era necesario, pero estaba harta de tantas emociones y de tratar de seguir adelante pese a todo lo que le había sucedido en poco menos de un año, de manera que se lo pensó mejor.

«Al fin y al cabo, el mundo gira perfectamente sin mí», se tranquilizó.

Cuatro días más tarde se presentó allí. Encontró a su padre en el quiosco de la esquina, y hablaron el tiempo justo para que él le comunicase que ya los habían llamado de Francia.

«Bien, todos lo saben ya. Menos problemas», se dijo mientras pulsaba el botón del ascensor.

Al entrar en el piso fue directa al comedor. Gloria tejía un entredós de ganchillo para toallas. Eran para el ajuar de Mireia.

—No sé por qué te tomas la molestia de hacerlas, mamá. Yo todavía las tengo por estrenar y Mireia hará lo mismo.

—No son para utilizarlas, sino para hacer bonito. Quiero que todas tengáis una labor hecha por mí.

—¿Quién hay en la cocina, mamá? —se extrañó al oír ruido de platos—. Creía que estabas sola.

—Es Lourdes que guarda la compra. Me ha llenado la nevera de bebidas y el armario de aperitivos por si viene a casa «la familia». Porque ya lo sabes, ¿no?

Asintió con la cabeza y se sentó en el sofá al lado de su madre.

—¿Los invitarás a casa, mamá?

—No hay ninguna necesidad. Iremos al restaurante. Pero ya sabes que a tu hermana le gusta dirigirlo todo.

—¿Y por qué se lo permites?

—Tampoco está de más tener bebidas por si acaso.

Con la energía que la caracterizaba, Lourdes apareció en el comedor.

—Ya está todo, mamá. Me voy, se me hace tarde. —Entonces vio a su hermana y se paró—. ¡Ah!, no sabía que estabas aquí, Alis.

Alicia le dio un sonoro beso y un abrazo. Contemplaba a «la mariscala» desde un ángulo distinto del que lo hacía Juana. Pese a sus ansias de mandar, Lourdes también era el espíritu que aglutinaba a la familia. Siempre estaba atenta a que ninguno de los suyos saliera lastimado.

—Lourdes está hecha un flan con la visita de los franceses —dijo Gloria en tono confidencial una vez se quedaron solas en el piso.

—Y tú... ¿cómo estás?

—Con muchas ganas de conocer a mi padre —dijo emocionada.

—Te admiro, mamá. Creía que la noticia te dejaría hecha un guiñapo.

—¿Y qué te hace pensar que no ha sido así, hija? Al saber que venían, ¡casi me caigo de culo!

—No es para menos... Toda la vida creyendo que tu padre está muerto y de repente te dicen que vendrá a visitarte.

—¿Cómo? ¿Quién te ha dicho que creía que mi padre estaba muerto? Bueno..., de un tiempo a esta parte sí que lo pensaba a veces, pero por la edad.

Mientras su madre hablaba, ella no podía dejar de pensar en Julien y en cómo lo había arrojado todo por la borda para salvar una situación que en realidad no peligraba en absoluto.

—Tenía mucho miedo de que entre tú y la yaya se produjera un cataclismo y resulta que las dos lo sabíais —comentó un tanto molesta.

—Escucha, Alis. El hombre al que quise como a un padre fue Juan García. Aquel hombre tan bueno para mí fue bastante más que un padrino. —Mientras lo decía, limpiaba con el dedo una mancha de la mesa rinconera del sofá para ahorrarse la mirada de su hija—. Tu abuela jamás hablaba del abuelo, pero el tío Juan sí lo hacía. Habían sido muy amigos.

—Pero tú siempre has puesto flores por Todos los Santos al retrato que la yaya tiene sobre la cómoda... ¡Ya me dirás qué sentido tiene si sabías que estaba vivo!

—Ella me había acostumbrado de pequeña y seguí haciéndolo de casada, cuando ya sabía la verdad. No recuerdo a mi padre, Alis. Nací en septiembre del treinta y seis y él se marchó al frente y después al exilio cuando yo tenía dos años, así que pocas horas me tuvo en sus brazos.

—¡Pero la yaya decía que era viuda! —insistió, inquisidora, para que la mirase mientras hablaban.

—En realidad, lo dimos más por hecho nosotros. Mi madre siempre decía que su marido se marchó a Francia y no volvió.

—¿Y no te cabrea que no te dijese la verdad? ¡No entiendo a vuestra generación, mamá!

—Tú no puedes entender lo que significa una posguerra, Alis. —La molestaba tanta suspicacia por parte de su hija—. Mi madre se limitó a protegerme. No puedes imaginar lo señaladas que estaban las hijas de los rojos. Pero a mí en el colegio nadie me dijo nunca nada. El tío Juan me hizo ir a un colegio de monjas. Tenía buenos contactos y habría conseguido que llevaran a comisaría a quien me hiciera la puñeta por ese asunto. Un padre muerto no requería tantas explicaciones.

—Entonces, ¿tú sabías desde pequeña que tu padre estaba vivo?

—¡No! Claro que no. Pero la sorpresa de saberlo vivo no me ha llegado ahora, Alis. Me enteré pocos días antes de mi boda.

»El tío Juan debía llevarme al altar haciendo el papel de padre de la novia. Para mí era lo más normal del mundo que así fuese.

»Días antes, me encontraba en su casa y estábamos los dos solos. Mi madre y la tía Rosario habían ido a ultimar unas compras. Mi padrino y yo estábamos en el patio y nos entreteníamos jugando al siete y medio. Entonces me contó que, cuando era pequeño, allí había una magnolia de buen tamaño.

»Me dijo que había sido allí donde Biel se había enamorado de Ágata. Entonces le confesé que a él lo quería mucho, pero que era triste no saber dónde estaba enterrado mi padre.

—¿Y fue entonces cuando te dijo la verdad?

—Casi... Me pidió que no lo buscara, y que de aquella conversación Ágata no debía saber nada, porque hacía muchos años de todo aquello. Él le había jurado que no revelaría su secreto a nadie, ni siquiera a Rosario. Era la

primera vez que rompía ese juramento.

—¿Y no te enfadaste con la yaya? —repitió por segunda vez, sorprendida de que un descubrimiento tan importante hubiera permanecido oculto tanto tiempo.

—Comprendí que lo había hecho por mi bien. Cuando me casé, aún había muchos rojos en la cárcel, y los mataban, Alis. Rogué a Dios que, dondequiera que estuviese mi padre, cuidara de él.

—Yo no sé si me conformaría con no buscarlo si me ocurriera a mí, mamá.

—Eso es porque has conocido al tuyo. Ya te he dicho que, para mí, mi padre era Juan García. Te seré muy sincera, Alicia.

Tomó las manos de su hija entre las suyas como había hecho toda la vida cuando quería llevarla a su terreno. Sin embargo, ella se soltó. Gloria la miró con tristeza y, tras unos segundos de silencio, añadió sin vacilar:

—Si me los hubieran puesto delante a los dos y hubiese tenido que elegir a uno de ellos, habría escogido a mi padrino, nena. Biel, para mí, era solo una fotografía, un nombre legendario.

—¿Y qué harás ahora cuando lo veas?

—Lo que me dicte el corazón... Lo cierto es que tengo muchas ganas. Quien me preocupa de verdad es tu abuela.

—¿Crees que querrá verlo? —No ocultó que eso era lo que más deseaba que sucediera.

—Ha pedido que la dejemos tranquila, Alis. Dice que no quiere ver a nadie, tampoco a la familia francesa de su marido.

Esa última revelación hirió a Alicia.

Su abuela Ágata sabía cuánto quería a Julien.

Con las emociones a flor de piel, cuando el avión empezó a dar vueltas antes de aterrizar en El Prat, Baptiste no despegó la nariz de la ventanilla mientras contemplaba el territorio de su infancia.

Ya en el taxi, camino de Barcelona, miraba en todas direcciones. Se sentía como un muerto al que hubiesen concedido una semana de vida para averiguar en qué se había convertido cuanto había sido su mundo.

—He vuelto para despedirme de un pasado perdido —murmuró—. Hasta me ha parecido ver desde el avión que el río no desemboca en el mismo sitio de antes.

—Así es, señor —intervino el taxista—. Lo desplazaron unos dos kilómetros más abajo. Se había quedado pequeño.

—¿El delta del Llobregat?

—No. Se había quedado pequeño el puerto de la ciudad.

Mientras Baptiste charlaba con el taxista, Céline miró a su hijo, que le apretó la mano para tranquilizarla. El joven se había sentado en medio con el fin de estar al lado de su abuelo. El marido de Céline, Pierre, se volvió desde el asiento del copiloto a mirar a su mujer.

Esta se había resistido al principio a permitir aquel viaje, pues temía que agotara a su padre, si bien se trataba de un hombre fuerte que aún caminaba sin bastón y con paso seguro. Pese a haber superado los noventa, seguía cultivando el huerto de casa.

Cuando Julien explicó a su madre sus razones para visitar Barcelona, esta rompió a llorar. Tras la sorpresa inicial, no encontró motivos ni argumentos para negarle el derecho a ver a su otra hija.

Al pasar por delante de la plaza de España, Baptiste miró a su derecha el Palacio Nacional y recordó cuando lo estaban construyendo para la gran exposición del veintinueve. Por entonces había ayudado a su padre y a su tío

a cargar gravilla del Llobregat en el carro volquete para las obras.

—Caray, ¿también están haciendo reformas en la plaza de toros?

—Ya no lo será, señor... —dijo el taxista, que se sentía contento con su papel añadido de guía—. La están convirtiendo en unas galerías comerciales. Dentro habrá tiendas, restaurantes, cines... y no sé cuántas cosas más.

Cuando rodeaban la fuente del centro de la plaza, Baptiste dijo de repente:

—Olvide la Gran Vía, por favor. Doble en la próxima calle y siga por el Paralelo. Ya entrará en las Ramblas por Colón.

Al viejo libertario se le humedecieron los ojos al pasar por delante de la calle Tapióles. Se sorprendió al reencontrar, sesenta y ocho años después, El Molino y a mano izquierda el Café Español, en cuyo sótano había jugado tantas partidas de billar.

Al pasar junto a las tres chimeneas, sintió que el taxi iba demasiado deprisa, más rápido que sus recuerdos.

Se sacó un pañuelo del bolsillo para enjugarse los ojos.

Céline seguía atenta a su padre y Julien a ella, a la que tranquilizó en voz baja:

—No pasa nada, mamá... Todo va bien.

Al rodear el monumento a Colón, enfilaron la Rambla de Santa Mónica, la de Capuchinos y la de las Flores.

—Mis Ramblas —susurró Baptiste, emocionado.

Cerca de la fuente de Canaletas, el vehículo se detuvo.

—Ya estamos en el hotel, abuelo.

Cuando el recepcionista pidió en francés los nombres para registrarlos, el anciano se adelantó y dijo:

—Gabriel Viñolas. Y puede hablarme en catalán, joven.

Pierre indicó con un gesto de la cabeza a su mujer que lo siguiera, para darle a entender que debía desentenderse de su padre por unos días. Ya se ocuparía de él Julien, tal como habían acordado antes de emprender el viaje.

—Tú y yo haremos de turistas, ¿de acuerdo? —le había pedido mientras cerraban la maleta en Caen.

Abuelo y nieto entraron en la habitación que compartirían durante su estancia de siete días.

—La Barcelona que dejé en el treinta y ocho ya no existe, Julien —se lamentó cuando estuvieron solos.

—Lo más importante es que volverás a ver a las personas que amaste, abuelo —lo animó.

Julien no se atrevió a decirle toda la verdad. Tampoco a sus padres se lo había contado.

Se había comprometido a ser él quien llamase a la familia española con el fin de concertar la hora en que se verían al día siguiente para comer juntos.

A fin de no desanimar a su abuelo, Julien calló que, al hablar con el padre de Alicia, este le había comunicado que su suegra no deseaba reencontrarse con el que había sido su marido y que la familia respetaba su decisión.

Tras una cena ligera y temprana, Biel, agotado, se durmió. Estaba conmovido por el viaje y por las novedades.

Julien lo dejó solo.

«He de conseguir que madame Ágata acceda a verlo», se propuso mientras se dirigía a la habitación de sus padres.

—Qué nervios —refunfuñó Céline—. Me siento como si hubiera hecho algo malo.

—¿Por qué? Tú ni sabías que existían, mamá... Mañana todo irá bien, no te preocupes.

Ella lo abrazó fuerte y le dio un beso.

—¿Estás resentida con él? Con el abuelo, quiero decir.

—¿Por qué iba a estarlo? He tenido el mejor padre del mundo. Tal vez su otra hija piense lo contrario. Lo que más me preocupa de la reunión de mañana es cómo reaccionarán al vernos.

—Mamá... —Se disponía a hablarle de su amor por Alicia, pero se lo pensó mejor—. Mañana todo irá bien. Ya lo verás.

—¿A qué hora habéis quedado, Julien? —preguntó Pierre para desviar la conversación hacia cuestiones más prácticas.

—Hacia las doce del mediodía, papá. Pediré en recepción que nos reserven una mesa para nueve en el restaurante del hotel. Por lo que me ha dicho monsieur Carlos, ellos serán cinco.

—¿Quién es ese señor, Julien?

—Por el momento tu cuñado, papá —dijo con una sonrisa.

En lugar de volver a su habitación, que estaba al otro extremo del pasillo, el joven bajó a la cafetería.

Pidió un gin-tonic y, mientras esperaba a que se lo sirvieran, sacó el móvil para llamar a Alicia. En el último momento se lo pensó mejor y lo guardó de nuevo.

Esperaría a verla al día siguiente en la comida familiar para medir su grado de resentimiento hacia él. En dos meses no se había dignado llamarla una sola vez, aunque había hecho un par de viajes a Barcelona y se había visto por cuestiones de trabajo con su hermana, Juana.

Cuando, al cabo de media hora, apuraba ya la bebida, reconoció que en el fondo lo demoraba por temor a descubrir que ella hubiera pasado página.

A la una de la madrugada Julien seguía desvelado y salió a pasear. Enfiló Ramblas abajo hasta el puerto, y de allí siguió por el Moll de la Fusta hasta llegar ante el edificio de Alicia.

Sacó el móvil y, a punto de marcar el número, lo guardó de nuevo.

Acto seguido paró un taxi para volver al hotel.

Al día siguiente, mientras las dos familias hacían la sobremesa, Julien los dejó con la excusa de que debía acudir a una cita de trabajo.

Tal vez lo que se disponía a hacer no era lo más correcto: presentarse en casa de madame Ágata, a la que no conocía, sin previo aviso. Pero le había costado mucho convencer a su abuelo para hacer aquel viaje y también le dolía ver cómo ahora se le partía el corazón de melancolía. Julien se dijo que no podía arriesgarse a que el anciano se presentase en su antiguo hogar y volviera con el rabo entre las piernas sin ser recibido.

Justo al llegar ante el edificio de la calle Tamarit, aprovechó que salía un vecino para entrar en él. Una vez dentro del ascensor, inspiró hondo y luego pulsó el botón para subir al ático.

Llamó a la única puerta que había en el rellano, muy decidido a ser él, en todo caso, quien recibiera la negativa de la mujer.

—¿Quién es? —preguntó una voz débil al otro lado de la puerta.

—Me llamo Julien, madame Ágata. Soy el amigo francés de Alis —

respondió acercando la cara a la mirilla.

Tras un rato de quietud y silencio, Julien oyó como la mujer metía la llave en la cerradura.

El corazón le latía desbocado. Había superado el primer paso. «Ahora no puedo fallar», se animó.

Mientras esperaba a que abriese, la luz del rellano se apagó. Pulsó con fuerza el interruptor que confundió con el de la luz y el timbre sonó estrepitosamente.

—¡Menudas prisas, chico! —exclamó Ágata a la vez que abría la puerta y el rellano se iluminaba con la claridad que salía del piso.

—Me he confundido de interruptor... ¡Discúlpeme, por favor!

—¿Y qué quieres de mí, muchacho?

—Necesito pedirle un favor para una persona a la que quiero mucho y que usted conoce.

Con movimientos lentos, ella se apartó de la entrada para cederle el paso. Después lo condujo al comedor y lo invitó a sentarse.

—¿Ha ido bien la comida? —preguntó aparentando indiferencia.

—Ha sido un encuentro repleto de sentimientos. Aún deben de estar juntos.

—Me alegro por Biel y Gloria —dijo entonces con voz entrecortada por la emoción.

A Julien le costaba imaginar a su abuelo bajo ese nombre. Como también le costaba hacerse a la idea de que aquel comedor, donde se sentía incómodo por la situación, en otro tiempo había albergado una parte importante de su vida.

—No eres muy hablador —dijo Ágata al joven, que observaba en silencio desde su silla las fotografías del aparador—. Y ahora cuéntame... ¿A qué has venido?

—A rogarle que acceda a la visita de mi abuelo.

—¿Y te ha enviado Biel para que me convenzas?

—Él no sabe que estoy aquí. Está decidido a venir mañana y sufro porque usted no quiera recibirlo —dijo inclinando el cuerpo hacia delante y cogiendo las arrugadas manos entre las suyas.

—No tiene ningún sentido reabrir heridas a nuestra edad, joven. —Ágata

se removi6 en el asiento, soltándose de las manos del muchacho—. Es un mal trago que a estas alturas podemos ahorrarnos. Los dos tenemos ya un pie en la tumba.

—Yo prefiero verlo como un modo de hacer las paces con la vida.

Ágata meneó la cabeza mientras pensaba qué sabría aquel joven de lo que podía dar de sí toda una existencia.

—¿Cómo es que mi nieta no ha venido contigo?

—Alis no sabe que estoy aquí. —Sorprendido por la pregunta, se justificó —: Tampoco ha venido a la comida.

—¿Estáis enfadados?

—Cuando me reveló que compartíamos el mismo abuelo, dejamos de vernos. Yo necesitaba tiempo para hacerme a la idea.

—No te veo ningún parecido con Biel —dijo de repente tras observarlo con atención.

—Físicamente he salido a la familia de mi padre. —Retomando el motivo por el que se había presentado allí, Julien prosiguió—: Sé que no conseguiré que mi abuelo renuncie a venir a verla, madame Ágata. Por eso le pido ese favor.

—De eso sí que estoy bien segura, joven —dijo con un suspiro, dándose por vencida—. Veo que Biel no ha cambiado. Él a la suya, caiga quien caiga.

Treinta minutos más tarde, Julien bajaba la escalera corriendo como alma que lleva el diablo. Necesitaba quitarse los nervios de encima.

¡Lo había conseguido!

Una vez en la calle, paró un taxi y dio al conductor la dirección de Alicia en el paseo de Colón.

«Ya es hora de que también yo afronte mi realidad», se ordenó a sí mismo con decisión.

Ajena a lo que había sucedido en casa de su abuela, Alicia estaba sentada en el sofá hecha un mar de lágrimas. Era media tarde. Tenía en el regazo un bol de leche con cereales y masticaba despacio, con desgana. No dejaba de mirar a cada minuto el móvil que tenía al lado. Como si por el mero hecho de no perderlo de vista tuviera que sonar.

Se sentía la mujer más desgraciada de la tierra. Había desperdiciado una oportunidad única de ver a Julien y, además, tenía a su madre y a Lourdes enfadadas con ella por haberse negado a acudir a «una comida tan trascendental para mamá», en palabras de su hermana mayor.

Alicia había aguantado estoica los reproches de Lourdes, esforzándose por no ceder. Se dijo que al fin y al cabo habría sido inútil contar a «la mariscala» que se había pasado todo el día anterior esperando una llamada en especial para invitarla.

Desde que Lourdes la había informado de que el abuelo y su familia francesa ya estaban en Barcelona y se alojaban en un hotel de la parte de arriba de las Ramblas, Alicia se había quedado clavada en casa con la esperanza de que Julien pasara a buscarla.

Había estado atenta a todos los timbres que sonaban en el edificio. Pero todos eran lejanos, ninguno rompía el silencio de su apartamento.

Pasada la una de la madrugada de esa misma noche, aún seguía despierta, esperando que sucediera un milagro.

Casi no había pegado ojo hasta el amanecer, y a media mañana se había levantado más dormida todavía.

Dejó sobre la mesa el bol de cereales sin terminar, ya blanduzcos como sopas de pan, y puso un disco de Moustaki. Guiada por la melancolía de *Ma solitude*, se tendió de nuevo en el sofá a dar vueltas a todo aquello que la hacía sufrir.

«¿Qué hago aquí completamente sola esperando a que él me rescate?», se riñó.

En menos de un cuarto de hora, Alicia ya había pasado por la ducha y el vestidor, y estaba a punto de irse, decidida a correr al hotel de las Ramblas.

Antes de salir, se dio cuenta de que había olvidado el móvil sobre el sofá y volvió para recuperarlo.

Un suspiro de tiempo más tarde, cuando abría la puerta, se quedó estupefacta.

Julien estaba en el rellano, a punto de llamar al timbre.

Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, él le dijo:

—No quiero pasarme la vida buscándote en otras mujeres, Alis. Te quiero.

Ella lo arrastró al interior.

Mientras Alicia y Julien recuperaban las horas de amor perdidas, a pocas calles de distancia Biel acababa de afeitarse con esmero y se había puesto la camisa nueva. Había llegado el día de ver a Ágata.

El retorno al pasado lo estaba hiriendo más de lo que había imaginado.

La comida con Gloria y su familia había sido un estallido de emociones, con algunos momentos de placidez seguidos de intercambio de direcciones, teléfonos y promesas de futuras visitas entre las hermanastras.

En el fondo, a Biel lo había tranquilizado que Ágata no acudiera. No deseaba un reencuentro ante la mirada de todos.

Respiró hondo y se sentó a esperar a que volviese su nieto para acompañarlo.

—Julien..., quiero ir a ver a Ágata solo —le había dicho apenas levantarse.

—¡No me hagas sufrir, por favor! Dejaré que subas solo a su casa, pero hasta allí te acompañaremos Alis y yo. Después, nosotros esperaremos en algún bar cercano hasta que me llames para volver, ¿de acuerdo?

Aceptó el trato. En el fondo, Biel estaba asustado, y no se sentía tan fuerte como en su pequeño pueblo de Normandía.

Hora y media más tarde, cuando el taxi enfiló la ronda de San Pablo y el mercado de San Antonio le daba la bienvenida, Biel se sentía desasosegado como un adolescente.

Los dos jóvenes guardaban silencio en el asiento trasero. Comprendían que no era solo un recorrido de taxímetro lo que estaba haciendo su abuelo, sino otro camino mucho más profundo por los recovecos del recuerdo.

El vehículo se detuvo ante el antiguo portal que tan familiar le era al viejo anarquista.

Poco después, el ascensor daba un saltito al detenerse en el ático. Se

quedó un instante sobrecogido ante aquella puerta que tantas veces había cerrado de golpe, furioso con su suegra.

Mientras Alicia y Julien ocupaban una mesa en el bar de la esquina, Biel esperaba en el rellano a que su antiguo amor le abriese la puerta.

Ágata se había pasado la noche buscando las palabras con que recibiría a Biel. Sin embargo, ahora cuanto quería decirle bailaba dentro de su cabeza. De repente solo la preocupaba que la encontrase vieja y fea y no la reconociese. Y temía que a ella le sucediera lo mismo con él.

Dejó que el timbre sonara por segunda vez.

Antes de abrir, atisbó por la mirilla. Al reconocer en aquel hombre rasgos del joven de veintidós años al que había despedido un invierno de 1938, aspiró hondo a fin de serenarse.

Solo entonces abrió la puerta.

En un gesto de coquetería, la mujer había arrinconado el andador y se apoyaba en un bastón.

—¿Es necesario que hagamos mucho protocolo, Biel? —preguntó para ocultar las sacudidas que se estaban produciendo en su interior.

El libertario negó con la cabeza. Habría reconocido la voz de Ágata con los ojos cerrados.

La barbilla le temblaba y un nudo en la garganta cerraba el paso a las palabras. Le ofreció el brazo a modo de respuesta y juntos caminaron por el corto pasillo hasta el comedor.

Ni uno solo de los días que había vivido entre aquellas paredes Biel había conseguido sentirse en su casa. Ahora, en cambio, descubría como allí seguían existiendo todos los años que habían colmado su ausencia.

Sobre el aparador, expuestas en sus marcos, estaban las fotografías de los acontecimientos familiares que se había perdido: la boda de su hija, las comuniones de las nietas, los cumpleaños de Ágata rodeada de su familia.

Se dio cuenta de que en todos los retratos de grupo se hallaba presente Juan García. Sobre un tapete blanco ribeteado de encaje estaba la foto del bautizo de Gloria. Su amigo carnicero miraba atento cómo el cura vertía agua sobre la cabecita de una niña de tres años mientras Ágata, a su lado, sostenía un cirio.

En el ángulo inferior izquierdo estaba la dedicatoria:

A mi ahijada con todo mi cariño. Junio de 1939.

—Por aquellas fechas yo aún estaba en Argelès...

—¡También aquí tuvimos años muy duros! —lo interrumpió ella.

Había explicaciones que Ágata no estaba dispuesta a dar.

—Tu madre tenía razón, Juan García te convenía más que yo.

—Tengo que sentarme, Biel —dijo sin responder a su comentario—. Las piernas no me aguantan de pie tanto rato.

Caminaron hasta el sillón junto al balcón abierto y él se acercó una silla para sentarse a su lado.

Por un instante, Ágata y Biel se miraron fijamente. Comprobaron cómo la inquietud del principio se iba desvaneciendo hasta que, de repente, una transformación se obró en su interior.

Ante aquella mirada, la cruda realidad de su envejecimiento desapareció.

Biel quitó las gafas a Ágata para contemplar de nuevo aquellos ojos dulces que lo habían enamorado el día de San Juan de 1933 en el cine Coliseum.

Entretanto, en la calle una nube vertía un pequeño chaparrón de verano, insuficiente para ocultar el sol.

Ante ellos tenían el mercado de San Antonio. Desde aquel mismo balcón, la mañana del 19 de julio del treinta y seis, habían visto juntos al gentío que corría a las barricadas.

—Me gusta Gloria —quebró el silencio Biel—. Te he visto a ti en ella, Ágata. Os parecéis mucho.

Cogiéndole la mano entre las suyas, agradecida por la observación, ella se sinceró.

—Habría sido mejor que no hubieras venido, Biel. Me dolerá verte partir una vez más.

—Estoy contento de haberlo hecho, Ágata. Tal vez nuestros nietos recorrerán el camino que tú y yo no recorrimos.

—¿Y lo apruebas?

—No quiero que repitan nuestra historia. Ahora están abajo, juntos. Seguro que están haciendo planes de futuro, y deseo que los dos sean

menos cabezotas que nosotros y puedan cumplirlos.

—Quise muchísimo a Juan García, pero jamás habría renunciado a ti, querido libertario —susurró ella con los ojos enrojecidos—. Mi madre no tenía razón.

Emocionado, Biel le oprimió la mano para que no lo soltara.

En el silencio compartido que se produjo a continuación desfilaron por sus pensamientos Arturo y Juan García. También los días de juegos, de besos furtivos y miradas que se buscaban aunque a menudo fingiesen estar enfadados el uno con el otro.

Ninguno de los dos evocó los malos momentos que habían vivido después, ni las confrontaciones inútiles en que se habían enredado tantas veces.

Un pequeño caracol escapaba de la maceta de geranios rojos colgada en la barandilla del balcón en busca de las gotas de agua dejadas por la lluvia. Ágata se fijó en cómo exploraba lentamente el aire con los ojos, alargando los tentáculos.

—Tú y yo somos como él, Biel —dijo señalando con un gesto de la cabeza al animalito—. Como diría nuestra nieta, Alis, somos corredores de fondo.

Biel depositó un beso largo y silencioso en aquellas manos que había abandonado cuando aún lucían una piel joven.

Siguieron cogidos de la mano, sin más conversación que las emociones que expresaba el tacto de sus dedos entrelazados, hasta que Biel dijo con voz temblorosa:

—Se hace tarde... Han pasado tres horas como si nada, Ágata.

—Se diría que el destino nos ha condenado a vernos siempre de prisa y corriendo.

La ayudó a levantarse del asiento y la abrazó muy fuerte, olfateando aquel cabello, ahora blanco, por última vez.

Al separarse, ella se miró en aquellos ojos, de distinto color el uno del otro, que tanto había anhelado en otros tiempos. Se dieron un dulce beso en los labios que corroboraba de nuevo la separación, esta vez para siempre.

Apoyada en su brazo, Ágata lo acompañó hasta el recibidor.

Un minuto después, el ruido del ascensor al detenerse en el rellano sellaba el último adiós.

Agradecimientos

A Maria Teresa y Remei, de Ca l'Orelleta, que con entusiasmo y generosidad me relataron vivencias de su infancia sin las cuales habría sido imposible inventar los primeros pasos en la vida de Biel.

A Andreu Parera, un amantísimo hijo de El Prat de Llobregat, quien me aclaró todas las dudas que iban surgiendo sobre espacios y costumbres antiguos de los agricultores.

A Tata Dany, una encantadora *cotlliurenca* que evocó para mí, con emoción contenida, el paso de los españoles por su pueblo francés un helado febrero del treinta y nueve.

A todo el equipo de la agencia Sandra Bruna, por su dedicación y por cuidar mi obra, y en especial a Berta, por responderme siempre con rapidez.

A todo el equipo de Ediciones B, en especial a mi editora, Rosa Moya, por su trabajo y por las alentadoras palabras con que siempre me acoge.

A Francesc Miralles, que una vez más se ha convertido en la mirada profesional y amiga a la que he confiado plenamente la revisión de la novela, y sin el cual todo el proceso creativo me habría resultado mucho más solitario.

A todos vosotros, lectores, que con vuestra imaginación dotaréis de una segunda vida a mis personajes.

A Marc y Tanit, una sola palabra: SIEMPRE.